SERGI CASTELLS

LOS SIETE FAROS DE MENORCA



elit LGTBI

Portadilla

SERGI CASTELLS

LOS SIETE FAROS DE MENORCA

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Sergi Castells Gironella
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Los siete faros de Menorca, n.º 31 - noviembre 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9791370170257

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
Prefacio
Emma
El manuscrito
Faro de Sant Carles
Faro de Sa Farola
Faro de Cavalleria
Faro de Artrutx
Faro de Favàritx
Faro de l'Illa de l'Aire
Faro de Punta Nati
El último día
Emma
El manuscrito
27 de junio de 2002
13 de agosto de 2002
26 de mayo de 2003
28 de mayo de 2003
Agosto de 2004
2009, el año del reencuentro
10 de septiembre de 2009
Los años perdidos
Emma
En busca del guapo escritor
Londres, 17 de mayo de 2022
Menorca, 20 de mayo de 2022
Hora de partir
Epílogo
Agradecimientos

Dedicatoria

Para mi marido, Cristian

Cita

«El corazón del hombre es muy parecido al mar: tiene sus tormentas, tiene sus mareas y en sus profundidades tiene también sus perlas».

VINCENT VAN GOGH

Prefacio

En la película *Titanic* (James Cameron, 1997), cuando Rose termina de relatar su historia, nos dice: «El corazón de una mujer es un profundo océano de secretos». Es una frase muy potente y conmovedora, pero para mí siempre ha sido incorrecta. ¿Acaso el corazón de un hombre no puede ser también un profundo océano de secretos? Por supuesto que sí. De manera que, desde mi punto de vista, la frase debería ser: «El corazón de una persona es un profundo océano de secretos».

Emma

13 de mayo de 2022

Cuando llegué a casa de mi padre estaba empapada, llovía a cántaros y, para variar, yo iba sin paraguas. Al entrar, el silencio me golpeó de inmediato. La ausencia de sonido, esa sensación de casa vacía, sin vida, fría y oscura. Arrojé las llaves sobre la mesa, me quité la chaqueta y encendí todas las luces para intentar sentirme un poco reconfortada. Pero en aquel momento no había nada allí que pudiera conseguirlo, excepto, quizás, el papel medio arrugado y húmedo que saqué del bolsillo de mi pantalón.

Seis números y dos palabras; seis números y dos palabras que sentía que me iban a arrojar al centro del abismo. «270403», el código para abrir la caja fuerte de mi padre, seguido de las palabras: «Es importante». Ver algo escrito por él me rompía por dentro y noté que las lágrimas acudían a mis ojos. Necesité un momento para recuperarme y volver a centrarme en lo que había venido a hacer aquí, respiré hondo y me quedé quieta en mitad del comedor. Miré a mi alrededor y mil recuerdos volvieron a mi mente: podía verlo a él, a mi madre, a mi abuela… Me mordí el labio y ahogué un sollozo.

Descorrí las cortinas que daban al jardín, pero me arrepentí en el acto: el agua de la piscina estaba casi verde, las buganvilias que adornaban los muros estaban prácticamente muertas, dejando ver la pintura blanca desconchada y cayéndose a trozos como la piel quemada por el sol. Cerré las cortinas de nuevo, no quería ver cómo agonizaba aquel jardín. Estaba claro que aquellos últimos meses mi padre había perdido las ganas de todo. Y yo no me había dado ni cuenta. Me sentía muy culpable. Desde mi acomodada vida en Barcelona, lo llamaba una vez a la semana, él me decía que todo iba bien y yo le creía… hasta que tuvo que contarme la verdad. Me sentía débil y agotada, en realidad quería llorar y gritar, pero no era el momento. Tenía que ser fuerte. Era lo que mi padre esperaba de mí.

Me obligué a moverme y fui directa a su despacho, donde sabía que estaba la caja fuerte, medio escondida en el último armario que había al lado de la ventana. Lo abrí y allí estaba; fue entonces cuando me di cuenta de que me temblaban las manos. ¿Qué iba a encontrar allí dentro? Cogí aire de nuevo y acerqué mis fríos y temblorosos dedos al teclado numérico, pulsé en orden los números de la nota y la caja se abrió.

No tuve que buscar mucho. En el estante de arriba había una nota pegada con celo. «Él siempre tan meticuloso», pensé, la cogí, aún con ese temblor antinatural, y la leí:

Hola, cariño:

Me imagino que debes de hacerte mil preguntas, pero es importante que leas lo que he dejado preparado aquí para ti, y que lo hagas en el orden adecuado, para que puedas saber y entender todo lo que necesito contarte. Verás que en el estante donde hay pegada esta nota hay dos cartas dentro de sus respectivos sobres; en el segundo estante hay un relato, novela, memorias o como quieras llamarlo escrito de mi puño y letra, y debajo de él, el manuscrito de una novela inédita de Theo Williams. Lee la carta marcada con el número uno, luego haces lo mismo con mi historia, y cuando termines abres la carta marcada con el número dos. Si quieres tener otra visión de lo que te cuento en mi relato o sientes curiosidad por saber más, entonces lee también el manuscrito de Theo.

Estaba alucinando, ¿un manuscrito inédito de Theo Williams? El escritor de moda en Estados Unidos desde hacía más de una década… ¿Qué hacía mi padre con algo así en su poder? Lo cogí todo, cerré la caja fuerte de nuevo y regresé al comedor. Estaba helada y nerviosa, así que dejé las cartas y los manuscritos encima del sofá y me fui directa al mueble bar que tenía mi padre en el lado izquierdo del comedor. Era el típico mueble enorme que forraba la pared entera, de los años noventa, que siempre había visto desde que tenía uso de razón. En aquel momento necesitaba beber algo que me hiciese entrar en calor y me proporcionara un poco de paz

interior. Al abrirlo, allí estaba: una colección de ginebras digna de ser expuesta. Mi padre siempre había sido un gran amante de la ginebra; cuando naces en Menorca, la «pomada» corre por tus venas desde muy temprana edad. Eché un rápido vistazo a su elenco y cogí una que me llamó la atención por el color verde de su tapón (el color preferido de mi padre), la abrí y le di un trago allí mismo, cual alcohólica empedernida. Luego cerré el mueble bar y me llevé la botella conmigo al sofá.

Teniendo en cuenta todo lo que tenía que leer… necesitaba caldear la casa de alguna manera o ni la ginebra conseguiría que se me calentasen los pies. Estábamos a finales de mayo, pero el calor se resistía a llegar a la isla y la tramontana que habíamos arrastrado los últimos días no había ayudado a subir las temperaturas precisamente. Así que, haciendo uso de mi poca maña, encendí la chimenea. Cuando el fuego prendió bien me senté en el sofá, di otro trago y abrí la carta con el número uno escrito en el sobre.

Querida Emma:

A finales de mayo de 2002, cuando tenías diez años, tú y tu madre os fuisteis una semana a la península para visitar a los abuelos. Aquella semana, solo en Menorca, conocí a Theo Williams. Él marcó un antes y un después en mi vida del que nunca he hablado con nadie como lo voy a hacer en las siguientes páginas. Esperaba poder hacerlo contigo algún día, explicarte cara a cara lo que viví, pero este maldito cáncer quizás no me lo permita. Así que todo, absolutamente todo, lo que pasó aquella semana está escrito en esta especie de novela. No soy tan buen escritor como Theo, pero creo que me defiendo bastante bien, eso ya lo valorarás tú. Necesito compartir todo lo que ocurrió aquella semana, y necesito hacerlo contigo de una vez para que así entiendas lo que voy a pedirte en la segunda carta. El prólogo va dedicado a ti, pero el resto de la historia la he contado sin tapujos, tal cual la viví y sentí. En estas páginas desnudo mi alma como jamás lo había hecho. Verás, hija, que la vida puede ser maravillosa y al mismo tiempo estar cargada de pena y dolor. Quiero que sepas que no me arrepiento de nada

de lo que hice ni de las decisiones que tomé, pero la vida decidió no ser justa conmigo, y no me queda otro remedio que buscar esa justicia a través de ti.

Te quiero.

Tuve que leer la carta dos veces porque el sudor frío que se apoderó de mi espalda al leer el texto por primera vez me descolocó más de lo que ya lo estaba. No entendía nada. Necesitaba calmarme y razonar. «Emma, desacelera; ¿quieres saber de qué va todo esto? Pues haz lo que te dice papá, sin más». Claro que sí, iba a leerlo todo. Busqué una postura más cómoda. Subí las piernas al sofá y acomodé los tobillos bajo el cuerpo. La ginebra empezaba a hacer efecto y el comedor estaba subiendo de temperatura gracias al fuego. La visión de las llamas en movimiento producía un efecto hipnótico. Según una psicoterapeuta americana, observar el fuego en movimiento nos permite lidiar con aspectos del mundo interno y externo que nos generan angustia, miedo o culpa. Yo sentía una mezcla de todas ellas y, para colmo, ahora tenía que añadirle la ansiedad. Ansiedad por saber qué había en aquellas páginas. Cogí el relato de mi padre, sin título, con el prólogo dedicado a mí, y empecé a leer.

El manuscrito

Prólogo para Emma

Era el 26 de mayo de 2002, recuerdo aquel día como si fuera ayer. Íbamos de camino al aeropuerto mientras tu madre repasaba mentalmente y en voz alta si llevaba todas las cosas para el viaje. Estaba nerviosa, y me estaba poniendo nervioso a mí; cuando completó la lista con éxito, empezó a darme instrucciones para la casa y a intentar organizarme la semana…

—Bruno, recuerda ir a ver a tu madre, que ya nos conocemos, y pienso yo más en ella que tú —me aconsejó con su mirada inquisitiva.

—Que sí, no te preocupes, iré mañana o pasado a cenar con ella…

—Y cuando regreses del faro piensa en tender la lavadora, que aún no había terminado cuando hemos salido. Y tienes la nevera llena, pero come antes la verdura que nos dio tu madre la semana pasada o se pondrá mala.

—¡Natalia! Que soy una persona adulta, aunque a veces no lo parezca, y puedo cuidarme solo durante una semana en tu ausencia —le solté riendo, luego puse la mano en su rodilla y ella la cogió y estrechó fuerte.

Era un bellezón, tenía una luz propia indescriptible. Con su melena rubia, nariz y boca de modelo, los labios finos y unos ojos verdes que te transportaban a su mundo interior. Siempre me había sentido afortunado de que alguien como ella me hubiese escogido a mí como compañero de vida, para ser su marido y el padre de su hija. Habíamos empezado muy jóvenes, ya en la época del instituto, y no nos habíamos separado nunca. Esa iba a ser la primera vez que pasábamos más de un día separados. Tu abuelo estaba atravesando un mal momento y ella tenía que ir sí o sí. Yo en aquella ocasión no podía ausentarme porque precisamente aquella semana me tocaba hacer el mantenimiento de los faros, y eso era inamovible. Siempre

disfrutaba de cierta libertad en mis dos trabajos, excepto la semana en que las luces de la isla tenían que «pasar la inspección».

Finalmente llegamos al aeropuerto y, mientras yo sacaba las maletas, ella te despertó, pues para variar te habías quedado dormida. El coche producía un efecto adormecedor en ti, algo de lo que tu madre y yo nos habíamos aprovechado mucho en tus primeros años de vida. Cuando no había manera de dormirte, nos montábamos en el coche los tres y nos íbamos a dar una vuelta por la isla; en diez minutos te quedabas frita.

Recuerdo que hacía un día soleado y sin viento, algo muy deseado, ya que llevábamos una semanita que tela… Ibais a tener un buen vuelo y eso me tranquilizaba. Siempre había tenido pánico a volar. Prefería coger un barco para ir a la península, aunque eso significara perder un día entero en alta mar.

Le pasé la maleta a tu madre y te cogí en brazos para llenarte de besos y así compensar los que no te daría en una semana, tú te reías e intentabas apartarte sin éxito. Luego tu madre y yo nos abrazamos, ella me besó y me acarició la cara.

—Te quiero, nos vemos en una semana —me dijo.

—Y yo a ti. —La volví a besar.

Tú me dijiste adiós con la mano mientras yo subía al coche de nuevo. Así empezó vuestro viaje y, sin saberlo, también el mío.

Faro de Sant Carles

Llegué al faro sobre las doce del mediodía. Era el que menos me gustaba. No solo porque carecía de belleza en sí, sino porque su acceso estaba restringido por encontrarse dentro de las instalaciones militares donde quedan aún restos del Castillo de Sant Felip, una fortaleza colosal que fue derribada hace más de doscientos años. Tenía que empezar por este porque sabía que era el que estaba en peor estado después de la fuerte tormenta que había azotado Menorca dos semanas atrás. El viernes ya lo había estado inspeccionando para ver qué piezas debía sustituir y hacerme una idea del tiempo que me llevaría ponerlo a pleno rendimiento de nuevo. El sábado había ido a por ellas y mi impaciencia por verlo funcionar correctamente me llevó a ir a trabajar aquel domingo de finales de mayo.

Después de pasar el control de entrada y perder más de media hora escuchando las batallitas del vigilante, llegué a las viejas instalaciones militares y aparqué el coche lo más cerca posible del faro. El emplazamiento era un espectáculo: en el lado sur de la bocana del puerto de Maó, con vistas a la fortaleza de La Mola, la entrada del puerto y la isla del Lazareto. Era una pena que el faro en sí fuese el más feo de Menorca.

Saqué todo lo que necesitaba para realizar mi trabajo y empecé a subir hasta el pequeño gigante de un solo ojo, caminando entre la maleza que crecía sin control y que nadie se cuidaba de mantener un poco arreglada. El sol apretaba, y yo aún no había empezado y ya estaba sudando. Cuando por fin llegué a los pies del faro, lo descargué todo en el suelo y me puse manos a la obra.

Al cabo de un rato, aprovechando que estaba solo, me quité la camiseta; a ver si así cogía un poco de color. Esperaba no quemarme, porque evidentemente no me había echado ningún protector solar. Ese era el tipo de cosas en las que Natalia siempre pensaba…, pero yo era «de otra manera». Una sonrisa asomó en

mis labios y casi por pura telepatía sonó el móvil: era un SMS de ella. Ya habían aterrizado en Barcelona y se iban directas a la estación de Sants para coger el tren hasta Valencia. Le contesté y volví a guardar el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón. Ahora que sabía que ya no estaban volando podía relajarme y centrarme en lo que había ido a hacer.

Después de casi una hora de duro trabajo, cuando me disponía a recoger e ir al coche a por la pintura, un sonido de pasos me hizo volverme hacia la parte de atrás del pequeño muro que daba al mar. Y entonces lo vi: un chico se había colado dentro de las instalaciones desde el pequeño acantilado. Como yo estaba agachado, él aún no se había dado cuenta de mi presencia. Tenía pinta de no saber exactamente dónde estaba, miraba de un lado a otro, llevaba algo en la mano, una especie de libreta, y por su físico no parecía menorquín. Entonces me levanté y me vio. Su cara habló por él, porque entre la sonrisa nerviosa y la cara de cordero degollado que puso, estaba claro que sabía que no podía estar allí y yo lo había pillado. Levantó una mano y me saludó mientras se acercaba:

—¡Hola! —me dijo aún con esa mirada penitente.

Yo no me consideraba una persona borde o seca, pero en un primer momento percibí su presencia como una intrusión y no lo saludé. Directamente le solté:

—No se puede estar aquí, es una zona restringida.

—Lo sé, lo sé, pido perdón —juntó las manos en señal de disculpa —, necesitaba ver el faro, solo serán quince minutos como mucho y me voy, lo prometo.

Aquella cara de niño bueno me hizo gracia, y por su acento estaba claro que no era de aquí. Hablaba un español correcto, pero se notaba que no lo era.

—¿No eres de aquí, no? —le pregunté.

—Bueno…, en parte sí y en parte no.

Me quedé mirándolo e interrogándolo con la mirada.

—Soy de Estados Unidos, mi padre es americano y mi madre es española. Aunque ha vivido allí siempre y nunca ha pisado Europa.

—Ah, vale, ahora entiendo ese acento. ¿Y se puede saber qué te trae por aquí…?

—Theo, me llamo Theo Williams.

—Yo soy Bruno. —Me acerqué a él para estrecharle la mano y entonces ocurrió: al tocarnos nos pasamos electricidad estática y las separamos instintivamente. Él soltó un «*Wow!*» y yo un «¡Joder!». Agité la mano mientras me entraba la risa y él se reía haciendo lo mismo que yo con la suya.

Aún hoy no sabría explicar cómo ni por qué, pero en aquellos cinco segundos en que nos miramos riendo y agitando las manos… algo pasó, algo se activó en mi interior que me hizo cambiar la actitud hacia él. De pronto sentí curiosidad por aquel intruso de origen mestizo que se la había jugado caminando por la abrupta costa, escalando el acantilado y colándose en una zona militar donde, si lo pillaban, se le podía caer el pelo.

—Bien, Theo, ¿qué te trae por Menorca? ¿Y por qué tanto interés en ver este faro? No es por nada, pero es el menos agraciado de todos…

Él se rio y respiró profundamente antes de hablar. Era más alto que yo, pelo rizado castaño claro, mandíbula recta, ojos azules como el mar que tenía detrás, y, por qué no decirlo, me pareció un chico atractivo desde el principio. Llevaba una camisa azul con dibujitos de palmeras (un poco hortera para mi gusto), medio abierta a la altura del pecho, unos pantalones cortos tejanos y unas zapatillas blancas Lacoste.

—Bueno, verás, soy escritor. Aún no muy conocido fuera de mi país, pero pretendo cambiar eso en un futuro. Mi primera novela ganó un prestigioso premio que me abrió las puertas del mundo editorial, y ahora estoy aquí recabando información para mi próxima historia.

Me quedé sorprendido. ¿Escritor? Si no aparentaba ni mi edad; en el fondo pensé que me estaba tomando el pelo.

—¿En serio? ¿Escritor? Pero ¿cuántos años tienes tú? —le pregunté incrédulo.

—Tengo veintiocho años, pero ¿eso qué tiene que ver? ¿Hay una edad determinada para ser escritor?

Me di cuenta de mi error y mi falta de decoro.

—No, no, perdona. Es solo que me ha sorprendido. En mi mente de isleño siempre me había imaginado a un escritor con el pelo canoso, en sus cuarenta y tantos años, sentado en su escritorio *vintage*…

Él sonrió de nuevo y repuso:

—Pues ya ves que no. —Y abrió los brazos como si se estuviera presentando de nuevo, pero a nivel físico. Yo lo volví a contemplar de la cabeza a los pies y, cuando subí la mirada, vi que él estaba haciendo lo mismo conmigo. Yo además iba sin camiseta, sudado y sucio. No me ruboricé, pero a punto estuve, y no entendía el porqué. ¿Su manera de mirarme? No sé… La siguiente pregunta era casi la más lógica que le podía hacer en aquel momento:

—¿Y tu siguiente novela se ambienta en Menorca?

—Exacto. Quiero escribir una novela negra cien por cien ambientada en la isla.

—¿Y por qué aquí? Esta isla… no tiene nada.

—Porque mi madre es de aquí, tiene sangre menorquina.

—Ah, ostras… —Me quedé realmente sorprendido.

—Sí, una menorquina que no ha pisado nunca Menorca —declaró con cierto tono irónico.

—Pero… ¿y eso? —Ahora sentía una curiosidad tremenda.

—Uf, es una larga historia, y por lo que veo estás trabajando, ¿no?

—Bueno, ya estaba terminando, me falta darle una capa de pintura a la base y…

—¿Eres pintor?

—No, no…

—¿Electricista?

Me reí. Tenía el suelo lleno de trozos de cables de alimentación.

—No, no, soy un manitas más bien.

—¿Qué es un manitas?

—Alguien a quien se le da bien hacer un poco de todo. —Me di cuenta de que eso había sonado arrogante por mi parte y enseguida añadí—: En lo que se refiere a electricidad, fontanería, pintura…

—Ah, OK, siempre aprendo alguna palabra nueva. ¿Estabas arreglando el faro, entonces?

—Sí. De hecho, me encargo del mantenimiento de todos los faros de la isla.

—*What?!*

—¿Qué pasa? —Se le habían abierto los ojos como dos lunas llenas.

—¡Eso es genial! Yo busco información sobre los siete faros de la isla. ¿Son siete, cierto?

—Sí, sí, son siete. Pero ¿qué tipo de información necesitas?

—Un poco de todo: su historia, funcionamiento, anécdotas o leyendas sobre ellos…, porque en mi novela quiero —dudó un momento— que haya un asesinato en cada faro.

—¡Ah, joder! ¡Con asesinatos y todo por la isla! ¿Quieres alterar la calma y la tranquilidad de Menorca o qué? —le pregunté riendo—. No creo que a muchos menorquines les guste esa idea…, aquí están un poco anclados en el pasado.

—Pero no es nada malo, es ficción, un libro sin más, y puede servir para dar a conocer la isla.

—Sí, totalmente de acuerdo, pero aquí son muy cerrados con todo, nada que ver con tu país.

—Bueno, en mi país no todo es tan abierto y genial como parece en la televisión o las películas. Pero, dime, entonces, ¿tú podrías explicarme cosas de los faros?

Me miraba como un niño que le pide a su padre que le compre aquel juguete que tanto desea. Me hacía mucha gracia. Nadie me esperaba en casa, y por qué no compartir parte de mi «sabiduría farera» con él. Además, sentía mucha curiosidad por lo de su madre, así que accedí encantado.

—Sí, claro, no hay problema. Deja que termine de recoger un poco esto, le doy una capa de pintura y te explico todo lo que sé sobre este faro.

—¡Muchas gracias, Bruno! Te lo agradezco mucho, de verdad. —Se acercó más para ponerme la mano en el hombro, pero yo lo miré con cara de miedo fingido y él se frenó.

—No me pases la corriente otra vez, ¿eh? —le dije riendo y apartándome un poco de él.

—¡Pero si has sido tú el que me la ha pasado a mí!

—¿Yo? ¡Tendrás morro!

—¡Que sí!

—Qué poca vergüenza tienes. Venga, va, termino esto y luego te cuento cosas. —Me parecía estar bromeando con un amigo que conocía desde la adolescencia, fue una conexión increíble.

—Vale, voy a dar una vuelta para tomar notas del entorno. Avísame tú cuando termines, no quiero molestarte.

—Tranquilo, es poca cosa. En veinte minutos estoy contigo.

—Gracias.

Se fue hacia el acantilado mientras yo recogía todo lo que tenía por el suelo. Luego bajé hasta el coche a por la pintura.

Mientras terminaba de darle la última capa a la parte inferior del faro me fijé en que Theo estaba observándome. Era curioso, pero tenía ganas de terminar cuanto antes con la pintura para seguir hablando con él. Cuando acabé me puse la camiseta y fui hasta el extremo este del acantilado para continuar con nuestra charla. Theo estaba sentado encima del pequeño muro tomando notas, con las piernas colgando en el vacío. Yo me senté, pero al revés, con las piernas por dentro y de espaldas al mar. Cuando se dio cuenta de que ya estaba allí con él, cerró la libreta y se giró hacia mí, dejando una pierna por cada lado del muro. Se había desabrochado todos los botones de la camisa, dejando a la vista unos pectorales y un abdomen envidiables. Yo siempre me había cuidado, hacía ejercicio y controlaba mi dieta; me gustaba verme bien, y a mi edad me sentía en forma, pero no estaba a su nivel. Él era una escultura.

—Hola, ¿ya has terminado? Si tienes que hacer algo más no me importa esperar.

—Sí, ya estoy; para ser domingo ya he hecho más de lo que debía. Porque hoy no me tocaba trabajar…, pero, ya ves…, aquí estoy —suspiré.

—Me alegro de que hayas decidido trabajar este domingo, entonces —repuso y me sacó la lengua sonriendo.

—Sí, claro…, no sabes nada tú. Venga, va, ¿qué quieres que te cuente?

Era increíble cómo nos hablábamos, con esa media sonrisa dibujada en nuestras caras todo el rato y una naturalidad

incomprensible.

—Con un poco de historia sobre el faro me conformo.

—Vale. A ver, el faro original se inauguró en 1852. Esto que ves aquí no tiene nada que ver con la construcción que había antes. Tenía una estructura más parecida al faro de Punta Nati, para que te hagas una idea.

—No he estado aún…

—Bueno, pero cuando vayas, que sepas que era de un estilo similar. Si no lo hubiesen derribado, hoy sería el faro más antiguo de Menorca.

—¿Por qué lo derribaron?

—Porque obstaculizaba las prácticas de tiro de los militares y ponía en peligro la vida de los fareros y sus familias. En 1912 lo apagaron y fue reemplazado por una farola móvil. Finalmente, en 1917 derribaron el antiguo edificio y parte del material se reutilizó para la construcción del faro de Favàritx. Más o menos un año más tarde se electrificó el alumbrado de la farola y, a unos cien metros de distancia de donde había estado el faro original, construyeron viviendas nuevas para los fareros.

—Pero este no es móvil, ¿no?

—No, no, para nada —me reí—. Lo que ves aquí se hizo en 1961. Como puedes ver…, no tiene ningún encanto. Es básicamente una torre metálica de diez metros de altura pintada con las típicas bandas blancas y negras.

Theo iba escribiendo todo lo que le decía, subrayando las fechas, trazando círculos sobre palabras como «fareros», etc. Yo continué:

—Aquí lo interesante habría sido el Castillo de Sant Felip. Ojalá lo hubiésemos podido ver entero en su momento de máximo esplendor y tamaño. Por los dibujos, los planos y las galerías subterráneas que se están recuperando, está claro que fue una fortaleza titánica para la época y para una isla tan pequeña. Menorca fue conquistada por los ingleses a principios del siglo XVIII, y más tarde por los franceses; pero con el Tratado de París se dio fin a la Guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra y Menorca fue devuelta a los británicos. Cada vez que cambiaba de manos añadían construcciones y

ampliaban el castillo original. Finalmente, en 1802 retornó a manos españolas y la fortaleza fue demolida por orden de Carlos IV.

—¿Cómo sabes tantas cosas? ¿Eres profesor de Historia o algo así?

—Profesor, dice… No, para nada. Pero siempre me ha apasionado la historia. Y en mi casa, tanto mi padre como mi abuelo materno eran dos enciclopedias andantes. Me viene de familia. —Su mirada era tan penetrante que me despistaba de mis explicaciones—. Pero regresando al faro…, es lo que te he dicho antes, este es el faro con menos encanto, aunque su posición es espectacular. —Señalé a mi izquierda—. Allí puedes ver la isla del Lazareto, donde los barcos y su tripulación pasaban la cuarentena antes de dejarlos desembarcar. Para su construcción se reutilizaron restos del Castillo de Sant Felip… Más a la derecha puedes ver otra construcción enorme, en el lado norte de la entrada al puerto. Es la fortaleza Isabel II de La Mola, una de las mayores fortalezas europeas construidas en el siglo XIX. A veces intento imaginar cómo debió de sentirse un navegante al llegar a Menorca y encontrarse todas estas edificaciones en la entrada de la isla, aunque, bueno, el castillo y la fortaleza de Isabel II nunca coincidieron en el tiempo. Así que, ya ves, una ubicación perfecta para el faro más deprimente; si tiene que haber un asesinato aquí, que sea de algún personaje poco importante de tu novela.

—Ja, ja, vale, tendré en cuenta tu recomendación —expresó con una sonrisa hipnótica.

Empezaba a levantarse algo de aire y, cuando Theo se puso de pie, la brisa le abrió la camisa del todo. Yo aproveché para contemplarlo de nuevo. ¿Qué me pasaba? ¿¿Qué hacía yo admirando el cuerpo de un hombre?? Entonces se sentó a mi lado.

—Gracias por la información, Bruno. Y dices que te encargas de todos los faros, ¿no?

—Sí, mañana voy al de Ciutadella. —Casi podía predecir su siguiente petición.

—¿Te importa si voy contigo mañana?

—Claro, ven. —Así lo solté, ni lo pensé. Incluso él pareció sorprendido de mi rápida respuesta.

—*Wow*, te lo agradezco mucho, Bruno, de verdad. Dejaré que hagas lo que tengas que hacer sin molestar y ya cuando termines me explicas cosas.

—Vale, pero tú me tienes que explicar lo de tu madre, que tengo mucha curiosidad.

—¡Claro! Pues, a ver, te invito a comer mañana cuando terminemos con el faro en algún restaurante de Ciutadella y te cuento lo que quieras. ¿Qué te parece?

Iba a contestar igual de rápido que antes, pero me reprimí. Me hice el interesante como pensando si tenía algún otro compromiso o algo que hacer… Evidentemente, no tenía ninguno. Por fin, le dije que sí y él no reprimió su alegría. Esta vez me puso la mano en el hombro sin darme tiempo a fingir miedo, me miró y me dijo:

—Vale, pues entonces, ¿te veo mañana a las diez en el faro?

—Perfecto, allí nos vemos. Y dime una cosa, ¿ahora cómo piensas salir de aquí?

—Pues por donde he venido… —respondió mirando el acantilado y la costa.

—Anda, anda. ¿Dónde has aparcado el coche?

—A las afueras del pueblo que hay aquí cerca, Es Castell creo que se llama…

—Sí, exacto, ¡y qué buena pronunciación de la elle has hecho! ¡Me has parecido menorquín por un momento!

—Ja, ja, ¡qué bobo eres! —exclamó antes de levantarse dándome un pequeño empujón.

—«Bobo», qué gracia, no es una palabra que se use mucho aquí. Creo que no la escuchaba desde la época del colegio.

—¿Ves? ¡Ahora ya no parezco menorquín!

—Tienes razón, ha durado poco… Venga, va, te acerco yo hasta tu coche. —Me levanté y empezamos a bajar entre la maleza.

—Pero el hombre que controla la entrada a lo mejor te dice algo si me ve contigo.

—Ah…, es cierto, prefiero evitar problemas. —Me tomé un par de segundos para pensar—. Hasta que salgamos del recinto métete en

el asiento de atrás y te cubres con una sábana que llevo en el coche.

—*Okis*.

Así lo hicimos. Pasamos el control sin problema y seguimos en dirección a Es Castell. El trayecto fue corto y se quedó sentado en la parte de atrás, pero no dejó de mirarme a través del espejo retrovisor. Sentía sus ojos clavados en mí. Era todo muy extraño.

Cuando llegamos donde había aparcado se bajó, vino hasta la ventanilla de mi lado, me miró y me dio las gracias de nuevo.

—Te veo mañana.

—Mañana a las diez —asentí.

Él se dio media vuelta en dirección a su coche y yo arranqué. Fue entonces cuando me di cuenta de que eran pasadas las tres y no había comido nada ni tenía hambre. Una sensación en la boca del estómago me oprimía, al mismo tiempo que me sentía bien y contento por cómo había ido aquel encuentro inesperado.

Cuando llegué a casa seguía sin apetito, pero tenía que comer algo. Me herví un poco de pasta, rallé algo de parmesano por encima y le añadí un chorrito de aceite. Esa era mi comida preferida, rápida y fácil de preparar. Nunca me había gustado cocinar. En nuestro reparto de las tareas domésticas, la cocina era para Natalia. Yo prefería barrer, fregar y quitar el polvo antes que meterme en la cocina. Me senté a la mesa y encendí el televisor, pero, aunque mis ojos miraban la pantalla…, mi cabeza estaba en otro sitio: no podía dejar de pensar en Theo.

A mi mente regresaban las imágenes que de alguna manera había fotografiado o grabado involuntariamente: su pelo rizado, sus ojos, su mirada, su boca, su cuerpo escultural con la camisa abierta…, incluso su voz retumbaba en mis oídos con ese acento tan curioso. Escuchar mi nombre saliendo de sus labios me había provocado como una caricia en el alma, sentía una especie de cosquilleo en el estómago al recordarlo.

Cuando terminé me fui a la terraza con mi copa de vino y mi pequeño vicio: un cigarro. No era un fumador como mi padre, que iba a paquete diario hasta que falleció, pero un cigarro después de comer y otro después de cenar eran sagrados. Aunque reconozco que no siempre había sido así. Tanto Natalia como yo fumábamos

desde que nos conocimos, y no uno o dos al día…, unos cuantos más. Pero cuando nació Emma lo redujimos a eso, a los cigarros placenteros después de las comidas y, por qué no decirlo, también después del sexo. Sentado en mi silla de mimbre al lado de la piscina y con mi pequeño capricho entre los dedos, intenté darle un respiro a mi cabeza, quería analizar qué me pasaba, pero entonces sonó el teléfono y Natalia me devolvió a la realidad.

Ya estaban instaladas en casa de sus padres, el trayecto había ido bien, sin retrasos ni sorpresas de última hora, y el reencuentro con su padre (con quien tenía una relación algo complicada) había sido correcto y relajado según sus propias palabras. Emma estaba contenta de estar con los abuelos y la podía escuchar de fondo cantando y riendo con la madre de Natalia. Hablamos unos minutos y quedamos en llamarnos al día siguiente.

Yo tenía que limpiar y aspirar la piscina desde hacía días, así que me puse a ello. Encendí la radio para intentar distraer mis pensamientos con algo de música, pero no lo conseguí. Cuando empezó a sonar *Come into my world* de Kylie Minogue, mi cabeza volvió a Theo; aquella fue la primera canción que escuché pensando en él, la primera de muchas más que estaban por venir. Han pasado más de veinte años de aquel momento, pero el recuerdo sigue tan vívido que con solo cerrar los ojos siento que estoy limpiando la piscina al ritmo de «Come, come, come into my world…».

Aquella noche, antes de acostarme, me di una larga ducha. Cuando me estaba secando con la toalla paré y me miré en el espejo. Pero esa vez no me miré como las otras veces (sí, tenía mi punto narcisista). Normalmente lo hacía para decirme a mí mismo: «Pues bueno, Bruno, no estás mal para tener treinta y un años». Sin embargo, esa vez fue diferente. Me miré con otros ojos. Recordé cómo me había mirado Theo cuando estaba sin camiseta, y me contemplé, sí, esa es la palabra, me contemplé como nunca lo había hecho antes de arriba abajo: el pelo moreno, negro como el azabache, la nariz estándar, los ojos marrones, los labios definidos y gruesos. Seguí bajando: el cuello, los hombros rectos, los brazos delgados pero fibrados y las manos con esos dedos de pianista, que decía mi abuela. Luego el pecho y el abdomen. Me puse de perfil

para cerciorarme de que seguía manteniendo la barriga a raya y así era, estaba en forma. Me giré un poco más y me miré el culo, que también seguía en su sitio, y luego volví a ponerme de frente para seguir bajando la mirada hacia el vello púbico, húmedo aún de la ducha, el pene de buen tamaño y no circuncidado, y las piernas, que no solo estaban fibradas, sino también algo musculadas de correr por el Camí de Cavalls que rodeaba toda la isla. Me gusté. Me sentí…, cómo decirlo…, *sexy*. Y aquella sensación no me la producía el hecho de mirarme desnudo, no. Me sentía así al recordar cómo me había mirado él.

Cuando terminé de secarme y asearme, salí del baño desnudo y me fui directo a la cama. Siempre dormía desnudo, era un placer dormir sin nada, y más en aquella época del año en que la temperatura empezaba a subir. Una vez dentro de la cama, ni siquiera pensé en Natalia y en su lado vacío. Solo deseaba que fuese ya el día siguiente para volver a ver al escritor.

Faro de Sa Farola

Antes de que sonara el despertador ya estaba medio despierto. Eran casi las siete de la mañana y mi idea era estar en el faro a las ocho en punto. Quería terminar el trabajo antes de que Theo llegara, porque lo que realmente me apetecía era dedicarle el tiempo a él y explicarle todo lo que necesitara para su libro. El faro de Sa Farola, o de Ciutadella, no había sufrido tanto los efectos de la tormenta como el de San Carles, así que con un breve repaso de la óptica y el sistema eléctrico, y cerciorándome de que las olas no hubiesen hecho estallar algún cristal, podría dar mi trabajo por concluido.

Después de mi café mañanero y mis tostadas con tomate, subí para vestirme. Tal como había dicho el hombre del tiempo la noche anterior, el día se presentaba soleado y con las temperaturas al alza, y así se esperaba que fuese toda la semana. Yo encantado, odiaba el frío, y sentir el sol y el calor del verano que se acercaba me daba una dosis de alegría y buen humor. Así que escogí la ropa teniendo en cuenta eso y cómo iba vestido Theo el día anterior. No era muy amante de las camisas, pero tenía alguna de manga corta. Me decidí por una de color verde oscuro, unos pantalones cortos negros y unas abarcas negras también. Me miré en el espejo como si me estuviese arreglando para una cita. Deseché el pensamiento rápidamente, ¿cómo podía pensar algo así? Venga, a trabajar. Con suerte me esperaban treinta minutos de carretera, eso si no tenía que tragarme ningún camión.

Llegué al faro poco antes de las ocho y me puse manos a la obra. Ese no tenía nada que ver con el de San Carles, tampoco es que tuviese un encanto especial, pero era un faro como Dios manda. Con su vivienda en la planta baja para el farero de turno y su familia (ahora ya no lo habitaba nadie), y su torre de trece metros de altura. Lo curioso de ese faro era que estaba pintado con las típicas bandas blancas y negras pero en vertical, no como los otros, que las lucían en horizontal o en diagonal. Empecé por inspeccionar el

exterior y luego ya subí para comprobar la lente y todo el sistema eléctrico. Sin darme cuenta eran las nueve y media pasadas y ya había terminado, todo estaba bien, funcionando correctamente, y sin daños externos que requirieran de alguna acción rápida. Lo que más necesitaba era una buena capa de pintura por todo el exterior, torre incluida, pero ese ya no era mi trabajo. Una cosa era dar una mano en una zona donde había saltado la pintura por la humedad o el viento o por estar quemada del sol, y otra era pintar un faro entero yo solo. Me senté sobre el muro de hormigón que se construyó para proteger el faro del fuerte oleaje y esperé su llegada.

Me quedé mirando el mar, intentaba relajarme, estaba nervioso y no entendía el motivo. El agua estaba tan calmada que intenté absorber esa calma para mí, respirar el olor a mar, sentir el sol en la cara…, y noté cómo surtía efecto. Relajé los hombros, abrí los ojos y sonreí. Entonces un «buenos días» a mi espalda, con ese acento inconfundible, me aceleró el pulso de nuevo. Me giré y allí estaba, con esa media sonrisa, mirándome.

—Buenos días, ¿qué tal? —lo saludé poniéndome de pie.

—Bien, muy bien. ¿Y tú?

—Muy bien también.

—¿En Menorca se trabaja mirando al mar? —se rio—. Porque muy ocupado no te veo…

—Bueno, es que estoy aquí desde las ocho.

—Pero habíamos quedado a las diez, ¿no? —Volvió a abrir esos ojos espectaculares como platos.

—Sí, sí, pero me he levantado pronto, y he pensado que para estar en casa sin hacer nada mejor venir aquí para terminar cuanto antes. No sabía en qué estado estaría el faro y si necesitaría ir a comprar algo —mentí descaradamente—, y eso me habría llevado más tiempo del esperado.

—Habría esperado el tiempo que hiciese falta, Bruno.

Cuando dijo eso algo se removió en mi interior. Una frase tan nimia como esa, dicha por él, sonaba bonita y cargada de sentido.

—Pues ya no tienes que esperar —afirmé—, podemos empezar cuando quieras.

Él vestía una camiseta blanca, unas bermudas verde claro y las mismas zapatillas que el día anterior. Se fijó en mi camisa y mis abarcas.

—Me gusta mucho tu camisa, pero para trabajar no parece lo más adecuado, ¿no?

—Ya, tienes razón, pero es lo primero que he visto y a aquellas horas no estaba para pensar en la vestimenta. —«Otra mentira, Bruno, estás que te sales…».

—Y tus zapatos son los típicos de aquí, ¿verdad?

—Sí, sí, las abarcas típicas de Menorca, estas están hechas en la isla y a mano.

—Me encantaría comprarme unas; a lo mejor después de comer, si tienes tiempo, me puedes acompañar a alguna tienda y así me asesoras… —me propuso poniendo de nuevo esa cara de niño bueno.

—Claro. Luego vamos, conozco una tienda donde las venden de esta misma casa —le contesté señalándome los pies.

—*Cool!* Gracias. —Otra vez la sonrisa de haber conseguido lo que quería.

—Venga, ¿qué necesitas saber? Imagino que más o menos como lo de ayer, ¿no? Que, por cierto, este se puede ver por dentro, no sé si te interesa para el libro hacerte una idea de cómo es.

—No, no, el interior no me importa, los cuerpos siempre serán hallados en el exterior.

—Perfecto. Pues, a ver, tampoco hay mucha información relevante o histórica. Las obras de construcción se iniciaron en 1861 y, si mal no recuerdo, se inauguró en abril de 1863. Este fue el primer faro de Menorca en cambiarse al sistema eléctrico, en 1918. Es un faro que ha sufrido varias modificaciones a lo largo de su historia, como la ampliación en altura de la torre o el muro en el que estaba sentado.

—Supongo que el muro se hizo para protegerlo del mar.

—Supones bien. Si te fijas, está muy cerca del agua, quizás a seis o siete metros del nivel del mar. En días de tormenta las olas llegaban a entrar en las dependencias. Su ubicación señala la entrada al puerto natural de Ciutadella, y lo que tenemos allí —señalé recto— es el Castillo de Sant Nicolau, una torre de defensa

construida a finales del siglo XVII. Muchas construcciones se dedicaban o se les daba el nombre de Sant Nicolau porque es el patrón de los marineros.

—Ah, eso no lo sabía; es un dato interesante a tener en cuenta para la novela.

Paseamos durante una hora por los alrededores del faro, yo seguí hablando y Theo apuntando en su libreta, como un universitario tomando apuntes. Cuando terminamos era demasiado pronto para ir a comer y le propuse ir andando hasta el centro de Ciutadella. Él aceptó encantado, dejó su libreta en el coche y empezamos a caminar.

Al cabo de unos minutos noté su mirada clavada en mí mientras andábamos y volví la cabeza hacia él. Me reí y alcé un poco los hombros:

—¿Qué pasa?

—Nada, nada, es que no me creo la suerte que he tenido de encontrar a alguien que sabe tanto sobre la isla y que encima está dispuesto a dedicarme su tiempo.

—Va con el carácter menorquín, siempre que podemos ayudar lo hacemos.

—Uy, eso no es cierto, eres el primer menorquín simpático que conozco desde que pisé la isla hace dos días.

—¿En serio?

—Sí. Como bien dijiste ayer, aquí la gente es muy cerrada, da la sensación de que los de fuera molestamos, o al menos esa es la impresión que me llevé a mi llegada. Tú eres la excepción… Y, bueno, ayer cuando me colé donde estabas tú…, primero pensé que me ibas a tirar por el acantilado, pero después de electrocutarme te relajaste. —Se rio a carcajada limpia y me empujó suavemente. Yo también me reí.

—Vale, sí, en un primer momento pensé que eras un turista más colándose porque sí, por el placer de hacer algo prohibido. Pero luego vi que no, que tenías un interés real en…

—Que no, que no. Que me electrocutaste y se te quitó la mala leche. —Seguía riéndose y me hacía reír a mí.

—¡Y dale! ¡Que fuiste tú! —Entonces lo empujé yo a él; esa fue la primera vez que lo toqué—. Ya veo que no nos vamos a poner de acuerdo en esto —añadí riendo aún.

Seguimos nuestro camino hasta llegar a la plaza de Alfonso III; aún quedaban unos treinta minutos para la una y le propuse acercarnos a la tienda de las abarcas para hacer tiempo hasta que el restaurante abriera sus puertas. Bajamos por la calle de Mahón hasta la plaza de la Catedral. Theo no dejaba de mirar a un lado y a otro, maravillado por el encanto que tenía (y tiene) el centro de Ciutadella. Yo lo miraba a él.

Llegamos a la tienda y mientras echábamos una ojeada al escaparate le conté que las auténticas abarcas menorquinas deben ser pesadas porque la suela está hecha de neumático reciclado, que tienen que verse los puntos cosidos por debajo de la suela y que la tira trasera debe estar integrada en la suela o de lo contrario molestaría al caminar. Asintió y entramos. Se probó un par de ellas y finalmente se decidió por unas de color verde oliva muy bonitas.

Luego nos dirigimos al restaurante, quería llevarlo a un clásico de la isla y me decanté por el Café Balear. Sus inicios se remontaban a los años setenta, cuando era una taberna que acogía a la gente de la mar antes de salir a pescar, y servía tapas a base de pescado y marisco. Por aquel entonces ya era mucho más que una taberna. Entramos y nos sentamos en una mesa cerca de la ventana que daba al puerto.

Theo quería probarlo casi todo y decidimos pedir en plan picapica, así él podría degustar más platos que si nos pedíamos la típica caldereta de langosta y algo para compartir de primero. No obstante, le dije que no podía irse de Menorca sin comer una buena caldereta. También escogí un vino blanco de la isla para acompañar la comida.

Yo estaba ansioso por preguntarle cosas, quería saber más de él, y sobre todo la historia de su madre. No pensaba abandonar el restaurante hasta que me lo hubiese contado. Sin embargo, no quise entrar en eso durante la comida, quería que disfrutara, luego ya tendríamos tiempo.

Enseguida empezaron a traernos los platos y se hizo el silencio, los dos teníamos hambre y él se lo comía todo con los ojos. La verdad es que si el restaurante tenía la reputación que tenía era por algo. Comimos muy bien, cayeron dos botellas de vino, y para Theo el plato estrella fueron las ortigas de mar fritas; a mí también me gustaban mucho. Cuando pedimos los postres…, ya no pude aguantar más.

—Bueno, es hora de que hables tú y me cuentes la historia de tu madre. —Le señalé ladeando la cabeza.

—Sí, tienes razón. A ver por dónde empiezo… Yo no tengo tanta memoria como tú y no puedo decirte los años exactos, pero con todo lo que sabes de historia no te costará situarte. ¿Sabes algo sobre los menorquines que emigraron a Florida en el siglo XVIII?

—Sí, claro, leí hace tiempo sobre ello. Creo que fueron un millar de menorquines que allá por el 1768 se embarcaron en dirección a América, debían establecerse en Florida como colonos.

—Exacto. Les prometieron una especie de paraíso y cuando llegaron se encontraron en una plantación industrial de índigo en condiciones de trabajos forzados. Después de años de hambre, malos tratos, enfermedades…, unos cuantos decidieron escapar, y gracias al nuevo gobernador que había entonces en la región, un tal Patrick Tonyn, se inició una investigación que condujo al cierre de la plantación y al establecimiento de los colonos supervivientes en Saint Augustine, la que era y sigue siendo la ciudad más antigua de EE. UU.

—Bueno, bueno, eso sí es dar una clase de historia.

—¡Qué bobo eres! Sé todo esto porque mi madre me lo ha contado.

—Entonces…, ¿tu madre es una descendiente de aquellos *Minorcans* que emigraron en 1768? —Estaba flipando, ahora era yo el que tenía los ojos abiertos como platos.

—Así es —asintió con cara de satisfacción.

—Hostias, eso sí que no me lo esperaba. —Me había quedado anonadado.

—Mi madre se llama Ana Pons Gomila.

—Joder, más menorquines no pueden ser los apellidos.

—Ya, yo soy el primero de mi árbol genealógico en no ser cien por cien menorquín, porque ella se enamoró y se casó con mi padre, que es americano. Pero mi abuelo, mi bisabuelo… siempre se casaron y tuvieron descendencia entre menorquines de Saint Augustine. El menorquín inicial, o sea, mi… «tatatatarabuelo», o a saber cuántos «tataras» tengo que ponerle delante, fue un tal Miquel Pons que tenía dos meses de vida cuando sus padres decidieron embarcarse en aquella odisea. Parece ser que su padre murió durante la travesía, y su madre a los pocos días de llegar a Florida, así que no sabemos ni sus nombres. Por eso, en mi familia, don Miquel Pons es considerado nuestro antepasado más antiguo.

—Increíble, Theo, estoy alucinado ahora mismo. Conozco la historia de lo que pasó aquella gente, pero nunca me imaginé que conocería a un descendiente suyo. Sé que cuando se instalaron en Saint Augustine vivieron una época digamos buena después de lo sufrido. Que hicieron florecer la agricultura, las artes, la pesca y las tradiciones culturales de Menorca, pero sinceramente desconocía que aún quedaban descendientes de aquella gente.

—Pues ya ves que sí, aquí delante tienes la prueba. Yo me llamo Theo Williams Pons.

—Claro, claro. ¿Y tu madre nunca ha sentido curiosidad por conocer Menorca? ¿Cómo es posible?

—Son maneras de pensar. Para ella Menorca no significa nada, su vida ha transcurrido y transcurre en Estados Unidos, no hay nada aquí para ella, no hay nada que la una a esta isla. Pero, ya te digo, cada uno ve las cosas desde diferentes perspectivas; yo desde que supe la historia de mi familia materna… he deseado venir aquí y conocer este trocito de tierra en medio del mar.

Le sirvieron el postre y me tomé unos minutos para reflexionar sobre todo lo que me había dicho. Ese chico era una caja de sorpresas. Si mi padre o mi abuelo aún vivieran, esa misma noche se lo contaría y se quedarían igual de alucinados que yo. Levanté la vista de su plato y vi que me estaba mirando, siempre con esa media sonrisa y esos ojos que te atrapaban. Me ofreció parte de su

postre, pero le dije que no. El dulce después de comer o cenar no me entraba. Pedí un café y entonces Theo contraatacó.

—Bien, ya te he contado la historia de mi madre. Ahora quiero saber de ti.

—¿Qué quieres saber de mí?

—Todo. —Lo soltó sin pensar y él mismo se dio cuenta. Enseguida lo suavizó—: Quiero decir que me gustaría saber de tu vida, me gustaría saber quién es Bruno.

—Vale, a ver… ¿Por dónde empiezo?

—Imagino que has nacido aquí.

—Sí, sí. Soy menorquín de pura cepa. Mis apellidos pueden competir con los de tu madre: Mascaró Coll. He crecido y estudiado aquí. Tuve la oportunidad de irme a Barcelona a la universidad, pero al final preferí quedarme en la isla y ayudar en el negocio familiar. Tampoco tengo una vocación concreta para nada, y cuando llegó el momento no había ninguna carrera que me motivase lo suficiente.

—¿Cuál es el negocio familiar?

—Tenemos tierras, cultivo de frutas y verduras y también algo de ganado. Mi abuelo ya estaba mayor para todo el esfuerzo físico que requiere dedicarse a esto. Y mi padre y mi tío no podían hacerse cargo de todo. Así que decidí quedarme. Además, en aquella época ya salía con la chica que actualmente es mi mujer.

—Ah, ¿estás casado?

—Sí, y tengo una hija de diez años.

Juraría que cuando escuchó aquello la tonalidad de sus ojos cambió o…, cómo decirlo…, su intensidad.

—¿Te sorprende? —le pregunté.

—Bueno, no, no sé, no había pensado en esa opción. Un tío como tú, trabajando un domingo, luego dedicándome casi el día entero hoy para lo del faro y la comida… No pensé que tuvieras una familia esperando en casa.

—Ya. Lo entiendo. Es que ayer por la mañana se fueron a pasar la semana a la península, en casa de mis suegros. Antes de ir al faro las dejé en el aeropuerto.

—Ah, OK, eso me cuadra más. ¿Y tu mujer es la chica con la que ya salías de adolescente?

—Sí. A decir verdad, nunca he estado con otra mujer. Empezamos con diecisiete años y hasta ahora.

—Tiene que ser bonito compartir tu vida con alguien que conoces desde hace tantos años; es como haber crecido juntos, haber descubierto la vida, el amor y el sexo juntos, sin experiencias previas. Una relación pura.

—Pues casi se podría definir así, sí. Te ha salido la vena de escritor, ¿eh? —Le guiñé un ojo.

Fue entonces cuando los dos expresamos algo que, de no ser por las dos botellas de vino que nos habíamos bebido, nunca habríamos hecho.

—Así que soy como tu segundo plato, ¿no? Como no tienes a tu familia aquí, matas el tiempo conmigo.

No supe cómo tomarme aquello. Porque, aunque lo dijo medio en broma, medio en serio…, sentí que no tenía razón y que no me merecía un comentario de ese tipo. En los días posteriores descubriría que Theo era así, sin filtros, visceral, decía las cosas tal cual las pensaba, y, bueno, eso también formaba parte de su encanto.

—Eso no es así —sentencié—. Es evidente que al no estar ellas tengo mucho más tiempo libre, voy sin horarios y a mi aire. Pero si paso tiempo contigo es porque me apetece hacerlo, porque me gusta estar y hablar contigo. —El vino me hizo pronunciar aquellas últimas palabras, y creo que incluso me sonrojé.

Imagino que mi cara y mi tono, junto con esa muestra de sinceridad, lo desarmaron un poco y a su manera se disculpó:

—Que no lo decía como algo negativo, Bruno, que yo estoy encantado y te agradezco mucho que me dediques este tiempo. Y, además, a mí también me gusta estar y hablar contigo, y no solo para que me cuentes cosas de los faros.

Nos miramos unos segundos de la misma manera que nos miramos el día anterior después de pasarnos la corriente. Entonces asentí con la cabeza y decidí darle la vuelta a la conversación.

—¿Y tú qué me cuentas de ti? Yo también quiero conocer al Theo que hay detrás del escritor.

—Vale, supongo que es justo. No me gusta hablar de mí, pero contigo haré una excepción.

—¡Oh! Me siento halagado —declaré mientras simulaba una especie de reverencia.

—Qué bobo —repuso negando con la cabeza—. A ver, yo nací en Saint Augustine, he pasado mi vida en Estados Unidos, en Florida, con lo que el invierno es algo que no conozco.

—¡Qué envidia me da eso!

—Sí, je, je, la verdad es que es un lujo. Fui a la universidad y estudié filología inglesa, siempre tuve claro que quería dedicarme a escribir. Cuando terminé la carrera trabajé en un periódico local al mismo tiempo que escribía la que sería mi primera novela. Cuando gané el premio que te comenté ayer todo cambió. Las ventas superaron las expectativas de la editorial, y me ofrecieron un contrato demasiado atractivo como para dejarlo escapar.

—¿Y cómo funciona? Quiero decir… ¿Tienes que escribir un libro cada año o algo así? —Yo desconocía completamente aquel mundo.

—Más o menos. En mi caso, tengo que escribir para ellos tres libros en seis años. Y al firmar el contrato ya me pagaron un suculento adelanto por ellos.

—Entiendo. ¿Y qué hay de tu vida? ¿Vives solo? ¿Tienes novia?

—Sí, vivo solo, y no, no tengo novia. —Fue así de escueto en su respuesta, pero yo insistí, no me podía creer que un tío como él estuviese solo.

—¿En serio? No me creo que no tengas a ninguna chica esperándote en Florida —añadí con toda mi cara de incrédulo.

—Pues no, no me interesan. —Apartó la mirada de mí para centrarse en la servilleta y empezar a doblarla.

No supe cómo tomarme aquella respuesta. Sentía que iba cargada de sentido, tanto por el tono y las palabras como por haber roto la conexión visual entre los dos. Pero no quise entrar más en ello.

—Vale, vale, no pregunto más —dije alzando las manos en son de paz.

—A ver, he conocido gente, he tenido mis historias, pero… —dudó un momento y me volvió a mirar; estaba calibrando si decir o no lo

que le estaba rondando por la cabeza— nunca me he enamorado; y hasta que eso no ocurra no quiero empezar nada ni atarme a nadie.

—Eso lo entiendo, y te felicito, es una muy buena decisión. —Sentí cierta admiración por él y por tener algo así tan claro. Al fin y al cabo, un tío como Theo podría estar yendo de flor en flor y rompiendo corazones si quisiera.

Nos quedamos solos en el restaurante. Me di cuenta en aquel instante de que cuando estaba con Theo me aislaba del resto del mundo y de todo aquello que me rodeaba. Solo tenía ojos y oídos para él. Decidí entonces que aquella noche tenía que intentar analizar de alguna manera esas sensaciones y por qué me sentía así de raro, el motivo de querer pasar tiempo con él, esos pensamientos que descartaba rápido para evitar entrar en terreno pantanoso.

Al salir fuimos andando hasta el faro de nuevo, ya que los dos habíamos dejado los coches allí aquella mañana. Durante el trayecto me estuvo contando más cosas de su ciudad natal, de las tradiciones que aún hoy en día se conservan entre la comunidad de descendientes menorquines que viven allí. Cuando llegamos a los coches, el sol ya estaba adquiriendo el tono anaranjado del atardecer, la luz cambió y miré a Theo. No sé si serían aún los efectos del vino, pero recuerdo vivamente el pensamiento que cruzó por mi mente: «Joder, qué guapo es el americano-menorquín este». La luz le iluminaba media cara, remarcando más esa mandíbula cuadrada y dando un brillo especial a sus rizos. No tenía ni una peca, ni un grano, ni ninguna imperfección en ese rostro tan bello.

—¿Te vienes mañana al faro de Cavalleria conmigo?

Vi un destello de alegría en sus ojos.

—Sí, claro que sí —afirmó sin apartar su mirada de la mía.

—Vale, pues ¿te veo mañana a las diez como hoy?

—Perfecto.

Hice ademán de girarme hacia el coche y entonces ocurrió: me frenó cogiéndome del brazo, se acercó y me abrazó. Así, sin más. Noté el calor de su cuerpo, su olor. Fue un abrazo corto pero intenso, y antes de separarse me susurró al oído «gracias». Cuando se apartó yo estaba descolocado, no me quiero ni imaginar mi cara. Así que…, en un burdo intento de disimular y decir algo con

sentido…, lo primero que me salió fue un «Gracias a ti por la comida». Él sonrió y se fue en dirección a su coche. Yo hice lo mismo. Cuando subí al mío miré el móvil y tenía dos llamadas perdidas de Natalia y tres SMS… Realmente me había desconectado de todo estando con él.

La llamé al llegar a casa y le conté por encima lo de Theo. Que me había invitado a comer para darme las gracias por todo y que mañana iba a ir con él a Cavalleria. También se quedó parada cuando le dije que era un descendiente de los *Minorcans*. Ellas estaban bien y antes de colgar hablé con Emma unos minutos. Me contó todo lo que habían hecho aquel día con pelos y señales y que se había pasado media tarde en la cocina con su abuela haciendo *fartons*, un dulce típico valenciano.

Aquella noche después de cenar decidí reflexionar y dejar de evitar ciertos pensamientos sobre cómo me sentía y por qué. ¿Qué me ocurría con él? ¿Por qué esas ganas de pasar tiempo juntos, de hablar, reír, saber de su vida…? Lo miraba y me quedaba embobado; lo encontraba atractivo, y no entendía por qué me pasaba eso. Se suponía que yo era un hombre heterosexual, casado, con una hija… Me gustaba el sexo con mi mujer, no tenía fantasías con otros hombres ni nada por el estilo. Hubo una vez en el instituto, con un amigo, que sí tuvimos una experiencia así rara, pero sin más, todo el mundo experimenta en el instituto, cuando estás cambiando y tus hormonas toman el control. Sin embargo, con Theo era diferente; sentía la corriente del día anterior recorriendo mi cuerpo cada vez que pensaba en él. Y con el abrazo que me había dado sin esperarlo… Al notarlo tan cerca, sentir su energía, su aliento en mi oído…, se me había estremecido el cuerpo entero. Recuperé la imagen del día anterior cuando la brisa le abrió del todo la camisa. ¿Por qué el torso de un hombre desnudo se había grabado en mi mente? Es que no lo entendía. ¿Acaso me gustaba? No, no, no podía seguir por esa línea de pensamiento, simplemente eso no podía ser. Rechacé la pregunta, no me quise contestar. Aunque una vocecita lo estaba haciendo por mí. Se había encendido una luz de alarma dentro de mi cabeza. Eso que me estaba ocurriendo no era normal, pero disfrutaba de cada segundo que pasaba con él, y por esa

especie de miedo irracional no pensaba frenarme. Tenía ganas de verlo al día siguiente, de seguir conociéndolo, de explicarle todo lo que sabía sobre el faro de Cavalleria, y simplemente… dejarme llevar.

Faro de Cavalleria

Evidentemente, me puse el despertador a las siete de la mañana para poder ir antes al faro, hacer mi trabajo y luego dedicarme a él por completo. Por suerte ya me habían informado la semana anterior de lo que tenía que reparar: una de las placas fotovoltaicas que suministraban electricidad al faro estaba dañada y no funcionaba. Me tocaba sustituirla por una nueva que tenía abajo en la cochera. Era algo relativamente sencillo de realizar y no me llevaría mucho tiempo.

Mientras desayunaba caí en la cuenta de que no sabía ni dónde se alojaba Theo; tanto hablar… y no le había preguntado algo tan normal como aquello. Me vestí con una camiseta azul marino, unos pantalones cortos vaqueros y unas zapatillas azules con cordones blancos. Prefería ir con zapato cerrado, porque manipular una placa solar con abarcas podía ser realmente peligroso para mis pies. Luego bajé a por la placa, la cargué en el coche como pude y salí en dirección al faro de Cavalleria.

Durante el trayecto hice una lista mental de cosas que quería preguntarle, de todo lo que quería saber de él y de su vida, aunque luego seguro que no me acordaría ni de la mitad porque al escuchar su voz y mirar su rostro se me iba la cabeza por completo.

Cuando llegué a las puertas metálicas que daban paso al cabo de Cavalleria, bajé del coche y contemplé aquella lengua de tierra que dejaba el mar a ambos lados con las calas Viola de Ponent y Viola de Llevant, y se elevaba hasta los ochenta metros sobre el nivel del mar, culminando con el faro en su extremo. La carretera para ir hasta él era estrecha e irregular y estaba llena de agujeros y flanqueada por piedras de tamaño medio que la delimitaban. Finalmente llegué al pequeño parquin adyacente al edificio, aparqué, descargué la placa y empecé mi jornada laboral. Desde los pies del faro contemplé el horizonte, el mar estaba en calma y un silencio absoluto me rodeaba, solo interrumpido por el graznido de algún

pájaro. El sol ya había abandonado la línea donde se juntaba con el mar al amanecer, estaba subiendo y empezaba a calentar. Sé que las puestas de sol son las preferidas por los románticos, pero a mí siempre me habían atraído más los amaneceres, ver ese rayo de luz que aparece por encima del mar anunciando un nuevo día. Por un momento me vi allí sentado con él, viendo salir el sol los dos juntos… Negué con la cabeza y una vez más rechacé otro pensamiento que me llevaba a Theo: «Para, Bruno, céntrate».

Me di prisa en terminar porque quería esperarlo en la entrada del cabo para luego ir caminando tranquilamente hasta el faro. Faltaban ocho minutos para las diez, me subí al coche y fui hacia las verjas tan rápido como el camino me permitía. Cuando llegué él ya estaba allí, aún con el vehículo en marcha; justo a tiempo.

Los dos bajamos de nuestros coches para acercarnos a los lados opuestos de la verja.

—Buenos días —me saludó, siempre con esa media sonrisa.

—Buenos días. Veo que te sabes mover bien por la isla, ¿eh? Hay mucha gente que se pierde por los caminitos que cruzan las fincas privadas.

—A decir verdad, voy siempre con tiempo por si me pierdo y tengo dos mapas de papel en el coche para ir consultando las rutas.

—Ah, bien, un chico previsor. Mira, deja el coche en aquel arcén, que es un poco más amplio. Había pensado en ir andando hasta el faro, si te parece bien.

—Claro que sí, lo que tú digas.

Subió al coche de nuevo y lo aparcó tal y como le había indicado. Yo retrocedí un poco con el mío para dejarlo en un hueco donde las piedras estaban más separadas de lo que deberían. Theo cruzó la verja y se reunió conmigo mientras yo cerraba la puerta de mi coche con llave.

—¿Acabas de llegar o ya has terminado? —me preguntó.

—Ya he terminado; he venido hasta aquí a buscarte.

—¿Tampoco has podido dormir esta noche y has venido pronto?

—Bueno…, sí, más o menos —me reí.

—¿Acaso no quieres que te vea trabajar o qué pasa?

«No, Theo. He venido antes porque no sé qué coño me pasa contigo que prefiero terminar mi trabajo pronto para así poder dedicarte el máximo de tiempo a ti». Eso es lo que hubiese querido contestarle…, pero no, claro, mentí igual que había hecho el día anterior.

—¡Qué va! Es que ya ves cómo aprieta el calor, y si vengo antes trabajo mejor y más a gusto. Además, solo tenía que sustituir una de las placas solares, que estaba dañada.

—Ah, OK, OK, por mí genial.

—Pues, venga, vamos hacia allí dando un paseo, esta zona no solo tiene el faro como atractivo. Quiero enseñarte un embarcadero con mucho encanto, una pequeña cala y luego llegaremos al faro, ¿vale?

—Vale, soy todo tuyo —asintió, y empezamos a caminar. Cada frase que soltaba por esa boca perfecta iba cargada de sentido para mí. Mientras él contemplaba las vistas, yo aproveché para mirar cómo iba vestido: camisa blanca ibicenca, pantalones cortos *beige* y, cómo no, ya llevaba las abarcas que se había comprado el día antes en Ciutadella.

—Veo que vas de estreno —comenté señalándole los pies.

—¡Sí! Son supercómodas y me encanta el color.

—Cogerán algo de polvo andando por aquí…

—No importa. Tenía muchas ganas de ponérmelas y sentir el calzado menorquín en mis pies.

Cuando habíamos avanzado un poco le señalé el pequeño muelle con pasarelas de madera que quedaba al lado izquierdo del cabo.

—Aquello es el Port de Sanitja.

—¡Qué bonito! ¿Podemos bajar?

—Claro, vamos. —Cuando algo le llamaba la atención era igual que un niño, me encantaba.

—¿Se trata de un puerto antiguo? —preguntó durante nuestro descenso.

—Uf, las primeras referencias escritas que hay de este puerto y la ciudad que construyeron los romanos datan del siglo I d. C. Era un enclave muy valorado por su longitud y su bajo fondo marino. Eso lo

convertía en un muy buen refugio para las embarcaciones cuando soplaba la tramontana con toda su fuerza.

Le expliqué un poco más sobre Sanisera, una de las tres ciudades que tuvo la isla en época romana. Él se paseó por las pasarelas contemplando las pequeñas embarcaciones y agachándose para remover el agua. Luego nos dirigimos a la cala Viola de Ponent, una pequeña cala con aguas turquesas. Ver su cara cada vez que le enseñaba algo nuevo no tenía precio. Theo disfrutaba y yo disfrutaba viéndolo a él.

—Qué maravilla de agua, Bruno, dan ganas de bebérsela.

—Sí, y además no hay nada de viento. Parece una laguna paradisíaca.

—Me he dejado la toalla en el coche, ¡si no, me bañaba!

—Me lo creo, me lo creo.

—Podríamos ir a la playa esta tarde, si no tienes planes, claro.

—A ver, no tengo planes, pero es que no llevo ni toalla, ni bañador, ni nada…

—Bueno, toallas yo tengo dos en el coche. En lo que no te puedo ayudar es en lo del bañador, porque yo no uso, siempre hago nudismo.

Creo que después de escuchar eso todo mi cuerpo se aceleró, incluso noté una especie de sofoco que me subía por el cuello. Joder. Ir a la playa con él, verlo desnudo, desnudarme yo también… Madre mía. Aquí en Menorca, el nudismo era una práctica muy habitual, pero yo solo lo había hecho con Natalia. Me estaba poniendo nervioso por segundos, pero Theo rompió mis pensamientos.

—¿Qué me dices? ¿Te apuntas a una tarde de playa? —Y él tan pancho, como si nada…, y yo muriéndome.

—Bueno, sí, pero ¿qué comemos? Habrá que buscar algún…

—No, no. He preparado un par de bocadillos por si te convencía para ir conmigo. —Otra vez esa cara de satisfacción por haber conseguido lo que quería—. Y también traigo agua para no deshidratarnos.

Yo me lo quedé mirando, sorprendido y negando con la cabeza mientras me reía.

—Tienes unas cosas…

—¿Por qué?

—¿Y si te hubiese dicho que no?

—Pues me habría comido tu bocadillo para cenar.

—Si es que… la cuestión es tener respuesta para todo.

—Siempre. —Se rio de nuevo y pasó el brazo por encima de mi cuello para achucharme. Entonces con la boca a dos centímetros de mi oreja susurró—: Sabía que me dirías que sí.

Yo me reí, le aparté el brazo y me alejé haciéndome el ofendido; él se me quedó mirando… Y otra vez esa conexión en la mirada como pasó el primer día después del «traspaso de corrientes». Aún riéndome, le dije:

—Venga, va, vamos al faro.

Theo no solo tenía una atracción magnética por su físico; su actitud irradiaba energía, luz, fuerza. Su manera de moverse, de mirar, de gesticular… Él no se limitaba a esperar que las cosas ocurriesen; las abordaba, las provocaba, con delicadeza y sin forzar. Tenía la capacidad de imponer su voluntad de una manera simple y natural. Yo me sentía como una vulgar polilla atraída hacia aquel brillo que me cegaba, pero que al mismo tiempo me hacía ver el mundo de otra manera.

Cuando llegamos al faro él me estaba contando algo sobre su primera novela, pero mi mente solo podía pensar en una cosa: «Voy a verlo desnudo y él a mí». Estaba en bucle con esa idea. Me moría de vergüenza y de ganas a la vez.

Fue entonces cuando sonó el teléfono: era mi madre. Me disculpé y me alejé un poco para contestar la llamada.

—Hola, cariño, ¿por dónde paras hoy?

—Hola, mamá, pues me pillas en Cavalleria, que he cambiado una de las placas solares y ahora voy a subir hasta la linterna para repasar la lente y todo el tinglado eléctrico. —Miré hacia donde estaba Theo y vi que él también me estaba mirando.

—Ten cuidado al subir por esas escaleras tan viejas… ¿Vendrás esta noche a cenar como quedamos?

—Sí, sí, claro.

—Pues te espero sobre las nueve; te he hecho los calabacines rellenos como a ti te gustan —me informó divertida—, para que

luego digas que no te cuido.

—¡Oye! Yo nunca digo eso, ¿eh?, no seas mentirosa. Todo lo contrario, si es que eres la mejor madre del mundo —añadí exagerando el tono.

—Hay que ver lo zalamero que eres…

—Lo he aprendido de ti. —Me giré otra vez y Theo seguía mirándome. ¿Qué estaría pensando?

—Te veo esta noche, cariño, pasa un buen día.

—Tú también, mamá, un beso.

—Otro.

Regresé hasta donde estaba él, que seguía sin quitarme los ojos de encima.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Sí, sí. Era mi madre.

—Ah, vale.

Me atravesaba con los ojos y no pude más.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—No sé… —dudé—, así, como leyendo mi mente.

—Ja, ja, no tengo ese poder. Aunque me encantaría tenerlo.

Otra frase cargada de sentido. Yo también hubiese querido tener ese poder en aquel momento, al más puro estilo Charles Xavier de *X-Men*.

—¿Te incomodo? —me preguntó.

—No. Pero tienes unos ojos que a veces me hacen sentir… desnudo.

Tardó unos segundos en contestar; se giró hacia el horizonte y luego volvió a mirarme con una cara de pícaro que nunca he olvidado.

—Desnudo es como estarás esta tarde en la playa —se rio y me guiñó un ojo—. Venga, va, cuéntame cosas del faro.

«Será cabrón». Al final era imposible borrar esa sonrisa constante de nuestras caras.

Hice un esfuerzo colosal para desviar mi mente y centrarme; alcé la vista hacia la torre de quince metros de altura y empecé:

—Pues aquí lo tenemos, el faro de Cavalleria. Es el único faro de Menorca que no ha sufrido cambios significativos en su estructura a lo largo de sus casi ciento cincuenta años de historia. Se inauguró en 1857 y fue muy importante para la navegación de la costa norte de la isla. Desde el siglo XIV se habían documentado más de setecientos naufragios en esta zona y, a pesar de la ayuda que supuso su construcción, siguieron ocurriendo algunos naufragios de importancia que motivaron la construcción de los faros de Favàritx y Punta Nati.

—Son muchos naufragios…

—Sí, una barbaridad, pero la costa norte es muy irregular, con muchos escollos, islotes, zonas de poca profundidad…, y, lo más importante, es donde la tramontana sopla con una potencia contra la que ningún barco puede luchar.

—Entiendo —comentó, y siguió apuntando en su libreta.

—Este faro es el que está situado a mayor altura de la isla; el acantilado tiene casi noventa metros de altura. Y también fue el último faro de las islas Baleares en funcionar con petróleo.

—¿Y esto es un pozo? —me preguntó señalando el viejo aljibe que había en medio del patio.

—Exactamente. Es lo que aquí llamamos aljibe. Ahora mismo estás pisando la parte superior de una enorme sala de techo abovedado. Es preciosa. Yo tuve la suerte de bajar una vez a principios de los noventa porque mi padre fue uno de los que ayudaron a limpiarla. Piensa que Cavalleria nunca ha tenido suministro de agua ni de luz, así que una cisterna de este tamaño para las dos familias que vivieron aquí en su momento era más que necesaria. Pero ven, vamos a subir a la torre porque vale la pena. A diferencia de otros faros, en este se accede a la torre directamente desde el exterior. Imagínate un día de viento o tormenta, en plena noche, y tener que subir a encender o apagar el faro antes de que fuera automático.

—Terrible.

—Exacto. No conocemos ni valoramos el gran trabajo que hacían los fareros de la época.

Abrí la puerta y empezamos a subir los escalones mientras Theo observaba la barandilla original, que aún se conservaba en muy buen estado. Salimos a uno de los balcones de la torre y allí estaba: una de las vistas más espectaculares de la isla.

—Bruno, esto es una maravilla, no tengo palabras para describirlo. —Creo que estaba sufriendo una especie de síndrome de Stendhal. Miraba a un lado y a otro, y lo vi emocionarse. Sentí el impulso de abrazarlo, pero una vez más me reprimí. Le dejé unos minutos para que asimilara tanta belleza, y luego intenté poner en palabras lo que él no podía.

—Son unas vistas impresionantes en ciento ochenta grados. Fíjate que es un faro que no solo mira al mar, mira también a tierra. Su ubicación hace que al subir aquí mires hacia Menorca y no hacia el mar; es lo que más te llama la atención. Toda la lengua de tierra que hemos recorrido andando, allí tienes la cala Viola de Ponent y el puerto de Sanitja. Y si ampliamos nuestra visión de oeste a este, tienes la cala Morell, luego Santa Águeda, el Monte Toro, Es Mercadal aquí enfrente, la Mola de Fornells y allí puedes ver Favàritx.

—Fantástico. No sé qué decir…

—Por fin te he dejado sin palabras, ¿eh? —me reí.

—Siempre hay una primera vez para todo —declaró sin apartar la vista de la inmensidad que lo rodeaba.

Nos quedamos casi media hora allí. Theo sacó su libreta de nuevo y empezó a escribir como un poseso. Yo me preguntaba por dentro cómo podría ubicar un asesinato en un lugar que le había producido tal impresión por su belleza.

Bajamos del faro en silencio y lo guie hacia una pequeña cueva que fue usada como polvorín durante la Guerra Civil.

—¿Te dan miedo la oscuridad o los espacios cerrados? —le pregunté antes de entrar.

—Ahora mismo no me da miedo nada.

—Pues sígueme.

Yo iba preparado para la ocasión y saqué de mi bolsillo una pequeña linterna. Entramos en la cueva. Iluminé el suelo para no tropezar con nada y me adentré hasta el pasadizo que ya conocía. Theo me seguía, pero tropezó con algo y se quejó.

—No vayas tan rápido, que tu linterna no es que sea muy potente y yo no veo el suelo con tanta oscuridad…

Y no lo pensé, solo actué.

—Dame la mano. —Extendí el brazo hacia él y sin dudarlo acercó la suya hasta tocar la mía y cogerla con fuerza. Otra vez nuestras manos se encontraron sin electricidad de por medio, solo el calor y la presión que instintivamente aplicábamos sobre ellas. Tocarlo me hacía sentir…, no sé…, completo. Avanzamos por el pasadizo hasta llegar al «balcón» que se abría al final y nos regalaba unas vistas privilegiadas de la isla des Porros. Una vez allí nos soltamos y le expliqué un par de datos sobre aquella pequeña isla de ocho hectáreas de superficie. Cuando fue el momento de regresar le tendí la mano de nuevo, él la cogió y caminamos hasta la salida de la cueva en silencio.

Una vez fuera, nos sentamos en unas rocas mirando hacia el mar.

—Gracias, Bruno, ha sido espectacular. Ahora entiendo por qué decías que el faro de Sant Carles carecía de encanto. Es que al lado de este…, ni el de ayer le hace sombra. Claro que el mérito no es de la construcción en sí, sino de su ubicación, pero en conjunto es un espectáculo. Me ha encantado.

—Pues si este te ha gustado…, espera a ver Favàritx, es mi preferido. Su ubicación no es tan impresionante como la de este, pero para mí es el más bonito de Menorca, tiene una energía especial, no sé cómo explicarlo. Cuando vayamos ya me darás tu opinión. —«Cuando vayamos», lo dije así, dándolo por sentado.

—Me muero de ganas. Y de hambre también —añadió tocándose la barriga—. ¿Volvemos a los coches y nos comemos los bocadillos?

—Vamos. —Yo también empezaba a tener hambre.

Llegamos a los coches y Theo cogió su mochila del asiento del copiloto. Nos sentamos debajo de un árbol para reposar del sol después de la caminata y nos pusimos a comer. Él me preguntó por el invierno en la isla. Era consciente de que el gran momento era a finales de primavera y en verano: todo verde, buena temperatura, días largos, turistas, más servicios, restaurantes abiertos, etc.

—El invierno puede llegar a ser muy duro para alguien que no ha nacido aquí; mucha gente viene en verano, se enamora de la isla, y

creen que este paraíso es siempre así. Pero no. Incluso para algunos menorquines se hace demasiado pesado y durante la temporada invernal se van a la península.

—¿Tanto cambia? —me preguntó mientras masticaba el bocadillo de jamón que había preparado.

—Bastante. Sobre todo, aquí tenemos mucho viento, puedes llegar a empalmar hasta siete días de viento continuo día y noche…, y desquicia bastante cuando sucede esto. Por las temperaturas no, raramente se baja de los diez grados, y aunque es la isla más lluviosa del archipiélago, tampoco llueve tanto como para tener que estar encerrado en casa días. Para mí el viento es lo más pesado.

Terminamos de comer y decidimos ir a pasar la tarde a la playa de Cavalleria, que estaba a unos minutos en coche y tenía a continuación la playa de Ferragut, donde se concentraba más nudismo y menos familias con niños. Aunque a finales de mayo no iban a estar muy concurridas ni la una ni la otra. Se acercaba el gran momento. Subimos a los coches y llegamos al parquin de la playa en nada.

No me había equivocado; contemplamos la playa desde una especie de mirador y había muy poca gente. En la zona nudista divisé a un par de parejas y un hombre solo dentro del agua. Theo estaba maravillado de nuevo por la belleza de aquel paraje: la arena de grano más gordo que el de otras playas, con su tonalidad rojiza; el agua transparente, pero de un tono menos turquesa y más azul. Detrás de ella se extendía el sistema dunar de más de un kilómetro hacia el sur. Y a su derecha quedaba playa Rotja, que era más pequeña, más protegida del viento y donde era costumbre ir a darse «baños de barro».

Caminamos hasta la playa de Ferragut atravesando Cavalleria por la orilla y bañando así nuestros pies cansados en las pequeñas olas que se levantaban tímidas por la falta de viento. Escogimos el rincón más al oeste, que brindaba unas vistas de las dos playas muy bonitas. Theo me pasó una de las toallas, estiró la suya encima de la arena y empezó a desnudarse. Yo quería mirarlo, pero no lo hice, estiré la toalla y me senté. Me quité la camiseta y empezaba a desabrocharme el pantalón cuando él me dijo:

—Te espero en el agua, ¡necesito refrescarme ya!

Estaba desnudo de espaldas a mí yendo en dirección al agua; entonces sí lo miré. Su espalda, sus brazos, su culo, sus piernas… Era una escultura que había cobrado vida y ahora se empezaba a sumergir en el agua. Yo me quité los pantalones y luego los *slips*. Ya está, estaba desnudo en la playa con otro hombre que me hacía señales desde dentro del agua con la mano para que me reuniera con él. «Joder, Bruno, cómo te lías…».

Me levanté y fui hasta el agua bajo la atenta mirada de Theo. No se cortó ni un pelo, yo no me atreví a mirarlo directamente. No es que me diera vergüenza, me cuidaba y tenía un cuerpo del que me sentía orgulloso, pero nunca me había encontrado en la situación que estaba, y menos con ese bombardeo de pensamientos y sentimientos hacia el chico que me observaba.

—Está buenísima, Bruno, qué gusto de agua y de temperatura.

—Bueno, para mí está aún un poco fría, a mediados de junio es cuando llega a su temperatura ideal.

—Está claro que no te has bañado nunca en el Atlántico…

—La verdad es que no, solo conozco el Mediterráneo —afirmé sumergiendo el cuerpo hasta el pecho—. No he viajado tanto como tú.

—No he viajado tanto como crees, pero Estados Unidos es tan grande que encuentras unos contrastes y paisajes increíbles dentro del mismo país. Mientras en Nueva York están a cero grados y con las calles nevadas…, en Miami se están bañando en el mar y todos los centros comerciales tienen el aire acondicionado a toda máquina.

—Claro, es que es enorme. Yo no me he movido de la España peninsular y de Menorca. Espero en un futuro poder ver más mundo, me encantaría conocer tu país y en concreto Saint Augustine.

—Claro que sí. Un menorquín con tantos conocimientos sobre su isla tiene que ver Saint Augustine una vez en la vida aunque sea, y yo seré tu guía —sentenció con su sonrisa mágica—. ¿Salimos? Me apetece fumar un cigarro.

—No sabía que fumabas.

—Y no me considero un fumador; el tabaco lo relaciono con los momentos de placer, de relax. Un cigarro después de comer, de

cenar, aquí en la playa… o después del sexo. —Dijo esto último sin mirarme directamente. Qué raro. ¿Algo de rubor en él? Sonreí para mis adentros.

—Yo hago lo mismo desde hace algunos años. Antes era un fumador de paquete diario, igual que mi mujer —mencionar a Natalia en aquella situación, estando con él, en la playa, desnudos…, me hizo sentir… ¿culpable? No, no quería entrar en esa línea de pensamiento—, pero al nacer Emma decidimos dejarlo. Luego empezamos con los cigarros «sociales», y al final se han quedado en estos tres o cuatro diarios.

—Pues vamos, te invito a uno.

Salió del agua antes que yo y eso me dio la oportunidad de volver a mirarlo de espaldas, ahora mojado. Yo lo seguí sin quitarle los ojos de encima. Al llegar a las toallas él rebuscó dentro de su mochila mientras yo me sentaba. Cuando encontró el tabaco se sentó a mi lado, sacó un cigarro del paquete, se lo puso en la boca y lo encendió. Dio una calada y me lo pasó.

—Toma.

Madre mía, ponerme en la boca algo que había pasado antes por la suya… ¡es que me parecía erótico! Dios mío, no entendía nada. ¿Qué significaba todo eso? ¿Qué estaba haciendo allí? «Para, Bruno, no pienses, NO pienses». Él sacó otro cigarro, se lo encendió y se tumbó apoyando los codos en la toalla, quedando así medio incorporado. Entonces sí lo miré, aunque intenté ser discreto. Su pecho, su abdomen, su pene, sus piernas, sus pies llenos de arena… Sentía un impulso visceral de tocarlo. Volví la vista hacia el horizonte y di una larga calada al cigarro. Nos quedamos así hasta que terminamos.

Él volvió a sentarse en la misma posición que estaba yo, se giró y me preguntó:

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Una hermana, mayor que yo. Pero vive en Barcelona. Ella sí fue a la universidad y ya encontró trabajo al terminar la carrera. Luego conoció al que ahora es su marido y solo viene a la isla en fechas señaladas: cumpleaños, Semana Santa, Navidades… ¿Y tú?

—No. Yo soy hijo único.

—¡Uf! Ahora lo entiendo todo… —contesté alzando la vista al cielo.

—Qué bobo eres —protestó, y me empujó con el hombro mientras se reía—. ¿Qué tengo de diferente por haber sido hijo único? A ver…, dime, venga.

—No lo sé, Theo, no te conozco lo suficiente. Pero lo de venir hoy a la playa lo planificaste, y luego me has dicho que estabas seguro de que te diría que sí. Esa es una actitud que tenéis los hijos únicos porque se os ha consentido todo siempre. Os salís siempre con la vuestra, os acostumbran así. No tenéis que «pelear» con un hermano o hermana para decidir si iréis a la playa o a la montaña el domingo. Queréis algo y lo tenéis sin más. Sé que lo estoy exagerando, pero ¿entiendes la idea?

—Sí, sí, soy consciente de ello. Y debo reconocer que fui un niño al que se le consentía todo. También era bueno, estudiaba y traía buenas notas a casa. Pero, sí, los hijos únicos lo tenemos más fácil para conseguir aquello que deseamos. El problema lo tenemos cuando queremos algo que no podemos tener. —Otra vez clavó los ojos en los míos—. ¿Otro baño?

—Claro. —Me levanté y fuimos hasta la orilla en silencio, entramos en el mar y nos quedamos a poca distancia el uno del otro con el agua por la cintura. Theo empezó a hablar y yo… yo es que ni lo escuchaba. Miraba su boca, sus dientes blancos y perfectos, cómo se movían sus labios, su cuello, su pelo húmedo pegado a la cabeza pero aun así manteniendo los rizos.

Apartó la mirada de mí señalándome algo hacia la parte de arriba de la playa, y yo vi la oportunidad para volver a contemplarlo. Su torso mojado, lleno de gotas que resbalaban hacia abajo, recorriendo esa piel dorada hasta el inicio del vello púbico y su pene flotando en el agua… Y fue entonces cuando noté mi excitación, joder, me hundí instintivamente en el agua para ocultarme y disimular. Eso ya era demasiado. ¿Qué me pasaba? Me estaba excitando al ver a otro hombre desnudo, no podía negarlo, simplemente no podía. Me quedé quieto con el agua hasta el cuello y seguí mirándolo, fingiendo que lo escuchaba y asintiendo de vez en cuando para que quedara más creíble. Se giró de nuevo hacia mí y, claro está, se percató de que me había hundido. Hizo lo mismo y

sonriendo se hundió a mi altura. Éramos dos cabezas sobresaliendo del agua separadas por menos de medio metro. Se quedó en silencio y me miró. Creo que se dio cuenta de que me pasaba algo. A lo mejor estaba rojo o ruborizado, o con la cara desencajada…

—Bruno…, ¿te pasa algo?

Tardé en contestar, sentía un nudo en la garganta.

—No sabría decirte, yo…

Y, sin previo aviso, me cogió de la mano por debajo del agua. El contacto con él disparó aún más mi excitación, pero al mismo tiempo me transmitió cierta calma, y sin pensarlo busqué su otra mano. Cuando la encontré, él cerró los dedos con fuerza alrededor de los míos. Supuse que a su manera me estaba diciendo que estaba allí y que no pasaba nada.

A través del agua tan transparente que tenemos en nuestra isla, pude percatarme de que también él estaba excitado. Lo miré a los ojos de nuevo y así nos quedamos, cogidos de las manos, el uno enfrente del otro, desnudos, excitados… Solo tenía que tirar un poco de él hacia mí para poder sentirlo. Habría sido muy fácil, me moría de ganas de hacerlo y estoy seguro de que él también, pero no hicimos nada, nos quedamos quietos como si el tiempo se hubiese detenido. Fue uno de los momentos más eróticos de mi vida.

Después de unos minutos sin movernos y sin decir nada, yo no pude más.

—Esto es extraño, ¿no? —Una risita nerviosa salió espontáneamente de mi boca.

Theo miró alrededor, levantó un poco los hombros y negó con la cabeza.

—Yo estoy bien. ¿Tú estás bien?

Y sí, la respuesta era que sí. En aquel momento estaba bien, estaba tranquilo. Ese rato cogidos de la mano, en silencio… Él me había transmitido esa calma, esa tranquilidad, aunque la voz en mi cabeza me estaba gritando: «¿Se puede saber qué estás haciendo, Bruno?».

—Sí —respondí. Y fue un sí cargado de sentido y sinceridad. Acallé la voz.

Él apretó un poco las manos en señal de asentimiento. Ladeó la cabeza y dijo:

—Me alegro.

Esperamos un tiempo prudencial para poder salir del agua sin indicios de la excitación vivida unos minutos atrás y nos sentamos de nuevo en las toallas. Theo apoyó la cabeza en mi hombro y yo, por puro instinto, giré la mía a un lado y a otro para ver si alguien nos miraba o si a lo mejor alguien me conocía. Me puse tenso y él lo notó. Levantó la cabeza y me puso una mano en el hombro.

—Perdona, olvidaba que esta es una isla muy pequeña…

—Sí, demasiado, a veces.

—¿Nos secamos y nos vamos?

—Genial.

Él se levantó primero y, entonces sí, lo miré descaradamente, quería hacerme una fotografía mental de aquel cuerpo escultural. Las piernas delgadas pero fibrosas, el culo firme, la espalda con todas sus formas y ni una sola peca, ni un grano, nada… comparada con la mía, que era un mapamundi. Mientras se agitaba el pelo rizado con las dos manos, yo me levanté, cogí la toalla y la sacudí un poco para quitarle la arena. Luego empecé a secarme y noté que me estaba mirando, pero yo no lo miré. Theo permanecía de pie a mi lado, desnudo, cómodo con la situación. Yo por mi parte comenzaba a ponerme nervioso de nuevo. Terminé de secarme y empecé a vestirme.

Cruzamos la playa otra vez por la orilla, y cuando llegamos a las escaleras de madera que subían al camino que llevaba al parquin, nos sentamos para secarnos los pies y quitarnos la arena que se mantenía pegada a ellos. Fue entonces cuando me propuso cenar juntos en su apartamento. El estómago se me subió a la garganta. La verdad es que me apetecía muchísimo estar con él, ver dónde se alojaba, preguntarle más cosas de mi lista mental, poder hablar en un lugar menos público que la playa o los faros…, pero había quedado con mi madre para cenar y, por otro lado, necesitaba tiempo para procesar todo ese remolino de sensaciones que había sentido aquella tarde con él.

—No puedo, Theo —le dije negando con la cabeza—, muchas gracias, pero la llamada de mi madre esta mañana era porque me espera hoy para cenar.

—Ah, vale.

Sentí la decepción en su mirada y agachó la cabeza. Enseguida añadí:

—Pero mañana me encantaría cenar contigo. De hecho, podemos comer y cenar juntos sin problema.

Fue automático, sus ojos se reactivaron de golpe y su sonrisa regresó de inmediato. Alargó la mano hacia mí.

—¿Trato hecho?

Yo asentí y le estreché la mano. Volvíamos a estar en sintonía y eso me alegraba. Luego fuimos hasta la zona de aparcamiento, él abrió el coche y metió su mochila dentro. Acto seguido, haciendo uso de la espontaneidad que lo caracterizaba, se acercó a mí y me dio un abrazo, corto, pero suficiente para volver a sentir su calor. Se apartó y preguntó:

—¿A qué faro vamos mañana?

—Al de Artrutx, al sur de Ciutadella. Por cierto, ¿dónde estás alojado?

—En Arenal d'en Castell, en un complejo de apartamentos. Para ser más concretos, en el número 276.

—¿Quieres que vaya a buscarte y vamos con un solo coche? Yo vivo en Alaior y subir hasta Arenal son diez minutos.

—Vale…, pero no me hagas levantar a las siete, ¿eh? —dijo rascándose la cabeza.

—Ja, ja, estás hecho una marmota… ¿Te paso a buscar a las nueve en punto?

—OK. ¿Conoces el complejo Solisla?

—Sí, sé dónde está —afirmé.

—Pues a las nueve estaré en la entrada esperándote.

—Perfecto. Hasta mañana.

—*See you tomorrow.*

Cada uno subió a su coche y abandonamos Cavalleria.

Cuando llegué a casa reconecté con mi vida, la real. Llamé a Natalia para saber cómo estaban, hablamos un rato y luego salí al

jardín para regar un poco las plantas y echar una ojeada a la piscina. Me preparé el material que podía necesitar al día siguiente en Artrutx mientras apartaba a Theo de mis pensamientos. Necesitaba darle ese respiro diario a mi cabeza.

La ducha me supo a gloria. Cogí un vino tinto de la despensa y salí hacia casa de mi madre, que vivía a cinco minutos andando de la nuestra.

La cena transcurrió según lo esperado. Ella siempre estaba contenta cuando iba a verla. Pero las madres son las madres… y no se les escapa nada. Cuando me despedí de ella y le di dos besos me miró y me preguntó si «todo estaba bien». Yo le respondí que sí, que no entendía a qué venía esa pregunta. Su respuesta fue clara y concisa: «Te noto diferente». Yo negué con la cabeza y bromeé sobre la alta graduación del vino tinto que habíamos bebido. Siempre recordaré que salí de su casa y ella se quedó en el portal mirándome hasta que giré la esquina.

Llegué a casa y después de asearme me fui directo a la cama. Mientras me desnudaba recordaba a Theo tumbado en la toalla fumando el cigarro. Me metí en la cama y mi mente volvió a repasar todo lo ocurrido aquella tarde. Podía ver su cuerpo mojado y desnudo, sentir su pelo húmedo en mi hombro cuando había apoyado momentáneamente su cabeza en él, su culo y su pene con el vello del mismo color que sus rizos, castaño claro. El momento de sentir su mano debajo del agua y darme cuenta de que también él estaba empalmado. Entonces volví a excitarme. Mucho, y decidí no cortarme. Seguí pensando en él, en su cuerpo, y aquella fue la primera noche que me masturbé pensando en Theo.

Faro de Artrutx

Salí de casa a las nueve menos cuarto en dirección norte. Arenal d'en Castell era una urbanización veraniega con todo tipo de servicios que empezaba a estar demasiado explotada. Su playa se encontraba dentro de un enclave que la protegía de la mayoría de vientos y eso la convertía en un destino turístico de primer orden. Actualmente hay un hotel monstruoso en la parte alta de la urbanización que, por desgracia, ya forma parte de su *skyline*. Una pena.

Giré por la calle Estrella y lo vi enseguida: ahí de pie, esperándome. Al acercarme me vio y sonreímos al mismo tiempo. Se acercó, abrió la puerta y entró.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Ha sido muy duro levantarte a las ocho de la mañana? —bromeé.

—En condiciones normales lo habría sido, me gusta mucho dormir, pero soy consciente de que mi tiempo aquí es limitado y quiero aprovecharlo para estar con mi menorquín preferido.

«Hala, aquí tienes otra, Bruno», pensé. Alucinaba con su capacidad para expresar las cosas con esa facilidad. Mi reacción fue la de restar importancia a sus palabras, para variar.

—Desde luego…, hay que ver lo zalamero que eres… —le solté riendo mientras arrancaba el coche.

—¿Qué es un zalamero? —preguntó extrañado.

—Un adulador, un encantador de serpientes…, que me dices unas cosas… —Yo seguía riendo.

—Te digo lo que siento, sin más. Y que sepas que, para ser yo, me estoy frenando muchísimo estos días.

«Pum, otra más». Empezábamos bien el día. A tope, sin filtro. Así era él. Me desarmaba completamente.

Lo lógico habría sido preguntarle en qué cosas se estaba frenando, pero eran las nueve de la mañana y no quería empezar el día con tal

intensidad. Ya tendríamos tiempo. Íbamos a pasar el día juntos.

—Vale, vale —claudiqué en tono de abatimiento—, pues me alegro de ser tu menorquín preferido. —Y por puro instinto le puse la mano derecha sobre la rodilla. Él sonrió y su mano izquierda aterrizó encima de la mía. Nos mantuvimos así un par de minutos hasta que tuve que frenar y cambiar de marcha al llegar al cruce para salir de Arenal.

—Cuéntame cómo es tu pueblo, Alaior, ¿no?

—Sí, aunque los que vivimos allí y gran parte de los habitantes de la isla lo llamamos Lô.

—¿Lô? ¿Así sin más?

—Sí. Y lo mismo sucede con Maó, que decimos Mô.

—¿Os gusta recortar las palabras o qué?

—Uf, si te contara… Nos lo comemos todo cuando hablamos en menorquín.

—Me tendrás que dar unas clases. Porque a lo mejor el apellido menorquín ha llegado hasta mí, pero el dialecto en sí se fue diluyendo a lo largo de los años, convirtiéndose en una mezcla de castellano-latino, inglés y algunas frases y palabras sueltas menorquinas. Así es como habla mi madre, es una locura. Cuando fui a la universidad me apunté a una academia para aprender el español correctamente.

—Y lo hablas perfectamente. Se te nota en el acento que no eres de aquí, pero eso es normal. A nivel gramatical, fonético o de vocabulario no cometes errores. Ya me gustaría a mí tener el mismo nivel de inglés que tienes tú de español.

—Bueno, son las ventajas de crecer con unos padres que hablan lenguas distintas. Entre ellos se comunican en inglés, aunque mi padre entiende el español. Nació en Florida y allí hay muchos latinos. Y mi madre me ha hablado siempre en esa mezcla de lenguas, pero principalmente en español. Al que recuerdo soltando más palabras menorquinas es a mi abuelo. Él sí vino a Menorca para conocer la tierra de sus antepasados, y creo que incluso encontró a algún primo lejano o algo así. Pasó un verano aquí y luego regresó a Saint Augustine. Pero murió cuando yo tenía ocho años y no tuve tiempo para preguntarle y aprender más cosas.

Mientras hablaba me di cuenta de cómo se estaba abriendo, contándome cosas de él, de su familia, sin haberle preguntado yo nada.

—Me viene a la cabeza una de las palabras que decía…, a ver si la digo bien: ¿*es concu*?

—¡Muy bien! Y has clavado el sonido de la *e*, que no se pronuncia ni como una *e* ni como una *a*, sino como una mezcla de las dos. Y venga, dime, ¿quién es *es concu*? —Estaba empezando a coger complejo de profesor…

—Pues el tío, ¿no? O sea, si mi madre tuviese un hermano sería mi *concu*, ¿cierto?

—Exacto. —Si es que además de ser atractivo era inteligente, espabilado, afectuoso… Lo tenía todo. «Frena, Bruno».

Cruzamos la isla, dejamos Ciutadella atrás y bajamos hacia el suroeste de Menorca. Enseguida divisamos el faro de Artrutx, ubicado a solo siete kilómetros de la ciudad. Cuando estábamos llegando me preguntó:

—¿Has pensado dónde vamos a comer y a cenar hoy?

—Sí, lo tengo todo pensado —contesté, y lo miré exagerando una sonrisa de suficiencia.

—¿En serio? —se sorprendió.

—Pues sí. Iremos a comer a Fornells. Ya te dije que tienes que probar la caldereta de langosta antes de irte. Hay un restaurante allí que para mí es el mejor, y de paso daremos una vuelta por el pueblo, que seguro que te va a encantar.

—Me parece genial. ¿Y para cenar? —Le brillaban los ojos. No disimulaba lo contento que estaba de poder pasar todo el día conmigo.

—Es una sorpresa. Te lo diré cuando llegue el momento.

—Vale, yo me dejo llevar. Soy todo tuyo.

—Así me gusta. —Le guiñé un ojo—. Venga, vamos al faro.

Aparqué y bajamos del coche. Para variar, observé cómo iba vestido y me hizo gracia comprobar que llevaba las abarcas otra vez. Estaba claro que le habían gustado. Pero lo que más me llamó la atención fue la camiseta azul turquesa que iba a juego con esos ojos

cristalinos que a veces parecían de otro mundo. Al girarse pude leer las letras que estaban impresas en la parte de atrás: «Love is love».

Llegamos a los pies del faro. Theo sacó su libreta y vi cómo trazaba un dibujo de toda la estructura que tenía delante.

—Dame unos minutos para comprobar que todo funciona correctamente y enseguida estoy contigo.

—Tranquilo, haz lo que tengas que hacer. Yo de mientras voy apuntando las características físicas del faro y sus alrededores.

Lo dejé sentado en el pequeño muro que rodeaba el recinto y fui hasta la sala de máquinas, por llamarla de alguna manera. Hice las comprobaciones pertinentes y luego subí hasta la óptica para cerciorarme de que todo estaba en orden. Llevaba años automatizado y sin dar problemas, pero la cercanía al mar conseguía deteriorarlo todo. Si no hubiese estado con Theo, me habría pasado la mañana sustituyendo piezas que empezaban a estar viejas, y también parte del cableado. Pero no corría ninguna prisa y yo, evidentemente, prefería estar con él.

Cuando terminé mi ronda fui a buscarlo; no lo encontré por ningún lado hasta que lo vi fuera del recinto. Estaba de pie, con los brazos abiertos, encima de una piedra enorme gran parte de la cual se hundía en el mar. Miraba a la nada y la suave brisa que corría agitaba sus rizos y su camiseta… Yo me quedé embelesado. Para mí era como contemplar una obra de arte. Me senté en el suelo y decidí quedarme allí, mirándolo, sin más, porque me apetecía y porque ya empezaba a estar harto de reprimir o frenar ese «algo» que intentaba salir de mi pecho desde el domingo. No sabía exactamente qué era lo que estaba bloqueando, pero sentía la necesidad de romper esa barrera, esas cadenas, y soltarme. Así que… si quería mirarlo, lo miraría. Si quería tocarlo, lo tocaría, y si quería decirle algo, se lo diría. Esa iba a ser mi actitud a partir de aquel momento.

Al rato se giró y se dio cuenta de que estaba allí sentado mirándolo. Vino dando saltitos por las piedras como un chavalín.

—Ojo, que no quiero terminar en urgencias…

—Ja, ja, tranquilo, que estoy en forma y soy muy ágil. ¿Ya has hecho tu ronda?

—Sí, ya estoy aquí para ti. —Entonces fui yo quien clavó los ojos en los suyos, cargando de sentido la frase. Como tantas veces hacía él.

Pero Theo siempre me ganaba. Siempre. Se agachó y acercó su cara a la mía, con su media sonrisa y sin perder la conexión entre nuestras miradas. Yo no me moví y él se detuvo cuando nuestras narices quedaron a diez centímetros de distancia la una de la otra. Me dijo:

—Eso me encanta.

«Joder». Lo tenía tan cerca que podía notar su respiración, su aliento. Aquella fue la primera vez que deseé besarlo, y aunque me había prometido soltarme unos minutos antes…, no tuve los huevos suficientes para lanzarme, no me atreví. Cuando estaba con él, el resto del mundo desaparecía. No obstante, una parte de mi cerebro, por suerte, seguía alerta y en el planeta Tierra. Era la que me avisaba de que estábamos en un sitio público donde cualquier persona podía vernos. A él no lo conocía nadie, pero a mí… Menorca era como un pequeño pueblo. Así que mantuve los ojos clavados en los suyos, pero luego desvié la mirada hacia sus labios y me reí negando con la cabeza:

—Eres de lo que no hay —afirmé, y le aparté la cara con la mano mientras me mordía el labio inferior—. ¿Siempre tienes que ganar?

—Soy hijo único, ¿recuerdas? —Se incorporó y me tendió la mano. Se la cogí y de un tirón me levantó.

—¿Dónde tienes tu libreta?

—Al lado del muro, debajo de una piedra.

—Pues vamos, va, que empieza la lección de hoy.

Volvimos al interior del recinto, él cogió su libreta y yo empecé a contarle lo que sabía sobre el faro.

Artrutx no tenía una gran historia, pero sí una bonita ubicación. Fue construido en el año 1858 también para evitar desgracias marítimas. Algunos de esos navíos aún yacen en el fondo de la costa menorquina, como el Malakoff.

Theo sintió curiosidad por el pecio hundido.

—¿Qué sabes sobre el naufragio?

—No mucho. Sé que se trataba de un carguero francés que colisionó contra el Escull des Governador a principios de 1929. Aún hoy se puede ver el impacto en la roca.

—¿Un *escull* es una roca?

—Sí, una roca o conjunto de ellas que están en la superficie del agua o a muy poca profundidad.

—Ah, vale.

—Por lo que se sabe, se hundió muy rápido a unos quinientos metros de la costa y se llevó consigo a la mayoría de sus tripulantes. Según se escribió en los medios de comunicación de la época, cuando ocurrió el siniestro el vapor procedía de las islas de Madagascar y Reunión, y, tras cruzar el Canal de Suez, había realizado una escala en Argel antes de continuar su ruta hasta Marsella. Pero está claro que nunca llegó a su destino. Unas décadas después empezaron a desguazarlo, y hoy en día aún se pueden visitar sus restos si te gusta practicar submarinismo. Pero volvamos al faro. Este y el de Capdepera en Mallorca —señalé la isla vecina— se ocupan de marcar los dos extremos del estrecho que se encuentra entre ellas. Artrutx ha sufrido varias modificaciones a lo largo de su historia: en 1969 su altura subió desde los diecisiete metros originales hasta los treinta y cuatro que tiene actualmente, lo que permite una visibilidad de hasta diecinueve millas náuticas. Y más pronto que tarde tienen intención de convertir el bajo en un restaurante.

—¿En serio? ¿Se puede hacer eso? Yo pensaba que eran como edificios protegidos o algo así.

—Deberían serlo, y llevan años esperando los permisos pertinentes, pero tarde o temprano será una realidad.

Paseamos por todo el espacio que formaba parte del faro mientras yo hablaba y él apuntaba; esos momentos me permitían escapar de su mirada y recrearme observando cada detalle de su anatomía. Aquel día me fijé en sus manos mientras escribía. La manera de coger el bolígrafo, los dedos, las uñas… Mi mente era como un escáner.

Sobre las doce del mediodía habíamos terminado la visita, subimos al coche y llegamos a nuestro destino en media hora. Fornells era y

es uno de los pueblos más bonitos y auténticos de la isla. Una localidad marinera que no llegaba ni a mil habitantes y que, en tiempos, fue fundamental para defender Menorca de las incursiones de los piratas, gracias a su bahía natural. Buena parte de su vida giraba en torno al puerto, uno de los más grandes de la isla, y su costa es de las más escenográficas que hay en las Baleares.

Paseamos tranquilamente y anduvimos hasta la Torre de Fornells: una torre de grandes dimensiones que se levantó a principios del siglo XIX, durante la última parte de la dominación británica. Theo absorbía mis palabras y todo lo que sus ojos admiraban; realmente lo veía deslumbrado por todo aquello que le enseñaba y contaba. Finalmente llegamos al restaurante, otro clásico de la isla que por desgracia nadie tuvo la valentía ni las ganas de continuar cuando los antiguos dueños fallecieron. Era un sitio sencillo, pero, como todo en Fornells, auténtico. Disfrutamos de la caldereta de langosta y, cómo no, de unas ortigas de mar fritas para picar. A Theo le habían encantado cuando las comió en Ciutadella y aquí también las pedimos. Creo que aquella fue la comida más distendida que tuvimos aquella semana: sin frases con doble sentido, sin preguntas incómodas, sin miradas penetrantes… Solo hablamos de la isla, de la comida, de sus viajes… Fue un respiro antes de entrar de lleno en el huracán que estaba por llegar.

Cuando salimos del restaurante en dirección al coche, no pudo contenerse más:

—¿Me dirás ya cuál es el plan para la cena?

—No —me reí.

—Pero, a ver, en algún momento me tendrás que decir algo…

—Mmm, vale, va. ¿Tienes otras zapatillas que no sean las que llevabas el primer día o las abarcas?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando? —preguntó desconcertado y alzando los brazos.

—Tiene que ver. Responde, anda. —Yo me reía. Tenía la sensación de estar «ganando» por unos minutos.

Él dudó y me miró fingiendo enfado, pero sin borrar la media sonrisa de la cara.

—Tengo unas que son como de tela vaquera, con la punta blanca. Pero están bastante viejas y gastadas… Si vamos a algún sitio *cool*, no son las más adecuadas.

—¡Uy, sí! Verás lo *supercool* que es el sitio. —Entré en el coche soltando una carcajada. Él hizo lo mismo clavándome la mirada.

—¿Disfrutas viéndome desconcertado?

—Un poco sí, no lo puedo negar. Pero venga, va, esas serán perfectas para donde vamos. El código de vestimenta para esta noche es ponerte lo más viejo que tengas. —Me miraba sin entender nada—. Va, Theo, hazme caso, ¿vale? —Mi mano volvió a posarse en su rodilla.

—Vale. Como quieras. Tú mandas. —Y su mano se posó encima de la mía otra vez. Aceptaba el contacto físico conmigo con una naturalidad pasmosa.

—Mira, este es el plan: te llevo a Arenal para que puedas ducharte, cambiarte, etc. Yo iré a mi casa y haré lo mismo. A las ocho en punto te paso a buscar y vamos a cenar.

—Qué intrigado me tienes… —comentó y miró hacia el salpicadero sonriendo.

Me acerqué más a él, a su oreja pequeña pero de forma perfecta.

—Mejor —le susurré. Me apretó la mano y negó con la cabeza. Yo arranqué el coche.

Lo dejé en Arenal alrededor de las seis. Nos despedimos con un brillo especial en los ojos, o así lo sentí yo. Cuando llegué a Alaior me fui directo al colmado. Algunas cosas las cogería de la despensa, pero otras necesitaba comprarlas. Luego pasé por la panadería rezando para que les quedaran pastas típicas menorquinas y alguna ensaimada vacía para el postre. Tuve suerte. Con todas las compras llegué a casa, a mi casa, a mi realidad. Conecté de nuevo con ella.

Llamé a Natalia para saber cómo habían pasado el día, y egoístamente lo hice entonces para no tener que hacerlo luego estando con Theo. Le dije que saldría a picar algo con el *Minorcan* y ella me animó: «Pásalo bien y no te pongas en plan guía turístico, que cuando empiezas no paras». Aquella fue la primera vez que sentí un pinchazo en el pecho. El pinchazo de culpa. Sí, me sentía culpable. Aunque, en realidad, *de facto*, no había hecho nada. No

quise entrar en el psicoanálisis; no era el momento. (Sí que lo era, pero decidí que no, me autoengañé de manera consciente).

Me duché y cambié de ropa. Y sí, esta vez me miré en el espejo como el que se prepara para una cita. No rechacé el pensamiento, lo abracé. Me miré, me sentí atractivo, y quería estarlo. Para él. No quería detenerme a pensar. No quería hacerme más preguntas. Sentía que quería vivir aquello. Fuese lo que fuese. Solo sentía la necesidad de estar con él, de tenerlo otra vez a mi lado, mirándome, riendo, agarrando mi mano…

Metí una toalla y el mantel de cuadros en una mochila. Luego fui a por cubiertos, vasos de plástico, la comida y la bebida. Lo introduje todo en un cesto de mimbre enorme que había heredado de mi abuela; lo cargué en el coche y salí en dirección a Arenal.

Curiosamente, no estaba nervioso, al contrario. Me sentía eufórico, feliz, satisfecho de mí mismo por parar de darle vueltas a algo que no entendía y permitirme el lujo de dejarme llevar. Quería que aquella cena fuera especial, diferente, y sobre todo sorprenderlo.

Él me estaba esperando. Se acercó y abrió la puerta.

—¿Voy bien así? —preguntó señalándose. Realmente me había hecho caso: llevaba una camiseta sin ningún dibujo ni nada que en algún momento de su existencia habría tirado a color verde, los pantalones cortos tejanos del primer día y las zapatillas que me había dicho. Estaba guapísimo se pusiera lo que se pusiera.

—Vas perfecto. Anda, sube.

Cuando entró, miró mi vestuario descaradamente.

—¿Y tú dónde vas tan guapo? Me haces vestir como un pordiosero y el señorito con su camisa blanca inmaculada…

Me sonrojé, y mucho. Me había dicho guapo, bueno, que estaba guapo. «Ay, Bruno, pareces un adolescente. Cállate, te vas a poner más rojo y con la camisa se notará aún más». Respondí enseguida con otra mentira:

—Que sea blanca no significa que sea nueva, ¿eh? Yo no he vetado ningún color. Solo te he dicho que te pusieras algo viejo o gastado. —Aunque, en efecto, era prácticamente nueva, era la segunda vez que me la ponía—. ¡Mira mis pantalones medio rotos y mis zapatillas de la edad de piedra! —Eso sí era cierto.

—Bueno, venga… Lo compro —aceptó no muy convencido pero divertido.

Arranqué. Pasados unos minutos, cuando me desvié en dirección a Es Mercadal, le señalé la montaña que se alzaba delante de nosotros.

—Allí es donde vamos a cenar, el Monte Toro: la montaña más alta de Menorca. ¡Con trescientos cincuenta y ocho metros de altura! —Él se rio por mi tono irónico. Mientras subíamos por la carretera le conté un poco sobre el santuario de la virgen del Toro y la estatua del Cristo que había en la cima. Cuando llegamos al parquin divisé algunos turistas, pero nada fuera de lo normal en aquella época del año. Dimos una vuelta alrededor del santuario y contemplamos las vistas.

El Toro no era una gran montaña, pero se podía ver casi toda la isla desde su punto más alto. Lo llevé al lado norte para que viera la bahía de Fornells. Era un espectáculo. El sol empezaba a caer, todo adquiría una luz especial, y la visión del pueblo y el mar con las barquitas como pequeños puntos blancos dentro del agua… era maravillosa. A la izquierda se observaba el cabo de Cavalleria con el faro en su extremo, y a la derecha, afinando la vista, podía verse el faro de Favàritx, que era donde pensaba ir al día siguiente.

—Son bonitas las vistas, ¿verdad?

—Son preciosas, Bruno, estoy… abrumado. —Vi que sus ojos estaban a punto de derramar alguna lágrima de emoción, y eso me emocionó a mí también. Theo tenía esas cosas: podía ser perspicaz, incisivo, duro…, pero a la vez frágil, dulce y emotivo. Sentía las cosas con mucha intensidad. Me apetecía abrazarlo, pero no quería romper su momento. Estaba completamente absorto en el paisaje. Yo, para variar, me quedé observándolo. La luz del sol también lo dotaba a él de un aura especial. Su rostro gozaba de una simetría absoluta: la nariz, los pómulos, los ojos, las cejas, los labios…, todo proporcionado; ni muy grande ni muy pequeño. Sus ojos no destacaban solo por su color, sino también por ser profundos y transmitir confianza, ternura, amor…, y me imaginé que con esa misma intensidad eran capaces de irradiar rechazo, decepción y enojo.

Pasados unos minutos, cuando a su manera ya había absorbido toda la belleza que necesitaba para estar satisfecho, se giró y vio que estábamos solos. Los cuatro turistas que quedaban se dirigían al santuario. Entonces tomó la iniciativa: se acercó a mí, me rodeó la cintura con su brazo izquierdo y apoyó su cabeza en la mía.

—No nos ve nadie, ¿vale? —dijo para que no me pusiera tenso, con esa voz que me hipnotizaba. Y no lo hice. Quería, deseaba el contacto con él—. Gracias por traerme aquí, Bruno, no olvidaré nunca este momento.

«Joder, y yo tampoco». Esta vez verbalicé mi pensamiento.

—Yo tampoco, Theo.

Nos quedamos un ratito así. La luz iba cambiando a medida que el sol continuaba su descenso hacia el mar. El silencio era absoluto. Lo único que sentía era mi corazón latiendo con fuerza, el tacto de sus rizos en mi cara, su respiración…, y por puro instinto le acaricié la mano con la que me cogía por la cintura. No me podía creer lo que estaba haciendo, pero lo hice.

Después de aquel momento de pura magia, fuimos al coche a por la cena.

—Así que… ¿vamos de pícnic? —me preguntó divertido mientras cogía el cesto de mimbre.

—Exacto. Bajaremos un poco por este lado de la montaña, con cuidado, que es bastante empinado, y nos plantaremos en una zona entre los arbustos desde donde podremos contemplar la puesta de sol mientras cenamos.

—Genial, te sigo.

Con alguna que otra dificultad descendimos hasta el lugar que yo conocía; había estado allí un par de veces con Natalia. De nuevo, pensar en ella en aquel momento me dolió y enseguida la aparté de mis pensamientos. Desplegué el mantel y empecé a colocar en platos de plástico todo el picapica. Theo me observaba sentado en la toalla que había traído para tal propósito. Cuando terminé me senté a su lado.

—Bien, pues aquí tienes un surtido de *delicatesen* menorquinas.

—Tienen muy buena pinta, pero agradecería un poco de información sobre qué es cada cosa —dijo chocando su hombro con

el mío.

—Por supuesto. Mira: las pastas que parecen empanadillas se llaman *rubiols*, aquellos son de atún y los de al lado de verduras. Las cañitas están rellenas de sobrasada, ¿sabes lo que es? —Negó con la cabeza—. Es un embutido crudo curado, hecho a partir de carne de cerdo y condimentado con sal, pimentón y pimienta negra. Que alguien con sangre menorquina no conozca la sobrasada tiene delito.

—Oyeee, ¡eso no es justo! —protestó, y me empujó con el codo. Yo me reí y continué. La cuestión era tener cualquier excusa para tocarnos.

—Lo que ves allí que parecen una especie de madalenas se llaman *flaons* y están hechos de queso. Y, por último, mis preferidas: las *formatjades*, rellenas de carne y sobrasada.

Abrí un vino tinto menorquín para acompañar la cena, y mientras comíamos le expliqué por encima el origen de algunas de esas pastas, el porqué de su nombre y cómo habían evolucionado con el paso de los años. El sol se había hundido en el mar y la luz empezaba a menguar. Yo sentía la necesidad de enfrentarme a esa especie de realidad paralela que estaba viviendo. Me armé de valor y me lancé:

—Theo.

—Dime. —Se giró y me miró expectante. Se me hizo un nudo en la garganta, pero lo vencí.

—¿Qué está pasando entre nosotros? —Sonreí nervioso—. Yo… es que… no sé, no sé qué me pasa contigo, pero hay algo raro, ¿no crees?

—No hay nada de raro —negó tan tranquilo.

—¿Ah, no?

—No. Lo que pasa es que me gustas, Bruno, y me gustas mucho.

«¡Bum!». Así sin más. Lo soltó con toda naturalidad y manteniendo la mirada fija en mí. El nudo que se me había formado se deshizo para convertirse rápidamente en una mezcla de felicidad y miedo. Aquello no podía estar pasando. Él no se detuvo ahí.

—Desde que me electrocutaste —me guiñó un ojo— no dejo de pensar en ti. Te observo, te escucho, analizo todo lo que haces y dices. Pensar en verte cada día me llena de una energía y alegría

que no había sentido jamás. El tiempo se detiene cuando estoy contigo, no existe nada más que tú. El otro día en la playa me habría lanzado encima de ti, me moría por tocarte, sentirte… Miro tus ojos, tu boca, tus manos, tu cuerpo; cómo te mueves, cómo hablas…, y eres como un imán para mí. No entiendo cómo ha ocurrido algo así en tan poco tiempo, pero lo siento así, y me moría de ganas de decírtelo. —Acercó su mano y me acarició la cara—. Me tienes loco.

Creo que mientras me decía todas esas cosas increíbles dejé de respirar. No podía apartar la mirada de él, pero tampoco me salían las palabras. Cuando noté el tacto de su mano en mi cara me relajé y conseguí soltar el aire que había retenido desde que había empezado a hablar. Un calor venido de la nada se apoderó de mi cuerpo y noté cómo me sudaba la espalda. ¿Qué se suponía que tenía que decir ahora? ¿Que yo sentía lo mismo por él? ¿Realmente sentía eso por otro hombre? ¿Por alguien de mi mismo sexo? «Sí, sin duda». Pero mi mente era incapaz de aceptarlo, de entenderlo… Estaba casado, por el amor de Dios, tenía una hija… Pero no podía y, lo más importante, no quería negar la evidencia. Él también me gustaba, y mucho. Algo se quebró en mí cuando acepté aquella realidad. Mis ojos se humedecieron y las manos me empezaron a temblar. Noté cómo dos lágrimas resbalaban paralelas por mi cara. Estaba en *shock*. Él reaccionó rápido y me cogió las manos frenando así mi tembleque sin control.

—No, Bruno, no me hagas esto, no llores, porque entonces voy a llorar yo. —Su media sonrisa desapareció por primera vez—. Dime lo que sientes, dilo, estamos solos, tú y yo, nadie puede oírnos, este momento es solo nuestro…

—No… puedo… —dije con la voz quebrada.

—Sé que no te soy indiferente, lo noto en cómo me miras, en cómo me hablas… Puedes decir lo que sientes, lo que se te pase por la cabeza. Estoy aquí, ¿vale? Estoy a tu lado digas lo que digas.

Solté sus manos y me tapé la cara ahogando un sollozo. «Qué vergüenza», eso fue lo primero que pensé. Luego una voz desde lo más profundo de mi ser me gritó: «¡Dilo!».

Separé las manos de mi cara y lo miré. Mis labios estaban a punto de verbalizar algo insólito. A trompicones conseguí hablar.

—Yo… siento lo mismo, Theo, me gustas… y no… no entiendo cómo me ha podido pasar algo así… —Se me secaron las cuerdas vocales de golpe después de decir aquellas palabras.

Acto seguido se levantó, se sentó detrás de mí y me abrazó con fuerza, sin decir nada. Yo junté las manos y me agarré a sus brazos. Lloré en silencio, y no por tristeza, sino por esa mezcla de felicidad y miedo que dominaba mi mente en aquel momento tan crucial de mi vida.

Theo no me soltó hasta que mi respiración volvió a la normalidad. Ya no había rastro de luz solar y la oscuridad nos abrazaba. Se sentó a mi lado y lo miré. Él también había llorado. Yo me sentía liberado en cierto modo, y di paso al sentimiento de felicidad por encima del miedo. Era un momento bonito, único. Y entonces conseguí sonreír. Él seguía expectante, pero su media sonrisa estaba asomando de nuevo. Y al final las palabras volvieron a salir de mis labios.

—Theo.

—Dime.

—Que conste que me electrocutaste tú a mí.

Rompió el silencio de la montaña con una carcajada limpia y preciosa que me hizo reír a mí. Otra vez estábamos mirándonos y riéndonos como tantas veces habíamos hecho aquellos días. Felicidad es la palabra para definir aquel momento irrepetible.

Recogimos todo mientras seguíamos discutiendo el origen del calambrazo, entre risas y algún empujón cariñoso. Subimos la cuesta y llegamos de nuevo al parquin. Estábamos solos y en el más absoluto silencio. Nos acercamos a la zona norte para contemplar las vistas siendo ya de noche. La tranquilidad nos invadía, la paz. Una paz que había logrado en parte cuando él me dijo lo que sentía por mí. En mi fuero interno sabía que yo le gustaba, pero necesitaba oírselo decir.

Regresamos al coche y abandonamos el Monte Toro. Mientras yo conducía puso la mano sobre mi pierna.

—¿Puedo? —me preguntó.

—Claro.

Cuando cruzamos Es Mercadal en dirección norte, la carretera se allanaba y ya no necesitaba estar cambiando de marcha. Entonces

puse mi mano sobre la suya y conduje así hasta que llegamos a Arenal. Paré delante del complejo de apartamentos y me quedé mirando el volante. Él me miraba a mí. ¿Cómo se suponía que tenía que terminar aquella noche? Sentí ese nudo en la garganta otra vez, esa falta de control de la situación. Sabía lo que quería, pero no sabía si sería capaz de hacerlo.

—¿Quieres subir al apartamento? —me preguntó apretando suavemente su mano con la mía.

Yo me encontraba en medio de una batalla interna. Entre lo correcto y lo incorrecto. Cruzar la línea de la traición, del engaño… Natalia no se merecía eso…

—Sí que quiero, Theo, y por eso será mejor que me vaya. —Me giré y lo miré directamente. Vi que mi respuesta no era la que esperaba, y aquel brillo que desprendían sus ojos se apagó de inmediato. Respiró abatido y apartó lentamente su mano de la mía.

Cuando se disponía a abrir la puerta para salir, algo se removió en mi interior y le dije:

—Perdóname, yo… —Alargué la mano para tocarle el brazo.

—No tienes que pedirme perdón por eso. ¿Mañana vamos a algún faro?

—Claro, a las nueve te vengo a buscar igual que hoy.

—Vale —forzó su media sonrisa y me miró—, hasta mañana, Bruno. —Abrió la puerta y salió.

Cuando cerró y el coche se sacudió por el golpe, algo me sacudió a mí también. Lo miraba mientras se alejaba y entonces lo sentí: me ahogaba. Me faltaba el aire. Cuanto más grande era la distancia entre nosotros, más me asfixiaba, y no podía controlarlo. Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez. No quería separarme de él, simplemente no quería. Paré el motor y salí del coche justo cuando él giraba a la izquierda, fuera de mi campo de visión. Ni siquiera pensé en cerrar el coche con llave. Fui disparado detrás de él, mi cuerpo acababa de decidir por mí: había decidido ir a por mi oxígeno, ir a por él sin pensar en nada más. Llegué al punto donde Theo había girado y no lo vi. ¿Qué apartamento era? «Piensa, Bruno, ¡piensa!». El día anterior me lo había dicho, estaba seguro… Apartamento… Lo visualicé en mi mente, estábamos saliendo de la

playa de Cavalleria… Apartamento… ¡¡276!! Me lo repetía una y otra vez. «Busca, Bruno, busca indicaciones, tiene que estar cerca». Podría haber gritado su nombre, pero era tarde y la mayoría de la gente que se alojaba allí dormía con las ventanas abiertas. Avancé hacia la izquierda tan rápido como pude y vi el letrero del segundo bloque de apartamentos, a la derecha de donde empezaban las escaleras: «Apts. 275-278». Era ese bloque, sin duda. El 275 era el bajo, así que el suyo estaría en la primera planta. Subí las escaleras de dos en dos, estaba sudando y temblando cuando lo alcancé abriendo la puerta de su apartamento. Allí estaba, de espaldas a mí. Verlo me insufló una pequeña bocanada de aire, lo suficiente para llamarlo:

—¡Theo!

Se quedó quieto por unos instantes y luego se giró lentamente con los ojos abiertos en un gesto de incredulidad. Negó sutilmente con la cabeza, no se creía que estuviese allí de pie delante de él. Yo me acerqué torpemente, no sabía qué decirle, pero allí estaba.

—Yo… yo no quiero irme, yo…

Su sonrisa mágica volvió con todo su esplendor, sus ojos brillaron como nunca; puso un dedo sobre mis labios, que rápidamente apartó.

—Cállate, bobo —me dijo, y a la velocidad de la luz me besó.

Me besó con tal fuerza e intensidad que tuve la sensación de que nuestros labios iban a estallar, pero no, seguimos besándonos, con los cuerpos unidos en uno, allí de pie, sin importar nada más que nosotros. Mis pulmones se llenaron de aire otra vez, y en aquel momento lo supe: él se había convertido en mi oxígeno. Me arrastró hacia dentro del apartamento y yo cerré la puerta con el pie. No quería soltarlo y él no me soltaba a mí. Y entonces sí, dejé de pensar, dejé de ser el Bruno racional, para abandonarme a él, a su visceralidad, a la pasión desbordante que sentía por ese chico que había entrado en mi vida solo tres días antes. «Suéltate, Bruno, es ahora o nunca».

En pleno frenetismo y sin despegar nuestros labios, Theo empezó a desabrocharme la camisa. Liberado el último botón, me la quitó y cayó a nuestros pies. Él empezó a tocarme el pecho, el abdomen…

Yo noté mi excitación subiendo a un ritmo vertiginoso. Deseaba tocarlo también. Agarré su camiseta a la altura de la cintura y tiré hacia arriba de ella; por un segundo separamos nuestras bocas para dar paso a la prenda de ropa, que terminó encima del sofá. Nuestros labios volvieron a juntarse en el acto y yo por fin pude acariciar aquel cuerpo escultural. Sentía todo el calor que irradiaba en mi pecho, y también noté su excitación en mi pierna. Era una sensación desconocida para mí: podía ser solo yo para disfrutar de él, y al mismo tiempo sentir que éramos un solo ente, envueltos por un calor y una energía que nos impulsaban a seguir y seguir…

Theo me desabrochó el pantalón, que cayó por sí solo al abrir la bragueta del todo. Llevaba solo los *slips* y noté que una parte de mi pene ya asomaba fuera de ellos. Theo metió la mano por dentro y me lo agarró con deseo. Yo abrí los ojos y él también; estábamos conectados. Fue moviendo sus dedos hacia mis testículos y luego volvió a subir… Sabía tocarme. Estaba claro que un hombre conoce como nadie el cuerpo de otro hombre. Con una mano me pellizcaba un pezón mientras con la otra me masturbaba lentamente, y su lengua empezó a deslizarse por mi barbilla para luego volver a subir e introducirse de nuevo en mi boca. Yo quería sentir todo su cuerpo desnudo contra el mío, y, como si me hubiese leído el pensamiento, se quitó los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo. Yo terminé de bajar los míos y, por fin, nuestros cuerpos desnudos se fundieron en un abrazo. Fue tal la excitación de sentir su pene contra el mío que pensé por un momento que me iba…, pero no, no quería terminar aún, quería disfrutarlo un poco más. Mis manos le acariciaron la espalda, y seguí bajando hasta su culo. Lo agarré por ambas nalgas y lo empujé más fuerte contra mí. Theo jadeaba y seguía con los ojos fijos en los míos. Caímos en el sofá sin despegarnos y él siguió moviéndose a un ritmo increíblemente placentero. Cuerpo a cuerpo, notaba su sudor en mi pecho, y el roce de su pene paralelo al mío. Con ese movimiento, encajados como dos piezas de un puzle, él subía y bajaba su cintura consiguiendo así una sensación desconocida para mí. De alguna manera su propio cuerpo y su pene me estaban masturbando, y a la vez yo hacía lo mismo con él. Me sentía a punto de explotar y lo notó… Aceleró el

ritmo más y más, el beso se volvió más intenso si cabe, nuestros cuerpos se tensaron y al final los dos estallamos al mismo tiempo entre jadeos de satisfacción.

Aquella noche no regresé a mi casa.

Faro de Favàritx

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fueron sus rizos. Habíamos pasado la noche juntos, me había dormido a su lado, mirándonos y recorriendo nuestros cuerpos con los dedos. Estaba de espaldas a mí, desnudo y dormido. Podía escuchar su respiración, suave, silenciosa. Aquella espalda perfecta, sin pecas, ni granos ni marcas… Contuve el impulso de acariciar su piel, no quería despertarlo. Me tumbé boca arriba y busqué mi móvil con la mano izquierda, por encima de la mesita de noche. Lo agarré y miré la hora: las siete y cuarto. Entraba mucha luz por la ventana. Ninguno de los dos pensó en cerrar el pórtico verde; aunque tampoco es que eso me sirviera de mucho a mí. Siempre había necesitado oscuridad absoluta para dormir bien. Abrir los ojos y no ver absolutamente nada me relajaba y me desconectaba.

Aún no me lo podía creer: había tenido sexo con otro hombre. Y ahora, en plena erección matutina, seguía tumbado, desnudo y en la misma cama que ese hombre. Theo. Mi Theo. Sentía los labios en carne viva. Qué diferente era besar a alguien de tu mismo sexo. Los labios eran más fuertes, más intensos; los pelos de la barba de dos días pinchaban y rascaban mis labios y mi cara, pero era agradable, excitante… Y cómo me tocaba…, sabía lo que se hacía, cómo moverse, cómo colocarse encima de mí… Yo me dejé llevar, pero en mi interior sentía que también sabía cómo desenvolverme, por puro instinto. Me moría de ganas de repetir y hacer más cosas, disfrutar más de su cuerpo. No entendía cómo podía tener esos pensamientos, cómo podía sentir aquello, cómo en ningún momento pensé en Natalia… Pero silencié mi voz interior porque no pensaba cuestionarme más, iba a vivir aquello al estilo Theo: visceral y sin filtro. O esa era mi intención.

Noté que se movía y se giraba hacia mí. Enseguida sentí su mano acariciándome la cara.

—¿Ya estás despierto? —preguntó en un susurro.

—Sí, demasiada luz para mí. —Le agarré la mano.

—¿Y qué haces? —Su voz sonaba a ultratumba.

—Pensar en ti —respondí con la mirada fija en el techo.

—Qué bonito. ¿Te importa si me pego a ti en plan lapa?

—No, claro, ven. —Volví la cara para mirarlo.

Él se acercó y me pidió que me girara hacia el otro lado, dándole la espalda. Acto seguido pasó su brazo izquierdo por debajo de mi cuello, y el derecho por encima de mi pecho. Los unió y se enganchó a mí. Lo que se conoce como «hacer la cucharita». Sentí su calor enseguida, y noté que también él estaba en plena erección matutina. Me besó en el cuello. Al cabo de unos minutos, su respiración me indicó que se había quedado dormido de nuevo. Vaya marmota… Yo cuando me despertaba y veía la luz… ya no podía volver a dormir; y si hablaba con alguien, ¡aún menos! Me quedé quieto, acariciando su brazo suavemente, con esos pelos finos, claros… Tocarlo me relajaba. Me sentía completo. Aguanté tanto como pude las ganas de ir a mear para no despertarlo, pero alrededor de las ocho ya no podía más. Me separé lentamente, él se movió, y yo pude levantarme sin hacer mucho ruido. Después de orinar fui al comedor para beber un poco de agua y mientras me amorraba a la botella miré por el balcón: otro día soleado.

Regresé al dormitorio con la botella aún en la mano, Theo se estaba levantando.

—Vaya, al final te he despertado, lo siento…

—Que no, bobo, que me estoy meando y no puedo más. —Se rio y se levantó.

—A mí me ha pasado lo mismo, pensaba que explotaba.

Se fue al baño. Yo me tumbé de nuevo, más incorporado, y dejé la botella en la mesita. Escuché cómo meaba: el ruido del chorro cayendo en el agua. Incluso eso me parecía *sexy* y morboso de él. «Por Dios, Bruno, para». Me reí de mí mismo. Volvió al dormitorio y cogió la botella para beber él también. Estaba desnudo, delante de mí, bebiendo a morro igual que había hecho yo. Alargué el brazo y acaricié su abdomen plano y fibroso mientras bebía. Luego recorrí su ombligo con los dedos y bajé más hasta llegar al vello púbico… Cuando vi que empezaba a excitarse fui consciente de que yo ya lo

estaba. Dejó la botella y se puso encima de mí doblando las piernas, colocando las rodillas a ambos lados de mis caderas. Nuestros penes se tocaron, y él se acercó a mi cara.

—Buenos días —me dijo con su mágica sonrisa y esos ojos que brillaban de deseo y felicidad. Y me besó. Se apartó un poco y se quedó mirándome. Yo también le di los buenos días y acerqué mi cara para devolverle el beso. Noté cómo su cuerpo se apretaba contra el mío y sentí que estaba a mil por hora otra vez. Él empezó a descender por mi barbilla con la lengua, luego mi cuello, mi pecho, mi barriga y mi ombligo hasta meterse mi pene en la boca.

—Theo…

Paró un momento y me miró.

—Tú déjame a mí, disfruta. —Y sin darme tiempo a réplica, siguió dándome placer con la boca. De vez en cuando me soltaba el pene y bajaba hasta mis testículos con la lengua para luego volver a subir y seguir. Yo estaba en la gloria… Había practicado sexo oral con Natalia, pero esta vez era diferente, era… mejor. No pude aguantar mucho rato; entre el placer físico que me daba y el placer visual de verlo a él desnudo, excitado… Cuando estaba a punto lo avisé, apartó la boca y continuó con la mano. Terminé encima de mí con un orgasmo largo y placentero.

Theo se tumbó a mi lado y me besó en el cuello.

—¿Te ha gustado?

—Mucho. Pero ahora te toca a ti —le dije.

—No, no soy muy de «por las mañanas». Tranquilo, que tenemos todo el día, ya me lo cobraré cuando llegue el momento —añadió, y me lamió la boca para terminar con un beso.

—¿En serio? —Yo pensaba que él también querría descargar, no sé, al menos yo habría querido… No era muy experto en sexo con hombres, pero a mi manera me parecía lógico.

—Sí —se rio tan tranquilo—. Me apetecía darte placer a ti, y en cierto modo dármelo a mí, claro. Pero no tengo la necesidad de terminar.

Me abrazó y nos quedamos unos minutos así mientras mi pulso volvía a su ritmo normal.

—¿A qué faro vamos hoy?

—A mi preferido: Favàritx. Y he decidido que dejaré las reparaciones para otro momento. No hay ninguna urgente como las de Sant Carles y Cavalleria, y prefiero dedicar el tiempo a estar contigo. —Sus ojos brillaron al escuchar esto—. Luego si quieres podemos ir a Cala Tortuga. Es una cala salvaje, sin servicios ni nada, pero muy bonita, y no está demasiado frecuentada en estas fechas. Son treinta minutos andando desde el faro.

—*Cool!* ¿Preparamos también unos bocadillos para comer?

—Sí, y en el coche tengo aún algunas pastas que sobraron de la cena de ayer.

—Pues ya tenemos plan. Y cenar…, ¿cenaremos juntos? —me preguntó ladeando la cabeza y mirándome con una mezcla de ternura y picardía.

—Claro. —No tuve ni que pensarlo.

Se me quedó mirando fijamente con esa imborrable media sonrisa que me desarmaba.

—¿Qué miras? —le pregunté divertido.

—A ti. Es que aún no me lo creo…

—Pues si tú no te lo crees…, ¡imagínate yo!

—Es que… desde el domingo sabía que algo en mí te atraía, que me dedicabas tu tiempo porque así lo querías. La manera de mirarme, las veces que habíamos tenido algún tipo de contacto físico… Era consciente de que…, no sé cómo decirlo sin sonar arrogante, notaba que te gustaba estar conmigo. ¿Sabes?

—Sí, sí, entiendo lo que quieres decir. —«Era tal cual».

—Pero cuando ayer en la cena te solté todo lo que pensaba y me dijiste que aquello era lo mismo que sentías tú…, fue como un estallido; la explosión que hubo en mi interior fue algo que nunca antes había experimentado. Te abracé y lloré igual que tú, pero era de pura felicidad. —Me cogió la mano—. Estoy muy feliz, Bruno. Espero que esto no sea un sueño, porque si es así no quiero despertarme.

—No es ningún sueño, Theo, y yo también estoy muy feliz. Ayer estaba asustado, llevaba días haciéndome preguntas, pero hoy ya no. Hoy todo está claro para mí, sigo sorprendido, pero al mismo

tiempo soy consciente de mis sentimientos, y solo tengo un objetivo: pasar el máximo de tiempo contigo.

Se acercó y nos besamos. Luego nos levantamos, yo me puse mis *slips* y él unos pantalones cortos de color gris que parecían muy cómodos; fuimos a la cocina a preparar algo para desayunar. Encima del mueble del comedor vi que tenía un par de minialtavoces conectados a un *discman*, y justo al lado un estuche abierto con varios CD dentro.

—¿Pongo algo de música? —me preguntó.

—Tienes un buen surtido aquí… —contesté mientras ojeaba los CD.

—Yo necesito música casi para respirar. Sin música la vida no tendría sentido.

—Oh, qué poético —dije riendo—. ¿Te importa que elija yo alguno?

—No, claro. Algunos son piratas con canciones mezcladas de varios artistas, otros ya ves que son originales.

Me decanté por el *Ray of light* de Madonna. Lo introduje y le di al *play*.

—Una muy buena elección —afirmó cuando el primer tema empezó a sonar.

—Gracias.

—Con este disco fue cuando la tomé en serio.

—¿Qué quieres decir?

—Que, antes de este álbum, Madonna era una intérprete erótica, una chica con ganas de llamar la atención y escandalizar a la opinión pública con sus vídeos, letras y fotografías. Pero cuando escuché *Frozen*…, fue como descubrirla de nuevo desde otra perspectiva.

—Eso significa que ahora te gusta…

—La adoro.

En los próximos días iba a tomar conciencia de lo importante que era la música para él. Eso había sido un aperitivo.

Theo preparó el café mientras yo tostaba un poco de pan y miraba en la nevera qué más había. Tomates no; pero había mantequilla y mermelada. Nos sentamos en la mesa y desayunamos, estaba hambriento.

Mientras él se untaba una tostada con un poco de mermelada de melocotón me preguntó:

—¿Cuál es tu color favorito?

La pregunta me pilló desprevenido, pero mi respuesta lo dejó sin palabras a él:

—El mismo que el tuyo, el verde. —Se quedó con la boca abierta y paró de untar la tostada—. No sé por qué te sorprende, ha sido muy fácil de deducir —le aseguré riendo.

—¿Cómo?

—Pues porque cada día había en tu vestimenta algo de ese color, y siendo mi preferido… me he fijado.

Se quedó pensativo un momento; terminó de untar la tostada aún con cara de sorprendido y dijo:

—El primer día no llevaba nada verde…

—Sí, había un detalle de color verde —sentencié.

—¿Cuál?

—Tus zapatillas Lacoste; el cocodrilo es verde.

Sonrió asintiendo con la cabeza.

—Me encanta que te fijes tanto en las cosas.

—No me fijo en las cosas, me fijo en ti. En todo lo que haces y dices, cómo vistes, cómo te mueves… Desde el domingo, mi cabeza solo piensa en una dirección: tú, tú y tú.

Se rio.

Su risa era música para mis oídos. Escucharlo reír me llenaba de alegría. Mirarlo, tocarlo, hablar con él sin censura y sin filtros…, todo me sabía a una felicidad desconocida hasta entonces. Incluso cuando me llamaba bobo me parecía el «insulto» más cariñoso y romántico del mundo. Y yo era una persona feliz con mi vida y mi familia, siempre lo había sido. No me faltaba de nada, tenía todo cuanto podía desear, pero él me daba algo que aún no sabía definir. Me daba algo que no sabía hasta qué punto necesitaba.

Terminamos de desayunar y recogimos un poco el apartamento. Luego nos dimos una ducha, pero primero yo y luego él. El plato era tan minúsculo que los dos a la vez era imposible. Fui a por mi camisa y vi que se había ensuciado, es lo que tienen las prendas blancas.

—Vaya, mi camisa no está muy presentable —comenté levantándola y mostrándole la manga con manchas grises—. ¿Me puedes prestar una camiseta tuya?

—Claro; tengo una verde de manga corta y otra de tirantes. ¿Cuál prefieres?

—La de manga corta.

—Vale, pues para mí la de tirantes. Hoy iremos los dos de verde, ¿te parece?

—Genial.

Me lanzó la camiseta.

Preparamos los bocadillos para la comida, cogimos las toallas que habíamos usado en Cavalleria y salimos hacia mi faro favorito.

Para llegar a Favàritx entramos por carretera al Parque Natural de S'Albufera des Grau; por aquellas fechas el parque estaba cerca de ampliar sus límites tanto terrestres como marinos. Hoy en día ocupa un total de cinco mil hectáreas.

—¿Qué hay en este parque para que lo declararan espacio protegido? —quiso saber Theo.

—Yo diría que es un pequeño mundo dentro de la isla. Tiene una gran diversidad de ambientes: zonas húmedas, terrenos agrícolas, bosques, un litoral con acantilados y playas, islotes y zona marina. Por no hablar de toda la flora y la fauna que vive en él. Más al este hay una laguna de más de setenta hectáreas y tres metros de profundidad que alberga poblaciones de plantas acuáticas y peces que la convierten en un lugar de estancia y reposo para multitud de aves migratorias.

—Ah, vale, no tenía ni idea. Un pequeño paraíso dentro del paraíso. Y el nombre… ¿Qué es una albufera?

—Una albufera es un cúmulo de agua salada separada del mar por una lengua o zona de arena, pero en comunicación con el mar por uno o más puntos. El origen de la palabra es árabe. Y Es Grau es el pequeño pueblo pesquero que encontramos al final de la laguna, que desemboca en el mar a través de un torrente que llamamos la Gola de s'Albufera. Si tenemos tiempo podemos ir esta tarde.

—¡Genial! Yo voy donde me digas y más si es contigo. —Puso la mano sobre mi pierna y se acercó para besarme. Yo acerqué la cara

hacia él sin apartar la vista de la carretera. Me besó tres veces: una en la sien, luego en la mejilla y otra en la oreja. Se me erizó el vello. Puse la mano encima de la suya y conduje así hasta llegar al cruce de la carretera con la entrada al Camí de Cavalls, que luego nos llevaría hasta Cala Tortuga.

Bajamos del coche e iniciamos nuestro camino en dirección al faro, el cual podíamos divisar a lo lejos. Theo era muy observador y se dio cuenta enseguida del cambio que había sufrido el paisaje.

—¿Qué ha pasado con la vegetación? —preguntó girando la cabeza hacia ambos lados.

—Je, je, sí. Ha desaparecido. Todo el cabo se viste de piedra negra, irregular, inhóspita… Parece un paisaje lunar.

—Impresionante… Vaya cambio…

—Y mira esto, ahora ya está casi seca, pero en invierno el agua llega hasta esa franja de allí. —Señalé unas piedras que cambiaban de tono.

—¿Y qué es? ¿Una especie de lago que va y viene?

—Más o menos. Se llama Es cos des Síndic, y se trata de una balsa natural y temporal que solo se forma en caso de fuertes tempestades que levantan olas enormes o por agua de lluvia.

Theo lo apuntaba todo en su libreta como un alumno muy aplicado.

Seguimos andando y así de golpe me preguntó:

—¿Te puedo coger de la mano? —dijo acariciando el dorso de su mano con la mía.

«Venga, aquí lo tienes, Bruno, tu Theo sin filtro y dando rienda suelta a sus deseos».

—No, Theo, lo siento —contesté negando con la cabeza—. Me encantaría, de verdad, necesito el contacto contigo tanto como el aire que respiro, pero esto es Menorca. No solo estamos atrasados en lo que a temas de libertad sexual se refiere, sino que en cualquier momento me puedo cruzar con un primo mío o clientes o amigos…

—Lo entiendo, tranquilo. Pero tenía que intentarlo, ¿no? —Me regaló su sonrisa más pícara—. Yo también necesito el contacto contigo, estaría todo el día… sobándote, ¿se dice así?

—Sí, sí. Palabra correcta. A veces me dejas sorprendido por el léxico español tan rico que tienes, y más cuando se trata de palabras o expresiones más coloquiales.

—Bueno, fui un buen estudiante. Cuando algo te motiva y te gusta… lo aprendes casi sin esfuerzo.

La conexión, el vínculo que se había establecido entre los dos, a veces iba más allá de toda lógica y lo sentía como algo místico. Me fijé en sus ojos (para variar) y pensé en el fuego que desprendían en aquel momento. Qué ojos tan vivos y chispeantes… Acto seguido él me dijo:

—Tus ojos hoy están llenos de energía, Bruno, lo iluminan todo; y cuando me miras siento el impulso de lanzarme contra tu cuerpo, de quedarme pegado a ti.

Era impresionante porque cuando me decía esas cosas no solo me hacía vibrar, sino que me sentía deseado y por consiguiente excitado. Cuando estaba con él era otro Bruno, otra versión de mí mismo que no conocía y que él había despertado cuando me «electrocutó».

Por fin llegamos a la entrada del faro, delimitada por la típica barrera menorquina.

—¿Te has fijado en esas barreras? —quise saber.

—¡Sí! El otro día quería preguntarte por ellas, porque las he visto incluso en entradas de casas particulares.

—Así es. Son «puertas» de madera de acebuche, una especie de olivo silvestre que es muy típico de la costa mediterránea. Su madera es muy dura y resistente. Piensa que algunas de estas barreras pueden tener una vida de más de veinte años.

—*Wow*, ¿y se hacen a mano?

—Sí, los *araders* se encargan de ello. Siempre han sido de fabricación artesanal.

Rodeamos todo el recinto. Theo observaba fascinado el paisaje de rocas negras de pizarra que emergían de la tierra y el mar.

—Me da la sensación de haber cambiado de isla, o incluso de planeta —comentó pasándose la mano por los rizos y contemplando el cabo.

—Bueno, esta es una de las zonas más antiguas de Menorca, geológicamente hablando. Todo lo que ves aquí se formó hace más de cuatrocientos millones de años, durante el período carbonífero.

—*Amazing*…, qué contrastes. Estoy asombrado. Y además es que no hay ni un árbol, ni un arbusto…, nada.

—No, je, je, la alta salinización que hay en la superficie no permite el desarrollo de vegetación destacable, y gracias a eso, las rocas prehistóricas lucen con todo su esplendor. Es un lugar muy especial, diferente, único en la isla. Ya te dije que era mi faro preferido, no solo por el edificio y su torre pintada en espiral, sino también por el entorno. Este lugar tiene un magnetismo único, una energía diferente.

—Entiendo lo que dices. Te sientes como si conectaras con la isla, con su esencia o su alma.

—Yo no podría describirlo mejor, señor escritor. —Le hice un guiño de complicidad—. Ven, agáchate conmigo y pon la mano encima de esta piedra.

Se acercó y se agachó delante de mí, poniendo la mano al lado de la mía. La pizarra desprendía el calor acumulado por la radiación del sol, pero también algo más. Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos. El sonido del mar nos acompañaba como si de nuestra banda sonora se tratara.

—¿Lo notas? Esa conexión, esa sensación de formar parte de la isla; es como si ella entrara en ti y tú en ella. Una especie de trueque emocional.

Él sonrió y acercó más su mano a la mía hasta rozarla.

—No solo noto la conexión con la isla, Bruno, sino también contigo. Siento como si una parte de ti hubiese entrado en mí y, al mismo tiempo, algo de mí se ha quedado en ti. Me siento unido a ti de una manera que aún no soy capaz de comprender, y en este momento más que nunca.

«Joder, sí». Así lo sentía yo también. La isla nos había unido en todos los sentidos, tanto en el físico como en el ¿espiritual?, ¿emocional? Yo tampoco supe encontrar la palabra. No pude contenerme y lo besé. Un beso que de alguna manera selló aquel intercambio de energías con la Menorca madre como testigo. El beso

fue apasionado y sentido, pero ninguno de los dos separó sus manos de la roca; en cierto modo éramos tres en aquel momento, y, como en tantas otras ocasiones, me olvidé por completo de todo mientras sus labios estuvieron en contacto con los míos. Cuando nos separamos y nos levantamos miré alrededor nuestro automáticamente, no podía arriesgarme así, pero por suerte no había «moros en la costa». Seguimos recorriendo el perímetro del faro hasta llegar de nuevo a la barrera menorquina. Abrí el candado, entramos, y volví a cerrarlo, ya que luego saltaríamos por el otro lado a las rocas. Me imaginé la escena vista por los turistas: dos chicos con sendas camisetas verdes (una de tirantes y otra normal), pantalones cortos, caminando rumbo al faro, con las manos casi rozándose de una manera imperceptible para el resto de la gente, pero no para ellos.

Theo había sacado de nuevo su libreta y su atención se alternaba entre el edificio, lo que escribía y, por supuesto, yo.

—Para estar en una zona tan dura e inhóspita, está en muy buen estado, ¿no? —observó.

—Sí, ten en cuenta que Favàritx es el faro más «nuevo» de la isla. Se empezó a construir en 1917, también por la necesidad de evitar más naufragios en la costa norte, ya que Cavalleria y Punta Prima no eran suficientes. Pero no se terminó su construcción hasta 1922 por falta de fondos y problemas con la propiedad del terreno. Por otro lado, fue el primer faro de todo el archipiélago Balear cuya torre fue construida con hormigón. Y si no recuerdo mal, creo que mide unos veintiocho metros. La luz del faro se eleva hasta los cuarenta y siete metros sobre el nivel del mar.

—¿Y aquel pequeño edifico anexo qué es?

—Es lo que se conocía como *es xiringuito*. Se construyó en los años setenta para una figura que crearon entonces: el suplente. En aquella época en Menorca había tres o cuatro suplentes que iban a los faros para suplir una baja o las vacaciones. Era práctico para los fareros, porque así no tenían que ceder su vivienda a alguien que iba a estar allí unos días o un mes como mucho. Pero fue algo que duró pocos años.

Llegamos al pequeño muro que delimitaba el recinto del faro y lo saltamos.

Continuamos andando entre las rocas hacia el punto más septentrional del cabo mientras yo relataba la historia del naufragio del buque Lamoricière, los restos del cual descansan a diez kilómetros de la costa, y en el que murieron más de trescientas personas en enero de 1942. Entre ellos un importante matemático polonés llamado Jercy Rosycki. Sus conocimientos en criptología le permitieron descubrir el misterio del aparato que los alemanes utilizaban para cifrar mensajes durante la Segunda Guerra Mundial.

Llegamos al extremo de la lengua de tierra formada por esas rocas negras que escalonadamente se hundían en el mar. Descendimos hasta una con la superficie lo bastante plana para poder sentarnos y contemplar el mar tranquilos y fuera del alcance de las miradas de los turistas que empezaban a llegar. Aunque en mi mente hervía otra idea más excitante.

Yo salté primero y luego lo hizo Theo. En cuanto lo tuve a mi altura lo besé empujándolo contra la piedra que tenía detrás. Él me devolvió el beso y me abrazó. Yo empecé a desabrocharle los pantalones. Dejó de besarme y me miró entre divertido y sorprendido.

—Bruno…, ¿aquí? —No se creía lo que estaba a punto de pasar.

—Sí, aquí y ahora. —Le bajé los pantalones y metí la mano por dentro de sus calzoncillos. Noté cómo su pene empezaba a hincharse. Seguí besándolo mientras se lo acariciaba para conseguir su máxima erección. Luego me arrodillé y lo miré.

—Si no lo hago bien, dímelo, piensa que es mi primera vez —le dije ladeando la cabeza y con ojos de cordero degollado, pero sin borrar la sonrisa de mi cara.

—Bruno, no tienes por qué hacerlo…

—Pero quiero hacerlo. —Y me metí su pene en la boca. Deseaba sentir cada parte de su cuerpo, poseerlo, en parte dominarlo y notar cómo se estremecía por el placer que le daba. Evidentemente, nunca había practicado sexo oral a un hombre, pero no fue difícil. Solo tenía que pensar en cómo lo había hecho él aquella mañana y, al mismo tiempo, ser consciente de lo que a mí como hombre me

gustaba que me hiciesen en una situación como aquella. El sonido de las olas rompiendo en las piedras, los jadeos de placer de Theo, sentir sus manos acariciándome la cabeza mientras yo seguía dándole placer con la boca y la lengua… Noté que yo estaba duro otra vez y los malditos pantalones me apretaban mucho debido a la postura. Por suerte percibí que a él no le quedaba mucho para llegar al clímax.

—Bruno…, si sigues…, me voy a…

No le dio tiempo a terminar la frase. Estalló y yo aparté la boca en el momento justo para ver cómo eyaculaba encima de la superficie negra de la roca. Seguí con la mano hasta notar que el orgasmo se iba diluyendo. Entre respiraciones profundas, Theo me miró y dijo:

—*Fuck*…, ¿en serio era tu primera vez? —Negaba con la cabeza y resoplaba aún con el pulso alterado.

Yo lo miré y me encogí de hombros.

—Pues sí, así es. —Tengo la certeza de que me ruboricé, y bastante.

Él me tendió la mano, me levantó y me besó. Luego nos sentamos en el borde de la roca con los pies dentro del agua. A Theo le encantaban las historias de barcos hundidos, y le hablé de otro naufragio, el del vapor Isaac Pereire, que naufragó en 1906 cerca de cala Mesquida.

Treinta minutos más tarde era hora de movernos.

—Bueno, basta de historia por hoy, ¿no? ¿Vamos ya a cala Tortuga? —propuse.

—¡Sí! Me apetece mucho tumbarme sobre la arena desnudo y volver a bañarme en estas aguas turquesas.

Nos levantamos y emprendimos el camino de regreso al coche. Una vez allí cogimos las toallas y la mochila y entramos en el Camí de Cavalls. Durante la caminata le estuve explicando lo que era el Camí de Cavalls. Por aquel entonces aún no se podía acceder a todos los tramos del camino, ya fuese por el mal estado de los mismos o porque se encontraban dentro de fincas privadas que prohibían el paso. Su origen se remontaba a tiempos del rey Jaime II, quien ordenó a los caballeros tener siempre listos varios caballos armados con los que vigilar la costa para defender la isla y a sus

habitantes. Poco se imaginaban que aquella ruta que circunvalaba la isla se convertiría con el tiempo en un precioso sendero, reclamo de turistas, excursionistas y de los propios menorquines.

Finalmente llegamos a Cala Tortuga. Desde lo alto divisé una pareja de turistas ingleses, quemados como gambas, ubicados en medio de la cala, y un grupo de jóvenes muy cerca de la entrada norte riendo y bebiendo cervezas. Mientras descendíamos, Theo iba sacando fotos mentales de todo. Se sorprendió por lo salvaje del lugar. Había tramos con algas, troncos con un tono blanquecino que las mareas habían arrastrado hasta allí, la arena dorada pero tirando a blanca, ningún servicio, ni chiringuito, ni casa a la vista. Solo el faro se alzaba a lo lejos, enfrente de nosotros, sin perder ni un ápice de su encanto.

Cruzamos la cala hasta la zona más al este, donde no había nadie aún, así podríamos estar más tranquilos y relajados. La arena empezaba a quemarnos los pies y en el último tramo tuvimos que bajar corriendo a la orilla para refrescarlos. Plantamos las toallas de cara al sol, y dejamos la mochila con la comida y la bebida cerca de una roca en la sombra. Luego nos desnudamos. Qué distinta fue entonces la sensación de desnudarme delante de él comparada con la que tuve en Cavalleria. No sentía ninguna vergüenza ni ningún pudor. Los nervios habían desaparecido. Me sentía más unido a él, y como consecuencia estaba cómodo y tranquilo. Si me miraba no me ruborizaba, y si yo quería mirarlo no intentaba disimular, lo miraba sin más. Se acercó, me cogió de la mano y me dijo:

—¿Vamos al agua?

—Claro, estoy sudando la gota gorda…

Tiró de mí y fuimos casi corriendo hasta entrar en el agua y lanzarnos de cabeza. Los dos salimos a la superficie en el mismo instante y nos miramos riendo mientras nos quitábamos las gotas de mar de los ojos. No hacía falta decir nada, era un momento feliz para ambos. Otro que quedaría grabado en mi memoria para siempre. La cala no era muy profunda en sus primeros metros y nos mantuvimos agachados, con el agua hasta el cuello como habíamos hecho el otro día, pero esta vez con una sonrisa de complicidad y felicidad. El azul de sus ojos competía en belleza con el del agua que

nos rodeaba, su pelo mojado, las gotas resbalando por su cara, esos dientes blancos y perfectos bordeados por esos labios que me pasaría el día besando… Se levantó lentamente y el agua solo le cubría por encima de la rodilla, dejando a la vista aquel cuerpo fibroso de piel dorada e inmaculada. Yo seguía agachado observándolo.

—Eres como un dios griego, Theo, una escultura, qué cuerpo tan perfecto.

—Venga, va, ¡exagerado! Un dios griego, dice…, ja, ja, ja. Me cuido, siempre lo he hecho, pero no para que me digas esas cosas. —Negó con la cabeza sonriendo.

—Para mí eres como una obra de arte, no puedo dejar de mirarte.

—¡Bruno! ¡Ja, ja! —Se puso una mano en la cara mientras reía—. Una obra de arte… ¿Pero tú te has visto? —dijo señalándome con la mirada. Luego añadió—: No podemos ser objetivos en este tema porque lo que sentimos va más allá del físico. Yo tampoco puedo dejar de mirarte. Levántate. —Lo hice y me miró de arriba abajo. Me comía con los ojos—. Eres espectacular, Bruno. —Se relamió.

—Uy, sí…, un *sex symbol* total… Calla, anda. A tu lado no puedo…

Se puso un dedo en los labios para indicarme que me callara. Luego bajó ese mismo dedo para señalar su entrepierna.

—Mira lo que pasa con solo mirarte.

Hostias, se estaba poniendo duro otra vez.

—¡Theo! —grité abriendo los ojos asombrado y girando la cabeza automáticamente hacia la arena. La pareja de ingleses nos observaba a lo lejos—. ¡Theo, tápate! ¡Que nos pueden ver! —Yo me quería morir…

—Imagínate hasta qué punto eres espectacular para mí. No ha pasado ni una hora desde que me has descargado, y con solo mirarte fíjate cómo estoy. —Su pene iba subiendo cada vez más.

—¡Theo, por favor! ¡Sumérgete! —le grité riendo y gesticulando con las manos para que hundiera su cuerpo en el agua.

—¿Te crees ahora que para mí el dios griego eres tú?

—¡Déjate de historias y agáchate! —Yo me hundí de nuevo en el agua mientras me tapaba la cara con las dos manos en señal de

vergüenza ajena. Los ingleses seguían contemplando la escena. «La madre que lo parió».

—Cuando me digas que sí, que me crees, me hundiré de nuevo en el agua.

—¡Vale, sí! —grité—. ¡Te creo! Me ha quedado clarísimo… —Me moría de la risa. Él sonrió satisfecho y cumplió. Se agachó de nuevo dejando solo la cabeza fuera del agua y se acercó a mí.

—Tócame, cógemela —me ordenó atravesándome con la mirada.

—¡Que ya me lo creo, Theo! —Era incorregible.

—Tócame, Bruno, debajo del agua no nos ve nadie.

«Madre mía». Y es que yo también me estaba excitando. No podía parar de reír y negar con la cabeza a la vez. Alargué un poco el brazo y le agarré el pene, duro como una piedra.

—Joder, Theo…

—Exacto. Así es como me pones con solo mirarte. Por lo que el tema físico queda cerrado aquí y ahora. ¿Que te gusta mi cuerpo? Me alegro mucho. Pero en ningún caso yo estoy mejor, ni más bueno, ni es necesario que empecemos a comparar nada; no tiene ningún sentido. Si para ti soy como un dios griego, tú también lo eres para mí, y en tu mano tienes la prueba.

—Entendido. —Asentí con la cabeza.

—¿Aún nos miran los ingleses?

—No —contesté ladeando la cabeza para ver mejor. Entonces me agarró sin avisar y me besó apretando su cuerpo contra el mío. Le devolví el beso y luego nos separamos a la espera de «bajar» sendas erecciones.

Unos minutos más tarde, salimos del agua y nos tumbamos en las toallas. Yo tenía una pregunta que daba vueltas y vueltas en mi cabeza, y se la hice tal cual:

—Entonces…, ¿eres gay?

—Sí —contestó tan tranquilo mientras buscaba el protector solar en su mochila—. Ya te dije el día que comimos en Ciutadella que las mujeres no me interesaban. Pero tampoco me presento así: «Hola, soy Theo y soy gay». —Una sonrisa burlona trepó hasta sus labios.

—Ya, ya, lógico. ¿Y nunca has tenido novia? —quise saber.

—Sí, en la época del instituto. Salí con una chica un tiempo, pero cuando llegó el momento de tener relaciones me di cuenta de que algo no iba como tenía que ir. No me excitaba. Pero si pensaba en un amigo suyo que era guapísimo se me ponía dura sin ningún problema. —Se encogió de hombros y sonrió—. Así que tuve que aceptar la realidad, y desde entonces solo he estado con chicos.

—Entiendo. —Me quedé pensativo un momento—. Yo es que no tuve ese problema; nunca me planteé nada más.

—No me gustan las etiquetas, pero en cierto modo podrías considerarte bisexual, ¿no?

—Tampoco me veo así. —Cambié de postura y me senté mirando hacia la orilla—. Me refiero a que yo solo he estado con Natalia, con ninguna otra mujer. Y si lo pienso bien, tampoco me he sentido atraído por otras mujeres. Como te dije, empezamos muy jóvenes, todo fluyó con facilidad, muy natural…, y entonces uno no se cuestiona nada.

—¿Y con chicos? ¿Nunca tuviste algo con algún amigo tuyo?

Bajé la vista hacia mis manos, y mi propio silencio me delató.

—Cuéntamelo, Bruno —me pidió mientras me acariciaba la espalda suavemente.

—La verdad es que nunca le había dado ninguna importancia, pero desde que apareciste tú…, él volvió a mi cabeza. —Inspiré hondo—. Se llamaba Ángel, éramos amigos desde los siete años, crecimos juntos: mismo colegio, mismo pueblo, amistad entre los padres… Teníamos catorce años más o menos, la época del «cambio», las hormonas van a mil por hora, íbamos a la playa y nos bañábamos desnudos, nos lo contábamos todo, hablábamos de chicas, etc. Un día me propuso ir a ver una peli porno a su casa, un fin de semana que sus padres no estaban. Yo acepté encantado, era como hacer algo prohibido, y me moría de ganas de ver una peli de esas de «adultos». —Hice el símbolo de las comillas con los dedos—. Total, que fui, vimos la peli y, como es lógico, nos pusimos cachondos. Era verano y los dos íbamos con pantalón corto, una camiseta y unas abarcas. El bulto era evidente y nos reímos. Entonces Ángel propuso que nos hiciéramos una paja mirando la peli. Nos habíamos visto desnudos cientos de veces, pero reconozco

que sentí curiosidad por ver cómo la tenía estando empalmado. Esas cosas de adolescentes de comparar tamaños y, bueno…, que estaba cachondo también por la película y la situación. Nos bajamos los pantalones y empezamos a masturbarnos. —Suspiré y me pasé una mano por la cabeza—. Nunca le había contado esto a nadie. Pero sí, nos hicimos una paja, de vez en cuando él me miraba a mí y yo a él, pero era solo eso, curiosidad, o al menos así lo sentí yo en aquel momento. Repetimos alguna vez más, en la playa detrás de las dunas de Son Bou, y alguna vez en mi casa mirando algunas revistas guarras que habíamos conseguido. Era…, no sé…, divertido y morboso a la vez, pero sin más. Era mi mejor amigo y lo compartíamos todo, incluso esa parte sexual.

—¿Y qué fue de tu amigo? ¿Aún vive en Menorca?

—Uy, no; él lo tuvo claro igual que tú. Cuando terminamos el instituto se fue a Barcelona a estudiar la carrera de Medicina, su padre también era médico y muy conocido en la isla. Aunque el último día que nos vimos me confesó que le gustaban los chicos y por eso se iba. De haberse sabido algo así aquí, en Menorca, a principios de los noventa…, habría sido un escándalo. Él era consciente de ello y quería poder vivir su vida libremente. Yo ya estaba con Natalia cuando él se fue y no le di más vueltas, pensé que era lo mejor para él, y aunque me apenaba perder a mi amigo…, entendí que tenía que ser así.

—¿Nunca lo has vuelto a ver?

—Sí, claro, algunas veces. Sus padres aún viven aquí y viene de visita en fechas señaladas como Semana Santa, Navidades…, y si tenemos la ocasión quedamos para tomar un café y ponernos al día. Él vive en Barcelona con su novio, es feliz y tiene un buen trabajo. Pero, ya te digo, hasta aquí mi experiencia con él, jamás hemos vuelto a sacar el tema.

—Así que podemos decir que tu parte gay la he despertado yo, ¿no? —sugirió sonriendo y sentándose a mi lado.

—Pues sí. Cuando me electrocutaste…

—¡Que fuiste tú! —exclamó, y me empujó con el hombro. Yo me reí en alto porque esperaba su reacción.

—Cuando me tocaste, Theo…, esa corriente que entró en mi cuerpo… fue como un despertar, y aquí estamos ahora.

—Y cuando tú me tocaste, cuando esa corriente que dices recorrió mis dedos, mi mano, mi brazo…, sentí que tenía que ser así, que estabas allí aquel día para mí, para despertarme yo también.

—¡Pero tú ya sabías que te gustaban los hombres!

—Me refiero a otro tipo de despertar. —Se acercó y me besó—. ¿Volvemos al agua? Hace un calor tremendo.

—Vamos.

Dentro del agua sentí la necesidad de confesarle una cosa. Me entraba la risa de pensarlo.

—Tengo que confesarte algo.

—A ver…, dime… —Me miraba divertido.

—Estos últimos días me ponía el despertador expresamente para levantarme pronto. Así, si llegaba antes a los faros, podía hacer mi trabajo y luego dedicarme a ti por completo. —Me mordí el labio inferior sin dejar de sonreír.

—¿¿En serio?? —Él también se reía.

Yo asentí conteniendo el impulso de taparme la cara de vergüenza como si fuese un adolescente de quince años.

—Que sepas que ahora mismo me lanzaría encima de ti…, pero me voy a comportar. —Sus ojos me devoraban—. Eres de lo que no hay, Bruno.

—Soy un bobo.

—Mi bobo.

Nadamos un poco mar adentro. El agua estaba más fría, pero el fondo seguía transparente y claro. Veía a Theo extasiado por la belleza de nuestro mar, de nuestra isla, y cuando me miraba a mí sentía cosas que en aquel momento no podía definir.

Así pasamos el resto de la mañana, entrando y saliendo del agua, hablando y riendo. Nos comimos los bocadillos y Theo me contó algunas de las historias que había tenido con otros chicos en Estados Unidos. Todo rollos de una noche, o como mucho de dos o tres días. Nunca nada serio. Era curioso porque me hablaba de tíos con los que había estado, que yo no conocía ni conocería nunca…, pero me

sentía celoso, celoso de que otros lo hubiesen «tenido». Era increíble la montaña rusa emocional en la que estaba montado.

Cuando nuestros cuerpos decidieron que ya tenían suficiente radiación solar, recogimos nuestras cosas y regresamos al coche. Una vez dentro le pregunté qué le apetecía hacer por la tarde. Si quería que fuésemos a Es Grau para dar una vuelta por el parque natural o si quería conocer Maó, la capital de la isla…, y su respuesta me volvió a sorprender:

—Me gustaría conocer tu pueblo, Alaior.

—¿Quieres ir a Alaior? Pero si es un pueblo que no tiene nada de especial. Hay otros lugares de la isla que…

—Para mí sí es especial. Es el lugar donde naciste, creciste, vives… Me gustaría mucho que me llevaras allí y me enseñaras tu casa, el colegio donde estudiaste, donde viven tus amigos o tu madre…

No sabía qué decir. Llevarlo a casa me parecía una traición aún más grande hacia Natalia, pero a la vez me hacía ilusión que quisiera conocer «mi mundo» y, por supuesto, quería satisfacerle en lo que me pedía.

—Vale, vamos a mi pueblo, entonces. Pero, sobre todo, Theo, nada de abrazos, besos espontáneos, tocamientos, etc.

—¡Claro! ¡Claro! No te preocupes. Me comportaré —soltó en tono burlón—. Creo que podré evitar durante un rato la necesidad de tocarte y besarte.

Se acercó a mí y lo volvió a hacer. Tres besos rápidos. En la sien derecha, en la mejilla y en la oreja. Mi ritmo cardíaco se disparó al mismo tiempo que arrancaba el coche y él ponía su mano encima de mi pierna; era ya una costumbre mantener ese contacto durante los desplazamientos en coche. Esa sensación de no poder despegarnos el uno del otro era extraordinaria. A los pocos minutos, cuando entramos en Alaior por el norte, Theo apartó su mano instintivamente.

Conduje hasta nuestra casa y entré directamente en la cochera. La nuestra era una de las pocas casas del centro que contaban con cochera y piscina en el jardín. No nos podíamos quejar, vivíamos bien, muy bien. Desde la cochera accedimos a la cocina. Por suerte, Natalia había dejado la casa impoluta, y yo había estado tan poco en

ella que no había nada sucio o desordenado de lo que avergonzarme.

Cual agente inmobiliario enseñando la vivienda que desea vender, fuimos pasando por las diferentes estancias mientras le explicaba cómo era antes de la reforma que le hicimos, pues se trataba de una casa centenaria que había pertenecido a mis bisabuelos por parte de madre. Como era de esperar, Theo quedó maravillado por la bóveda de marés que encuadraba todo el techo del comedor. Cuando le mostré el dormitorio, el dormitorio que compartía con mi mujer, me sentí extraño; pero él no hizo ningún comentario, se quedó en el umbral de la puerta sin entrar y luego seguimos con la ruta hasta el jardín, ubicado en la parte trasera de la casa, donde también se hallaba la piscina.

—Me encanta, Bruno, tenéis muy buen gusto, es una casa preciosa.

Yo sonreí y le di las gracias por su comentario.

Luego salimos a recorrer el pueblo. Para mí, Alaior no tenía nada de especial, se vivía bien, era tranquilo y poco más, pero Theo quería verlo sí o sí, cualquier cosa relacionada conmigo era de un gran interés para él, y no voy a negar que me encantaba. Subíamos por la calle en dirección a la iglesia de Santa Eulàlia riéndonos de las pintas que llevábamos después de la playa cuando de repente oí una voz familiar que me llamaba:

—¡Bruno!

Me giré y allí estaba ella: mi madre.

En otra ocasión habría ido hacia ella sin pensarlo, pero en aquel momento tuve unos segundos de…, cómo decirlo…, de duda. Que enseguida corregí.

—¡Mamá, no te había visto!

Nos acercamos hasta donde estaba. Noté cómo mi cuerpo se tensaba y mi voz interior me decía: «Calma, Bruno, actúa con naturalidad, no pasa nada».

—Es raro verte por aquí a estas horas, hijo…

—Sí, bueno, estoy haciendo de guía turístico. —Ladeé la cabeza señalando a Theo.

—¿Y eso? —Mi madre se giró hacia Theo y lo miró con curiosidad.

—Él es Theo. Theo, ella es mi madre, Pilar.

—Mucho gusto —dijo ella con un sutil movimiento de cabeza.

Pero Theo no se andaba con sutilezas, ni era pasto de protocolos. Se acercó a mi madre y le dio dos besos.

—Un placer, señora —le soltó, regalándole una de sus mejores sonrisas.

Yo me reí por dentro al ver a mi madre descolocada. Siempre tan correcta y recelosa de cualquier extraño que pisara la isla, su isla. Allí de pie, con su pelo castaño recogido en un perfecto moño, de tez blanca y sin arrugas, con sus labios finos que por un momento se separaron al verse sorprendida por la actitud de Theo. Enseguida recuperó la compostura.

—Theo es…

Ella no me dejó terminar.

—¿El escritor? —Me miró arqueando las cejas.

Yo me quedé mudo al mismo tiempo que mi mente buscaba una explicación razonable para entender cómo podía ella saber algo así. Había sido cuidadoso, ¿acaso nos había visto alguien? Vi que una tenue sonrisa asomaba por la comisura de sus labios.

—No pongas esa cara, hijo; me llamó Natalia ayer para ver cómo estaba y me comentó que te habías topado con un escritor medio menorquín o algo así. —Su mirada rezumaba satisfacción. A su manera me estaba diciendo: «Yo me entero de todo, Bruno». Y añadió—: Ya podrías haberme hablado de él el otro día en la cena.

Yo me recompuse y retomé la conversación con toda la naturalidad que pude.

—Estaba disfrutando de tus deliciosos calabacines rellenos, mamá, no podía pensar en nada más. ¿Te comentó Natalia que Theo es descendiente de los *Minorcans* por parte de madre?

—Ah, no —respondió sorprendida—, eso no me lo dijo.

Se giró hacia Theo de nuevo.

—Si mi marido estuviese vivo…, te avasallaría a preguntas, hijo.

—Y yo se las contestaría encantado.

Mi madre pareció muy satisfecha con la respuesta de Theo. Noté que se relajaba.

—¿Te está gustando la tierra de tus antepasados, entonces?

—Mucho. Es un paraíso. Y tengo al mejor guía que uno puede desear. —Noté que Theo se giraba y me miraba.

—Me alegro. —Los ojos de mi madre escrutaron a Theo—. Y sí, al igual que mi marido y mi padre, Bruno es un gran conocedor de la historia de Menorca. Habría sido un profesor magnífico si se hubiese ido cuando era el momento…

—Ay, mamá, no entremos en eso, por favor… —repliqué poniendo los ojos en blanco.

—Vale, vale —aceptó levantando la mano en son de paz—. Y ahora…, ¿de visita por Alaior?

—Sí. Esta mañana hemos estado en Favàritx. Luego quería llevarlo a s'Albufera des Grau, pero él ha preferido venir a conocer nuestro pueblo —comenté al tiempo que me volvía sonriendo hacia él, que seguía mirándome.

Mi madre nos observó por unos segundos.

—Ya veo —dijo asintiendo levemente con la cabeza—. Pues os dejo seguir con la ruta. Ha sido un placer, Theo.

—Lo mismo digo, señora.

—¿Hasta cuándo te quedas?

La pregunta lo pilló desprevenido. No por no tener respuesta, sino porque era algo en lo que ni él ni yo queríamos pensar.

—Hasta el domingo —contestó. Y entonces sentí ese «bum» dentro de mí. El domingo se iría, y todo habría terminado. Noté cómo se me formaba un agujero en la boca del estómago. Reprimí una náusea. El sonido se alejó de mis oídos y un zumbido se apoderó de ellos. Notaba los latidos de mi corazón en la cabeza. «Joder». No quería pensar en eso, no quería pensar en el maldito domingo. Quería centrarme en el presente. Nada más. El aquí y el ahora. *Hic et nunc*. La voz de mi madre me hizo salir del bucle.

—¿Bruno?

—Eh, sí, dime…

—¿Dónde estabas, hijo? Le estaba diciendo a Theo que deberías llevarlo a un poblado talayótico…

—Ah, sí, claro, a ver si nos da tiempo… —Seguía sintiendo las palpitaciones en las sienes, pero me concentré y conseguí hablar como una persona normal.

—Claro que sí. Pues nada, os dejo seguir con lo vuestro. Voy a casa de Margarita a jugar nuestra partida de dominó semanal. Pasadlo bien.

Yo le di dos besos, nos despedimos y seguimos nuestro camino hasta la iglesia. Sentía una presión en el pecho que me asfixiaba y me senté en las escaleras que llevaban hasta la entrada principal del edificio. Theo se sentó a mi lado. Me había leído la mente. Posó la mano en mi hombro y me habló con ternura:

—No pienses en el domingo, Bruno. Estamos aquí y ahora. Eso es lo que cuenta, recuerda. Aquí y ahora. Repítetelo. Yo lo hago constantemente.

«Aquí y ahora, aquí y ahora, aquí y ahora», me lo repetí como un mantra mientras recuperaba el aliento y las palpitaciones cesaban. No esperaba una reacción tan poco racional por mi parte al pensar en el domingo. ¿Qué significaba eso? «No vayas por ese camino». Noté cómo el color regresaba a mi cara y conseguí soltar un bufido acompañado de un intento de sonrisa.

—Esa expresión ya me gusta más —me dijo mientras apartaba la mano de mi hombro—. Venga, va, ¿qué me cuentas de la iglesia? —preguntó para desviar el tema y que mi mente se centrara en otra cosa—. ¿Algún mártir a tener en cuenta? ¿Alguna reliquia importante dentro de sus muros?

Entonces sí me reí. Nos levantamos y la rodeamos mientras le contaba lo que sabía sobre ella y su construcción. Estuvimos alrededor de una hora recorriendo Alaior. Le enseñé donde vivía mi madre, el instituto donde había estudiado… y las cuatro cosas destacables del pueblo. Luego regresamos a mi casa para coger el coche y salir en dirección a Arenal.

Al llegar al apartamento y cerrar la puerta…, nos pegamos como dos lapas. Nos abrazamos y besamos como dos amantes que llevan separados meses y se reencuentran en el aeropuerto. La necesidad de tocarnos, besarnos, mezclar nuestros alientos, sentir el calor del cuerpo del otro… Tanto rato disimulando por Alaior no había hecho otra cosa que acrecentar ese deseo, y por fin en el apartamento, a puerta cerrada, podíamos ser nosotros mismos. Pasamos el resto de la tarde así: tocándonos, besándonos y mirándonos como si aquello

no fuera real. Tumbados en aquel sofá, sin decir nada pero diciéndolo todo con la manera de mirarnos. Theo me acariciaba como si no pudiera creer que yo estuviese allí, como quien encuentra un tesoro y no puede evitar tocarlo y admirarlo. Reseguía mi anatomía con los dedos: mi nariz, mis labios, mi cuello, mi pecho, mis pezones, mi ombligo… Me sentía más deseado de lo que jamás habría podido imaginar. El corazón me latía con fuerza. No podía dejar de mirarlo. No quería separarme ni un minuto de él, porque, si lo hacía, aquel minuto era irrecuperable. Con el ansia por regresar al apartamento, no había caído en coger ropa limpia de casa. Y, por otro lado, tenía que llamar a Natalia. Me sabía mal romper el momento, pero…

—Tengo que regresar a Alaior, Theo.

Sus labios se separaron de mi cuello y se apartó con los ojos abiertos.

—¿Por qué? —preguntó desconcertado. Yo me reí y giré la cabeza hacia él.

—Porque necesito ropa limpia y tengo que llamar a Natalia. —Lo besé y me incorporé, sentándome en el sofá.

Theo se movió rápidamente y se abrazó a mí por detrás. Estábamos desnudos y sentir su cuerpo pegado al mío, apretándome con sus brazos contra él…, era una sensación maravillosa.

—No te vayas, no te vayas —me dijo casi en un susurro de súplica mientras me mordía suavemente la oreja. Yo me reí y abracé sus brazos con los míos.

—Que voy y vuelvo, Theo. Yo tampoco quiero separarme de ti ni un minuto, pero…

Empezó a besarme la nuca y se me erizó todo el vello del cuerpo.

—Yo te presto ropa para mañana. Puedes llamar a tu mujer desde aquí, yo salgo del apartamento mientras hablas con ella y así te dejo intimidad. Y mañana podemos pasar por tu casa a por ropa o lo que necesites para los próximos días.

Me reí emocionado al escuchar su solución para todo con tal de que no me fuera. Seguía agarrado a mí como un koala mientras me besaba el cuello y los hombros. Asentí.

—Vale, tú ganas…, como siempre… —concedí sonriendo.

—No. Hoy he ganado por los dos.

Y tenía razón. Había dado rápidamente con una fórmula para no tener que separarnos, cosa que deseaba yo tanto como él. Volvimos a tumbarnos en el sofá y seguimos con nuestro ritual de contemplación mutua, con esa sonrisa imborrable en nuestras caras.

Más tarde llamé a Natalia. Mientras Theo se duchaba, fui yo el que salió del apartamento para hablar con ella. Le conté que habíamos estado en Favàritx y también el encuentro con mi madre. Hablé un rato con Emma, que seguía encantada con sus abuelos y lo estaba pasando de fábula. Sentí ese sentimiento de culpa mientras duraba la llamada y conectaba con mi vida…, pero al entrar de nuevo en el apartamento y verlo salir del baño secándose con la toalla…, clic. Solo podía pensar en él. Mi vida desaparecía por completo de mi mente. Era él y solo él.

Yo también me duché y luego cenamos en la pequeña mesa que había al lado de la barra americana que daba a la cocina. Incluso cenando mantuvimos el contacto físico, entrelazando nuestras piernas desnudas. Durante la cena me contó sus ideas para futuras novelas; era un pozo lleno de imaginación. Todo él era como un remolino cargado de energía; yo me sentía atrapado, enganchado, y tengo que reconocerlo: feliz. ¡Y yo ya era feliz con mi vida! ¡Mucho! Lo que no sabía era que podía serlo más.

Cuando nos fuimos a la cama estábamos agotados. Nos tumbamos y me abrazó. Aquello seguía pareciéndome irreal. En la cama con otro hombre, rodeado por sus brazos, con sus labios besándome la nuca… Sonreí, no podía evitarlo. ¿Qué era eso que sentía en la boca del estómago? ¿Mariposas aleteando? El pensamiento me descolocó, pero no lo rechacé. Cerré los ojos y en cuestión de minutos caí dormido.

Faro de l'Illa de l'Aire

Al despertar me di cuenta de que habíamos dormido en la misma postura toda la noche, o al menos esa fue la sensación. Tenía a Theo pegado a mí, con su brazo derecho por encima de mi cuerpo, y notaba su respiración en mi cuello. Por otro lado, me dolía el hombro izquierdo, y eso significaba que había dormido de ese lado todo el tiempo. A pesar de la incomodidad del dolor, no quería moverme, estaba a gusto escuchando su respiración suave y relajada. Podía notar los latidos de su corazón en mi espalda, el calor de su cuerpo, el peso de su brazo… La habitación olía a él. Acaricié su brazo con delicadeza para no despertarlo y mi mente empezó a divagar. ¿Qué significaba todo aquello? Una semana atrás ni siquiera hubiera podido imaginar algo así. ¿Qué había pasado? ¿Y por qué? Me di cuenta en aquel preciso momento de que mi vida ya no volvería a ser la misma. No sabía por qué, pero tenía la seguridad de que Theo había llegado a mí para quedarse, aunque sabía que el domingo se iría. «Dios». No quería pensar en eso. Me entraba ansiedad de pensar que no volvería a verlo. Algo invisible me unía a él, lo necesitaba, no quería separarme de Theo, realmente no quería… ¿Cómo era posible que hubiese desarrollado esos sentimientos tan fuertes por alguien a quien había conocido cinco días antes? No entendía lo que me pasaba… aún.

Noté que su brazo me apretaba el pecho y un beso llegó hasta mi nuca. Se había despertado.

—Buenos días —dijo con voz de ultratumba.

—Buenos días, bello durmiente —contesté alargando el brazo hacia atrás y revolviendo sus rizos.

—¿Has descansado?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, aunque me parece que hemos dormido toda la noche en la misma postura…

—Eso mismo he pensado yo al abrir los ojos.

—¿Y qué hacías?

—Lo mismo que ayer cuando me desperté.

—¿Pensar en mí?

—Sí. —No se le pasaba una…

—¿Y qué pensabas?

—Deja que vaya a mear y luego te cuento.

—Vaaale. —Apartó el brazo y me levanté.

No quería sacar el tema del domingo, de que se iba, de qué pasaría… Así que obviaría esa parte y le hablaría de cómo me sentía respecto a él. Cuando regresé a la cama se había dado la vuelta. Si hubiese tenido dotes de pintor…, era el momento de crear un cuadro magnífico. Su cuerpo desnudo y bronceado tumbado encima de las sábanas blancas. Con esa espalda y ese culo perfectamente esculpido. El cabezal de la cama de madera de pino igual que las ventanas, y las cortinas de un tono crema. La luz que se colaba entre los pórticos y la puerta del baño acentuaba su figura.

Me tumbé a su lado y pasé el brazo izquierdo por encima de su cuerpo para atraerlo hacia mí. Lo besé en el hombro y luego apoyé la cabeza en la almohada, de manera que mi campo visual quedaba ocupado por sus rizos. Pensé que a lo mejor se había dormido otra vez, pero no.

—Cuéntame qué pensabas.

—Me estaba preguntando cómo era posible sentirme así contigo.

—¿Así cómo?

—Tan unido a ti, con tantas ganas de estar en contacto contigo, deseando besarte a todas horas, mirarte; despiertas en mí una ternura y un deseo que había olvidado o que a lo mejor nunca había sentido con tal intensidad. Me parece increíble que todos estos sentimientos se hayan despertado en un tiempo récord de cinco días por alguien de mi mismo sexo y a quien no había visto en mi vida. Estoy montado en una especie de montaña rusa emocional que acelera y acelera cada día que paso contigo.

—Ni yo mismo podría haberlo definido mejor, Bruno; me encanta la expresión: montaña rusa emocional. Me la apunto para utilizarla en alguna de mis futuras novelas.

—Uy, sí, ahora será que tengo dotes de escritor… —me reí.

—Pues claro que las tienes. Otra cosa es querer desarrollarlas. Eres una persona culta, inteligente, con muchas cosas que contar.

—Solo me faltaría eso…, ponerme a escribir, no sé ni de dónde sacaría el tiempo.

—Yo creo que algún día escribirás, ya lo verás.

—Ya veremos… —contesté no muy convencido.

—Pero lo importante ahora no es eso, lo importante es: ¿estás bien en esa montaña rusa? —me preguntó cogiéndome la mano.

—Sí, estoy muy bien. Cargado de una adrenalina constante, pero muy bien —afirmé con toda la sinceridad que mi boca podía expresar—. ¿Y tú estás bien?

—Sí. Jamás me había sentido así con nadie. Esa es la verdad. Y adoro la sensación de estar montado en esa montaña rusa contigo a mi lado. Por mí podría ser de recorrido infinito, que no parara nunca, que no tuviésemos que bajarnos jamás.

—A mí también me gustaría, Theo. —Le di un beso en la cabeza y sus rizos me hicieron cosquillas en la cara.

Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos quería verbalizar lo que indudablemente pasaba por nuestras mentes: la montaña rusa terminaría su trayecto el domingo.

Decidí cambiar de tema.

—Te va a encantar el faro de hoy.

—¿Sí? ¿Más que Favàritx?

—Ja, ja, no. Favàritx es insuperable. Pero este también tiene una energía especial. Es en cierto modo el más inaccesible de todos, el más solitario, el más inhóspito. El único faro de Menorca que no está en la isla.

—¿Cómo que no está en la isla? —Giró sobre sí mismo y nos quedamos cara a cara. Dios mío, era dolorosamente guapo, incluso al despertarse, con los ojos entreabiertos y una marca de la almohada en la mejilla.

—Es el faro de l'Illa de l'Aire. Y como se deduce de su nombre, se halla en su propia isla. Está al sureste de Menorca, a un kilómetro de la costa de Punta Prima.

—Ah, sí, sí, recuerdo haber leído algo cuando preparaba mi viaje, pero no sé por qué no imaginé que se tratara de una isla como tal

con el faro allí. Entonces, tenemos que ir en barca o algo, ¿no?

—Exacto.

—*Cool!* ¡Qué bien! —Abrió los ojos de golpe y su sonrisa iluminó la habitación. Era como ver a un niño a punto de entrar en Disneyland. Se incorporó mirándome—. ¿Y vive alguien allí?

—No. Tendremos la isla para nosotros. —Sonreí sin apartar mis ojos de los suyos. Su reacción fue la esperada.

—*Wow!* ¡Me encanta! ¡Vamos ya, vamos ya! —repetía dando saltitos con el culo en el colchón. Todo en él me volvía loco, pero esa parte infantil, que no reprimía nada, lo hacía adorable.

—Vale, sí, pero tenemos que desayunar algo, ¿no? —convine mientras me levantaba.

—Sí, sí, pero ni duchas ni nada, ya nos bañaremos en el mar. Desayunamos y salimos.

—Vale, vale. —Yo es que me partía de la risa—. Venga, comemos algo y luego ya cogeremos unos bocadillos en algún bar de Sant Lluís.

—*Okey!*

Se acercó a mí mientras me ponía los *slips*.

—¿Por qué te los pones?

La pregunta me pilló desprevenido.

—Pues porque vamos al comedor, a desayunar, no sé…

—Puedes hacerlo estando desnudo… —Su mirada de pícaro se clavó en mí.

—Ya lo sé, pero…

—Me gusta que estés desnudo y poderte mirar cuanto me plazca. Ayer no te dije nada cuando lo hiciste, pero hoy me siento más en confianza para pedírtelo. Solo tengo ojos para ti, Bruno. —Su mirada era puro fuego. Nunca nadie me había hecho sentir tan deseado.

—Vale, me los quito. Pero tú también te quedas desnudo. ¿Estamos? —repuse sonriendo.

—Tus órdenes son deseos para mí —contestó con fingida sumisión. Se acercó y me besó—. Voy a mear y desayunamos.

—Voy preparando las cosas.

Recuerdo que no hablamos de nada durante el desayuno. Los dos sentados en la pequeña mesa, con las piernas entrelazadas,

mirándonos y comiendo. Eso también era mágico con Theo. A ratos no nos callábamos y queríamos saberlo todo el uno del otro. En otros momentos no abríamos la boca, pero con la mirada nos lo decíamos todo.

Luego nos vestimos. Me prestó una camiseta roja con un dibujo de Mario Bros. Él se puso una camiseta sin mangas de color blanco y unos pantalones cortos *beige* claro. Yo lo miré y arqueé las cejas.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

—¿No te olvidas de algo?

—¿De qué? —contestó mirando a su alrededor.

—No llevas nada verde.

Su carcajada resonó por toda la habitación.

—Eso tiene fácil solución.

Abrió el primer cajón del armario y sacó un cinturón de tela verde con la hebilla negra. Se lo puso y luego me miró.

—¿Satisfecho?

—Ahora sí —dije guiñándole un ojo—. Vámonos.

Llegamos a Alcaufar alrededor de las diez de la mañana. Evidentemente, no pasamos por Alaior a buscar ropa para mí. Theo estaba demasiado ansioso por montarse en una barca y llegar a la pequeña isla que acogía un nuevo faro para su amada libreta de apuntes. Solo habíamos hecho una breve parada en un bar de Sant Lluís para coger unos bocadillos y un par de bolsas de patatas fritas.

Cuando aparqué, bajamos del coche y empezamos a andar, Theo miraba la pequeña urbanización con expresión de sorpresa al mismo tiempo que algo descolocado.

—Pero esto no es ni un pueblo, ¿no?

Yo me reí.

—No, claro, no llega ni a cien habitantes, creo. Es un pequeño núcleo de pescadores que depende administrativamente del Ayuntamiento de Sant Lluís. Pero mira, ven. —Hice un ademán con la mano para que me siguiera. Nos metimos por una calle llamada Pas des Mirador y desembocamos a mitad del brazo de agua que entraba hasta formar la pequeña cala. Como siempre, Theo se quedó maravillado.

—*Wow*, es precioso, Bruno.

—Sí, lo es. Es un poco todo en miniatura si lo comparas con Fornells o, ya puestos, con el puerto de Maó, pero fíjate que al final tiene la cala con arena, cosa que los otros no tienen. Esta entrada del mar, larga y en curva, la protege de los temporales. Y además cuenta con aquel pequeño islote, l'illot d'es Torn, que sirve de barrera adicional.

—La naturaleza regalando al hombre un pequeño enclave de belleza absoluta.

—Así es. Aunque también tienes que saber que fue por esta cala por donde entraron los franceses en 1756 para conquistar, con éxito, Menorca a los británicos.

—Ya veo; la naturaleza regalando lugares magníficos al hombre, y él usándolos para sus fines egoístas y megalómanos. La historia de siempre con nuestra raza…

—Sí, pero, a pesar de la mano del hombre, sigue siendo un rincón bonito, tranquilo y cuidado. Vamos, que creo que Joan ya está en el muelle esperándonos con la barca.

Joan era un viejo amigo de la familia, de la misma generación que mis padres, y siempre me prestaba su pequeña barca cuando quería salir a pescar o necesitaba hacer el mantenimiento del faro al que nos dirigíamos. Luego lo saldábamos con una buena comida en casa de mi madre y pasábamos una alegre velada. Le presenté a Theo como un escritor con sangre menorquina que me acompañaba para documentarse sobre el faro. No mentí. Simplemente obvié decirle que aquel escritor me tenía loco y que me moría de ganas de tener l'Illa de l'Aire para nosotros dos solos.

Después de que nos deseara una buena travesía y nos diera un fuerte apretón de manos, nos subimos a la barca y arranqué el motor mientras Joan soltaba el amarre; luego salimos poco a poco del muelle. Theo no perdía detalle. Contemplaba los otros barcos amarrados y se fijó en los *llaüts*.

—¿Estas barcas son típicas de aquí? —preguntó.

—Sí, se llaman *llaüts*.

—Son muy curiosas, se ven como…, no me sale la palabra, espera. —Entrecerró los ojos en busca de su archivo interno de palabras españolas. A veces tenía que pensar alguna palabra o expresión,

pero en general era sorprendente el conocimiento que tenía de la lengua—. ¡Artesanas! Eso quería decir. —Sonrió triunfalmente.

—Y así es —asentí—. Son una obra artesana. Una embarcación tradicional para la pesca de arrastre, que suele medir unos cuatro metros de eslora, puede alcanzar los siete nudos de velocidad y es muy resistente a las inclemencias del tiempo. En realidad, es una embarcación típica de las Baleares, no solo de Menorca.

—Ah, vale. Y por lo que veo cada uno la decora a su gusto, ¿no? —dijo señalando un *llaüt* pintado de un color morado desgastado.

—Sí, claro, para gustos los colores. Los primeros que comenzaron a construir el *llaüt* fueron los *mestres d'aixa* y usaban maderas de la isla para elaborar el casco de las embarcaciones. Eran unos artesanos de primera. Hoy en día ya se hacen de otros materiales más económicos… y pierde parte de su encanto. Por suerte, desde los ochenta, hay un pequeño grupo de marineros que se dedican a restaurar *llaüts* originales, y así protegen una parte importante del patrimonio cultural de la isla.

—Me alegro. Las tradiciones no deben perderse nunca —sentenció mientras tomaba asiento.

Salimos a mar abierto y pudimos sentir el viento golpeando nuestros cuerpos. Habían sido días tranquilos en lo que a la tramontana se refería, pero esa mañana soplaba con algo más de fuerza. Aun así, el mar estaba relativamente tranquilo y la travesía era muy corta. Por un momento, el hecho de salir físicamente de la isla me hizo sentir más libre. Era una tontería porque solo nos íbamos a alejar un kilómetro de Menorca, pero la sensación fue agradable. Deseaba llegar a la pequeña isla cuanto antes para poder estar con él al aire libre sin preocuparme de «los demás». Una isla deshabitada solo para nosotros.

Dirigí la mirada hacia Theo y vi que me estaba observando con su media sonrisa y esa mirada que me desnudaba. Yo le sonreí.

—¡Ven a mi lado! —le grité para hacerme oír por encima del ruido del motor.

Se levantó enseguida y se colocó al lado de babor, pero pegado a mí. Me cogió de la mano y me besó en la mejilla. Un beso tierno pero corto. Él era consciente de que estábamos relativamente cerca

de la orilla y, por lo tanto, aún podíamos ser presa de las miradas curiosas. Pero yo no quise contenerme y lo besé en los labios mientras apretaba mi mano contra la suya. Fue también un beso corto, pero no quise darle a mi cabeza la opción de frenarme. Nos quedamos el uno al lado del otro, cogidos de la mano. Yo usaba la derecha para conducir la barca.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —me preguntó de sopetón.

—¿A qué te refieres? —No entendí la pregunta.

—Es que me asombra la cantidad de cosas que sabes hacer; ahora pilotas esta barca, arreglas los faros, ya sea un cable eléctrico, un panel solar o pintar, sabes cuidar de la tierra, cultivar, pescar, por no hablar de todos los conocimientos de historia que tienes… Eres un todoterreno, Bruno. No sabes la admiración que me despiertas.

Yo alucinaba cuando me decía esas cosas. Un tío tan guapo, culto, escritor reconocido en su país, con ese magnetismo que te atrapaba como un tornado de fuerza cuatro… Que yo, un simple menorquín, le despertara admiración… Es que no me lo podía creer. Theo me hizo sentir durante aquellos días el hombre más interesante, deseado y *sexy* del mundo.

—No sé, ja, ja, para mí no tienen nada de especial. Son cosas que aprendes cuando llevas una vida como la mía.

—Bueno, para mí todo tú eres especial —declaró apoyando la barbilla en mi hombro y fijando su mirada en el horizonte—. Eres único.

«Bum».

—Tú también eres único, Theo. —Ladeé la cabeza para chocarla con la suya suavemente.

Enseguida vimos l'Illa de l'Aire surgiendo del mar y, cómo no, el faro que la presidía en su punto más alto. Reduje la velocidad para acercarnos lentamente al deteriorado muelle. Había poca profundidad y tenía que ir con los cinco sentidos. Con un par de maniobras conseguí acercarme lo suficiente para amarrar la barca y paré el motor. Cogimos las mochilas y desembarcamos. Los dos estábamos emocionados. La isla iba a ser nuestro pequeño mundo, fuera de nuestras realidades. Nos quedamos quietos observando el estrecho camino que se abría delante de nosotros y que nos llevaría

hasta el faro. Nos miramos, sonreímos, nos cogimos de la mano como dos novios en plena *pavera* y empezamos a andar.

No habíamos dado ni cinco pasos cuando recibimos la visita del reptil que dominaba la isla: la lagartija negra. Una especie de lagarto única en el mundo. En un primer momento a Theo no le hicieron mucha gracia.

—Bruno…, hay muchas… ¿No hacen nada? —Su cara era una mezcla de asombro y miedo.

—¡Qué va! Son curiosas y se acercan, pero ni son venenosas ni atacan a los humanos —lo tranquilicé riendo.

—Ah, vale, es que no había visto nunca un lagarto negro… y están por todas partes —constató mirando alrededor.

—Sí, es un tipo de lagartija que solo vive aquí. Su existencia se remonta a millones de años, antes de que el mar Mediterráneo fuese un mar como el que ves ahora. Se cree que en Menorca también las había, pero la introducción de especies depredadoras como las serpientes por parte del hombre acabó con ellas. En esta isla han podido sobrevivir sin amenazas, y hoy en día es una especie protegida.

Theo se agachó para verlas más de cerca.

—¿Y de qué se alimentan? —preguntó mientras sacaba su querida libreta de la mochila.

—Es un animal omnívoro y, aparte de comer insectos, recientemente se descubrió que es la causante de la expansión de una planta que se llama *rapa mosquera*. Allí tienes una. —Señalé a un lado del camino—. La *rapa mosquera* atrapa las moscas en su interior y las lagartijas escarban dentro de las flores para comérselas. De esta manera, y sin quererlo, la lagartija ayuda a la polinización de esta especie por toda la isla.

—Se ayudan mutuamente en su supervivencia —dijo Theo casi para sí mismo.

Yo asentí. Él escribió algo en su libreta, se levantó y continuamos andando. El silencio era absoluto, solo roto por nuestros pasos y nuestra respiración. El camino se hallaba a pleno sol, no existían árboles en la isla donde poder ponerte a la sombra, y el aire del norte ayudaba a no morir del calor. Nos acercábamos al faro. Su

majestuosidad te hacía sentir pequeño. Él dominaba la isla, él estaba allí siempre, aguantando tormentas, vientos huracanados, luchando contra la humedad, el salitre y el sol abrasador. Te sentías casi con la necesidad de pedirle permiso para acercarte y observarlo. El faro era el amo de la isla.

Theo me sorprendió con otro beso en la cara mientras pasaba el brazo alrededor de mi cuello.

—Es realmente imponente —comentó mirando hacia el coloso—, parece el más grande de todos.

—Y así es. Es el más alto de los faros de Menorca, con treinta y ocho metros de altura. Y hasta la construcción del faro de Moscarter, en Ibiza, en 1977, era el más alto de todo el archipiélago balear. Eso sí, continúa siendo la torre más alta que está construida en piedra, y tiene una escalera de caracol que cuenta con ciento setenta y cinco escalones.

Llegamos a la entrada del recinto. En este caso no había ninguna barrera menorquina ni nada que impidiese el paso. Los dos alzamos la vista hacia el gigante. Los ojos de Theo rezumaban emoción, pero no se movía. Creo que en el fondo sentía lo mismo que yo, ese «pedir permiso» antes de entrar. Yo me acerqué a su oído y le susurré:

—Vamos. Dice que podemos pasar.

Se giró hacia mí, me dio un pico y asintió.

Lo rodeamos en silencio. Había dos edificaciones: la del faro y otra que estaba en ruinas. Un pequeño patio las separaba y permitía cruzar entre ellas para llegar a la pared sur del recinto. Desde allí se observaba el acantilado de quince metros que caía al mar. Nos apoyamos en el pequeño muro y miramos en la dirección opuesta. Allí estaba Menorca, la torre de defensa de Punta Prima y las casas blancas que formaban la pequeña urbanización.

—Cuéntame más cosas del faro —me pidió Theo.

—Claro. A ver, este también es de los más antiguos, se construyó entre 1857 y 1860. Te puedes imaginar la gran tarea que hicieron aquellos hombres, trasladando todo el material hasta esta pequeña isla. Durante su construcción uno de los botes que llevaba a los

trabajadores naufragó y uno de ellos no fue visto nunca más, se lo tragó el mar.

Apoyados en el pequeño muro, le relaté todo lo que sabía sobre el faro, como había hecho en los días anteriores. El sol cada vez pegaba más fuerte y el aire ya no era suficiente para mantenernos frescos. Cuando terminé de hablar, Theo cerró la libreta y casi suplicando me dijo:

—Vamos a bañarnos, Bruno, ¡estoy asado de calor!

—Sí, yo también. Pero para bañarnos es mejor que regresemos al muelle, es más seguro.

—¡Donde sea! —Se rio y tiró de mí.

Bajamos corriendo por el estrecho camino, sudando como animales, riendo… Las mochilas chocaban contra nuestra espalda a cada paso, las lagartijas se apartaban rápidamente, y en pocos minutos llegamos al muelle. Sin decir palabra nos desnudamos y saltamos al agua. Estábamos en la gloria. ¿Podía decirse que aquello era la felicidad absoluta? Ahora sé que sí, sin duda lo era.

Una vez refrescados y habiendo recuperado el aliento, nos abrazamos. Estábamos solos, no había nada que nos impidiese ser «nosotros». Salimos del agua y nos secamos al sol. Luego decidimos volver al faro, ya que era el único que nos podía proporcionar algo de sombra cuando llegara la hora de comer. Ni siquiera nos vestimos. Nos colgamos las mochilas a la espalda de nuevo, nos pusimos las chanclas y emprendimos el camino de vuelta.

En aquella pequeña isla deshabitada, solos, caminando desnudos al aire libre cogidos de la mano…, sentía que Theo y yo éramos ese ente único e independiente, a la vez que formábamos parte de algo más grande junto con el mar, la tierra, el cielo y el sol. Cuanto más nos separábamos del resto del mundo, cuanto más avanzábamos por aquella isla desierta, más libres nos sentíamos, y más dueños el uno del otro.

Entramos de nuevo en el recinto y fuimos hacia la zona que separaba las dos edificaciones. Yo quería tumbarme un rato y tomar el sol tranquilamente a su lado, sin hacer nada, solo mirarnos, tocarnos, disfrutar del silencio y de nuestro pequeño paraíso. El sol seguía apretando bastante, así que después de extender mi toalla,

me agaché y saqué el protector solar de la mochila. Destapé el bote y antes de que cayera una sola gota de crema, Theo me lo arrebató de las manos.

—¿Puedo ponértelo yo? —Otra vez esa mirada traviesa que me desarmaba y me encantaba. Era imposible negarle nada.

—Claro, aquí me tienes —dije mientras me ponía de pie.

—Date la vuelta.

Me giré y miré al horizonte. El mar se abría delante de mí, azul, brillante, inmenso…, y entonces sus manos embadurnadas de crema empezaron a recorrer mi cuerpo en paralelo: los hombros, los brazos, la cintura, el culo, las piernas…, volvieron hasta mi cuello después de llenarlas con más crema; noté cómo su cuerpo se pegaba a mí cuando sus manos empezaron a descender por mi pecho, mi abdomen…, no olvidaban ni un solo centímetro de mi piel, y ella se sentía agradecida por sus caricias. Evidentemente, empecé a excitarme al mismo tiempo que notaba cómo su pene iba creciendo entre mis nalgas. Theo continuó repartiendo el protector solar por el resto de mi cuerpo: el pene, los testículos, las piernas por delante y los pies. Yo estaba extasiado. Mi corazón latía enloquecido. Allí desnudo, de pie, contemplando el mar; el sol cayendo encima de mi cuerpo ya encendido por las caricias de Theo…, me sentía a punto de explotar cual supernova. Regresé al plano terrenal cuando me mordió la oreja con esa boca tan perfecta y me dijo casi en un susurro:

—No me cansaría nunca de tocarte, de sentirte, de tu presencia… Tu energía podría darme vida hasta el fin de mis días.

«Joder, a mí me va a dar algo…». En la vida me habían dicho esas cosas. Me giré de golpe y lo besé en la boca con la misma intensidad que lo hice la primera vez. Con ese frenesí, esa necesidad. Me sentía suyo, y lo sentía mío. Nos abrazamos muy fuerte, juntando los cuerpos con tal ímpetu que ni una pizca de aire podía pasar entre los dos.

Poco a poco fui desenredando los brazos para empezar a acariciarle la espalda con la yema de los dedos, descendiendo lentamente y sin dejar de besarlo. Llegué hasta su culo, el cual agarré con suavidad, pero entonces él separó sus manos de mi

cuerpo para juntarlas con las mías. Las colocó encima y las cerró con fuerza. Eso provocó que yo le agarrara las nalgas ejerciendo más presión. Él separó un momento sus labios de los míos para decirme:

—Así, fuerte, soy tuyo, ¿lo sabes?

—Lo sé.

Y sí, lo agarré más fuerte, tiré hacia mí para sentir su pene al lado del mío. La parte animal de mi ser tomó el control. Le lamí la boca antes de volver a besarlo mientras mis manos amasaban aquel culo escultural. Theo puso los brazos alrededor de mi cuello y, con un movimiento rápido y ágil, alzó las piernas rodeándome la cintura con ellas. Mi pene erecto se colocó por inercia entre sus nalgas, las cuales yo seguía agarrando con fuerza. Al sentir el roce de mi sexo con su ano me excité aún más. Theo se movía de una manera que propiciaba ese contacto. Separó uno de sus brazos de mi cuerpo y con la mano forzó aún más ese roce. Dejó de besarme y con los labios pegados a mi oreja me dijo:

—Deseo que entres dentro de mí.

Yo me quedé un poco descolocado por lo que estaba entendiendo que quería. No había hecho «eso» nunca, y separé un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Quieres que…?

—Quiero que me folles, Bruno. —Y entonces fue él quien me lamió la boca y luego volvió a besarme.

«Uff, vale, ¡sí!». Yo también lo deseaba. Quería llegar a ese nivel de conexión, de unión física, pero era inevitable que las dudas me asaltaran.

—Piensa que yo nunca lo he hecho así…

—Déjame a mí.

Desenrolló sus piernas de mi cintura, yo solté su culo, y volvimos a quedarnos los dos de pie cara a cara, con la respiración alterada.

—Pero deberíamos usar un condón, ¿no? Que, a ver, yo solo he estado con…

Me puso un dedo en los labios para que me callara.

—Yo confío en ti, Bruno, ¿tú confías en mí?

—Sí, claro que sí —contesté con toda sinceridad.

Desplegó su toalla encima de la mía para dotar de más grosor al que iba a ser nuestro colchón improvisado. Me cogió de la mano y me pidió que me tumbara boca arriba. Supongo que notó mis nervios y decidió tomar las riendas de la situación para que yo me relajara. Una vez tumbado, él colocó las rodillas flexionadas a ambos lados de mi cuerpo y se sentó encima de mí. Apoyó las manos en mi pecho y empezó a mover la cintura hacia delante y hacia atrás sutilmente. Los nervios desaparecieron cuando volví a sentir el roce de su culo en mi pene; avivó mi deseo y mi erección. La crema solar actuaba de lubricante entre nuestros cuerpos y la sensación era puro placer. Se inclinó hacia mí y me comió la boca, no un beso o un pico, no, me mordía los labios, me los lamía y los volvía a morder. Se separó un momento y me clavó la mirada de nuevo. Sus ojos estallaban en una mezcla de fuego y ansia.

—No te puedes imaginar hasta qué punto te deseo, Bruno.

—Sí que puedo, porque me lo demuestras a cada segundo que paso a tu lado, y porque yo te deseo igual.

Inspiró profundamente y volvió a incorporarse. Entonces se escupió en la mano y levantó el culo para poder agarrarme el pene y lubricarlo con su saliva. Acto seguido, repitió la misma acción, pero esta vez usó la saliva para lubricarse el ano. Mientras lo hacía, su cuerpo se tensó, su cuerpo fibrado de formas perfectas estaba brillante por el sudor, su piel parecía de oro cuando el sol la iluminaba, y sus rizos se movían con la suave brisa que atravesaba aquel rincón de nuestra isla.

Cogió mi pene con la mano izquierda y posó la derecha encima de mi pecho para equilibrarse. Noté cómo empezaba a entrar en él mientras bajaba lentamente su cuerpo. La sensación era muy intensa, la presión era distinta a la que se sentía al entrar en el sexo de una mujer; esta era más placentera, más fuerte, más carnal. Al final, quedó sentado encima de mí y yo completamente dentro de él.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Mejor que nunca.

Se inclinó para besarme de nuevo. Allí lo tenía: esa unión física, esa conexión insuperable. Ahora sí éramos un único ser. A la unión

emocional o espiritual le habíamos añadido la física. Era imposible estar más conectado a alguien.

Theo empezó a moverse de manera rítmica. Su pene estaba completamente duro y enfocado hacia mí. Por mi parte, también inicié un sutil movimiento con la cintura, sincronizándome con el suyo para intentar darle placer con la penetración. Agarré su pene y al mismo ritmo de nuestro movimiento empecé a masturbarle. Theo se puso las manos detrás de la cabeza y alzó la cara mirando al cielo.

—Joder —suspiré más para mí que para él. Estaba gozando muchísimo. No solo era un placer físico, también era visual. Miraba su cuerpo levemente arqueado hacia atrás, gimiendo de placer, y eso me encendía aún más. Cada segundo era todo un poco más duro, más salvaje. Me sentía bien dentro de él. Seguro, fuerte, satisfecho… No quería parar, cuanto más lo miraba más me excitaba. Yo seguía masturbándole, y con la otra mano le acaricié el abdomen, subí lentamente hasta encontrar su pezón, estaba duro también. El ritmo era cada vez más frenético, le faltaba el aliento y yo veía cómo las gotas de sudor resbalaban por su cuello. Estaba a punto de llegar al clímax, no podía aguantar más.

—Theo…, me voy a correr.

Bajó las manos y las posó de nuevo sobre mi pecho. Nuestros ojos se volvieron a encontrar.

—Adelante, yo también, no pares… y, sobre todo…, mírame —me pidió entre jadeos.

Yo seguí y enseguida noté que el orgasmo empezaba a cobrar vida dentro de mi cuerpo; él lo notó porque mi erección se volvió aún más dura, y en consecuencia la suya también. Había llegado el momento; deseaba culminar nuestra unión entregándole mi esencia, y exploté dentro de él. A cada movimiento de su cuerpo yo me vaciaba más y más. No aparté la mirada ni un segundo, porque quería que me viera, y yo quería verlo a él. Sin hablar nos estábamos entregando el uno al otro, yo le estaba diciendo que «era suyo», él me decía que «era mío». A los pocos segundos noté que la presión ejercida en mi pene aumentaba, él también estaba llegando al orgasmo. Su cuerpo se tensó más, el sudor lo cubría por

completo, abrió la boca y gimió cuando la primera explosión llegó; sentí cómo su semen se derramaba sobre mi ombligo, mi brazo, mi mano…, se iba vaciando mientras pequeñas convulsiones de placer sacudían su cuerpo. En ningún momento apartó la mirada, ni siquiera pestañeó. La intensidad de nuestras miradas había creado una especie de campo de fuerza alrededor de nosotros. Todo nuestro deseo, amor, admiración… había estado contenido dentro, pero al llegar al clímax había detonado dando lugar a una onda expansiva invisible que había barrido la isla entera.

Theo se dejó caer encima de mí, colocando la cara entre mi hombro derecho y mi cuello. Respiraba agitadamente igual que yo. Estábamos sudados y agotados. Yo le acaricié la espalda con suavidad mientras íbamos recuperando el aliento poco a poco. Mi erección fue disminuyendo hasta que de forma natural salí de él. Pero el contacto con su cuerpo, su esencia derramada encima de mí, nos mantenía conectados. Me sentía feliz, sonreí mirando al cielo, él me besó en el cuello y me dijo:

—Ha sido increíble.

—Sí, lo ha sido. —Y lo besé en la frente.

Deseaba parar el tiempo en aquel preciso instante; que el mundo dejara de dar vueltas. Quería quedarme así para siempre, sin importar nada más. Él y yo, solo nosotros y nuestra pequeña isla. Pero mi deseo era algo imposible.

Al rato nos levantamos, nos pusimos las chanclas y bajamos al muelle entre miradas de complicidad y risas silenciosas para bañarnos de nuevo y refrescarnos, que falta nos hacía.

Comimos a la sombra del faro. Sentados en las toallas, en silencio, mirándonos sin hablar. Yo es que no podía apartar los ojos de él. Mirarlo me satisfacía. Supongo que me quedé embobado y mi mente empezó a divagar sin dejar de contemplarlo porque de pronto me soltó:

—¿Por qué me miras así? —Siguió masticando el último mordisco de bocadillo con las cejas arqueadas esperando una respuesta.

—Me gusta mirarte. No me cansaría nunca de hacerlo. Empieza como algo racional, te miro y voy resiguiendo tu cuerpo, tu cara…, y

de pronto salto a otro plano donde mis ojos siguen clavados en ti, pero mi mente empieza a dar vueltas y vueltas…

—La mía también da muchas vueltas; en cierto modo necesito ir frenándola de vez en cuando… —Creí notar un deje de dolor en el tono.

Terminamos de comer y yo moví mi toalla hasta la pared del faro. Me senté apoyando la espalda en ella, la piedra estaba templada pero no ardiendo por el sol, era una de las cualidades del marés, la piedra arenisca típica de la isla. Observé Menorca desde la distancia, parecía más lejos de lo que realmente estaba. Theo se levantó, se sentó entre mis piernas, se reclinó hacia atrás apoyando su cabeza en mi esternón y colocó ambos brazos encima de mis piernas. Él buscaba siempre ese contacto físico conmigo, y yo cada vez lo agradecía más. Salía de forma natural. Seguíamos desnudos y el calor no aflojaba, pero daba igual, mi cuerpo solo lo sentía a él. De pronto levantó el brazo hacia mí y me acarició la cara.

—Dame la mano —me pidió.

Yo se la cogí y entrecruzamos los dedos. Él ejerció más fuerza cuando empezó a hablar.

—¿Qué es lo que nos pasa? ¿Sabrías definirlo?

La pregunta me cogió por sorpresa.

—Pues a ver… —dudé—, es evidente que nos gustamos mucho, que hemos conectado a todos los niveles. Queremos saber más el uno del otro, aprovechar el tiempo juntos, reírnos, contemplarnos…

—¿Es eso el amor? —me cortó.

«Joder». Theo continuó sin esperar una respuesta por mi parte.

—Nunca me había sentido con esa sensación en la barriga, en el pecho. A veces tengo la impresión de que voy a explotar de… felicidad. Todo me parece magia. Es que ni siquiera soy capaz de encontrar las palabras adecuadas porque esto es nuevo para mí. Y por eso me pregunto constantemente si el amor es así, si se siente así.

«Sí, sin duda». Lo que estaba describiendo era el amor. Él continuó:

—Es como sentirse atrapado, ¿sabes? Soy una especie de prisionero, un prisionero en la celda más maravillosa del mundo. Un

prisionero que en el fondo se siente libre porque en esa celda tiene todo lo que podría desear. Tú eres esa celda.

«Ay, madre». Me quedé sin saber qué decir. Supongo que notó en su cabeza que mi corazón empezaba a palpitar más fuerte. Y me emocioné. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no de tristeza, sino de emoción por las palabras que salían de sus labios. Él continuó mientras sus dedos hacían malabarismos entre los míos.

—Noto tu corazón; el mío también late con esa intensidad cada vez que te toco, cada vez que te miro, cada vez que me besas… Jamás había actuado así. Hace que me sienta más vivo que nunca. Más inspirado. Mis cinco sentidos se han disparado. Es como si hubiesen mejorado, como si fueran capaces de sentir muchas más cosas que antes: más olores, más sonidos, más colores…, ¡más sabores, incluso! Aunque sea en un bocadillo como el que hemos comido. Y del tacto… Mi cuerpo vive en una especie de escalofrío constante. Se me eriza la piel con una mirada tuya. Me siento invencible a tu lado. Repito: todo me parece magia.

Nunca había escuchado a nadie describiendo el amor de tal forma; era precioso. No me salían las palabras, pero por suerte no eran necesarias. Theo se había enfrascado en su monólogo personal, de liberación, de vomitarlo todo sin más.

—Siento que la vida me ha llevado hasta este momento contigo por algún motivo. No me esperaba todo esto hasta que me electrocutaste, en aquel instante todo cambió. Yo vine aquí a documentarme, no a en… —Se paró.

«Enamorarme». Eso era lo que iba a decir, y algo se quebró en mi interior. ¿Nos habíamos enamorado? Se me hizo un nudo en la garganta ante tal idea. Más cálidas lágrimas acudieron a mis ojos. Me sentía incapaz de verbalizar mis sentimientos y muy culpable por tenerlos. «Natalia, Natalia, Natalia», atravesó mi mente de una manera fugaz y dolorosa. Era un aviso. Un aviso del universo advirtiéndome que no me podía permitir esos sentimientos por Theo. Inspiré profundamente para no derrumbarme y lo besé en la cabeza. Nuestros dedos no paraban quietos, siempre con movimientos delicados, pero sin pausa. Nos quedamos un par de minutos en silencio. Luego Theo siguió con sus reflexiones:

—¿Sabes una cosa, Bruno?

—Dime.

—En esta vida no hay una meta o un objetivo al que debamos llegar; o a lo mejor sí, no estoy seguro. Pero tampoco importa, porque lo más hermoso es la aventura de la vida. El camino que haces para llegar a ese final del que nadie escapa. La vida es un lapso de tiempo que pasa muy rápido, que sabes que se irá, y por eso hay que vivirla con la mayor intensidad posible, tal y como hemos hecho estos días. Así es como hay que vivir. No debemos limitarnos, no debemos frenarnos, sino justo lo contrario, aprovechar y exprimir todo aquello que la vida nos ofrece; aunque ello conlleve no hacer siempre lo correcto, o no actuar tal y como el mundo espera de nosotros.

—Es muy bonito lo que dices, y tiene todo el sentido. La teoría es esa, sin duda, pero en la práctica…, la propia vida te pone límites. Muchas veces puedes desear algo con todas tus fuerzas, pero simplemente no puedes permitírtelo. Ni somos tan libres como nos gustaría ni estamos exentos de responsabilidades.

—Pero son responsabilidades que nosotros mismos elegimos, y de la misma manera las podemos soltar, si es lo que deseamos.

—Algunas quizás sí, pero otras no. Mi hija, por ejemplo. Es mi responsabilidad junto con la de su madre. Y no es algo que pueda «soltar», como tú dices.

Se quedó pensativo un momento, pero no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—¿Crees que si mañana cayeras por un acantilado y murieras tu hija no tendría una buena vida? Me explico: aunque tú no estuvieras, ella crecería igual, disfrutaría de su vida, sus amigos, se reiría y lloraría, se casaría, tendría hijos… Todo seguiría su curso con o sin tu presencia física.

—Sí, claro, el que ella tenga una vida plena no depende de mi presencia física. Pero una cosa es no haber podido disfrutar de tu padre porque un trágico accidente terminó con su vida, y otra muy distinta es saber que tu padre te «soltó» porque no quería cargar con la responsabilidad de hacer de padre, de cuidarte, de ayudarte, de estar allí para ti, de verte crecer… ¡Cómo se nota que no tienes

hijos! —Con la mano libre le alboroté los rizos cariñosamente. Él se rio, pero siguió pensativo. Al cabo de un rato contestó:

—Supongo que tienes razón. No somos tan libres como pensamos. Puede ser una celda maravillosa, pero no deja de ser una celda —sentenció. Giró la cabeza para que lo besara y lo hice.

Por un momento albergué la esperanza de que el tema se quedara allí, y di la conversación por terminada. Pero Theo no; aquello había sido solo el preludio de lo que estaba por venir.

Al cabo de un rato recogimos nuestras cosas, nos despedimos del coloso, del pequeño paraíso, y subimos a la barca de nuevo. Aquella fue la última vez que pisé l'Illa de l'Aire.

Durante el trayecto de regreso a Alcaufar desde el que había sido nuestro pequeño mundo por un día, Theo no abrió la boca, se sentó en un lateral de la proa y su mirada se perdió en el horizonte. Sentí ese punto de angustia por tenerlo esos metros separado de mí por elección propia.

Después de devolverle la barca a Joan, le propuse ir a Maó, quería que viese el puerto y el centro histórico. Theo aceptó encantado.

Al subir al coche en dirección a la capital de la isla, su mano se posó encima de la mía como tantas otras veces. Se la cogí y la elevé hasta mis labios. Me relajé. Estaba todo bien.

Al llegar a Maó, aparqué en la plaça de s'Esplanada y empezamos nuestro recorrido por la pequeña capital. El centro en sí no tenía ningún encanto en especial, aún faltaban algunos años para que las obras de mejora fuesen una realidad y nos regalaran el maravilloso casco antiguo con las calles estrechas, fachadas cuidadas y ambiente agradable que tenemos hoy. Después de cruzar la plaça del Príncep, entramos en el Claustre del Carme y salimos por el otro lado, llegando así a la plaça Miranda y al mirador que nos permitió observar parte del magnífico puerto. Otra vez pude regocijarme con la cara de Theo al ver algo que lo impresionaba y maravillaba a partes iguales.

—Espectacular…, ¡es enorme! Y ni siquiera desde aquí puedo ver la salida al mar —manifestó estirando el cuerpo por encima de la barandilla del mirador.

—Ni la vas a ver, son seis kilómetros de puerto.

—¿¡Seis!? —Se giró hacia mí con la boca abierta, estupefacto.

—Sí, casi seis de largo, uno y pico de ancho, y veinte de profundidad media.

—*Wow*…, nunca había estado en un puerto tan grande… —reflexionó.

—¿Has estado en Hawái?

La pregunta lo sorprendió.

—No, aún no, pero me gustaría mucho ir. *Why?*

—Porque allí es donde se encuentra el puerto natural más grande del mundo, y el único que supera al que estás observando: Pearl Harbor.

Me miró fascinado al tiempo que negaba con la cabeza.

—No…, si ahora resulta que también vas a saber más cosas tú de mi país que yo.

—Ja, ja, para nada. Pero es un dato del que los menorquines sacamos pecho: tenemos el segundo puerto natural más grande del mundo.

—Es muy bonito. ¿Podemos bajar y pasear por él?

—Claro, vamos.

Descendimos hasta el puerto y lo recorrimos en su totalidad, hasta la punta del Fonduco. Manteníamos la «distancia de seguridad» mientras andábamos, pero disimuladamente yo me acercaba y le rozaba el dorso de la mano con el mío. Al rato, él me devolvía el gesto haciendo lo mismo. Desde el Fonduco se divisaba l'Illa del Rei, y mi curioso escritor semimenorquín quiso saber más.

—Es un islote de forma triangular que albergaba el antiguo hospital militar. Desde aquí puedes ver su parte trasera. Actualmente está en ruinas, pero también hay varios proyectos para recuperarlo.

—Cuéntame más.

—¿Por qué? No me digas que estás pensando en ubicar otro asesinato allí… —repuse sonriendo y empujándolo cariñosamente. Estábamos solos y no podía evitar las ganas de tocarlo. Me senté en el borde del muelle y él hizo lo mismo.

—No, no. Los crímenes ocurrirán solo en los faros —sonrió—. Pero me gusta que me cuentes cosas, podría pasarme la vida escuchándote y preguntándote. Eres una enciclopedia viviente,

Bruno. —Apoyó la cabeza en mi hombro y me giré instintivamente como hacía cada vez que una simple muestra de cariño por su parte se daba en público. Y como siempre, él percibió mi incomodidad y la separó de inmediato.

—Perdona, es que… —titubeé.

—No seas bobo, no me pidas perdón por eso. Soy yo, que me dejo llevar y no pienso que estamos en un sitio donde nos pueden ver. No sé qué me pasa, pero estos días contigo… es como si no existieran más personas en el mundo, solo estás tú, solo te veo a ti, te escucho a ti… Me he desconectado del resto de los humanos. —Aquella sonrisa adorable apareció de nuevo en su cara.

—Y a mí me pasa lo mismo. He hecho cosas contigo, gestos, miradas e incluso besos en lugares donde había cierto riesgo desoyendo mi voz de alarma. Pero es que hay momentos en los que no me puedo contener.

—Me gusta oír eso; sé que has hecho esas cosas, y que te has arriesgado en muchas ocasiones. Y te lo agradezco.

—Ahora el bobo eres tú, ¿eh? No me tienes que agradecer nada… Qué cosas tienes —dije alzando la mirada con un gesto algo teatral. Él se rio.

—Venga, cuéntame un poco más de esta isla, ¿por qué se la llama «del rei»? ¿Vivió alguno allí?

—No, no —negué sonriendo—. Se llama así por ser el lugar donde desembarcó Alfonso III en 1287 para conquistar la isla a los musulmanes.

—Y Alfonso III era un rey… —subrayó en tono inquisitivo como diciendo: «Yo tenía razón».

—Sí, vale, pero que no vivió en la isla… ¡Uy, qué quisquilloso!

—¿Qué es quisquilloso? —quiso saber.

—Lo usamos cuando una persona se pica con facilidad o se ofende… Un cascarrabias…

—¡Oh! Es que, a ver…, te ríes de mi pregunta y resulta que se llama así porque un rey estuvo allí. No iba tan mal encaminado. —Me miró y se rio con expresión de suficiencia.

—Yo alucino, no sabes lo que es ser «quisquilloso», pero eres capaz de meter correctamente una expresión como «no ir tan mal

encaminado» en una frase.

—Se lo habré escuchado a mi madre, o a lo mejor a mi abuelo, no sé…, pero ¿qué más has dicho? ¿*Cascarribias*?

—Ja, ja, no. Cascarrabias.

—Ah, ¿y qué es un cascarrabias?

—Pues un quisquilloso —contesté con tono engreído y riéndome con ganas.

—Eres idiota —farfulló, y luego soltó una de esas carcajadas que me encantaban.

Poder bromear, picarnos e incluso insultarnos cariñosamente… El nivel de conexión seguía en aumento. En aquel momento no podía ser más feliz.

Le conté lo que sabía sobre la isla y su historia. Luego nos levantamos y empezamos a andar de vuelta al centro de Maó. Fue entonces cuando recordé un dato curioso que se me había pasado por alto.

—Yo creo que deberías incluir algún muerto en la isla, Theo. ¿Sabes con qué nombre se la conocía durante la dominación británica?

—No, dime.

—*Bloody Island.*

—Vale —dijo con su peculiar sonrisa—, tendré en cuenta tu sugerencia.

—Tendrás que mencionarme en tu libro, al menos en los agradecimientos —le sugerí en tono socarrón.

Él asintió en silencio con la mirada fija en algún lugar indefinido.

—Puedo asegurarte que en mi novela ocuparás un lugar mucho más especial que el de los agradecimientos.

—En ese caso espero recibir una copia con una dedicatoria personalizada.

Él volvió a asentir con la cabeza, pero su expresión había cambiado de nuevo. Me daba cuenta de que Theo era capaz de leerme la mente en muchas ocasiones, pero, al mismo tiempo, yo también podía leer la suya. Llegamos al parquin, subimos al coche y salimos en dirección a Arenal. En cuanto dejamos Maó, cogí su mano y la posé en mi pierna. Necesitaba su contacto, y por eso decidimos

regresar al apartamento. Allí, dentro de aquel pequeño habitáculo, podíamos ser nosotros sin barreras, sin frenos y sin miedos…

Cuando llegamos, nos desnudamos y nos tumbamos en el sofá. No sé explicar esa necesidad constante que sentíamos de tocarnos, de estar pegados. Solo sé que me relajaba y excitaba al mismo tiempo. El sol de la tarde se colaba por el balcón, y a lo lejos se escuchaban gritos de niños que reían y saltaban al agua de la piscina comunitaria. La brisa movía las cortinas en armonía, como si de un baile se tratara. Yo me tumbé boca arriba y Theo se giró hacia mí, clavando la nariz en mi cuello. Pasé el brazo por detrás de su cabeza y lo doblé por el codo para acariciar sus rizos. Nos quedamos así, en silencio, como tantas otras veces. Pero en aquella ocasión había algo enrarecido en el ambiente. Los dos sabíamos que el día siguiente era el último juntos, y por más esfuerzos que hiciéramos para no pensar en ello…, la idea golpeaba una y otra vez nuestras mentes y nuestros corazones.

—Dime una cosa: ¿cuál es tu canción favorita? —me preguntó.

La verdad es que nunca me había planteado tener una canción preferida. Me gustaba la música como a la mayoría de la gente, y tenía canciones que me recordaban momentos concretos de mi vida; pero elegir una entre todas…

—No sabría decirte, me gusta mucho la música, desde los Beatles a Pet Shop Boys o Anastacia… hasta Raphael, Sergio Dalma o Rocío Jurado. Por tu cara deduzco que no conoces a ninguno de los tres últimos —me reí—. Déjame un minuto para pensarlo.

—Piensa, piensa —me dijo antes de morderme el lóbulo de la oreja.

—De mientras podrías decirme cuál es la tuya —propuse.

—Claro. A ver, ya ves que a mí también me gusta mucho la música, no podría vivir sin ella. Y lo mío son las divas como Madonna, Cher, Cindy Lauper o incluso Britney Spears. Pero mi diosa sin duda es Céline Dion.

—Es muy buena, una voz inigualable.

—Sí. Y para mí ella canta la canción más romántica que jamás ha existido y existirá.

—¿La de *Titanic*?

—No, bobo. La canción se llama *To love you more*, en concreto me refiero a la versión *live* de París en 1996.

—¡Qué específico! —exclamé.

—Sí. A ver, siempre que la canta es espectacular, pero en la grabación de aquel directo fue como descubrí el tema por primera vez.

—Pues siento decir que no tengo ni idea de qué canción es.

—Espera, eso tiene fácil solución.

Me besó y se levantó. Yo lo seguí con la mirada porque era imposible no querer observarlo. Se puso a buscar entre los CD que tenía en su estuche y en cuestión de segundos encontró el que buscaba. Puso su cara de triunfo y me miró alzando el CD con la mano. Yo seguía observándolo. Él tan pancho, allí de pie, desnudo, con el pene a media erección, como si nada, como si lleváramos veinte años juntos y el hecho de estar y vernos desnudos fuese lo más normal del mundo. Y yo no me sentía incómodo ni nada por el estilo, al contrario, me asombraba tanta naturalidad entre los dos. Aunque debo reconocer que para mí seguía siendo algo fuera de lo común, nuevo, diferente… Me alucinaba su cuerpo, tenía unas formas tan bonitas…, y ya no me cortaba en absoluto a la hora de mirarlo con detalle. Su culo era de una perfección para la que no tenía palabras, y cuando me venían esos pensamientos no me lo podía creer. Hasta hacía una semana ni siquiera habría mirado el culo de un hombre. Y mucho menos lo hubiera catalogado como el «culo perfecto». Para más inri, con esos pensamientos me excitaba y se me ponía dura en décimas de segundo. Lo mismo me ocurría con su pene y sus testículos. Tenían armonía, su forma era preciosa; el conjunto se me antojaba algo bello y sexual. Se rasuraba el perineo y el escroto, pero se dejaba vello en la parte superior del pubis. También me resultaba curioso ese vello, del mismo color que sus rizos, ese castaño claro que dotaba de una luz especial a todo su cuerpo. Nunca me había planteado que un hombre tuviese el pelo de sus partes de un color que no fuese negro, como yo. Es que para ser sincero nunca había pensado en el pelo púbico de un hombre. ¡Todo esto era una locura! ¿Qué me había pasado en esos cinco días? Todos esos razonamientos acudían constantemente a mí. Incluso yo

me veía diferente. Me sentía *sexy*, atractivo, deseado. Miraba mi cuerpo con otros ojos, como el objeto de deseo que representaba para Theo. ¿Se habría fijado él en mi cuerpo como yo lo hacía con el suyo? Era plenamente consciente de que le gustaba, me lo había dicho y sin duda me lo había demostrado, pero quería saber…

—Planeta Tierra llamando a Bruno…

Salí de mis pensamientos al darme cuenta de que lo tenía plantado delante de mis narices y seguramente me habría hablado y yo ni me había dado cuenta. Alcé la vista y lo miré.

—¿Ya has aterrizado de nuevo? —preguntó sonriendo.

—Sí, sí… —contesté tapándome la cara en señal de vergüenza.

—¿Dónde estabas?

—Pues…

—Bueno, luego me lo cuentas, ahora escucha la canción —dijo mientras saltaba encima del sofá para colocarse de nuevo a mi lado tumbado.

—Venga, va.

—¿Tu nivel de inglés es bueno?

—Bastante.

—No esperaba menos de mi menorquín preferido. —Me besó el cuello y pasó el brazo por encima de mi pecho—. Espero que te guste.

Escuchamos la canción en silencio. Era realmente preciosa, romántica a más no poder; removió algo dentro de mí, me hizo sentir… vulnerable, y me emocionó. Él no se despegó de mí en los cinco minutos y veintiséis segundos que duró la canción. Y aunque en aquel momento no era consciente de ello, la letra era toda una declaración de intenciones por parte de Theo.

—¿Te ha gustado? —quiso saber.

—Mucho —acerté a decir aún con un nudo en la garganta. No sabía por qué, pero no quería que notara nada, cogí aire e intenté parecer sereno al hablar—. Pues venga, te digo una de las canciones que más me gustan. No puedo decir que sea mi favorita, pero es de las pocas que con solo una escucha se me quedó grabada y me la puedo poner mil veces sin cansarme de ella.

—A ver, sorpréndeme.

—No creo que la conozcas. La versión original es italiana, cantada por Fiordaliso en 1983, pero un año más tarde una cantante mexicana llamada Daniela Romo hizo su versión en español. El título es *Yo no te pido la luna*.

—No la conozco, pero me gustaría escucharla contigo.

—Vale, tengo el CD en casa, y hoy sí o sí tengo que ir a buscar ropa, Theo, mirar que todo esté bien, las plantas, la piscina…

—Sí, claro. ¿Puedo ir contigo? Si quieres no salgo ni del coche mientras estamos allí.

—Por favor…, ven conmigo, claro, y entras en casa como hiciste el otro día. —Giré la cabeza y lo besé. Me lo quedé mirando. No quería separarse de mí ni un momento, y yo tampoco quería.

—Sí, no quiero separarme de ti ni un segundo.

«Joder».

—A veces creo que tienes el poder de leerme la mente.

—Ojalá tuviese ese poder ahora mismo.

—No necesitas tenerlo; sabes que me puedes preguntar cualquier cosa y te responderé con toda sinceridad y con la verdad por delante.

—Ya lo sé, pero lo que me gustaría saber no es algo que ahora te pueda preguntar.

«Pum». Otra de sus frases que se clavaban como una flecha en mi alma.

—No entiendo a qué te refieres.

—Da igual. —Con un movimiento rápido se colocó encima de mí. Sentía su peso y su calor repartido por todo mi cuerpo. Chocó su nariz con la mía.

—¿Cómo que da igual? Ahora me lo dices… —Me besó para hacerme callar deliberadamente. Aun así, y con sus labios apretando los míos, conseguí decir—: No… me… voy a… olvidar… de eso.

Se apartó y me penetró con esa mirada de suficiencia que me daba ganas de soplarle en toda la cara. Sonrió. Me estaba leyendo la mente otra vez. Seguro.

—Pues no te olvides, pero ahora bésame. —Y acercó su boca de nuevo a la mía. Me lamió los labios con la lengua. Era el erotismo personificado. Después de mis labios, bajó un poco hasta mi barbilla

para volver a subir y besarme con ansia, con aquel frenesí que nos caracterizaba. Me comía. Podía sentir que me absorbía, estaba aspirando mi esencia, mi energía, mi saliva… Él era más consciente que yo de la cuenta atrás en la que nos hallábamos, y hasta el momento de su partida cogería de mí tanto como pudiese.

Después de una buena y necesaria ducha salimos en dirección a Alaior. Al llegar entramos por la cochera, y quedamos rápidamente a salvo de miradas indiscretas. Fuimos directos al jardín para poder regar las plantas, luego hice el control del cloro y el pH de la piscina. El viento había arrastrado hojas al agua. Algunas flotaban y otras ya estaban en el fondo. Decidí que la limpiaría el domingo por la mañana antes de ir a buscarlas al aeropuerto. Emma estaría deseando disfrutar de su piscina.

Yo iba de un lado para otro bajo la atenta mirada de Theo. Luego subimos al dormitorio para cambiarme de ropa y coger otra muda. Mientras rebuscaba en el cajón le dije:

—¿Puedo preguntarte algo? Te parecerá una tontería de adolescente, pero me gustaría saber… qué piensas de mi cuerpo. Ya sé que te gusta, pero quiero saber…

—¿Qué? ¿En si me he fijado en esos tres lunares alrededor del ombligo? ¿En la pequeña peca que tienes en la frente? ¿En la cicatriz de haber sido operado de una hernia seguramente, que se esconde entre tu vello púbico?

Yo me quedé quieto, con los *slips* en la mano y el cajón abierto. Me giré para mirarlo a la cara. Theo estaba apoyado en el marco de la puerta; igual que el otro día, no entró en el dormitorio.

—¿Sigo? —me preguntó con una seguridad en la mirada que me descolocó. Simplemente asentí y continué con la ropa—. Tus labios perfilados, ese cuello que me comería a bocados y esas manos tan finas con unos dedos que bien podrían ser de un pianista. Tienes unos hombros rectos que consiguen dar una forma a tu espalda que la dota de armonía, y unos pezones pequeños y bien hechos. Se te marcan los oblicuos, y en el lado derecho tienes una vena que resalta por encima de las demás. Tu pene es del tamaño y forma perfectos, y que no estés circuncidado me da un morbo que ni te puedes imaginar. No te rasuras como yo, pero vas arreglado, y el

vello negro de tus partes me pone muy cachondo, creo que es como una especie de fetiche que tengo. Tus piernas largas y fibradas, con una peca de dos colores cerca de la ingle, que, por cierto, yo me la haría mirar por un dermatólogo, y una cicatriz de algún accidente en el lateral de la rodilla derecha. Tus pies son grandes, masculinos, y con algunas varices debajo del tobillo. Y tu culo, madre mía, tu culo… —Lo dijo con tal lascivia que me ruboricé—. Haría maravillas con él. Tienes una peca en la nalga izquierda, y una marca, que podría ser de nacimiento, en la nalga derecha. Un culo único.

Cerré la bolsa con la ropa que me llevaba y lo miré completamente asombrado.

—Joder, Theo…, es que me dejas sin palabras.

—Soy escritor, recuerda. He analizado tu voz, tu físico, tu ropa, tu manera de hablar y gesticular desde que me electrocutaste.

«Y dale…».

—¡Que fuiste tú!

—¡Que no!

—Está claro que nunca nos vamos a poner de acuerdo en esa cuestión. —Fui hasta la puerta con la bolsa—. Ya estoy, ¿vamos?

—Te olvidas de algo.

—¿De qué?

—Del CD de Daniela Romo.

—¡Ostras, sí! —Me había olvidado por completo.

—Ay, Bruno…, ¿qué harías sin mí?

«Bum». Sin él. Esa era una idea que no quería contemplar en aquel momento.

Bajamos al salón y cogí el CD de la estantería.

—Este es, toma.

Theo lo observó detenidamente como si fuese un tesoro o algo parecido.

—Estaba pensando que voy a llamar a Natalia ahora, antes de irnos, así luego ya no tengo que estar pendiente, ¿vale?

—Sí, sí, claro, lo que tú quieras. Te espero aquí.

Salí al jardín y llamé. A mi manera, si la llamaba desde nuestra casa, no me sentía tan mal. Y, egoístamente, luego podría dedicarme a Theo sin interrupciones. La llamada transcurrió sin ninguna

novedad que resaltar, estaban bien las dos y deseando regresar a la isla cuanto antes.

Al rato nos dirigimos de vuelta a Arenal. Theo era impaciente por naturaleza, y en el coche quiso poner ya la canción. La escuchamos entera, con su mano posada en mi pierna como ya era habitual.

—¿Te ha gustado? A ver…, no es Céline Dion, ja, ja, pero la canción…

—Es igualmente romántica; menos intensa, desenfadada, más natural y relajada, pero muy bonita, la canción es como tú.

No supe qué contestar a aquello; pero me dio por pensar en la canción de Céline. También su canción era como él: intensa, fuerte, visceral, romántica y preciosa.

Antes de regresar al apartamento fuimos andando hasta el supermercado que se encontraba a unos pocos metros del complejo. Necesitábamos provisiones para cenar, desayunar al día siguiente y seguramente comer. Para la cena del sábado tenía en mente algo especial, ya que iba a ser nuestra última noche. Cuando estábamos comprando parecíamos una pareja.

—¿Te apetece lomo a la plancha para cenar? —le pregunté mientras cogía una bandeja con ocho cortes envasados.

—Por mí perfecto, pero podríamos hacer un poco de ensalada para acompañar… —sugirió Theo.

—Vale. Aceitunas creo que tienes, ¿no?

—Sí, aún queda una lata.

—Pues cojo tomates de untar y lechuga para la ensalada, ¿vale?

—¡Sí, y maíz de ese que va en lata también!

—Vale, pero te lo pones tú aparte, que a mí no me gusta.

—Hecho —contestó con su habitual sonrisa de satisfacción.

Como decía…, igual que una pareja que lleva años de relación.

Durante la cena nos olvidamos de «la cuenta atrás» y Theo quiso saber qué haríamos al día siguiente.

—Pues había pensado ir a visitar un poblado talayótico si quieres, podemos regresar aquí para comer y más tarde salir hacia el faro de Punta Nati para la puesta de sol.

—Ah, entonces, ¿ese faro lo visitaremos al atardecer?

—Sí, si quieres. La puesta de sol es muy bonita, el enclave es espectacular porque la isla básicamente termina allí.

—Genial. ¿Y para cenar?

—Es una sorpresa.

—¿Otra vez? Igual que el día del Monte Toro…

—Venga, no digas nada, no preguntes y simplemente déjate llevar —le corté rápido pero riendo. Él levantó las manos en señal de rendición.

—Vale. Tú mandas. Como siempre. Haces conmigo lo que quieres… —se lamentó haciendo un puchero y poniendo ojos de víctima.

—Qué huevos tienes… —protesté tapándome la cara con las manos y negando con la cabeza.

—Grandes y colgantes. —Sus ojos de víctima pasaron a ser de pícaro en un segundo.

—Eres incorregible.

—Lo sé, y te encanta. —Sonrió burlón.

Rompí a reír y le tiré la servilleta de papel a la cara. Luego continuamos cenando, sin dejar de mirarnos, con las piernas entrecruzadas y esa media sonrisa imborrable en nuestras caras. Me encantaba todo de él, absolutamente todo.

Faro de Punta Nati

Cuando me desperté, Theo no estaba en la cama. Agucé el oído por si había ido al baño o escuchaba movimiento por el comedor, pero nada, silencio. Eran casi las ocho, me levanté y fui a mear. Había refrescado un poco durante la noche y pensé en ponerme algo de ropa, pero las ganas de averiguar dónde estaba mi escritor me hicieron desechar la idea y salí del dormitorio tal cual. Allí estaba, tumbado en el sofá. Había colocado el cubrecama como sábana improvisada y escribía algo en su libreta, la cual tapaba su cara desde mi posición, solo divisaba sus rizos. Me acerqué.

—Buenos días —dije casi en un susurro. Él apartó la libreta a un lado, me miró y sonrió.

—Buenos días.

Bajo su atenta mirada, fui hasta la cocina para beber agua. Podía notar cómo sus ojos recorrían mi cuerpo desnudo, y adoraba aquella sensación. Mientras bebía me preguntó:

—¿Has descansado?

—Sí, sí. Estaba exhausto. Recuerdo meternos en la cama, sentir tu abrazo y desaparecer. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí en el sofá? —quise saber mientras me acercaba.

—No podía dormir, y quería repasar todo lo escrito, añadir cosas, etc. Ven, échate conmigo. —Apartó el cubrecama y vi que también estaba desnudo. Me tumbé a su lado al tiempo que lo besaba y él lo extendió de nuevo encima de nosotros.

Theo volvió a su libreta y yo giré todo mi cuerpo en dirección a él. Le besé el hombro y me quedé contemplando su perfil. Como siempre, sentía la necesidad de tocarlo. Creo que de alguna manera…, vamos a llamarla «mística», cuando estábamos en contacto físico se iniciaba un intercambio de energías entre los dos que nos equilibraba.

Una vez leí que nuestros cuerpos guardan nuestra historia, una especie de memoria inconsciente que alberga una herencia

ancestral, y eso crea una vibración única. Como si se tratara de una frecuencia de radio que entra en sintonía con personas afines. Yo sentía la energía de Theo y la absorbía. De la misma manera que podía notar cómo él se llevaba parte de la mía. El día que nos conocimos, cuando nos «electrocutamos», nuestras frecuencias de radio conectaron, o casi diría que se fusionaron. Yo entré en él y él en mí. Ese intercambio energético se daba constantemente entre nosotros. Y en el momento del sexo se convertía en algo aún más intenso, porque la energía sexual que se generaba cada vez que lo practicábamos contenía todos nuestros deseos, sentimientos, emociones y necesidades. Podías sentir al otro sin ninguna barrera, sin filtros. Era una sensación completamente nueva para mí, y era brutal.

Empecé a recorrer su cuerpo con la mano. Adoraba notar el tacto de su piel, su calor. Me paré en su ombligo. Dibujé un círculo a su alrededor con el dedo y al pasar por la parte inferior noté su pene. Estaba duro como una piedra. Se lo agarré y me reí. Él soltó la libreta y me miró.

—Pero, a ver, ¿de qué te ríes? —me preguntó sonriendo.

—Es que parece que tengas un botón de *on* y *off*, en nada se te pone dura…

—¿Y qué quieres? Te paseas por el comedor desnudo, luego te tumbas a mi lado y empiezas a tocarme…

—Lo sé, lo sé. Si me encanta. Es solo que me hace gracia. Todo esto sigue siendo muy nuevo para mí. —Lo besé en la oreja y separé un poco la cara para mirarlo.

Él giró la suya y también se me quedó mirando. Había algo distinto en sus ojos. Me besó y luego retomó la lectura de su libreta. Yo continué observándolo. Coloqué la mano encima de su pecho, quieta. Sentía el latir de su corazón y me di cuenta de que pasaba algo.

—Dime qué te pasa.

Él tragó saliva y luego inspiró profundamente. Mi mano subió y bajó al ritmo de su pecho. No la moví. Finalmente, soltó la libreta de nuevo y me miró.

—¿Tú qué crees que me pasa? —me preguntó dando por supuesto que tenía que saberlo. Sus ojos denotaban aflicción. Supe en aquel preciso instante lo que sucedía.

—Que hoy es nuestro último día. —Decirlo en voz alta fue como una puñalada en el alma. La mera idea provocaba un vacío dentro de nuestros estómagos, un agujero negro imposible de cerrar. Él volvió la cabeza y se quedó contemplando el techo, pensativo. Yo acerqué mi cuerpo al de él todavía más y le rodeé el pecho con el brazo.

—Esto es una mierda —susurró mientras se pasaba la mano derecha por esos rizos salvajes.

Y tenía razón. Aquellos dos últimos días habíamos luchado contra ese pensamiento y, gracias a la perspectiva del tiempo que aún teníamos juntos, habíamos ganado la lucha en cierto modo. Pero ya no había más tiempo al que agarrarse, no había un día siguiente, no había más planes, no había… futuro.

«Mierda». Pero sí había una cosa: presente. Y yo no estaba dispuesto a dejar que la idea de un futuro imposible me destrozara el presente. Si aquel era nuestro último día juntos, teníamos que estrujarlo, aprovecharlo al máximo, y no estar de mal rollo y tristes por el mañana.

Me moví rápidamente y me coloqué sentado encima de él. Le cogí las manos y me las llevé a la boca para besarlas. Él seguía mirando el techo.

—Theo. —Silencio—. Theo, mírame. —Sin soltarle las manos bajé los brazos hasta reposarlos en su abdomen—. Mírame, por favor.

Tragó saliva de nuevo y entonces desvió los ojos hacia los míos. En su mirada había algo más que pena o aflicción, había rabia. Estaba cabreado por la situación. Por un momento sentí como si yo tuviese la culpa.

—Escúchame. No vamos a permitir que la idea del «último día» nos destroce el último día, ¿entiendes? No seamos idiotas. Por más que cueste, démosle la vuelta a la situación. Merecemos un último día a la altura de lo vivido estos días, y no voy a permitir que nada nos lo arrebate. Quiero pasar otro día mágico contigo. Que hablemos, que nos riamos, que nos toquemos, que nos besemos a

escondidas en algún lugar público y que follemos como animales. —Al decir eso último bajé la mano hasta sus partes y acerqué la cabeza a la suya para besarlo. Cuando separé los labios de los suyos y lo miré, aquella mágica media sonrisa que me hipnotizaba estaba regresando a su cara. Sus ojos recuperaron el brillo y creo que incluso la luz del apartamento cambió.

—*You're right*. Lo compro. Vamos a aprovechar hasta el último minuto.

—Y las palabras «último día» quedan vetadas a partir de ahora. Quiero a mi Theo, el que me vuelve loco y me hace vibrar y reír, el que me chincha, el que lo ilumina todo con su sonrisa, ¿vale? —La ternura regresó a sus ojos, y me regaló otra de sus carcajadas que me daban la vida—. ¿Me lo prometes?

—No puedo prometerte nada, pero pondré todo de mi parte para que así sea.

—Eso me sirve.

Me incliné de nuevo hacia él para besarlo y sellar así nuestro trato.

Preparamos el desayuno. Theo decidió amenizar el momento y *A new day has come* de Céline Dion empezó a sonar de fondo. Nos sentamos y, mientras me untaba de tomate las tostadas, él quiso saber más de mí.

—Tengo una pregunta.

—No me digas, ¿tú preguntándome algo? Eso sí que es nuevo —dije irónicamente.

—Qué bobo eres… ¿No te gusta que te pregunte cosas? —inquirió alzando una ceja.

—Me encanta que me preguntes y que quieras saberlo todo de mí; pero también me gusta chincharte y cachondearme de ti de vez en cuando. —Le guiñé un ojo y di un bocado a mi tostada, estaba hambriento. Él negó con la cabeza, pero sin dejar de sonreír—. Dispara.

—Me gustaría saber qué habrías hecho si te hubieses ido a Barcelona a estudiar cuando llegó el momento. ¿A qué te habrías dedicado?

—Seguramente habría terminado estudiando algo aburrido pero práctico a la hora de encontrar trabajo. Relaciones Laborales,

Empresariales…, esas carreras que sirven un poco de comodín para colocarte en cualquier sitio y tener un sueldo más o menos digno para vivir.

—Vale. No. No he formulado bien la pregunta. Lo que me gustaría saber es a qué te habrías dedicado si hubieses podido escoger tu camino sin presiones familiares o sin pensar en tener un sueldo fijo a final de mes. Aquel Bruno adolescente ¿qué deseaba? ¿Qué le habría gustado hacer con su vida? Yo siempre quise escribir. Hasta donde yo recuerdo ese fue siempre mi deseo. Narrar historias, inventadas o verídicas, contar a los demás aquello que mi imaginación era capaz de crear. Dedicarme a ello, vivir de ello y, sin duda, disfrutar de mi trabajo. Sé que lo que haces aquí te gusta, pero no creo que el sueño de un Bruno de doce años fuese cuidar de los faros y trabajar las tierras de la familia.

Sus palabras se convirtieron en un ariete que golpeó con fuerza contra mi pecho. Noté que una grieta se abría y un remolino me succionó a través de ella, llevándome atrás en el tiempo. Mi mente empezó a divagar entre recuerdos que tenía olvidados. De pronto me vi renunciando a la universidad, a Barcelona, a salir de la isla y ser dueño de mi propia vida. Pero el remolino me arrastró más y más, hacia mi yo más niño. Entonces me vi paseando por el campo, recogiendo flores de diferentes especies, luego en casa catalogándolas, estudiándolas… ¿Cómo había olvidado algo así? Me encantaban las plantas, las flores, estar rodeado de ellas, ver la cara de alegría de mi madre cuando mi padre le regalaba un ramo de flores cada año por su aniversario de boda. Incluso yo le regalaba flores que recogía por el campo cada dos por tres. La variedad de colores y formas, olores y tamaños me fascinaba… Y de golpe…, la voz de mi abuelo irrumpió en mi cabeza en medio de aquel recuerdo: «Las niñas recogen flores, los niños juegan al fútbol. ¿Qué eres? ¿Una niña o un niño?». «Pum». Ahí estaba el detonante de mi bloqueo, el motivo por el cual había sepultado esos recuerdos. Él sembró la semilla en mí de que aquello no era «correcto». Decidí dar más impulso a ese ariete imaginario y destruir aquel maldito muro para liberar lo que fuera que contuviera.

—Bruno, ¿estás bien? —Noté algo que me presionaba la mano y entonces «regresé» y lo vi a él. Me miraba expectante y algo desconcertado, pero consciente de que sus palabras me habían pegado una sacudida de las buenas. Una lágrima resbaló por mi mejilla y Theo la secó con el dorso de la mano para luego acariciarme la cara—. Mi guapo menorquín, ¿dónde has ido? —me preguntó con dulzura.

—Muy atrás…

—¿Y qué has visto?

—La verdad.

—¿En qué sentido? —Seguía sin soltar mi mano.

—En más de los que ahora mismo soy consciente, creo… Pero ahora ya puedo responder a tu pregunta.

—Dime.

—Mi ilusión habría sido tener mi propia floristería.

Le conté a Theo el recuerdo que había recuperado con pelos y señales, y luego le expliqué mi gran amor por las plantas. Fragmentos y más fragmentos acudían a mi mente a medida que hablaba. Incluso recordé que, de pequeños, mi primo y yo habíamos improvisado una especie de tienda con cajas de cartón encima de la cual habíamos colocado las flores que habíamos arrancado, a modo de exposición. Yo, evidentemente, era el vendedor e intentaba que me pagara más por aquellas que a mi juicio eran más bonitas. Él, tres años mayor que yo, me seguía el rollo y me compraba algunas con la chatarrilla (pesetas) que su madre le daba de vez en cuando. Madre mía…, la florista y el cliente…, está claro que ya apuntaba maneras. Me entró la risa con este último pensamiento.

Sin embargo, Theo no se reía. Más bien parecía indignado con ese entorno que no me permitió ser quien debía ser.

—Te empezaron a «reconducir» desde muy pequeño, Bruno. Está claro que todo aquello que pudieses pensar, sentir o hacer y no estuviese en la línea de lo que «tocaba» se vio neutralizado. Te fuiste bloqueando tú mismo por culpa de comentarios machistas y absurdos como los de tu abuelo. Por suerte, esas cosas que enterramos en un rincón de nuestra cabeza no mueren, solo se quedan allí dormidas. Cosas que más de una vez habrán intentado

gritar y luchar para romper los barrotes donde tu mente las encarceló.

—Y tú los hiciste añicos con solo tocarme —reflexioné en voz alta.

—Probablemente. El universo tenía otra vida preparada para ti, pero las personas que te rodeaban, la época en la que naciste, la isla en la que creciste… no fueron factores favorables para que tu vida siguiese el camino que debía.

Me hizo daño escuchar aquello. ¿Significaba eso que había vivido una mentira? No. En absoluto. ¿Que me había dejado llevar para tener una vida fácil, cómoda y convencional? Sí. Por supuesto. Una vida que contentaba a todo el mundo. Una vida aceptada por la sociedad que me rodeaba, los amigos, la familia… Pero también una vida que me había dado una hija maravillosa, una mujer encantadora y un hogar que adoraba. Aun así, tenía que reconocer que lo que sentía por Theo era incomparable a lo que había sentido siempre por Natalia. Ese deseo, esa conexión, ese fuego que se había encendido en mi interior eran cosas desconocidas para mí. Seguía pensando que tenía una mujer atractiva y con un cuerpo espectacular, pero nunca había podido despertar ni una cuarta parte del deseo que sentía cuando Theo me miraba o tocaba.

En aquel momento empecé a dar respuesta a muchas preguntas que a lo largo de mi vida había dejado en el aire. Preguntas que de algún modo evitaba formularme o buscarles respuesta. Mis amigos salían de fiesta siempre con el objetivo de ligarse alguna chica; yo salía con la intención de bailar, reír y pasármelo bien. Ellos señalaban el culo o los pechos de alguna y se les caía la baba; yo simplemente asentía, me reía, y a lo mejor ni la había mirado. Ahora podía entender por qué el bar de *striptease* al que me llevaron para mi despedida de soltero en Barcelona me pareció insulso y para nada erótico.

Y podría seguir recordando situaciones de este tipo…, mi mente se estaba desbloqueando a pasos de gigante. Iba derribando interrogantes como fichas de dominó. Pero ya tendría tiempo de pensar en ello. Ahora era el momento de comenzar nuestro día. El poblado talayótico de Torralba d’en Salort nos estaba esperando.

Nos vestimos sin quitarnos los ojos de encima. No solo no queríamos afrontar ningún tipo de separación física, tampoco la queríamos a nivel visual. Era nuestra manera de almacenar más y más recuerdos, más instantes, aunque fuese algo tan banal como verlo poniéndose los calzoncillos.

Theo no vio la ropa que había cogido de mi casa el día anterior, pero, evidentemente, me aseguré de coger algo verde. Los dos sonreímos mientras me ponía unos pantalones pirata de color verde oscuro, y él una camisa blanca sin mangas con el detalle del bolsillo de color verde grisáceo.

—Sabía que te habrías cogido algo verde —me dijo mientras miraba mis pantalones y sonreía satisfecho.

—No podía faltar. Para mí es otra de las muchas cosas que en cierto modo nos unen.

Me acerqué a él y pasé el brazo alrededor de su cuello para acercarlo a mí. Lo besé en la mejilla y fuimos hasta la cocina como dos siameses. Una vez allí, nos soltamos y Theo preparó la mochila con agua y una bolsa de patatas fritas mientras yo paraba el *discman*. Cogí las llaves del coche y lo miré.

—¿Vamos?

—Vamos. —Se acercó de nuevo y me besó intensamente. Sabíamos que durante unas horas estaríamos en terreno vedado, y ese beso era para cargarnos de aquella energía única que generábamos al estar juntos.

Durante el trayecto, y con nuestras manos en la posición de siempre, Theo me preguntó sobre el mundo talayótico.

—Ponme un poco en antecedentes, porque no tengo ni idea de lo que vamos a visitar, ni de quién fue esa gente, ¡ni nada!

Me reí. Era normal. En aquella época había incluso muchos menorquines que no sabían nada de la cultura talayótica. Lo más lógico era que alguien como Theo no hubiese escuchado nunca la palabra *talayótico*.

—Bien, intentaré resumirlo tanto como pueda.

—Te escucho.

—A ver, la cultura talayótica menorquina se asentó en la isla alrededor del 1400 a. C., momento en el que se produjeron una

serie de transformaciones económicas y sociales entre los habitantes de Menorca. Como imaginarás, la población empezó a aumentar, y eso implicó dar un paso hacia una sociedad más jerarquizada, más «urbana», con construcciones monumentales y estructuras únicas que verás en el poblado.

—¿Cuando dices únicas significa que solo se encuentran aquí?

—Exacto.

—*Wow*.

—No va a dar tiempo de que las veas todas, pero hablamos de navetas de enterramiento, recintos de taula, casas circulares y, por supuesto, los talayots.

—Ahh, así que el nombre que los identifica proviene de una de sus construcciones.

—Así es, los talayots son el monumento que más abunda y por eso dio nombre a esta etapa de la prehistoria balear.

—Vale, vale. Y la pregunta ahora es… ¿qué es un talayot? —preguntó expectante.

—Ja, ja, claro. Se trata de una estructura troncocónica construida a partir de anillos concéntricos de piedras muy grandes, los huecos entre ellas están rellenados con piedras de menor tamaño. Para que te hagas una idea: una pequeña montaña artificial hecha de piedras.

—*Okey*. Imagino que lo usarían como una torre de defensa o de vigilancia… —argumentó Theo.

—La verdad es que no se sabe con certeza. Y mira que aquí tenemos más de trescientos talayots para estudiar, pero no se han realizado suficientes excavaciones. Además, los hay de diferentes tipologías: algunos tienen una escalera para subir, otros un corredor circular, otros un pasillo central… Pero sí, la teoría más aceptada es que se trataba de torres de vigilancia.

Estábamos cruzando Alaior e instintivamente Theo retiró la mano de mi pierna.

—Y antes has dicho algo de una naveta de enterramiento. —Yo asentí—. Imagino que será la versión menorquina de las pirámides de Egipto, ¿no?

—Ja, ja, sí, más o menos. Pero la forma es diferente y el tamaño muuuucho más reducido.

—¿Qué significa naveta? —quiso saber. Él siempre quería más.

—Recibe este nombre por su forma, que se asemeja a una nave o embarcación invertida, ¿sabes lo que quiero decir?

—Sí, vale. Con la forma de un barco que ha volcado. —Imitó el movimiento con la mano.

—Tal cual. Aquí la más famosa es la Naveta des Tudons, y tengo que decir con mucho orgullo que se trata de la estructura prehistórica más antigua de Europa.

—*Really?* —Se giró hacia mí con expresión de sorpresa.

—¿Qué te pensabas? ¿Que solo tenemos faros y playas bonitas en Menorca? —me reí.

—No. Menorca también tiene al chico más guapo y encantador que he conocido —repuso girándose hacia mí y acariciándome el brazo y la mano que reposaba en el cambio de marchas.

«Ay, madre». Es que me derretía por dentro cuando me decía esas cosas. Ya estábamos saliendo del pueblo, así que nuestras manos volvieron a juntarse.

—Qué zalamero eres…

—Y dale, otra vez con esta palabra. No lo he dicho para adularte, lo he dicho porque así lo pienso.

—Lo sé, lo sé, perdona —levanté la mano y le acaricié la cara—, es que no sabía qué decir y me ha salido eso.

—Pues podrías haber dicho que yo también soy el chico más guapo y encantador que has conocido —soltó con aires de suficiencia, pero sonriendo.

—Es que eso es obvio.

—¿Obvio? Otra palabra nueva. Disfrutas, ¿verdad? Colando palabras que no conozco…

—Ja, ja, ja, ¡como si yo pudiese saber qué palabras conoces o no!

—Sí, ya… A ver, ¿qué significa?

—Obvio es como decir evidentemente. Es evidente, es obvio que tú eres el chico más guapo, encantador, *sexy*, atractivo, con la sonrisa más bonita y el cuerpo más espectacular que he conocido.

—Uy, uy… ¿Quién es ahora el zalamero? —Empezó a reír con ganas. Yo negué con la cabeza y me mordí el labio.

—Eres idiota.

Y aún se rio más el muy cabrón. Yo también me reía. Theo podía ser un tocapelotas encantador, pero escuchar su risa no tenía precio.

Finalmente llegamos al poblado. Antes de salir del coche, Theo volvió a preguntarme por la naveta.

—Nos hemos ido del tema y al final no me has contado casi nada de ese monumento funerario tan antiguo.

—Ah, sí, la Naveta des Tudons. Si quieres la podemos visitar esta tarde antes de ir al faro. Nos pilla de camino y es una parada de quince minutos como mucho.

—Vale, pues sí, me gustaría mucho verla.

—Hecho, entonces.

Nos soltamos las manos y bajamos del coche. Después de abonar el precio de la entrada, comenzamos la visita por el poblado talayótico.

Tal y como esperaba, Theo alucinó nada más entrar. Y no era para menos. Torralba d'en Salort era y sigue siendo uno de los poblados más espectaculares de Menorca. Tanto por su extensión como por los elementos constructivos que se conservan, y sobre todo por la monumentalidad de su recinto de taula y su pilar central de cuatro metros de altura. Era realmente impresionante ver aquel monumento formado por dos grandes piedras erigidas en forma de T. Yo lo había visto más de veinte veces y siempre me abrumaba. No por su belleza, sino por el hecho de imaginarme a esos hombres que lo idearon y construyeron sin la ayuda de máquinas ni nada parecido. Desde la primera vez que lo vi, había deseado tener una máquina del tiempo para poder ver con mis propios ojos cómo lo hacían. Aunque, en aquella ocasión, la máquina del tiempo la habría usado para regresar a otro momento: cuando mi abuelo me preguntó si era un niño o una niña. Porque ahora le habría contestado con una convicción y una dignidad que entonces no tenía: «Soy un niño al que no le gusta jugar al fútbol y le encantan las flores».

Después de la visita regresamos a Arenal para comer. Theo estaba animado, había cambiado el chip igual que yo. Nada más cerrar la puerta del apartamento nos fundimos en un abrazo y empezamos a besarnos. Esa necesidad el uno del otro no tenía límite. Terminamos

en la cama y dimos rienda suelta a todo lo contenido durante aquellas tres horas en las que solo podíamos mirarnos o cogernos de la mano en el coche.

Cada vez que teníamos sexo era una experiencia diferente. En aquella ocasión empezamos con mucho frenesí, pero nos fuimos calmando, dando paso a un juego de caricias, besos, abrazos y miradas que distaban mucho del sexo visceral. Todo avanzó con ternura, despacio, conscientes en el fondo del poco tiempo que nos quedaba. No me di cuenta en aquel momento, pero aquella fue la primera vez que Theo y yo no follamos: hicimos el amor.

Nos sentamos a comer después de una ducha refrescante; el calor apretaba y el apartamento no tenía aire acondicionado. Una vez en la mesa, mi curioso escritor me sorprendió con una nueva petición:

—¿Puedo preguntarte por Natalia?

«Pum». Era la primera vez que él la mencionaba por su nombre, y de alguna manera me supo mal. Mientras estaba con Theo me aislaba por completo de mi vida, tanto para poder disfrutar sin barreras con él como para no sentirme como una mierda de traidor infiel. Por eso, escuchar el nombre de mi mujer saliendo de sus labios me descolocó.

—Depende. ¿Qué quieres saber? —pregunté, un poco a la defensiva.

—No, no, no voy a preguntarte intimidades ni nada por el estilo, pero siento curiosidad por la persona con quien compartes tu vida. Solo me gustaría saber un poco cómo es esa persona.

Reflexioné un momento y asentí levemente con la cabeza mientras con el tenedor pinchaba una aceituna de la ensalada que habíamos preparado.

—Está bien. —Me llevé la aceituna a la boca y me forcé a pensar en Natalia; a salir momentáneamente de aquel sueño que vivía con Theo.

—Bruno…, que si no te apetece, lo entiendo…

—Tranquilo; es solo que cuando estoy contigo hago un esfuerzo enorme para no pensar en… en la vida que tengo aquí con ellas. Pero entiendo tu curiosidad. Si tú estuvieras con alguien, yo también querría saber cómo es —le confesé con una media sonrisa.

—Y a mí también me costaría hablarte de él, por eso te digo que si no quieres no pasa absolutamente nada.

—Venga, va, pero mientras hablo come, que no has tocado la comida aún.

—Vaaale.

—Natalia… Natalia es una mujer excepcional. Físicamente es una belleza, ya viste algunas fotos de ella en mi casa, imagino, así que no hace falta que te la describa en este sentido. Como pareja es la compañera ideal. Tiene un carácter afable, relajado, con capacidad para adaptarse a cualquier situación que se le plantee. Es una buena persona y una buena madre, por no decir la mejor. Está siempre pendiente de todo, y no me avergüenza decir que ella lleva las riendas de nuestra vida en común. Es organizada, ordenada y con los pies en la tierra, pero con un punto de locura que la hace aún más encantadora. Es abogada y trabaja muchísimo, a veces bajo una presión enorme, pero está hecha para ello. Le encanta el cine, cocinar y jugar a juegos de mesa. —Mis labios dibujaron una sonrisa al recordar que siempre me ganaba jugando al Ferrocarril, un juego de cartas.

—¿Qué es lo que más te gusta de ella? —preguntó Theo mientras cortaba otra rebanada de pan.

—Su fuerza de voluntad. Aunque esté cansada, o mala, o haya pasado una noche pésima…, siempre cumple con aquello que tiene que hacer. Sea algo del trabajo, de casa, o ayudar a Emma con los deberes…, siempre saca fuerzas de donde sea, y la admiro por ello. Tiene una fuerza de voluntad que yo no tengo. Los menorquines somos más relajados en todos los aspectos, creo.

—Ah, entonces, ¿ella no ha nacido aquí?

—No, vino de muy pequeña con sus padres y ha crecido aquí, pero su familia es de Valencia.

—Ah, vale, vale. ¿Y algo que no te guste de ella? —preguntó sin esconder su picardía.

—Ja, ja, ja, pues mira, sí, que conduce muy rápido. Es mi loca del volante. Ya tuvo un susto hace años…, pero no ha aprendido la lección.

—*Okey*. En resumen, una mujer increíble, pero un poco temeraria al volante.

—Tal cual. Esa es ella.

—Gracias, Bruno. Al menos ahora me puedo hacer una idea de cómo es la persona que tiene la suerte de tenerte.

—Ahora mismo no sé si se le podría llamar suerte…

—Vale, no entremos en eso. Ya está, podemos cambiar de tema…

—¿Cambiar de tema? ¿Crees que te vas a librar tan fácilmente? —pregunté clavándole la mirada descaradamente.

—No te sigo… —Su cara era un interrogante enorme.

—Ahora me toca saber a mí. Me dijiste que nunca habías tenido relaciones largas, pero alguna habrás tenido. Seguro que en algún momento hubo alguien especial. Quiero saber cómo era él y por qué se terminó.

—Es que eres… —se quejó medio enfurruñado mirando la mesa.

—Oyeee, el mismo derecho que tienes tú a saber de mi vida lo tengo yo, ¿no? *Quid pro quo,* amigo mío. —Alargué la mano para tocarle la cara, pero se apartó a la velocidad de la luz con una sonrisa de suficiencia.

—Otro que usa mal esa expresión…

—¿Perdona? —Ahora era yo el interrogante enorme.

—Que *quid pro quo* no se usa así; es un error muy común, ¿no lo sabías? —Arqueó las cejas y puso una cara de chulito… Vaya guantazo se merecía.

—Buen intento de cambio de tema, pero no cuela. —No pensaba caer en la trampa. Además, él siempre quería saber y saber, pero cuando era yo el que preguntaba…, se hacía el loco.

—Que te lo digo de verdad, Bruno. Que mucha gente lo usa mal porque en inglés comenzó a aplicarse por error para referirse a la reciprocidad en un trato. El yo te doy y tú me das. Pero esta locución latina no significa eso ni se usaba en su tiempo para ese fin. Si quieres decirlo correctamente deberías usar *do ut des*, que significa «doy para que des».

—Genial, gracias por ilustrarme —dije teatralmente—. *Do ut des,* amigo mío. Ahora cuéntame.

—Tampoco sería del todo correcto usar…

—¡Theo! —Me estaba sacando de mis casillas. Él se rio a carcajada limpia.

—Vale, vale, tú ganas… Y, por cierto, cuando te enfadas aún estás más guapo.

—Sí, ya, venga, empieza a hablar… Eres incorregible. —Aunque no quisiera me hacía reír, no lo podía evitar.

—Se llamaba Jerry. Era un amigo de mi primo que conocí en la fiesta sorpresa que le organizamos para sus dieciocho años. Jerry tenía diecisiete aún y yo veintiuno. Nos caímos bien y empezamos a quedar a menudo. A mí me gustó desde el primer momento que lo vi. Al final terminamos enrollándonos, pero él no estaba preparado para aceptar su sexualidad y no fue posible llegar a nada más. Punto y final.

—¿Te crees que me voy a conformar con esta mierda? Ni lo sueñes —le dije negando con el dedo índice.

—Es que no hay más…

—Claro que lo hay. Si te he preguntado por alguien especial y te ha venido este chico a la cabeza es por algo, y quiero saber por qué.

Theo alzó la vista y suspiró.

—Fue el primer chico al que besé en la boca.

—¿Y? —No entendía que tenía eso de especial.

—Aunque te cueste creerlo, porque a ti te he comido la boca como si me fuera la vida en ello…, en general…, no me gusta besar en la boca. Necesito sentir algo que no sé definir para poder hacerlo, y sobre todo desear hacerlo. Para mí resulta más fácil hacer una mamada en un *glory hole* que besar en los labios a alguien por quien no siento nada.

—Pues me sorprende mucho, sí, y al mismo tiempo me alegro de haber sido uno de los «elegidos» para poder disfrutar de tu boca —afirmé satisfecho—. ¿Cómo fue esa primera vez con él?

—Pues empezó como un juego. Lo típico, habíamos bebido un poco, llevábamos días pasando tiempo juntos, un roce por aquí, otro por allá… Se notaba que había algo, pero ninguno daba el paso. Así que el *strip poker* nos lo puso más fácil. Ya sabes cómo funciona, imagino —yo asentí—, pues empezamos a jugar. Tenías que pagar prenda o hacer algo que el otro quisiera. Al final nos quedamos los

dos en bañador y me tocaba a mí quitármelo todo o hacer algo que él quisiera. Opté por la segunda opción. —Theo hizo una pausa y miró hacia algún punto detrás de mí. Un amago de sonrisa asomó en sus labios al recordar.

—¿Qué te pidió? —pregunté expectante.

—Que le diese un pico. ¡A mí se me disparó todo! Me daba vergüenza y a la vez lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero era algo que nunca había hecho, ¿besar a un chico? Es que no me entraba en la cabeza. Estábamos en una habitación con dos camas separadas, yo sentado en una y él en la otra. Cuando me pidió el pico yo me senté a su lado, y cuando me acerqué me paró. Se tumbó en la cama y me dijo que yo me tumbara encima de él y entonces le diese el beso. Uffff, imagínate la situación…, yo estaba muy cortado, pero quería hacerlo. Me tumbé encima de él y nuestros cuerpos se encontraron. Como te he dicho, íbamos en bañador…, así que se nos hizo evidente a los dos el grado de excitación en el que nos hallábamos: a mil por hora. —Se rio y se pasó las manos por los rizos sacudiendo la cabeza.

—Si es que me estoy excitando yo de imaginarlo, Theo… —Me reí también.

—Fue una situación muy erótica, sí. Total…, que me tumbé encima y nos quedamos mirando y sonriendo. Bajé la cabeza y le di el pico, pero antes de separar nuestros labios él me besó con fuerza, abriendo la boca y metiendo su lengua en la mía… Me pilló por sorpresa, pero no me aparté, le correspondí con la misma intensidad y las mismas ganas. Lo deseaba, y mucho. Evidentemente tuvimos sexo, sin hablar, sin casi mirarnos… También fue la primera vez que un chico me hacía una mamada… y la primera vez que yo hice una también. Siempre había pensado que llegado el momento me daría asco ponerme un pene en la boca, pero no fue así. Cuando sientes algo especial por alguien… no te da asco prácticamente nada de él, y aunque yo no me corrí, sigue siendo la experiencia más erótica de mi vida.

—Me imagino… ¿Y después de ese día?

—Todo se estropeó. Yo tenía tres años más y me sentía preparado para salir del armario siempre que fuese para estar con él. Pero Jerry

no estaba preparado y, bueno, a lo mejor yo solo le gustaba para un rollo de vez en cuando y adiós. No lo sé ni lo sabré nunca. Él era un chico bastante popular en el instituto, un montón de chicas iban detrás de él y no estaba preparado para aceptar que era gay. Así que a lo largo de un año nos enrollamos en cuatro o cinco ocasiones…, hasta que dije basta. Tuve que aceptar que no podía ser.

—¿Lo has vuelto a ver alguna vez?

—Cinco años después coincidimos en una celebración. Hablamos y todo de buen rollo. Sin más. Con el tiempo, a través de mi primo supe que finalmente había salido del armario y que incluso tenía novio. En el fondo me alegré por él, todos necesitamos nuestro tiempo para aceptar que no somos como el resto.

—Gracias por contármelo —posé la mano encima de la suya—, ahora te conozco un poquito más.

—De nada, bobo, pero por hoy zanjamos el tema de los recuerdos, ¿OK?

Terminamos de comer y pasamos a nuestra cama diurna: el sofá.

Durante los últimos tres días aquel apartamento se había convertido en nuestro templo, nuestro sitio, nuestro refugio. Allí dentro, él y yo éramos libres y habíamos creado nuestro propio mundo. Un mundo en el que yo no estaba casado ni tenía ninguna hija, un mundo en el que él no tenía que regresar a su país porque su sitio estaba a mi lado. Un mundo donde amarnos no tenía barreras ni tiempo limitado, donde podíamos gritarlo a los cuatro vientos porque nadie más nos escuchaba.

Sí, aquella tarde cuando nos tumbamos en el sofá fui plenamente consciente de que mis sentimientos hacia él eran mucho más profundos que la atracción o el deseo.

Iba a girarme hacia él, pero me paró.

—No, ponte boca arriba. Quiero tenerte de perfil para mirarte y grabar en mi memoria cada centímetro de tu rostro.

«Ay, madre…». Cuando me dijo eso tuve sentimientos encontrados. Por una parte, era tan bonito y romántico que alguien te dijese algo así…, pero, por otra…, si al día siguiente no se fuera, no tendría que grabarse nada en la memoria porque podría verme

cada día. «Vernos cada día, estar juntos siempre…». Su voz rompió mis pensamientos.

—Eres tan guapo… —dijo acariciándome la mejilla.

—Uy, sí, ¡guapísimo! —Me reí, pero enseguida me hizo callar.

—Shhhh…, no digas nada. Déjame que haga y diga lo que quiera.

—¡Pero si siempre haces y dices lo que quieres!

—Tú sigue hablando, que me levanto y me voy —sentenció a la vez que apartaba la mano de mi cara.

—Vaaale. Todo tuyo. No digo nada más hasta que me des permiso.

—Así me gusta, obediente.

No me hizo falta mirarlo para imaginar cómo su sonrisa de satisfacción se le dibujaba en la cara. A los pocos segundos su mano regresó a mí, lentamente, y sus dedos empezaron a flirtear con mi pelo.

—Me encanta tu pelo. Es negro, pero negro azabache. Brillante, fino y liso. —Su dedo descendió por mi patilla—. Y tu barba de tres días me da un morbo que no sé explicar. Ya te dije que tengo cierto fetiche con el pelo. No es que me vayan los hombres lobo, pero un tío con pelo en el pecho, en los brazos, en las piernas, en sus partes… me gusta más que uno todo depilado. Cuando te beso y noto tu barba en los labios me vuelvo loco, te lamería y mordería la cara constantemente. Tus cejas, negras como la noche también, están proporcionadas; al igual que tus pestañas. Tus ojos me hablan. Con solo mirarte, muchas veces sé lo que estás pensando, pero son ellos los que me lo susurran. Tu mirada es tan transparente, tan limpia…, que me permite verte, verte en todos los aspectos. Tu nariz me parece la más bonita que he visto nunca, ni grande ni pequeña, al igual que tus orejas. Eres simétricamente perfecto. —Después de recorrer mi oreja con el dedo, bajó por mi cuello y subió por la barbilla hasta detenerse en mis labios—. Y esta boca, esos labios…, *fuck*…, no puedo verbalizar lo que me provocan sin parecer un primo hermano de Hannibal Lecter. —Me reí mientras él seguía recorriendo mis labios—. Sí, y esa risa me da la vida, Bruno, verte y escucharte reír es maravilloso. Cómo se curvan tus labios, mostrando esa dentadura blanca y cuidada, al mismo tiempo

que el sonido de tu risa inunda mis oídos y me traslada a un universo donde solo puedo sentir felicidad.

«JODER».

Al rato cambió de posición para analizar mi cara desde el otro lado, en silencio. Solo hizo mención de la peca de mi frente. Cuando hubo escaneado mi rostro con todo detalle, regresó a su lado del sofá, se tumbó y me dio la espalda. Yo lo miré y le acaricié el hombro.

—¿Me abrazas? —me pidió casi en un susurro.

—Claro.

Nos quedamos así un buen rato. Theo se durmió, y luego caí yo. Al abrir los ojos había pasado una hora. La luz en el interior del apartamento había cambiado otra vez. Me levanté y fui al dormitorio. Theo seguía dormido. Llamé al restaurante y encargué la cena para llevar. Mi idea era ver la puesta de sol en Punta Nati, luego pasar por Ciutadella a recoger la comida y salir para Cala Macarelleta. Cenar bajo la luz de la luna en una de las calas más bonitas de Menorca, acompañados de unas velas que había cogido el día anterior de casa, con el sonido del mar de fondo. Sí, Theo había liberado mi lado romántico.

Regresé al salón y desperté a mi bello durmiente. Teníamos que ponernos en marcha si queríamos pasar por la Naveta des Tudons.

Una vez vestidos y acicalados, Theo me sorprendió una vez más.

—Bruno.

—Dime.

—¿Estarías dispuesto a hacerte una foto conmigo?

—Pues claro, ¿qué pregunta es esa? —Lo miré sin entender.

—Bueno…, no sé si quieres que exista una foto donde salgamos los dos…

—Madre mía, ¿quién es el bobo ahora? Claro que quiero una foto contigo. ¡Pero no sabía que traías cámara de fotos! —Me sorprendió que no lo hubiese mencionado hasta ahora.

—Sí, bueno…, es que soy un desastre. La cogí para poder fotografiar los faros y los lugares que me interesaban para la novela, pero la metí en la maleta sin el cable que recarga la batería… y prácticamente no tiene. —Se tapó la cara con las manos,

avergonzado—. Cuando llegué el sábado pasado fui directo a una tienda de fotografía de Maó, pero no tenían ninguno que se adaptara. Podían pedirlo, pero me dijeron que tardaría una semana más o menos…, así que no valía la pena.

—Ohh, qué lástima, Theo. Tengo que reconocer que el día que fuimos a Cavalleria lo pensé, pero llegué a la conclusión de que preferías trabajar con tu mente y con lo que apuntabas en tu querida libreta a basarte en fotografías.

—Y así lo hago, ¿eh?, pero siempre ayudan si se te escapa algún detalle.

—Claro, claro. Nosotros tenemos una cámara también, pero se la llevó Natalia, así que tampoco podía ofrecerte ayuda en ese sentido.

—Tranquilo, en mi querida libreta, como tú dices, tengo todo lo necesario. Pero algo de batería seguro que queda, aunque solo dé para sacar una foto. La cojo y lo intentamos, ¿vale?

—Vale; lo que mi escritor quiera. —Le guiñé un ojo y sonreí.

—Uy…, no digas eso, no sea que te arrepientas.

—Ja, ja, venga, va, vamos o no llegaremos a todo.

—¿Voy bien para la cena? —me preguntó separando los brazos del cuerpo para que lo mirara.

—Vas perfecto. —Y empecé a reírme.

—¿Pero de qué te ríes? ¿Llevo la camiseta del revés o algo?

Me acerqué a él y lo cogí de la mano.

—Me río porque lo más seguro es que no necesites nada de ropa durante la cena. —Casi pude ver cómo una llama se encendía en el centro de su iris—. Pero para la puesta de sol vas guapísimo —añadí antes de besarlo—. Coge la cámara y vámonos ya.

Llegamos a la naveta alrededor de las siete de la tarde. Aparqué en el pequeño parquin de arena, bajamos y empezamos a andar por el camino de tierra que llevaba hasta el monumento. Nos cruzamos con unos turistas ingleses y luego seguimos el camino solos.

—Naveta des Tudons… ¿Qué significado tiene el nombre? —quiso saber.

—Significa «la nave de las palomas torcaces». Y ahora me preguntarás… ¿qué son las palomas torcaces? —Lo miré de reojo.

—Pues claro; ¿qué son? —sonrió.

—Es un tipo de paloma muy extendida en España y Europa. Es robusta y fuerte, de cuerpo grisáceo. Tiene unas manchas blancas en el cuello y las alas que resultan muy características. No son muy grandes, pueden medir unos cuarenta y cinco centímetros como mucho, y pesan poco más de medio kilo.

—Vale; dijiste que era el monumento funerario más antiguo de Europa, ¿no? —Yo asentí—. ¿Se han hecho excavaciones o algo?

—Sí. En la década de 1950 se restauró y se excavó. Hallaron los restos de al menos cien individuos; se trataba de una tumba colectiva. También encontraron numerosos objetos, como pulseras de bronce o botones de hueso y cerámica.

—*Cool*. ¿Qué antigüedad se calcula que tiene?

—Pues unos tres mil doscientos años. Eso, y que llegó casi intacta hasta nuestros días, es lo que la hace tan especial. La construcción en sí no tiene nada de espectacular, no es como una pirámide de Egipto o un templo Maya, pero para nosotros, los menorquines, es todo un símbolo. —Estábamos llegando—. Mira, aquí la tienes.

Ver su cara no tenía precio. Me encantaba observarlo mientras él contemplaba algo. La Naveta, con sus 14,5 metros de largo, sus 6,5 de ancho y sus 4,55 de altura se alzaba majestuosa en medio de aquel prado. Theo se acercó y tocó uno de los bloques calizos que la conformaban, encajados entre sí con junta seca, es decir, sin mortero. La rodeó dos veces, y yo con él, pero manteniendo la distancia. Me gustaba ver cómo andaba, cómo se movía, cómo la brisa revolvía sus rizos… Mi escritor semimenorquín. Una idea cruzó fugaz por mi cabeza: después de mañana, ¿volvería a verlo alguna vez? Antes de que se abriera ese agujero negro en mi estómago, Theo me llamó.

—¡Bruno! ¿Hacemos la foto?

—Claro, ¡voy! —«Salvado por la campana».

Theo apoyó la cámara en la parte alta del muro de pared seca que rodeaba el monumento.

—Ven, colócate más o menos ahí. —Señaló una piedra que había en el suelo.

—¿Aquí está bien?

—Sí, sí. Rápido o se apagará sin poder hacer la foto.

Puse las manos en los bolsillos y miré a la cámara. Theo activó el disparador automático y vino corriendo hacia mí. Se colocó a mi derecha, pero un poco detrás de mí. Me rodeó con los brazos, juntando las manos delante de mi pecho, y acercó la cara a mi cabeza (él era un poco más alto que yo). La cámara emitía destellos de luz cada vez más rápidos y los dos rezábamos para que aguantara hasta ejecutar la foto. Finalmente hizo clic y conseguimos lo que queríamos. Theo fue corriendo a cogerla y mirar en la pequeña pantalla.

—¡La ha hecho! —gritó entusiasmado—. ¡Ven, corre!

Salí disparado hacia él, pero cuando llegué la cámara dijo basta y se apagó. No pude ver nuestra foto.

—No te preocupes; la dejamos tranquila un rato y antes de terminar la noche la enciendo otra vez, a ver si da tiempo de visualizar la foto de nuevo.

—Vale. ¿Había quedado bien? —quise saber.

—Muy bien, estamos guapísimos. —Se acercó a mí, pero se frenó. Miró alrededor y estábamos solos. Me besó. Luego emprendimos el camino de vuelta. Nuestro último faro nos estaba esperando.

Durante todos nuestros trayectos en coche, la radio se había convertido en nuestra compañera. Theo era un amante de la música, me había dejado claro que la necesitaba para vivir. En ocasiones cantaba algún que otro estribillo con ese acento americano perfecto, y yo disfrutaba escuchándolo. Lo que menos podía imaginar era que una canción pudiese arruinarnos el momento, porque hasta entonces la música siempre había ejercido de hilo conductor en nuestra relación, y lo había hecho para bien.

Estaba a punto de desviarme hacia el norte cuando empezó a sonar *The blower's daughter* de Damien Rice. Ya la había escuchado alguna vez, pero sin prestarle atención. Theo mantuvo su mano encima de la mía y enmudeció de golpe. Como en otras ocasiones, tuve la sensación de que la luz que nos rodeaba estaba cambiando, el aire dentro del coche se enrareció y la canción siguió sonando. Era preciosa. De pronto sentí que se me formaba un nudo en la garganta y que, sin darme cuenta, estaba conteniendo unas ganas de llorar que afloraban desde mi pecho. Cogí aire para intentar

calmarme y fue entonces cuando me percaté de que a Theo le estaba sudando la mano como nunca antes. Me giré un poco sin apartar del todo la vista de la carretera y vi cómo las lágrimas resbalaban por su cara. «Mierda».

—Theo…

—No me digas nada, por favor —contestó rápidamente sin darme lugar a réplica y con la voz entrecortada.

No dije nada. Simplemente giré la mano y entrecruzamos nuestros dedos. Nos quedamos así, en silencio, hasta que la canción terminó. Pensé que con el siguiente tema podríamos darle la vuelta a la situación, *Suerte* de Shakira era distendida y alegre, pero me equivocaba, y mucho.

A medida que nos acercábamos a Punta Nati, el paisaje se iba transformando. Atrás quedaba el verde de los prados. Nos hallábamos en la Menorca seca y el faro estaba rodeado de un panorama árido, casi desértico. Las piedras cobraban protagonismo. Miraras donde miraras, había piedras. Piedras en los muros de pared seca, piedras formando cabañas para el ganado, piedras de todos los tamaños y formas esparcidas por el suelo…

Aparqué en la cuneta y antes de bajar le acaricié la cara.

—Vamos, escritor, este faro es diferente de todos los que has visto. Merece un asesinato a la altura, ¿vale?

Conseguí una sonrisa forzada y asintió brevemente antes de bajar del coche.

Caminamos hasta la entrada y, para romper aquel silencio que me mataba, empecé a contarle cosas del faro con la intención de distraerle y recuperar al Theo de siempre.

—¿Sabes que se construyó por la presión que ejerció el gobierno francés en su momento? La zona era muy peligrosa, al igual que toda la costa norte, los naufragios se sucedían con facilidad, y, al final, en 1913 se inauguró el faro. Fíjate que este no es blanco con las típicas bandas pintadas, es todo de piedra. Y su base es octogonal, a diferencia de las bases circulares que tienen los demás… —Vi que miraba el faro, pero casi sin verlo, estaba ausente, y ni siquiera había cogido su libreta—. ¿No has cogido la libreta?

No obtuve respuesta.

—Theo.

—Eh, dime…

—Digo que no has cogido la libreta.

—Ah, ya, está en el coche.

Tenía la sensación de hablar con un zombi.

—Te la voy a buscar en un momento.

—No hace falta…

—Que sí, que luego no te acordarás de…

—¡Que me da igual la puta libreta! —gritó de golpe. Yo no supe cómo reaccionar. Me miró y allí estaba otra vez. La misma mirada que tenía por la mañana en el sofá. Esa mezcla de dolor y de ira, de rabia contenida.

—Theo…, esta mañana me prometiste que harías un esfuerzo…

—¡No te prometí nada! ¡Te dije que pondría de mi parte para estar bien! ¡Pero no lo estoy! ¡No lo estoy! ¡¿Acaso tú estás bien?!

—No, claro…

—¡Pues no se nota! Estás aquí, tan tranquilo, hablándome del faro… ¡¿Y mañana qué?! ¿¿Te da igual que me vaya mañana?? ¿En qué puto momento piensas afrontar la realidad, Bruno? ¡¿O acaso no te importa?!

¡Cuánto daño me hicieron sus palabras! Se me desencajó la cara, mis ojos enrojecieron y me quedé helado como si una ráfaga de aire polar me hubiese golpeado. No me salía la voz para contestarle.

En cuestión de segundos se dio cuenta de lo que había hecho. La rabia desapareció de sus ojos y vino corriendo hacia mí. Me abrazó con fuerza. Yo no le correspondí.

—Perdóname, perdóname, perdóname… —me susurró al oído—. No sé cómo afrontar todo esto, no sé gestionarlo, no mereces lo que te he dicho, perdona, Bruno, de verdad, lo siento mucho…, perdona…

Mis brazos se movieron solos y lo abrazaron también. Había algunos turistas por la zona, pero, llegados a ese punto, me daba igual. Ese arrebato fue una muestra más de su visceralidad, un rasgo que adoraba de él, pero que también podía ser doloroso y duro de encajar. Lo entendía. Pero yo era más racional, más calmado. Y estaba acostumbrado a mirar hacia otro lado cuando algo no podía

ser como yo quería. Él no. Tenía razón en parte: ¿cuándo iba a afrontar la realidad? Mañana se iría. ¿Qué sería de nosotros?

Nos separamos y nos miramos. Sentí que ya podía hablar.

—Ven, vamos a sentarnos en el acantilado para ver la puesta de sol.

Recorrimos el agreste terreno hasta encontrar un lugar suficientemente alejado, pero con unas vistas que abrumaban por su belleza. El día anterior había imaginado ese momento como algo romántico, precioso y único. Sin duda era único, pero sentía tal peso en mi corazón que no conseguía sentirlo como algo maravilloso y alegre. Theo me seguía en silencio. Sabía que se sentía terriblemente mal por lo ocurrido, pero mi mente navegaba en otras direcciones.

Encontré una roca donde sentarnos. Inspiré hondo y tomé asiento. Theo hizo lo mismo.

No sabía por dónde empezar ni qué decir. Era un momento crucial. Cerré los ojos y traté en vano de ordenar mis ideas.

—Bruno, perdona lo de antes, yo…

—No me pidas más veces perdón. No te creas que no entiendo tu reacción, pero no me lo esperaba. Si lo que querías era que por fin afrontara la maldita realidad, lo has conseguido. —Reflexioné un instante antes de continuar—. Ni siquiera tengo palabras para describir lo que siento cuando pienso en tu partida. No me esperaba todo esto. Nunca me habría imaginado que algo así pudiera ocurrirme a mí. Me ahogo solo de imaginarte cogiendo un avión y alejándote de mí. Pensar que no te voy a ver, que no voy a poder tocarte, besarte… Me quiero morir. —Tragué saliva en un vano intento de deshacer el nudo que tenía en la garganta—. No sé qué se supone que debemos hacer, de verdad que no lo sé. Todo esto me ha pillado desprevenido. Y no hablo solo de nosotros y de lo que tenemos, hablo también de mí, de lo que he descubierto. Aún no he tenido tiempo de procesarlo, ¿sabes? Me he centrado en disfrutar de ti, en liberarme, en aprovechar cada segundo juntos. Pero sé que tarde o temprano tendré que gestionar lo ocurrido. Las preguntas atascan mi mente y no tengo ni tiempo ni fuerzas para encontrar respuestas para todas. ¿Cómo voy a mirar a Natalia a la cara?

¿Cómo voy a seguir con mi vida a partir de mañana? ¿Cómo voy a volver a los faros sin romperme en mil pedazos recordando lo vivido en cada uno de ellos? ¿Cómo voy a decirte adiós? —Se me quebró la voz al verbalizar finalmente mi mayor miedo.

—Si tú quieres, no tienes que hacer nada de eso.

—Me he perdido. ¿Qué me estás diciendo?

Me cogió de la mano y se colocó delante de mí.

—Ven conmigo, Bruno.

«BUM».

—¡¿Pero qué dices?!

—Sé que tienes tu vida aquí, tu mujer, tu hija…, y que estoy siendo terriblemente egoísta pidiéndote algo así, pero te quiero, Bruno, te quiero como no he querido nunca a nadie. Y sé que no se trata de algo pasajero, siento aquí, en mi corazón, que eres la persona con la que…

—Calla, por favor, ¡no sigas! —Me levanté de golpe y me solté de su mano.

—No me voy a callar. Tápate los oídos si no quieres escucharme, pero yo lo tengo que decir, necesito que lo sepas, que sepas lo que siento y lo que deseo. Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Te quiero a ti, quiero compartir mi vida contigo, quiero…

—¡Theo, por favor! No, no, no… —Empecé a dar vueltas alrededor de él con las manos en la cabeza—. ¡Eso es imposible!

—¡No! ¡No lo es! —Él también se levantó. Yo no era capaz de mirarlo. Seguía dando vueltas y vueltas por las rocas, me asfixiaba, no podía seguir escuchando—. ¡¿Eres capaz de mirarme a los ojos y decirme que no me quieres?! —Otra vez soltó esa rabia contenida.

«Joder, joder, joder… Esto no puede estar pasando».

—Sé que me quieres, Bruno, sé que sientes lo mismo que yo, y no me voy a callar. Voy a luchar por lo que quiero, y si no quieres escucharme será mejor que te vayas ahora mismo.

Pero yo era incapaz de irme, de separarme de él. No quería escucharlo porque sus palabras me colocaban en una posición muy dolorosa. Sin embargo, tampoco podía negarle el derecho a decir lo que sentía, el derecho a luchar por lo que él quería, y me quería a mí. Y yo lo quería a él.

Cuando acepté esa realidad me entraron ganas de vomitar, y acto seguido rompí a llorar como un niño. Él se acercó de inmediato y me abrazó por detrás.

—No quiero hacerte daño, es lo último que quiero. Pero si no te lo digo me arrepentiré toda mi vida de no haberlo hecho.

Un potente zumbido se adueñó de mi cabeza y su voz me sonaba lejana. Cientos de imágenes se agolpaban en mi mente: Natalia, el día de mi boda, el nacimiento de Emma, nuestra casa, el calambrazo con él, el primer día que desperté a su lado, el primer beso, su sonrisa, sus ojos, sus rizos… Estaba a punto de estallar y me zafé de sus brazos. Me alejé unos metros de él dándole la espalda.

—Bruno…

Levanté la mano pidiéndole un momento, no podía pensar con claridad. Intenté calmarme, respirar hondo. Abrí los ojos y miré hacia el mar. Las lágrimas escapaban de mis ojos como dos ríos que bajaban por mi cara, mi cuello, y empapaban mi camiseta. Tenía que tranquilizarme, recuperar mi parte racional. Aquella que había silenciado los últimos días para poder ser libre y disfrutar de él sin límites impuestos por mi mente. El sol se hundía en el mar y la luz cambiaba de nuevo; las sombras de las rocas se alargaban y el silencio se iba instaurando alrededor nuestro.

Conseguí recuperar el aliento. Contemplar el mar siempre había sido mi antídoto para cualquier mal, pero lo que me estaba ocurriendo no era ningún mal, no era algo negativo. Era precioso lo que me estaba diciendo, lo más bonito que me habían dicho nunca. Sabía que me quería, lo sentí así la segunda noche que pasé con él. Y no quería mentirme a mí mismo: por supuesto que sí, yo también lo quería. Me había enamorado de él. No tenía ninguna duda.

Lentamente me fui girando y lo miré a los ojos. Habían perdido ese brillo y rebosaban lágrimas y dolor. Estábamos los dos encima de una roca enorme, una grieta la partía en dos delante de nuestros pies. Theo abrió los brazos y, abatido, me dijo:

—Dime que no me quieres y me iré ahora mismo. Dime que no sientes lo mismo que yo por ti y desapareceré de tu vida en cuestión de segundos.

Yo estaba destrozado. Como si me hubiesen dado una paliza. Si le mentía podía terminar con todo aquello en ese mismo instante; quedarme solo en aquel acantilado, llorar hasta que mis ojos se secaran, volver a mi casa y recuperar mi vida. Convirtiéndolo a él en un recuerdo y nada más.

Pero no pude mentirle.

—Por supuesto que te quiero. Más de lo que te puedas imaginar.

Entonces fue él quien rompió a llorar. Volvió a sentarse y se tapó la cara con las dos manos mientras sollozaba. Yo me acerqué, salté la grieta que nos separaba, me agaché a su lado y lo abracé, igual que había hecho él tres días antes en el Monte Toro. Ya me daba absolutamente igual si nos veía alguien. No pensaba separarme de él. Empecé a besarlo: en la cabeza, en la oreja, en la sien… Le aparté suavemente la mano de la cara y besé las lágrimas que salían de sus ojos. Besos cortos pero cargados de toda la ternura que sentía por él. Apartó la otra mano de la cara y se giró para besarme en los labios, pero sin abrir los ojos. El sabor salado de nuestras lágrimas inundó nuestras bocas. Aquel beso fue un beso de amor puro. Al cabo de un rato, Theo separó los labios de los míos y abrió los ojos, apenados y vidriosos.

—Yo ya no puedo imaginar mi vida sin ti, Bruno. No puedo perderte. Ya sé que te pido un imposible, pero tengo que intentarlo.

Me senté a su lado y tomé su mano entre las mías. Inspiré hondo y dirigí mi mirada de nuevo hacia el mar. Estaba a punto de verbalizar cosas que en la vida habían pasado por mi cabeza, pero la realidad finalmente me había atrapado y era hora de enfrentarme a ella.

—Si la situación fuese otra, Theo…, no lo dudaría ni un segundo, me iría contigo al fin del mundo. Pero no puedo abandonar a mi hija, eso es algo impensable. Puedo aceptar o, mejor dicho, llegar a plantearme separarme de Natalia, porque por más que la quiera tengo que reconocer que no siento por ella lo mismo que siento por ti. Pero dejar a Emma aquí e irme contigo a Estados Unidos… es imposible, y tienes que entenderlo. Me gustaría ser libre como tú, pero no lo soy.

Un pequeño brillo de esperanza cruzó su mirada.

—Pero no tendríamos por qué vivir en Estados Unidos. Podríamos vivir en Barcelona, por ejemplo, construir nuestra vida allí. Yo puedo trabajar desde cualquier ciudad del mundo, y no te digo de vivir aquí porque sé que no puede ser, pero Barcelona está a treinta minutos de avión. Podrías ver a Emma cada semana si quisieras.

—Pero no podría estar en el día a día. Me vería una vez a la semana y con el tiempo a lo mejor pasaría un fin de semana con nosotros cada quince días… Es que no puedo hacerle esto, Theo. Dejaría a mi madre a su suerte. Tendría que vender las tierras o buscar a alguien de confianza para que hiciese mi trabajo. No es tan fácil como parece, estoy muy atado a la isla. Mi vida entera está aquí, no puedo chasquear los dedos y cambiarla como si nada…

—En cambio, yo sí estoy dispuesto a dejarlo todo por ti. A mudarme a otro país. A dejar a mi familia y mis amigos para poder estar contigo. Ahí está la diferencia. —No hizo ningún amago de esconder su decepción.

—Si tuvieses hijos lo entenderías…

—Oh, no, no me vengas con esas…

—Pero es verdad. No sabes lo que se siente. No puedes entender que en tu vida existe alguien más importante que tú mismo.

—Claro que lo entiendo, ahora más que nunca, porque tú vas por delante, tú eres más importante para mí que yo mismo.

No me lo iba a poner fácil. Y no sabía cómo hacerle entender que la situación no era la misma. Me sentía colapsado, atrapado… ¿Qué podía decirle sin hacerle daño? Claro que quería estar con él, iniciar una nueva vida a su lado…, pero no podía ser, ¡no podía ser!

El sol había sido engullido por el mar, los tonos anaranjados que habían bañado aquel acantilado unos minutos antes se estaban convirtiendo en grises, dotando al paisaje de una tristeza atemporal, nos habíamos quedado encallados en el tiempo, tenía la sensación de que el mundo había dejado de girar. Sentía su mirada clavada en mí, expectante. Y yo no sabía qué decirle. Imaginaba la cara de la gente que me quería al decirles que me iba de Menorca, que lo dejaba todo… Mi madre, Natalia, Emma, incluso la de los clientes que llevaban media vida comprándonos a nosotros. Que ya eran

clientes de mi padre, que me habían visto crecer… Mi padre. Si estuviese vivo me repudiaría por hacer algo así…

—Bruno… —Noté su mano en mi hombro.

—No puedo pensar con claridad ahora mismo. Todo esto me supera, y se está haciendo tarde… —Necesitaba salir de allí e intentar desviar un poco la atención de Theo para poder terminar nuestro día tal y como había planeado. ¡Qué ingenuo! Eso ya era imposible. Me levanté y le di la mano para que se levantara él también—. Vamos, se está haciendo tarde y tenemos que pasar a buscar la cena.

—¿Cómo? —Me miraba sin entender.

—Pues eso, que he encargado la cena para llevar…

—No voy a ir a ningún lado contigo.

Ahora era yo el que no entendía nada.

—Pero ¿qué dices? —Lo miré entre serio y desconcertado.

—Si no vas a darme una respuesta, no quiero pasar la noche contigo.

—Pero Theo…

—No. —Dio unos pasos para ponerse al otro lado de la grieta otra vez. Así decidió marcar la distancia entre los dos—. Merezco una respuesta. Y si no voy a poder pasar todas las noches de mi vida contigo, no quiero pasar esta tampoco. No podría. Estar contigo sabiendo que es la última vez que estamos juntos me haría más daño.

—Pero es que no puedo darte una respuesta, necesito pensar, pensar con claridad, y ahora mismo no puedo… Estoy abrumado, hecho un lío, me debato contra mí mismo sin cesar…

—Pues voy a darte tiempo. Vete a casa, piensa tanto como necesites, dale las vueltas que creas necesarias. Mañana a las once te estaré esperando en el aeropuerto…

—No me hagas eso…

—Mañana a las once te estaré esperando en el aeropuerto. Si te presentas será porque me has elegido a mí. Y si finalmente no te presentas será porque has elegido tu vida aquí. Así de fácil. Sin despedidas incómodas, sin lágrimas… Con solo no presentarte puedes cerrar esta historia para siempre.

—Theo…

—Si de verdad me quieres, harás lo que te pido. Hazlo por mí. Vete a casa y piensa. Es una decisión muy importante para los dos.

Me rendí. Si era lo que quería, lo haría. Bajé la mirada y asentí.

—Está bien. Así lo haré. ¿Pero cómo lo harás para regresar a Arenal?

—No te preocupes, ya me espabilaré.

Di media vuelta y al segundo paso me frené. Volví a girarme y nuestras miradas se encontraron de nuevo.

—¿Me besas? —le pregunté.

No me respondió. Siguió mirándome con esos penetrantes ojos. En su interior se estaba librando una lucha emocional. Por una parte, quería mantenerse al otro lado de la grieta y hacerme sentir esa distancia que tanto me dolía. Por otra, deseaba llegar hasta mí y sentir mi boca contra la suya. No me di por vencido y le sostuve la mirada sin pestañear. No sé si pasaron segundos o minutos, pero finalmente destensó el cuerpo, saltó de nuevo la grieta y me besó.

—Te quiero —le dije.

—Lo sé.

Me di la vuelta otra vez y me fui. Sin mirar atrás. A cada paso que daba me asfixiaba más. Rompí a llorar cuando estaba entrando en el coche, y ya no paré hasta llegar a mi casa.

Una vez allí, en mi mundo, conseguí tranquilizarme un poco. Tenía que ordenar mis ideas, pero me sentía roto. La noche maravillosa que había planificado en mi cabeza se había ido a la mierda. Era la primera vez que nos separábamos en tres días y su ausencia se me hacía insoportable. Supongo que era eso lo que Theo quería que sintiese: cómo sería estar sin él. Por eso me había obligado a irme y dejarlo solo.

¿Cómo estaría él? ¿Habría encontrado la manera de regresar a Arenal? Caí entonces en que no nos habíamos dado los números de teléfono…, aunque, bueno, seguramente habría desconectado el suyo al estar fuera de su país. Una llamada desde su móvil al mío podría costarnos un ojo de la cara. Y no sabía si los SMS funcionaban cuando se trataba de países diferentes. Dejé de pensar en eso. No me llevaba a ningún sitio.

Fui hasta el dormitorio y me senté en la cama. Tenía el cuerpo como si un camión me hubiese pasado por encima, pero era imperativo que pensara en lo ocurrido y en su propuesta. «Irme con él». Me parecía una locura. Abandonarlo todo. Deseaba estar con él, de eso no tenía la menor duda. Pero no era justo para Natalia, para Emma, para mi madre… Un momento, ¿y era justo para mí? Esa era la cuestión. ¿Cuándo sería capaz de dejar de pensar en los demás y centrarme solo en lo que yo anhelaba? A lo mejor sí había llegado la hora de pensar solo en mí. ¿Me convertía eso en una persona egoísta? No. ¿Acaso no teníamos derecho a cambiar nuestras vidas en cualquier momento? ¿Dónde estaba escrito que aquello que decidiste con veintiún años tenía que ser lo que mantendrías hasta el día de tu muerte? El que yo decidiera compartir mi vida con la persona a la que quería no excluía a las demás. A ver, a Natalia sí, claro, pero no excluía ni a Emma ni a mi madre, las iba a querer igual. O mis amigos… ¿Qué más les daba a ellos con quién compartía mi vida? Era libre de elegir. Siempre lo había sido, aunque no lo sabía. Además, estaba seguro de que él era para mí. De que el universo lo había colocado en mi camino para que despertara. Para poder sentir lo que era el amor verdadero y el deseo antes de que fuese demasiado tarde. Él era para mí.

Las lágrimas volvieron a mis ojos.

Encontraría la manera de ver a Emma, de estar presente en su vida. Ya buscaría la forma de que mi madre no tuviese que cargar con el peso de llevar las tierras, y si hacía falta se podían vender y asegurarle así una buena jubilación. Natalia era joven y podría rehacer su vida con alguien que sintiese lo mismo que yo sentía por Theo. Era lo más justo para ella también. Podíamos vivir en Barcelona como me había propuesto, o incluso en Mallorca, más cerca aún. Tenía derecho a elegir mi futuro. Tenía derecho a ser feliz. Y con Theo a mi lado me sentía capaz de todo.

Me levanté de la cama y bajé a la cochera. Allí estaba mi maleta de viaje. La subí al dormitorio y abrí el armario. No podía parar de llorar, no me creía lo que iba a hacer, pero lo hice: abrí la maleta y empecé a llenarla de ropa.

El último día

No conseguí dormir hasta pasadas las tres de la madrugada, y cuando sonó el despertador a las siete en punto fue como despertarme después de haber recibido una paliza emocional y física. Me dolía todo.

Natalia y Emma llegaban con el primer vuelo de la mañana. Habían dormido en un hotel a las afueras de Barcelona para estar cerca del aeropuerto y no tener que madrugar demasiado. Si no había retrasos o sorpresas de última hora, a las nueve de la mañana aterrizarían en la isla.

Como no podía ser de otra manera, mi primer pensamiento al abrir los ojos fue para Theo. El no despertarme a su lado marcó el comienzo de la agonía que marcaría para siempre aquel 2 de junio de 2002. Las mismas preguntas, dudas y miedos acudían a mi cabeza al igual que la noche anterior, y no tenía fuerzas para bloquearlas.

Me di una ducha, me vestí y bajé a la cochera con la maleta. La escondí detrás de unas cajas de cartón vacías que guardábamos al fondo de todo. Luego me obligué a desayunar algo. Necesitaba comer. Evidentemente el día anterior había sido incapaz de cenar nada. Ni siquiera pensé en llamar al restaurante de Ciutadella para cancelar el pedido. Antes de tumbarme en la cama vi un par de llamadas perdidas de un número desconocido; probablemente habían intentado contactar conmigo al ver que nadie pasaba a recoger la comida.

Salí al jardín y empecé a limpiar la piscina. Sabía que Emma estaba deseando llegar para bañarse, era una especie de pez humano, le encantaba el agua, se podía pasar horas entrando y saliendo de la piscina. Se quedaba arrugada como una pasa y aún seguía… Al final Natalia tenía que ponerse seria para conseguir que saliera. Mientras aspiraba el fondo y miraba el agua, recordé el primer día que llenamos la piscina después de las obras. Natalia

estaba tan contenta…, era algo que siempre habíamos querido. La recordaba saltando al agua y gritando de felicidad mientras yo la contemplaba y pensaba en lo afortunado que era… Y ese día iba a dejarla.

Solo de pensarlo tuve que soltar el mango del aspirador y entrar corriendo en la casa. No me dio tiempo de llegar al baño y vomité en el fregadero de la cocina. Quería gritar de rabia. De la rabia que sentía por encontrarme en aquella situación. ¡No quería abandonar a mi familia! ¡Y no quería perder a Theo! Pero no podía tenerlo todo, eran cosas totalmente incompatibles. Tenía que elegir.

«Basta». Necesitaba calmarme. «Piensa en otra cosa». Tenía que recomponerme o en cuanto Natalia me viese se daría cuenta de que algo no iba bien. No sé cómo lo hice, pero regresé a la piscina y a partir de aquel momento actué como un autómata: sin pensar y sin sentir nada. Terminé de limpiarla, barrí la terraza, regresé al baño para lavarme los dientes, echarme un poco de colonia, y salí en dirección al aeropuerto.

Las pantallas indicaban que el vuelo llevaba quince minutos de retraso. Se me hicieron eternos. La espera me estaba matando. Iba a contrarreloj. El vuelo que nos tenía que llevar a Madrid a Theo y a mí era a las doce del mediodía.

Finalmente, el vuelo llegó. Las puertas automáticas se abrían y cerraban mientras la gente salía cargada con maletas y bolsas. Enseguida las vi aparecer. Sentí como si un cuchillo me estuviese rebanando los intestinos, pero Emma salió disparada hacia mí en cuanto me vio, yo me agaché un poco para agarrarla y alzarla al aire. Cuando me abrazó, el cuchillo desapareció. Mi niña. Mi razón para todo. Allí estaba. Contuve las ganas de llorar, pero no me salían las palabras.

Natalia se unió a nosotros, y entonces sí, cuando la miré a los ojos, mil cuchillos se clavaron en mi cuerpo y en mi alma. Me abrazó y me besó. Oh, Dios, no pude contenerme. El labio me tembló y los ojos se me inundaron en un microsegundo.

—Cariño, ¿qué te pasa? —Me miraba entre sorprendida y divertida —. ¡Ni que nos hubiésemos ido dos meses!

Yo seguía sin poder hablar. Emma me miraba sin entender. Natalia me cogió de la mano.

—¡Bruno! Por Dios, me estás asustando, ¿ha pasado algo?

Yo negué con la cabeza mientras una lágrima caía por mi cara.

No sabía qué decir, pero tenía que hablar y recuperar un poco el control de la situación. La gente pasaba alrededor nuestro como si nada; nadie podía entender lo que me ocurría, nadie podía imaginar cómo estaba sufriendo en aquel momento. Las palabras acudieron a mi boca, impulsadas por la necesidad de vender algo de normalidad.

—Os he… echado de menos… —cogí aire—, y veros ha sido…, no sé…, emotivo. —Me obligué a sonreír.

—Y nosotras a ti, ¿a que sí, cariño? —le dijo a Emma acariciándole el pelo. Ella asintió sonriente—. Ven, anda. —Y me abrazó.

Me sentí un traidor y un miserable. Y lo peor de todo era que de alguna manera sentí que estaba traicionando a Theo por aceptar el abrazo de mi mujer. Me di asco a mí mismo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había permitido que ocurriese todo eso?

Por suerte, igual que una hora antes cuando había vomitado en la cocina, mi mente hizo clic y el modo autómata volvió a mí.

«Céntrate en ellas ahora. Haz que hablen y así tú no tendrás que hacerlo».

Salimos de la terminal en dirección al parquin. Emma me estaba contando todas las cosas que había cocinado con su abuela.

—Y he traído algunas para que las pruebes —añadió toda orgullosa.

Yo miré a Natalia interrogándola con la mirada.

—Sí, hijo… Llevamos no sé cuántos *fartons* en la maleta. Le cogió el gusto y cada día por la tarde se encerraba en la cocina con mi madre. Traemos para ti, para tu madre y para su amiguita Claudia —me explicó riendo y negando con la cabeza.

Subimos al coche y aproveché para soltar la pregunta que me evitaría tener que hablar durante el trayecto:

—¿Y qué tal tu padre? ¿Cómo lo has visto?

Mientras Natalia me contaba todo sin yo prestar atención, pero asintiendo de vez en cuando para que no se notara, tuve tiempo de relajarme. El trayecto del aeropuerto a Alaior me sirvió para

calmarme y volver a pensar con algo de claridad. Era como si hubiese estado en blanco y negro durante un rato y poco a poco el color fuese regresando a mi vida.

Cuando entramos los tres en casa tuve otra sacudida emocional. Allí estaba mi familia, mi casa, mi mundo. El que la noche antes había decidido abandonar.

Emma se fue directa a la piscina como ya había previsto.

—Mamá, ¿me puedo bañar?

—¿Pero no quieres ir a llevarle los *fartons* a Claudia?

—¡Síííí, pero entro y salgo!

—¿Vais a ir a Es Migjorn? —pregunté.

—Sí, porque si esperamos a mañana estarán secos, y ella quiere que su querida amiga los pruebe cuanto antes… Ya sabes cómo es…

—Impaciente como ella sola —dije yo.

—Exacto. —Se giró hacia Emma—. Venga, va, un baño rápido y nos vamos. Que luego tengo lío con la maleta, la ropa, etc.

—Vale, pues aprovecharé para ir a Favàritx de mientras, que olvidé unas herramientas que necesito mañana para Punta Nati.

—¿Pero no fuiste ayer?

—Sí…, pero no pude terminar.

—Y, por cierto, tu amigo el escritor ¿ya se ha ido?

«Patapum».

Noté cómo la sangre se me acumulaba en la cara y me giré rápidamente para evitar que me viera.

—Creo que se iba hoy —respondí mientras subía las escaleras y en el tono más neutro que pude verbalizar.

—Me habría gustado conocerlo…

—Quizás en otra ocasión. Voy un momento al baño, ahora bajo. —Tenía que escapar de aquella conversación.

—Vale, estaré fuera controlando a la sirenita.

Me encerré en el baño y respiré hondo. Aquello no podía estar pasando. Yo tenía una vida tranquila y apacible, no aspiraba a nada más, creía que lo tenía todo. «Creía». Tenía que mantener la calma unos minutos más, solo unos minutos más. Me eché agua fría en la cara y tiré de la cadena como si hubiese ido al baño de verdad.

Cuando bajé, me quedé detrás del cristal observándolas en la piscina. Emma se reía y chapoteaba dentro del agua, Natalia la miraba y le señalaba algo en el fondo. No podía apartar los ojos de ellas. Iba a abandonarlas. Me mordí el labio, fuerte, más fuerte, hasta que algo cedió y noté el sabor metálico de la sangre. De golpe, una furia creció en mi interior y quería gritar, gemir y llorar de desesperación. Quería anestesiarme para poder dejar de sentir que me estaba despedazando. Entonces lo entendí.

Abrí la puerta corredera de cristal y me despedí de ellas. Emma se estaba secando con la toalla.

—Voy tirando.

—Vale. Nosotras vamos ya a Es Migjorn, te vemos luego para comer.

Asentí y le guiñé un ojo a mi niña pez. Ella se rio y me sacó la lengua.

Bajé a la cochera, cogí la maleta de detrás de los cartones, la metí en el coche y salí hacia el aeropuerto. Había llegado el momento.

Mientras conducía reflexioné sobre todo lo ocurrido. Resultaba curioso cómo, en un solo instante (cuando nos electrocutamos), todo mi mundo se había transformado. Se había convertido en algo que a simple vista seguía siendo lo mismo, pero su esencia había cambiado por completo, y eso me incluía a mí. Yo ya no era el mismo, y nunca más volvería a ser el Bruno de antes. Llegué al aeropuerto enseguida, aparqué y me dirigí a la terminal.

Cuando me vio entrar, su cara se iluminó, pero solo unos segundos. Enseguida desvió la mirada hacia mis manos y fue consciente de que no llevaba ningún equipaje conmigo. Verlo allí de pie, esperándome, con su maleta… me rompió el corazón en dos, no estaba seguro de poder decir en voz alta lo que tenía que decirle. Por suerte, cuando llegué a su lado, Theo me lo puso muy fácil.

—No vas a venir conmigo, ¿verdad?

—Sabes que no puedo.

Él apartó los ojos de los míos y giró la cabeza en dirección al bar que había unos metros a su derecha. Vi cómo su cuerpo y su mandíbula se tensaban. Me acerqué más a él.

—Theo, escúchame…

—Vete. Para decirme esto no hacía falta que vinieras —zanjó sin mirarme.

—Pues claro que tenía que venir, tienes que entenderme…

—Entiendo que prefieres a tu familia antes que a mí.

—Eso no es así, y sabes de sobra el motivo.

—Vete, Bruno. Aquí tienes las cosas que dejaste en el apartamento. —Me dio una bolsa con mis pertenencias. Sus ojos se estaban convirtiendo en un pozo de ira y dolor.

La situación estaba llegando a un punto de no retorno, si seguía cerrado en banda me veía incapaz de poder expresar lo que pasaba por mi cabeza y para mí era muy importante que él lo supiera. Tenía que captar su atención.

—Llevo la maleta en el coche; la hice ayer cuando llegué de Punta Nati.

Entonces sí me miró.

—¿Qué significa eso? —preguntó ansioso.

—Significa que ayer te elegí a ti. Pero esta mañana, después de recogerlas aquí y llegar a casa…, he comprendido que no puedo hacerles esto. Te quiero, sabes que es así, te lo he demostrado estos días, y que, si la situación fuese otra, hoy me montaría en este avión contigo. —Se me encallaba la voz—. Pero si hoy me fuese contigo…, el Bruno que se iría contigo… no sería el mismo que has conocido.

Por fin tenía toda su atención.

—El Bruno que se iría contigo sería un Bruno roto, un Bruno que se odiaría a sí mismo por haber destrozado a su familia. Un Bruno que se daría asco por haber abandonado a su hija de diez años. Que se culparía constantemente por las habladurías que su madre tendría que soportar el resto de su vida en esta puta isla anclada en el pasado. Me tendrías a tu lado, sí. Sería tuyo, sí. Pero no sería el hombre del que te has enamorado. Sería una versión de él, una versión fracturada y cargada de culpa que no me permitiría ser feliz a tu lado, y, por consiguiente, tú tampoco lo serías. ¿Es eso lo que quieres?

Sus ojos me decían que estaba procesando mis palabras. La ira había desaparecido. Yo continué:

—Porque tenías razón en lo que me dijiste en l'Illa de l'Aire, aquello de «soltar las cosas». Yo puedo soltarlo todo, es cierto, depende de mí. Pero las consecuencias de mis actos no las controlo yo. —Me temblaba la voz—. El dolor y el daño que infligiría a las personas que tanto quiero me impedirían ser feliz a tu lado, y eso escapa a mi control. Dime que lo entiendes, Theo, por favor… —Y entonces sí empecé a llorar, no podía más. En efecto, estaba renunciando a él; en cualquier momento se daría la vuelta, cogería su maleta y se iría para siempre…

Para mi sorpresa, no fue así. Se abalanzó sobre mí y me abrazó.

«Oh, joder». Volver a sentir su calor, su olor, su cuerpo pegado al mío… Los latidos de nuestros corazones estaban desbocados. Theo también empezó a llorar. Estar en contacto con él deshizo el nudo que tenía en la garganta. Sentí que podía respirar mejor, pero mis lágrimas no cesaban. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, abrazados, de pie, a unos metros del bar del aeropuerto. Porque durante aquel abrazo nos volvimos a aislar del mundo. Podía imaginarnos con un fondo negro, sin nada más a nuestro alrededor. Nosotros y solo nosotros. Mi cerebro anulaba la orden de soltar a Theo, de dejar de abrazarlo. Sentía el roce de sus rizos en mi cara, ¿sería esa la última vez? Ni siquiera escuchaba el ajetreo de la gente entrando y saliendo con sus maletas. Silencio. Nuestros latidos se habían sincronizado. Otra vez éramos uno. Quería perderme en aquel abrazo, ser engullido por el fondo negro que nos rodeaba, unido a mi guapo escritor semimenorquín, quería…

Una vibración en mi bolsillo rompió ese lapso emocional que parecía eterno. Theo también lo notó y nos separamos. Saqué el móvil con los ojos llenos de lágrimas y miré la pantalla: era Natalia. No se lo cogí, no era el momento. Volví a meterlo en el bolsillo.

—Perdona.

—Tranquilo —contestó mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano. Respiró y me miró abatido.

—Theo, yo…

—¿Esto es el final? —me preguntó incrédulo.

—No, para mí no lo es. Yo quiero estar contigo, deseo tener una vida contigo…, pero este no es el momento. Aún no. Aún no puedo

darte lo que quieres y lo que yo también quiero. Necesito tiempo, necesito que puedas esperarme…

—Claro que puedo esperarte. —Sus ojos se iluminaron de nuevo como por arte de magia.

—Pero no se trata de esperar uno o dos meses, estoy hablando de más tiempo…

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? Dime.

—Pues… —Otra vez el móvil empezó a vibrar. Era Natalia de nuevo. Algo pasaba, nunca insistía así—. Perdona, Theo, tengo que contestar. —Él asintió y se apartó un poco para darme espacio. Yo intenté recomponerme y que mi voz no denotara toda la agonía que estaba sufriendo.

—Dime.

—¡Bruno! ¡Hemos tenido un accidente! Ha sido culpa mía…

—Para, para el carro… ¿Qué ha pasado? —Alcé la voz y todo mi cuerpo se puso en tensión.

—Iba demasiado deprisa, demasiado deprisa… Tú siempre me lo dices, Bruno. —Natalia se lamentaba con la voz medio rota—. En el cruce de la general con la entrada hacia Sant Jaume… salía un coche… No lo he visto…

«Mierda, mierda».

—Pero ¡¿estáis bien las dos?! ¡Eso es lo que importa!

—Yo sí, algo magullada…, pero a Emma se la llevan al hospital, acaba de llegar la ambulancia, yo…

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Está consciente? —Mi cara se tiñó de un miedo desconocido hasta entonces. Theo se dio cuenta de que algo iba mal y se acercó a mí. Natalia seguía hablando a trompicones…

—… no se había abrochado el cinturón, Bruno, y yo no me había dado cuenta…

Un sudor frío me recorrió la espalda.

—Natalia, ¡dime que Emma está bien!

Theo me miraba con preocupación, pero sin entender nada.

—No lo sé, respira, pero se ha dado un golpe muy fuerte… Ahora la están subiendo en la ambulancia, yo iré con ella…

—Joder, vale, voy para el hospital, tranquila…

—Es culpa mía, es culpa mía…

—Ahora no es momento de echar las culpas a nadie. Tienes que estar con Emma, ¿vale?

—Sí, sí, claro —respondió entre sollozos.

—Nos vemos en el hospital, estoy cerca y llegaré en nada.

—Vale, vale…

—Tú tranquila, todo irá bien, te veo ahora. —Colgué y no vomité porque no tenía nada para echar. Miré a Theo y rompí a llorar de nuevo.

Theo me puso una mano en el hombro.

—¿Qué ha pasado?

—Han tenido un accidente, Natalia está bien, pero a Emma se la ha llevado la ambulancia…

—*Fuck*…

—Tengo que irme, Theo, lo siento… No era así como quería… —Empecé a separarme de él, negando con la cabeza y sin parar de llorar—. Dime que lo entiendes, que entiendes todo lo que te he dicho… No puedo salir de este aeropuerto sin tu consentimiento, necesito que… —No pude terminar la frase. Theo volvió a abrazarme. Yo no podía parar de llorar, me estaba asfixiando…

Entonces, sin soltarme, puso su cabeza delante de la mía, frente con frente. Él tenía los ojos rojos y húmedos, pero llenos de determinación.

—Te quiero, Bruno, pero ellas te necesitan. Vete. Yo puedo esperar. —Y sin darme tiempo a responder, me besó. Un beso que permanece vivo en mis labios. Un beso que aún hoy recuerdo y se me eriza la piel. En los segundos que duró aquel beso, cientos de imágenes de todo lo vivido volvieron a sacudir mi mente… Fue como un torbellino de recuerdos que regresaron de golpe para quedarse siempre conmigo, imborrables, auténticos. Únicos.

Cuando separó los labios de los míos volvió a chocar la frente con la mía. Me miró y asintió. Sin mediar palabra se giró, cogió su maleta y empezó a andar, adentrándose en el aeropuerto, entre la gente que iba y venía. No podía apartar los ojos de él, como la canción de Damien Rice. Todo mi ser se debatía entre dos fuerzas, como si dos placas tectónicas tiraran de mí en direcciones opuestas,

no podía moverme. Hasta que le perdí de vista. Había desaparecido. Se había ido.

Sentí el vacío abriéndose en mi interior, pero al mismo tiempo mis piernas empezaron a moverse hacia la salida, cada vez más rápido, cada vez más seguras. Me di cuenta de que estaba corriendo en dirección al coche mientras las palabras de Theo retumbaban en mi cabeza: «Ellas te necesitan. Vete. Yo puedo esperar».

Subí al coche casi sin aliento, arranqué el motor y salí disparado hacia el hospital Mateu Orfila.

Emma

13 de mayo de 2022

Estaba aturdida, conmocionada e impactada por lo que había leído. ¿Todo eso era verdad? No me lo podía creer. Dejé el manuscrito a un lado del sofá y respiré hondo. El fuego se había apagado y la ginebra seguía a mi lado, intacta. Me había quedado absorta en la lectura y después del primer trago la había ignorado. Ahora necesitaba otro urgentemente.

Mi padre… y Theo Williams… Es que no me entraba en la cabeza.

Habían pasado muchos años, pero recordaba perfectamente aquel 2 de junio de 2002. El accidente.

Desperté en el hospital y lo primero que vi fue a mi padre a un lado de la cama y a mi madre al otro. Me dolía todo el cuerpo, pero en especial la cabeza. Había salido disparada contra el salpicadero en el momento del impacto. Mi madre estaba blanca y ojerosa. Su melena rubia, apelmazada y sucia…, pero mi padre… estaba irreconocible. Demacrado. Tenía la cara desencajada y los ojos rojos y húmedos. Recuerdo que al mirarlos me pregunté si era mi padre el que iba en el coche conmigo y estaba confusa por el golpe, pero no. Ahora ya entiendo el porqué. Se le juntó todo. Estaba roto.

En cuanto vio que tenía los ojos abiertos se acercó a mí y me abrazó. Rompió a llorar y yo también. Luego mi madre se incorporó a nuestro abrazo y lloramos los tres. Por suerte, todo había quedado en un susto, y el médico dijo que en un par de días ya podría irme a casa. Decidieron que mi padre se quedaría a pasar la noche en el hospital conmigo, ya que mi madre necesitaba poder dormir en su cama y descansar, ella también había recibido golpes y estaba molida. Bajó al parquin a por un juego de cartas que mi padre llevaba siempre en el coche. Una buena manera de tenerme distraída y recuperar algo de normalidad. En cuanto regresó, mi padre se fue para darse una ducha y cambiarse de ropa. La cara de mi madre era un cuadro, pero ella siempre se esforzaba en todo.

Tenía una fuerza de voluntad de acero. Estuvimos jugando hasta que mi padre regresó y entonces ella se fue.

Al día siguiente por la noche, conseguimos que el médico me diera el alta y regresamos los tres a casa.

Me levanté del sofá. Tenía las piernas entumecidas. Necesitaba digerir toda esa historia y anduve alrededor de la mesa del comedor sin rumbo alguno. Solo pensando, encajando piezas. De alguna manera siempre había presentido que a mi padre le faltaba algo. Durante mi infancia y adolescencia lo recuerdo como un padre atento, comprensivo, cariñoso…, para mí el mejor padre que una niña podía desear. En su actitud y en sus palabras no lo notabas, pero en sus ojos había un vacío.

Lo del apartamento de Arenal…, el 276…, eso sí fue como encajar dos piezas de golpe. Fue idea de él comprarlo. Yo tendría once o doce años, se lo propuso a mi madre como inversión para alquilar a los turistas en verano. Con la excusa del mantenimiento se tiraba horas y horas allí, ahora lo entiendo. Ahora entiendo por qué nunca quiso actualizarlo, hacer obras, modernizarlo… Era su templo, un lugar donde recordar lo vivido… O no. ¿Y si Theo volvió a Menorca y aquel era su lugar de encuentro? Ufff, ya me estaba montando películas. Si quería saber más no me quedaba otra que seguir leyendo.

Me acerqué a la chimenea y encendí el fuego de nuevo. Eran casi las cuatro de la tarde y no había comido nada. Fui a la cocina con la esperanza de encontrar algo de comida, pero en cuanto abrí la nevera mis esperanzas se fueron volando: dos latas de Coca-Cola, un tarro de mantequilla abierto y una lechuga que era más marrón que verde. Un recuerdo cruzó por mi mente al bajar la vista hacia el congelador. Mi padre compraba pan de payés cada semana y lo congelaba, podría ser que… ¡Sí! Quedaban restos de uno… A saber cuánto tiempo llevaba allí, pero me daba igual. Enchufé la tostadora e introduje un par de rebanadas en ella. Mientras se tostaba el pan, rebusqué en el armario de las conservas y encontré tres latas de atún. Ya tenía mi menú *gourmet*: pan tostado con atún por encima.

Regresé al comedor con mi suculenta comida improvisada. El fuego había vuelto a prender con ganas, y esta vez no pensaba

dejar que se apagara. La cabeza me asaltaba a preguntas… ¿Qué pasó con ellos después de aquel 2 de junio? ¿Volvieron a verse alguna vez? ¿Estuvo mi padre engañando a mi madre durante años? Necesitaba respuestas y las necesitaba ya. Cogí el manuscrito de nuevo, di un bocado a mi tostada y continué leyendo.

El manuscrito

Por suerte, el accidente no fue más que un susto. Emma estaba bien, aunque había recibido un golpe que le había hecho perder el conocimiento. Le hicieron las pruebas pertinentes y todo estaba como debía estar: nada roto y ninguna contusión que debiera preocuparnos. Para no asustar ni a mi madre ni a mis suegros, decidimos contarles lo del accidente a toro pasado. Saber que Emma estaba bien me reconfortó, pero no podía ocultar que mi corazón se había fracturado pocas horas antes. Fui a casa para ducharme y cambiarme de ropa antes de regresar al hospital y pasar la noche allí. Aproveché la ocasión para deshacer la maleta entre lágrimas y colocarlo todo en su sitio.

Emma regresó a casa al día siguiente y volvimos a la normalidad. Bueno, ellas volvieron a la normalidad. Yo debía enfrentarme a una nueva realidad: me había enamorado de Theo, él se había ido y no tenía manera alguna de contactar con él. Ni siquiera tuve tiempo de explicarle todo lo que necesitaba decirle antes de su partida. Tenía que asumirlo: él ya no estaba. Me lo repetía constantemente. Era como si mi mente y mi corazón se negaran a aceptar aquella realidad. ¡No quería aquella realidad! ¡Me dolía! ¡Me ahogaba! Él ya no estaba… ¿Cómo iba a volver a todos los sitios donde había estado con él? ¿Cómo lo haría para regresar a los faros sin desgarrarme por dentro? Esas y mil preguntas más golpeaban mi cabeza cada minuto de cada día. ¿Me había equivocado? ¿Había perdido la oportunidad de reiniciar mi vida al lado de alguien que me volvía loco?

En la vida nos encontramos en muchas situaciones que no queremos, que no hemos provocado, que simplemente han llegado a nosotros y tenemos que aceptarlas porque no estaba en nuestras manos evitarlas. Sin embargo, aquello era diferente. Yo pude decidir. Estaba en mi mano elegirlo a él. Pero tenía que pagar un precio demasiado alto. Así pues, la realidad a la que tenía que

enfrentarme… la había elegido yo, y no me quedaba otra que seguir adelante.

Decidí visitar a mi madre e intentar así evadirme de esa horrible sensación de vacío. Pensaba que ella me ayudaría contándome cualquier batallita o novedad del pueblo, algún cuchicheo sobre sus amigas o que simplemente haría uso de la típica frase: «Ya que estás aquí…». «Ya que estás aquí, cámbiame aquella bombilla que…», «Ya que estás aquí, mírate la cisterna del váter, que pierde un poco…». Pero me equivoqué. La conversación fue muy distinta.

Salí de casa y empecé a subir la calle des Melians para luego girar por la de S'ull de Sol. De pronto, aquel entorno tan familiar, Alaior, su gente, Menorca, toda la isla en sí… me provocaban cierto rechazo. Una parte de mí culpaba a ese entorno por no haber podido vivir una vida diferente de la que tenía. Mi amada isla se me antojaba cual cárcel llena de barrotes y muros infranqueables; un lugar del que me era imposible escapar. Estaba claro que tenía que hacer un esfuerzo por cambiar esa percepción o me amargaría la vida a mí y a todas las personas que me querían.

Llegué a la puerta de entrada y saludé a su vecina Catalina, que llegaba con la compra. Cogí aire y entré con mi llave.

—¡Soy yo! —anuncié alzando un poco la voz.

—Estoy arriba, cariño, ahora bajo —contestó.

—¡Vale!

Entré en el salón y sin darme cuenta me planté delante del aparador de madera de roble que había detrás del sofá. Allí tenía todas las fotos de familia en sus respectivos marcos de plata. Yo de pequeño, otra con mi hermana y yo con unos diez o doce años, la foto de su boda con mi padre… y una de cuando aún «estábamos todos». Así la había bautizado mi madre: mis abuelos paternos a la izquierda, mi padres en el centro y a su lado derecho mis abuelos maternos. Mi hermana agachada delante de mi padre y yo también agachado delante de mi madre, con su mano posada en mi hombro. Sí, «estábamos todos». Entonces observé a mi abuelo paterno y su voz regresó a mi cabeza: «¿Eres un niño o una niña?».

—¿Qué haces, Bruno? —La voz de mi madre sonó detrás de mí y yo di un respingo que por poco no se me cayó la foto al suelo.

—¡Ay, mamá! ¡Qué sigilosa! —exclamé al tiempo que devolvía la foto a su sitio.

—Y tú qué asustadizo, hijo… ¿Qué hacías mirando esa foto? —preguntó mientras pasaba por mi lado cargada de ropa.

—No sé…, hace poco me vino el abuelo Tolo a la cabeza.

—Estaría tan orgulloso de ti si viera cómo cuidas de sus amadas tierras y del hombre en el que te has convertido…

«Sí, ya. Si me hubiese visto besando a Theo, le habría dado un ictus fulminante».

—Sí, terminé haciendo todo lo que se esperaba de mí —solté con sorna.

—No te sigo, Bruno —repuso mi madre mientras empezaba a doblar la ropa limpia encima de la mesa del comedor.

Yo me quedé en silencio. Ese silencio que precede a la tempestad. Tenía la oportunidad de hurgar en el tema o de callarme y mirar hacia otro lado como había hecho siempre. Y entonces noté algo que hervía con furia en mis entrañas. La foto, la imagen de aquel hombre, sus palabras…, esa rabia e impotencia de no haber sabido contestarle como merecía… Todo estaba subiendo por mi garganta y amenazaba con ahogarme, así que me lancé.

—¿Recuerdas cómo me gustaban las plantas y las flores de pequeño?

Fue algo imperceptible casi, pero noté como por una milésima de segundo dudó al contestar.

—Vagamente, te gustaban muchas cosas —respondió sin mirarme mientras seguía doblando ropa y amontonándola en la silla de al lado.

—Por favor, mamá, te regalaba flores cada dos por tres. Incluso regresando del colegio recogía algunas para hacerte un pequeño ramo y te lo daba al llegar a casa.

—Ah, sí… Siempre fuiste un niño muy detallista —dijo sin emoción alguna.

Conocía a mi madre y sabía que estaba intentando esquivar lo que se avecinaba. Pero estábamos los dos solos y había llegado el momento de hablar claro.

—Detallista…, sí, lo era. Me gustaban tanto que las coleccionaba, las dejaba secar, buscaba información sobre ellas, su nombre, de qué especie provenían; hacía ramos de combinaciones diferentes. Los sábados iba a las tierras con papá y el abuelo, y mientras ellos trabajaban yo iba en busca de nuevas adquisiciones. Me encantaban. ¿Te acuerdas de aquella vez que con el primo Javi montamos una tienda improvisada con unas cajas de cartón y él se hacía pasar por un cliente interesado en comprar un ramo de flores para su novia imaginaria? El cliente y la florista —me reí —. Recuerdo que…

—¿A qué viene todo esto ahora, Bruno?

«Por fin».

Paró de doblar la ropa, apoyó las dos manos encima de la mesa y me miró fijamente. Tenía su atención. Yo no le contesté y seguí con mi monólogo:

—Adoraba el mundo de las plantas y las flores, me hacía feliz y en mi imaginación infantil me veía con mi propia floristería de mayor. Hasta que un día el abuelo Tolo, con una cara de desprecio absoluto, me dijo que las niñas recogían flores y que los niños jugaban al fútbol, para acto seguido preguntarme si yo era un niño o una niña. —Miré a mi madre a los ojos, ella seguía quieta sin apartar la mirada de mí—. Le dije que yo era un niño, ¿y sabes qué me contestó? «¡Pues que se note!». Me arrancó las flores que llevaba en la mano, las tiró al suelo y las pisoteó.

Mi madre calibró bien la respuesta, intentando por última vez evitar lo inevitable.

—Desconocía este episodio, hijo, pero él era un hombre rudo, cerrado, de otra generación…

—Un neandertal…

—Bruno, por favor, un poco de respeto.

—¿El mismo respeto con el que me trató él a mí? Yo era un niño, mamá; con su acto me condicionó de tal manera que sentí que yo no estaba a la altura. Que el que me gustaran las flores estaba mal. Que aquello no era lo correcto. Que tenía que cambiar. No volví a tocar una flor. ¿Y sabes lo mejor de todo? Que nadie, ni siquiera tú, hizo jamás comentario alguno ante el cambio que di. Tu hijo ya no te

traía flores al regresar del cole o de una excursión; algo que le apasionaba desapareció de la noche a la mañana. ¿No os distéis cuenta? ¿No os importó? ¿No os preguntasteis nunca qué había pasado? —Callé unos segundos para ver si contestaba, pero no lo hizo. Continué—: Yo creo que sí, pero ya os iba bien a todos. Con sus palabras y vuestro silencio me moldeasteis para que me convirtiera en el Bruno ejemplar. —Solté la última palabra con todo el asco que fui capaz de expresar.

—Mira, hijo, no puedo hablar por los demás, pero yo nunca hice nada para condicionar tu manera de ser…

—¡Pues claro que lo hiciste! ¡Con tu actitud! ¡Tu silencio! —Alcé la voz y la señalé con el dedo. Vi en sus ojos como algo empezaba a agrietarse.

—¡Eso no es justo, Bruno! ¡Yo te di la oportunidad de irte de Menorca, de salir de la isla y escoger tu camino! No hice nada para coaccionar tu decisión final.

—Ya… Tengo curiosidad… ¿Tú querías que me fuera o que me quedara? Venga, va, dime la verdad.

Ella inspiró ruidosamente y me contestó con dureza:

—Yo quería que te fueras, que salieras de la isla, que vieras que el mundo no se reduce a este pedazo de tierra. Solo así podrías haber tomado la decisión correcta. ¡Pero no! No sé si por pereza, por miedo o cobardía a salir de tu burbuja, por no querer enfrentarte a un cambio tan grande, decidiste quedarte. ¡Tú lo decidiste, no yo! —Vi como una lágrima descendía por su mejilla, lo que estaba a punto de decir le dolía, pero tampoco iba a frenarse—. Hay cosas que a una madre no se le escapan, Bruno. ¿Crees que no me di cuenta de cómo te miraba tu amigo escritor? —«PUM»—. ¿Y de cómo lo mirabas tú a él? —«PUM»—. No soy estúpida, Bruno. Si te hubieras ido cuando tuviste la oportunidad, quizás tu vida sería muy diferente. ¡Pero te quedaste! ¡Y cuando decidiste quedarte aceptaste las reglas de esta familia y de esta isla!

—La isla de los cavernícolas…

—¡La isla donde naciste! Donde creciste, donde has formado una familia con una mujer maravillosa y una hija preciosa. ¡Que no se te olvide! —gritó golpeando la mesa con el puño.

Pues claro que no se me olvidaba, y por eso seguía allí, por ellas y también por la señora que tenía delante con los ojos empañados y muy cabreada. Supongo que en parte tenía razón. ¿Que me condicionaron? Sí. Pero la última palabra la tenía yo. Y yo decidí quedarme. Aun así, había una última cosa que quería saber y conseguir que aquella pequeña batalla quedara en tablas.

—A lo mejor sí que querías que me fuera; pero pregúntate algo, mamá: ¿querías que me fuera para que pudiese vivir mi vida libremente? ¿O para ahorrarte el posible bochorno si decidía quedarme e igualmente vivir mi vida con total libertad?

No pudo sostenerme la mirada cuando por fin respondió y cerró los ojos.

—Supongo que un poco de las dos cosas —admitió abatida.

Asentí lentamente y suspiré. «Ya basta, Bruno».

—Gracias por tu sinceridad, mamá. —Me acerqué a ella, le di un beso en la mejilla y me fui.

Pasaron los días y las semanas. Aquel vacío seguía dentro de mí. Un agujero negro que me absorbía, se llevaba mi luz, mi alegría, mi felicidad… La felicidad que Theo había hecho nacer en mí estaba desapareciendo en la negrura de aquel vacío. Cuando me encontraba en casa con Natalia y con Emma conseguía estar más o menos bien. En cierto modo, para poder seguir adelante, tuve que dividir mi alma. Era la única manera de sobrevivir a ese dolor. Dos Brunos. Un Bruno para mi familia, para la vida que siempre había tenido, y otro Bruno anclado en el recuerdo de aquella semana con Theo. El Bruno que lloraba a escondidas, que se culpaba de su decisión, que se excitaba recordando el sexo con su guapo escritor y que algunas veces sonreía al recordar los momentos vividos aquella semana mágica.

Tuve que regresar a los faros, ya que los últimos días no había hecho ningún tipo de mantenimiento porque quise dedicar todo mi tiempo a disfrutar de él. Volver fue devastador. Sobre todo, al de Punta Nati. Lo más doloroso que había vivido hasta la fecha; y tuve que tomar una decisión muy dura pero necesaria: no quería seguir encargándome de los faros.

Era demasiado para mí. Solo con pensar que en un par de meses tendría que hacer la ruta de nuevo… me asfixiaba. Bastante tenía con su ausencia, si al menos podía ahorrarme pasar por el suplicio de volver a pisar aquellos lugares que habían sido testigos de nuestra magia… debía hacerlo.

Contacté con la Autoridad Portuaria de Baleares y les comuniqué mi decisión. De cara a mi madre y a Natalia, argumenté que quería centrarme en explotar unas tierras que teníamos sin darles ningún uso, y que no podría con todo; que la tecnología de los faros avanzaba a pasos de gigante y yo ya no tenía ganas de seguir implicado en ello. Mi madre se alegró mucho de mi decisión, ya que aquellas tierras habían pertenecido a su abuelo y desde su muerte nadie había hecho nada con ellas. Por su parte, Natalia no escondió su sorpresa y me escrutó con la mirada. Sabía que me apasionaban los faros y mi decisión la descolocó bastante. Después de pensar unos segundos, dijo algo que me desconcertó: «Si eso es lo que necesitas para estar bien, hazlo».

Recuerdo levantarme el miércoles 26 de junio y pensar que había pasado un mes desde que nos conocimos en el faro de Sant Carles. Una mezcla de tristeza, nostalgia y alegría me acompañó durante todo el día. Estuve trabajando con el tractor, arando las tierras «nuevas», que quedaban cerca de Cala en Porter. Pero ausente. Un mes. ¿Estaría Theo pensando en mí? ¿Se habría acordado de que ese día habría sido una especie de aniversario si estuviésemos juntos? ¿Pensaba tanto en mí como yo en él? A lo mejor él también había regresado a su realidad y había decidido pasar página, olvidarme… Al fin y al cabo, yo había elegido a mi familia. Tenía todo el derecho a estar dolido, a no querer saber más de mí, a guardar aquella semana como un recuerdo y poco más.

Las respuestas a mis preguntas estaban a punto de llegar, pues al día siguiente el cartero me hizo entrega de la carta que arrojó un potente rayo de luz contra ese agujero negro, fulminándolo por completo y dándome lo que más necesitaba en aquel momento de mi vida: esperanza.

27 de junio de 2002

Aquella mañana, cuando llamaron a la puerta y vi a Dani, el chico de Correos, no podía ni imaginar que en dos segundos me haría entrega de algo que iba a devolverme la felicidad que en parte había perdido. Por suerte estaba solo en casa. Cuando me dijo que tenía una carta certificada para mí de Estados Unidos… casi me da un síncope. Firmé el acuse de recibo como pude porque me temblaba todo, cerré la puerta y la abrí camino del salón, donde tomé asiento y empecé a leer:

Hola, Bruno:

No sé cuánto tardará en llegarte esta carta desde «el otro lado del charco», pero quería agradecerte de nuevo todo el tiempo que me dedicaste, toda la información que me proporcionaste y los momentos inolvidables vividos en la isla de mis antepasados.

Ya he empezado la novela y tengo tantas cosas que contar en ella que a veces me siento abrumado y he de tomarme algún que otro respiro; ordenar mis ideas y encontrar las palabras justas para transmitir aquello que como escritor necesito plasmar en un papel.

Mi madre me estuvo interrogando durante horas. Creo que en el futuro no podrá reprimir las ganas de conocer Menorca. Le hablé de ti, cómo no, y me pidió que te mandara saludos de su parte, aunque no os conozcáis.

Te adjunto una tarjeta con mi dirección postal, mi número de teléfono y mi correo electrónico por si hay algo más de los faros que no me hayas contado. ¡Es broma! Es solo por si quieres mantener algún tipo de contacto conmigo y no olvidarte del único Minorcan *que has conocido.*

Gracias por todo de nuevo.

Un saludo,

Theo

A simple vista podía parecer una carta fría y distante, pero yo entendía el motivo. Él no sabía en manos de quién caería esta carta. ¿Y si hubiese estado Natalia en casa? Podría haberla abierto y leído perfectamente. Era una posibilidad, y a Theo no se le escapaba nada. Escribió manteniendo un tono neutro para evitarme problemas. Y el objetivo de aquella carta no era el contenido en sí, sino hacerme llegar la tarjeta con sus datos: me estaba ofreciendo una manera de mantener el contacto entre los dos. Por fin. Yo no tenía manera de encontrarlo… Internet no era lo que es hoy en día; no existía Facebook, ni Instagram ni WhatsApp… Pero él había venido a nuestra casa, y sin duda se quedó con el nombre de la calle y el número. Mis apellidos los sabía porque se los había dicho el día que comimos en Ciutadella.

Aquella misma noche, cuando Natalia y Emma se fueron a dormir, yo aproveché para escribirle. No por correo electrónico, sino por carta también. Me habría gustado mandarle un correo electrónico por la posibilidad de obtener una respuesta inmediata, pero en aquel instante decidí que nuestro contacto debería ser siempre a la antigua, por escrito. Por una parte, tenía su romanticismo, y por la otra, podía conservar las cartas y leerlas cuantas veces quisiera. Por correo electrónico eso era imposible. Natalia y yo teníamos las mismas contraseñas para todo, ya fuera el correo electrónico o la tarjeta de crédito; si ahora cambiaba la contraseña habría sido sospechoso. En todo caso, para emergencias o situaciones que requirieran una respuesta rápida, teníamos el correo electrónico y los números de teléfono. Pensé en la posibilidad de abrirme otra cuenta de correo electrónico sin que Natalia supiera de su existencia, y le sugerí esta opción a Theo, aunque casi podía predecir su respuesta.

Recibir aquella carta escrita de su puño y letra me insufló parte de la alegría que había perdido el día de su partida. Tenía en mis manos la manera de mantenernos en contacto, de saber de él. Lo que habíamos tenido no estaba muerto, simplemente entraba en otra etapa. Evidentemente, yo no me corté ni un pelo en todo lo que le

escribí. Me desahogué. Pude poner en palabras todo lo que sentía: cuánto lo echaba de menos, que lo primero que venía a mi mente al despertarme era él, que antes de cerrar los ojos al acostarme mi último pensamiento era para él, que anhelaba sus besos, su cuerpo y sus rizos en mi cara… Se lo solté todo. Quería que supiera que nada había cambiado en mí, que lo quería y que deseaba un futuro juntos. Le conté mis planes para poder seguir en contacto y que él pudiese escribirme sin tapujo alguno. Al final de la carta le propuse seguir nuestra conversación donde la dejamos, antes de la llamada de Natalia en el aeropuerto.

Al día siguiente fui hasta Ciutadella para abrirme un apartado de correos donde recibir las cartas de Theo. Menorca era un «pueblo» donde todo el mundo se conocía, pero había una línea invisible que dividía la isla: el lado de Maó y el lado de Ciutadella. Toda mi familia y amigos eran del lado de Maó; mi vida no estaba vinculada a nadie residente en Ciutadella, solo algún cliente, así que si iba semanalmente a enviar o a buscar alguna carta allí…, los trabajadores podían hacerse preguntas, pero difícilmente llegarían hasta mi entorno.

Así empezó la segunda parte de nuestra historia; la esperanza se abría camino ante mí…, pero, para que fuese un hecho, aún tenía que hablarle de mi propuesta de futuro y, lo más importante…, saber si él aceptaría o no.

13 de agosto de 2002

Salí de la oficina de correos de Ciutadella portando en mis manos la carta más decisiva hasta la fecha y con un nudo en la garganta que me asfixiaba.

Esa era la tercera carta de Theo que recibía. A mediados de julio llegó la segunda, en la que mi escritor regresó con todo su esplendor. Su visceralidad, sus palabras sin filtro, su pasión por mí se hacían patentes en sus palabras. Solo con el saludo y la primera frase ya me deshice en lágrimas: «Hola, bobo, yo no dejo de pensar en ti ni un solo minuto, sueño contigo, estás presente en cada paso que doy…».

Fue una carta maravillosa. Al final me decía que adelante, que le dijese todo lo que no pude decirle en el aeropuerto. Y así lo hice en la segunda carta que le mandé.

En aquellos momentos tenía en mis manos su respuesta, y ya no podía esperar más. Entré en el coche y abrí el sobre. Vi que junto con la carta manuscrita había otro sobre cerrado. Lo deposité sobre el asiento del copiloto. Luego empecé a leer. La respuesta a mi pregunta era clara, concisa y directa; digna de su autor:

> *La respuesta es sí, claro que te esperaré. Sé que tú y yo tenemos que estar juntos, lo siento así, y ahora entiendo que cuando me fui de Menorca no era el momento. Tus palabras en el aeropuerto me hicieron reflexionar durante el largo vuelo y, cuando llegué a Estados Unidos, con la distancia y la mente más fría, entendí que no podía ser. No podías abandonarlas, algo así no habría sido digno de ti, Bruno, y te quiero y respeto aún más por ser como eres. Sí, esperaré siete años. Esperaré a que Emma sea mayor de edad y tú puedas estar conmigo sin ningún sentimiento de culpa. Te quiero a mi lado feliz, y no roto. Es como debe ser*.

No me lo podía creer. Había aceptado. No me entraba en la cabeza. Le había pedido algo que nadie en su sano juicio habría aceptado: siete años. Siete años de espera para poder estar juntos. Siete años para que Emma fuese mayor de edad, se fuera a Barcelona a la universidad y arrancara una nueva etapa donde yo automáticamente pasaría a un segundo plano. Su nueva vida también marcaría el inicio de la mía. Yo aún no habría cumplido los cuarenta, y Natalia tampoco. Una mujer como ella podría rehacer su vida sin problema; encontrar a un hombre que sintiese por ella lo que yo sentía por Theo. Es lo que merecía. Y no un marido a medias tintas.

Después de leer la respuesta de Theo…, una vocecita en mi cabeza me hizo la pregunta del millón: ¿seríamos capaces de mantener la llama del amor tanto tiempo? Y, la verdad…, no sé por qué…, pero la misma voz me respondió: sí.

Estaba emocionado, feliz, las manos ya no me temblaban y el nudo en mi garganta se había desintegrado por completo. Seguí leyendo. Theo solo me ponía una condición: después de cumplir Emma los dieciocho años, me daba diez días (ni uno más) para arreglar las cosas con Natalia (separación, papeles, etc.) y reunirme con él en el aeropuerto de Barcelona para irnos juntos a Estados Unidos. Una vez allí planificaríamos nuestro futuro.

Eso marcaba una clara fecha para nuestro reencuentro. Emma cumplía años el día 1 de septiembre, con lo que el 11 de septiembre de 2009 sería la fecha que quedaría grabada en nuestras vidas a partir de aquel momento.

Al final de la carta no pude más que reírme, ya que la posdata rezaba así: «Te esperaré siete años, mi corazón es y será solo tuyo, pero tampoco me pidas un voto de castidad, ¿vale?». Pues claro que no iba a pedirle eso; que estuviese sin sexo durante años… era inconcebible. Lo único que me importaba era saber que me quería a mí, lo otro era solo sexo, sin más. Una necesidad humana. Y por otro lado…, yo seguía casado y compartiendo mi vida y la cama con Natalia. Tampoco iba a volverme de piedra de la noche a la mañana.

Doblé la carta mientras me reía y luego la olí. A lo mejor eran imaginaciones mías, pero olía a él. Cerré los ojos y la acerqué a mi

pecho. Podía imaginarlo escribiéndola, lo visualizaba en mi cabeza. Su cara, con esos ojos de un azul insondable y aquella sonrisa de pícaro, junto con los alborotados rizos que le conferían ese aire desenfadado. Su cara era una trampa que no podías dejar de contemplar cuando lo tenías delante. Una trampa porque en un primer momento nunca imaginé que aquel chico algo cohibido que se coló en una zona prohibida haría gala de tal determinación, carácter y orgullo. Más cosas que añadir a la lista de todo lo que me atraía de él. Dejé vagar mi imaginación y seguí recreando su imagen mientras escribía: cómo cogía el bolígrafo, su postura, la ropa que llevaba, si es que iba vestido… «Mi escritor nudista». Podía verlo emocionándose al decirme que sí, que iba a esperarme, y luego riéndose al escribir la posdata. De alguna manera, estábamos lejos y cerca al mismo tiempo.

Respiré hondo y entonces recordé el otro sobre cerrado que había sacado del primero. Dejé la carta a un lado y lo cogí. Cuando lo abrí y la vi…, casi padecí un ataque de labilidad emocional. Empecé a reír y a llorar al mismo tiempo de forma incontrolable. La foto. La foto que nos hicimos en la Naveta des Tudons el último día. Allí estábamos los dos, juntos, felices antes de la tormenta… La prueba física de nuestra corta historia. Yo con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas, sonriendo sutilmente sin separar los labios. Él a mi lado, con medio cuerpo detrás del mío, rodeándome con los brazos. Nuestras cabezas en contacto, con mi sien derecha a la altura de sus ojos. Me llevé la foto a los labios y la besé. No sé cuántas veces lo hice. Todos aquellos besos que no había podido darle… se los di a aquella imagen única. Aquella fotografía iba a convertirse en mi pequeño tesoro, en mi rayo de luz en los momentos más sombríos que estaban por venir, en mi fuente de resiliencia para afrontar los próximos siete años.

26 de mayo de 2003

Había pasado un año, un año desde que nos conocimos en el faro de Sant Carles. Era un gran día para los dos y, al igual que hicimos en Navidades, habíamos concretado una hora para llamarnos. Resultaba más difícil de lo que habíamos imaginado poder coincidir para hablar por teléfono. Entre el cambio horario por vivir en continentes distintos, la vida que llevaba cada uno, la tarifa astronómica que costaba una llamada…, las cartas se habían convertido en nuestra rutina más fiable. Cada doce días, más o menos, recibía una carta de Theo, nos habíamos acostumbrado. Aunque en Navidades, cuando escuché su voz después de seis meses…, uff, fue muy emotivo.

Aquel 26 de mayo, que era nuestro aniversario, estaba nervioso como si se tratara de una primera cita o algo así. Tenía una gran noticia que darle y me moría de ganas de escuchar su reacción. Habíamos quedado en llamarnos a las cuatro de la tarde, que allí serían las diez de la mañana. Después de comer salí de casa y me dirigí al acantilado de Cala en Porter, al mirador del fin del mundo, que era y sigue siendo un lugar espectacular. Las puestas de sol eran mágicas, podías divisar la isla de Mallorca y una especie de cantera en desuso que se había medio hundido en el mar. Tomé asiento en una roca y contemplé la inmensidad de aquella masa de agua salada. Me sudaban las manos esperando su llamada. ¿Por qué estaba tan nervioso? Me sentía como un adolescente. Desvié la mirada hacia la pantalla del móvil y me quedé así hasta que finalmente sonó.

—¿Hola?

—Hola, bobo.

—Llevo todo el día esperando para escuchar estas dos palabras —le confesé sonriendo.

—*Really?* Si quieres te las repito —me propuso.

—Sí, por favor.

—Hola, bobo.

—Ja, ja, ja, me encanta…

—A mí me encantas tú. —Allí estaba mi escritor, directo como una flecha.

—Lo sé, me lo demuestras en todas y cada una de tus cartas. Espero que percibas lo mismo en las mías.

—Ni lo dudes. Tus palabras me llegan como si estuvieras a mi lado, ¿y sabes una cosa?

—Dime.

—No sé por qué, pero cuando leo cosas como que me quieres o que sientes que eres mío…, se me pone dura, Bruno, ja, ja, ja, ¡me excita el romanticismo!

—Ja, ja, ja, ¿en serio? —Me pregunté si algún día dejaría de sorprenderme—. En ese caso te escribiré más cosas del estilo, je, je.

—¡Eso no es justo! Es como calentar una comida que no te vas a comer…

—¡Hala! Mira que eres… —Conseguía que me ruborizara a través de un teléfono…

—Sí soy.

—Lo sé.

Se hizo un momento de silencio entre los dos. Escuchábamos al otro respirar. También era una manera de decirnos muchas cosas. Podía imaginarlo con su media sonrisa, pegado al teléfono, con esa punzada de dolor por no poder estar juntos, pero feliz por lo que habíamos conseguido construir a lo largo de ese año. Él también escuchaba mi respiración, y en su imaginativa mente me estaba viendo. Siempre intentábamos visualizarnos, incluso al leer las cartas.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Ahora mismo muy feliz. Hablar contigo por teléfono es lo máximo que puedo tener de ti, la manera de sentirte más cerca, más real.

—Ya lo sé.

—Deberíamos hablar más a menudo —insinuó en un tono más serio.

—Sí, pero es difícil coincidir en horarios… y te sale muy caro, Theo…

—El dinero no me importa, ya lo sabes. Y yo necesito ese contacto. Las cartas están bien, están muy bien, y quiero seguir con ellas, pero escucharte me da la vida, Bruno.

—Ya, a mí también me gusta poder escuchar tu voz, tu risa…

—Pues intentémoslo una vez al mes, ¿te parece?

—Vale, a ver cómo lo organizamos. En la próxima carta concretamos la siguiente llamada, ¿vale?

—*Perfect*.

—Ya sabes que salgo a correr un par de veces a la semana, podemos aprovechar la ocasión para hablar una de esas veces.

—¡Vale! Genial, pues tú me dices el día y la hora que te va bien y yo ya me organizaré para llamarte entonces.

—Me sabe mal que siempre me tengas que llamar tú.

—Tiene que ser así, ya lo sabes. Natalia fliparía si viese llamadas a un número de Estados Unidos, y luego la factura, je, je. Es mejor así.

—Ya… —Siempre tenía la sensación de que Theo hacía más por nuestra relación que yo.

—Oye, ¿no te ha llegado ningún paquete? —preguntó.

—Mm…, no, ¿por qué?

—Te mandé un regalo para «celebrar nuestro aniversario».

—¿Ah, sí? ¡No he recibido nada! —Si es que no dejaba de sorprenderme…

—Bueno, supongo que llegará pronto. Me habría gustado poder hablar de ello hoy, pero ya lo haremos en la próxima llamada.

—¡¿Qué es?!

—Ja, ja, ¡no te diré ni una palabra! Es una sorpresa, aunque pagaría una fortuna por ver tu cara cuando lo recibas.

—Vale, vale…, esperaré, pero yo también tengo una sorpresa para ti.

—¿De verdad? —Me encantaba cuando su tono cambiaba al de un niño a punto de abrir los regalos de Reyes.

—Sí. A ver, no es nada que pueda mandarte por correo, es más bien algo que he hecho y que tiene un gran significado para ambos.

—¡Venga! Dímelo, dímelo, dímelo… —Podía imaginarlo dando pequeños saltitos.

—Je, je, yo también pagaría mucho dinero por verte la cara cuando te lo diga.

—Ja, ja, ja, no lo dudo, pero, va, ¡suéltalo!

—Bien: he comprado el apartamento 276, el mismo en el que te hospedaste y donde vivimos… todo.

—*What?!* Pero… ¿¡cómo!? ¿Cómo lo has hecho? Estoy… estoy sin palabras…

—¿Tú sin palabras? Eso es imposible, ja, ja, ja, no te callas ni debajo del mar… —le respondí con sorna.

—¡Calla, anda! Cuéntamelo todo. ¡Esto es maravilloso, Bruno! —Podía sentir su emoción a través del teléfono.

—¿Te acuerdas del señor Joan?

—Sí, el hombre que nos prestó la barca para ir a l'Illa de l'Aire.

—Exacto. Pues vino a comer a casa de mi madre hará cosa de dos meses y comentó que un amigo suyo, propietario de un complejo de apartamentos, había puesto unos cuantos a la venta, que ya estaba mayor y no le apetecía seguir gestionando tanto volumen de alquileres… Cuando mencionó que el complejo se hallaba en Arenal mi atención se multiplicó por mil.

—Ajá.

—Cuando nos dijo que el nombre del complejo era Solisla ya se me disparó todo, ¡imagínate!

—Ja, ja, ja, puedo imaginar tu cara.

—Nos explicó que su hijo iba a quedarse con uno para alquilarlo a turistas durante la temporada de verano y que estaban muy bien de precio. Antes de que se fuera le pedí el número de teléfono de su amigo, y aquella misma noche le saqué el tema a Natalia. A ella le pareció una buena opción de negocio, no para vivir de ello, pero para sacar un dinero extra… Me dijo que, si lo veía claro y me encargaba yo del mantenimiento del apartamento, adelante. Así que al día siguiente me presenté en Arenal para hablar con el amigo de Joan. Mi decepción fue que los que vendía eran los del bloque anexo al que estuvimos…

—Oh, vaya…

—Sí…, pero no iba a rendirme tan fácilmente. Le dije que el que me interesaba era el 276, que si no podía ser ese, no me interesaba ninguno. Él no entendía el porqué de tanto ahínco, y al final tuve que sincerarme un poco con él.

—¿En serio? ¡¿Qué le dijiste?!

—Bueno…, nada que pudiese ponerme en un aprieto, solo que aquel apartamento tenía un gran significado para mí, y que le daría tres mil euros más por él de lo que pedía por los otros si accedía a vendérmelo.

—Soborno a tope, ¿no?

—Un poco sí, pero al final no hizo falta. Me lo vendió al mismo precio que los otros, pero con condiciones —señalé.

—¿Por ejemplo?

—Que no cambiara ni la puerta ni las ventanas, para que la estética del bloque siguiera siendo uniforme, cosas así. Habría aceptado cualquier condición que me hubiese puesto. ¡Y lo conseguí! Hace un par de semanas firmé la compraventa.

—Buah, Bruno, qué pasada, me hace mucha ilusión que hayas hecho algo así. Significa mucho, muchísimo. ¡Saca fotos y mándamelas, *please*!

—Lo haré, lo haré, no te preocupes.

—Y hazte alguna tú en el sofá o en la cama, quiero verte.

—Vale, sí, lo que quieras. En la próxima carta te las mando.

—*Cool!* Me muero de ganas.

Nos tiramos casi dos horas al teléfono. Por poco me quedo sin batería. Ninguno de los dos quería colgar. Lo que no sabíamos aún era que en menos de una semana volveríamos a hablar por teléfono. Dos días después de «nuestro aniversario» recibí el SMS de que podía ir a recoger un paquete a mi nombre en la oficina de Correos de Ciutadella. Cuando lo tuve en mis manos, aluciné.

28 de mayo de 2003

Tenía delante de mí una especie de manuscrito encuadernado en cuya portada había el dibujo de un faro, el de Favàritx para ser más exactos, y el título: *Los siete faros de Menorca*, de Theo Williams. Estaba paralizado. ¿Qué significaba aquello? Ojeé algunas páginas y reconocí nuestras conversaciones, nuestros nombres aparecían allí… ¿Sería posible? La novela que había estado escribiendo ese último año… era nuestra historia, los días vividos en Menorca… No me lo podía creer. Theo no había escrito su novela de asesinatos en los faros como me había dado a entender, se había dedicado a poner por escrito todo lo vivido conmigo.

Estaba flipando. Necesitaba hablar con él.

Eran casi las siete de la tarde; eso quería decir que, con la diferencia horaria, en Florida serían alrededor de la una. No lo pensé dos veces. Cogí el móvil y le hice una llamada perdida. Esa era nuestra señal para «emergencias». Si teníamos que comunicarnos algo urgentemente yo le hacía una perdida y él me llamaba. Si era al revés, él me hacía una perdida y cuando yo estaba en situación de poder hablar se la devolvía, entonces él me llamaba. Así habíamos quedado en una de nuestras cartas. Esta era la primera vez que íbamos a poner a prueba nuestro método. Y funcionó. En menos de dos minutos me llamó.

—¿Me puedes explicar qué significa esta novela que tengo en mis manos? —le pregunté sin ni siquiera saludar.

—Eh…, hola, ¿no? —contestó en tono burlón.

—Theo…

—Uy, uy…, y luego las malas lenguas dicen que soy yo el sin filtro, el que lo suelta todo tal cual…

—¡No me vengas con esas ahora! Mira que eres tocapelotas cuando quieres… —Le encantaba chincharme.

—Yo te las tocaba encantado, ya lo sabes.

—¡Theo!

—Ja, ja, ja, valeee, está bien, ya paro. —Seguía riéndose.

—Si te tuviera delante ahora mismo…, te daría con tu manuscrito en la cabeza.

—No, si me tuvieras delante me estarías besando como un loco.

«Pum». Me encantaba cuando me decía estas cosas, pero al mismo tiempo me devolvía a la realidad de nuestra situación: estábamos a miles de kilómetros de distancia, no podía besarlo por más que quisiera. En cambio, Theo nunca tenía ningún reparo en evidenciar aquella realidad. La enfrentaba. La convertía en algo tangible para poderla golpear con sus palabras. A su manera, si la machacaba, aquella distancia perdía fuerza y poder sobre nuestra relación.

—Pues claro. —Suspiré. Siempre me ganaba. Cogí aire, sonreí y empecé de nuevo—: Hola, mi guapo escritor.

—Hola, bobo.

—¿Me lo explicas?

—Claro, si en el fondo esperaba que me llamaras. —Y su risa inundó el altavoz del móvil. Es que… ¿era o no para darle con el manuscrito en la cabeza? La madre que lo parió.

—A ver…, ¿es lo que creo que es?

—Sí, tienes en tus manos nuestra historia, lo que vivimos en Menorca. Desde el día que me electrocutaste hasta mi vuelo de vuelta a Estados Unidos. Fue tan increíble lo que me sucedió el día que te conocí que allí mismo, en el faro de Sant Carles, me empecé a plantear la posibilidad de escribir algo muy diferente de lo que llevaba en mente. Al día siguiente, cuando de alguna manera sentí esa conexión contigo…, lo decidí: escribiría sobre lo que surgiera entre los dos, sin imaginarme aún hasta dónde llegaría todo.

—Estoy… que no sé qué decir —declaré con la voz entrecortada.

—Dime que me quieres.

—Te quiero.

—Lo sé. Este es mi regalo para ti, y para los dos, en cierto modo. Nuestra historia, pase lo que pase, siempre estará viva en estas páginas.

—Es maravilloso, Theo, estoy abrumado, y con unas ganas increíbles de empezar a leerla.

—Tuya es. Espero que en la próxima carta o llamada compartas conmigo tus impresiones. Todo lo que sentí, pensé, lloré y reí está en la novela. Tanto mis dudas como mis esperanzas, y todo el torbellino que se inició en mi interior aquel 26 de mayo.

—O sea que tengo el alma de Theo Williams abierta de par en par entre mis manos.

—No solo mi alma, también mi corazón —sentenció.

«Ay, madre, es que me derrito».

—Lo empezaré mañana mismo.

—Vale. Hablo de todo, ya te aviso. Incluso de la paja que me hice pensando en ti el día que fuimos a la playa de Cavalleria.

—Ja, ja, ja, es que eres de lo que no hay… —Él también se reía.

Debo reconocer que cuando dijo eso aún me entraron más ganas de leerla y absorber hasta la última palabra. Tenía la ocasión de escudriñar en su interior, de saberlo todo. Y aunque hablamos mucho aquellos días, también había muchas cosas que no nos habíamos dicho. Ansiaba conocer todos sus pensamientos y emociones.

—Pero, una cosa, el contrato con la editorial…, ¿qué has hecho? —quise saber.

—No te preocupes, ya estoy en ello. Terminé nuestra historia hace como tres meses y automáticamente me puse con otra novela para cumplir los plazos.

—¿Esta será de asesinatos?

—Sí, es la historia de una venganza.

—Madre mía, qué cabeza y qué imaginación tienes.

—Ya, pasan tantas ideas por mi mente que a veces creo que me va a estallar. Pero no, las ordeno y las pongo todas por escrito.

—Tienes una mente prodigiosa.

—Calla, anda, no hace falta que me halagues, que ya me tienes —señaló burlón.

—Mira que eres idiota. ¡No lo he dicho por eso!

Él se descojonaba.

—¡Que ya lo sé! ¡Que me encanta picarte, bobo! —Y seguía riéndose. Era pura luz. Mi luz.

Hablamos unos minutos más y nos despedimos. Se hacía tarde y tenía que regresar a casa. Solo podía pensar en el día siguiente, en irme a trabajar para poder leer sin parar.

Cuando llegué y aparqué el coche, me sentía eufórico y contento. Recuerdo aquel día como si fuese ayer, la sensación de felicidad me embriagaba. Emma estaba con los deberes y yo estaba tan cargado de energía que decidí preparar la cena.

—¿Te encuentras bien, papá? —inquirió alzando una ceja cuando me vio con el delantal y cortando perejil.

—De maravilla, cariño, os voy a preparar una cena de estrella Michelin —contesté con una gran sonrisa dibujada en mi cara. Ella negó con la cabeza y se rio también.

En cuanto terminó los deberes la mandé a la ducha, y luego me duché yo también. Cuando Natalia llegó a casa, reinaba un ambiente más alegre de lo normal y ella lo notó con solo mirarme.

—Vaya, alguien ha tenido un buen día, ¿no? —comentó antes de besarme.

—Ha cocinado y todo, mamá… Yo creo que le pasa algo raro —soltó Emma irónica.

—Ya veo. —Natalia me miró fijamente—. ¿A qué se debe todo esto?

—¿Qué pasa? ¿No puedo cocinar para mis dos mujeres preferidas? —bromeé.

Aunque era cierto, eran mis dos mujeres preferidas. Y al otro lado del Atlántico tenía a mi hombre preferido.

Los dos días siguientes fui a los cultivos, pero no hice absolutamente nada. Me sentaba bajo la sombra de un árbol que había al lado de la caseta de aperos y leía como un poseso hasta que los ojos me decían basta. Reí, lloré y me excité a medida que Theo narraba nuestra historia desde su perspectiva. Escribía de tal manera que podía revivirlo todo, imaginarlo a él en sus ratos a solas, haciéndose preguntas sobre mí, escribiendo ya en Menorca lo que estaba sintiendo… Me enteré de muchas cosas que eran como una especie de interrogante en mis neuronas. Por fin supe lo que pensó

la primera vez que me vio, todo sudado y sin camiseta…, o cómo había vuelto de Punta Nati el día en que todo estalló. Me llenó de ternura saber que la primera noche que pasamos juntos se quedó más de una hora despierto contemplándome dormir porque tenía miedo de cerrar los ojos y que al despertar yo no estuviese. También supe cómo fue el duro momento de darme la espalda en el aeropuerto e irse sin mí: «… y desgarrándome por dentro me di la vuelta y empecé a andar. Sentía como un mareo, como si el suelo fuera a hundirse bajo mis pies. Todo se venía abajo a mi alrededor. El primer hombre del que me había enamorado no podía ser para mí. Me mezclé con la gente, más y más, para desaparecer, para que no pudiera verme y así liberarlo. Que saliera del aeropuerto y se reuniera con su familia lo antes posible».

En los próximos años, aquel manuscrito se convertiría en una lectura anual para mí. Otra manera de sentirlo cerca, junto con la fotografía, las cartas y las llamadas.

Agosto de 2004

Un año más tarde, todo seguía su curso. Emma crecía, era como una mujercita, espabilada y risueña. Con Natalia estábamos bien, pero era inevitable sentir que algo había cambiado. Yo seguía sin pisar los faros, aunque Theo me insistía para que desbloqueara aquella parte de mi corazón que me impedía volver allí sin él.

En septiembre mi escritor publicó su nueva novela. La editorial le había organizado una especie de gira de presentación y firmas por todo Estados Unidos. Evidentemente, yo ya la había leído. Mi nivel de inglés era bueno, pero debo reconocer que me costó lo mío. La novela me había encantado. Pero como dijo mi guapo escritor: «Tú no eres objetivo». Y tenía razón. Lo que me había ocultado hasta el último momento era el título: *El crimen de la habitación 276.* Un guiño al número del apartamento donde habíamos compartido tanto en tan poco tiempo, y que ahora era de mi propiedad.

Con el tiempo se había convertido en mi espacio, mi rincón, el lugar donde iba cuando quería sentir a Theo más cerca, cuando necesitaba pensar, relajarme, el lugar donde escribía las cartas para él y al que iba cuando nos llamábamos por teléfono. Natalia y Emma habían estado un par de veces en el apartamento y poco más, mi madre solo vino una vez, sabía lo que significaba, pero no dijo nada, solo criticó la decoración… Yo nunca quise modificar nada, lo conservé siempre tal cual había estado durante la estancia de Theo. Lo alquilábamos de mayo a octubre, pero yo siempre bloqueaba la semana del 26 de mayo al 2 de junio. Eran días sagrados para mí, y no quería que unos extraños invadieran nuestro espacio.

La vida transcurría con cierta normalidad, había encontrado el equilibrio, estaba… feliz. Incompleto, pero feliz. Había aceptado la situación, y aunque muchas veces, de cara a Natalia, me sentía culpable…, era algo con lo que tenía que cargar. No había otra. No quería dejarla y separarme de ella, pero tampoco quería renunciar a mi futuro con Theo. Siempre quise a Natalia, muchísimo. Puede

parecer frívolo por mi parte decir esto cuando tenía pensado divorciarme de ella en cuanto Emma cumpliera los dieciocho años, pero es la verdad, la quería, y a mi manera la sigo queriendo.

Supongo que mi cabeza buscaba todo tipo de justificaciones. ¿Y si era ella la que se enamoraba de otro y me dejaba? ¿Y si había tenido alguna aventura? Ella era susceptible también de vivir cosas inesperadas que podían cambiarle la vida. Yo era conocedor de mis fallos, pero si ella había cometido alguno, lo desconocía por completo. Pero, vaya, ¿a quién quiero engañar? Todos esos pensamientos eran una débil manera de justificarme, de autoconvencerme para intentar aplacar el sentimiento de traición con el que tenía que vivir.

De algún modo sentía que aquella tranquilidad no podía durar mucho más tiempo. La tramontana rugía con fuerza aquellos días. Fue a finales de septiembre, mientras Theo se encontraba en plena promoción de la novela, cuando mi madre falleció de una manera tan rápida como inesperada.

Un duro golpe para todos, en especial para Emma. Era la primera vez que se enfrentaba a la pérdida de alguien tan cercano. Mi padre murió cuando ella tenía meses, así que prácticamente no lo conoció. Pero a la yaya sí. Lo pasó muy mal. No podía asumir el hecho de «no volver a ver nunca más» a su abuela. Era algo inaudito en su vida hasta aquel momento. Por desgracia, a medida que creces, vas perdiendo a gente por el camino, y poco a poco vas encajando los golpes de mejor manera. Yo también necesité mi tiempo para digerirlo. No podía borrar de mi cabeza la última imagen que tenía de mi madre: tumbada en la cama, como si estuviera dormida, pero fría, sin color y sin respirar. Natalia estuvo a mi lado, y Theo también. Tuve que frenarlo porque quería cancelar su gira de presentación para poder venir a Menorca. Quería estar conmigo. «Tú eres más importante que una novela, ¿es que no lo entiendes?». Pero se lo impedí. Aunque me moría de ganas de sentir su abrazo y llorar en su hombro, me puse tajante por primera vez en nuestra relación, y le hice reflexionar sobre algo que enseguida entendió: «No quiero que vengas porque entonces tendrás que irte otra vez sin mí. Y yo tendré que despedirme otra vez de ti. No quiero eso, no

podría soportarlo. Escúchame bien, Theo: la próxima vez que nos veamos en carne y hueso, la próxima vez que pueda tocarte y acariciarte, será para no separarme nunca más de ti». Me dio la razón, y conseguí que no viniese. Mi hermana y yo llegamos a un acuerdo sobre la herencia. Yo me quedé con las tierras y ella con la casa de pueblo donde habíamos crecido y donde había vivido nuestra madre hasta el último día. Ella no sentía ningún vínculo con Menorca, más bien al contrario, un cierto sentimiento de rechazo. Para ella era una isla de mediocres anclada en el pasado. La ayudé a vaciar la casa y a guardar los recuerdos familiares que quisimos conservar. Luego la puso a la venta y a principios de 2005, cuando la burbuja inmobiliaria estaba en auge, la vendió por una buena suma. Yo, en cambio, era feliz en mi pequeño paraíso, con mis tierras y mi apartamento en Arenal. Encontramos la mejor solución para ambos.

A finales de 2006, Theo publicó su tercera novela. Otra vez el título hacía referencia a nosotros, pero de una manera más críptica: *El secreto de Nura*. En la obra, Nura es una mujer que finge su propia muerte para escapar de su pasado, pero Nura también es el nombre que los fenicios dieron a Menorca hace más de tres mil años. El nombre deriva de *nur*, que en lengua fenicia significa «fuego». Se deduce que la bautizaron así porque de noche las naves fenicias pasaban cerca de nuestras costas camino de las minas de Tarsis en Huelva. Era entonces cuando veían brillar fogatas en los lugares altos, en las cumbres de los talayots. Evidentemente, si no eres un historiador o un habitante de la isla con cierta cultura… ni se te pasa por la cabeza que el autor se refiera a Menorca. Pero yo lo pillé enseguida, y él sabía que me daría cuenta. Theo siempre tenía esos detalles.

Recuerdo que a principios de 2007, durante una de nuestras llamadas telefónicas, me pidió que le mandara algo mío junto con la siguiente carta. Quería algo de ropa: «Quiero algo que huela a ti». Yo solía dormir desnudo siempre menos en invierno, que usaba una camiseta vieja y raída. Fue lo primero que se me ocurrió. La usé durante una semana, no la lavé y se la mandé. Cuando la recibió

estaba como loco, había acertado: «¡Olerla es como tenerte a mi lado, Bruno! La he guardado dentro de una bolsa de plástico con cierre para que no pierda tu esencia».

Me dejaba alucinado con estas cosas. Theo exprimía todo aquello que la vida le ofrecía, y lo que no tenía, buscaba la manera de conseguirlo. Transformaba todo aquello que lo rodeaba, su energía era como la de un volcán en erupción constante. Siempre quería más y más…, a veces daba la sensación de que nada era suficiente para él. Resultaba abrumador. Que alguien así me hubiese elegido a mí, un hombre normal y corriente, tranquilo, relajado, conformista… Supongo que es cierto que los polos opuestos se atraen, porque el magnetismo que su personalidad ejercía en mí era arrollador. Muchas veces sentía que yo no aportaba tanto como él, como si yo no me entregara con la misma intensidad. ¿Por qué no se me ocurría a mí pedirle una prenda suya? ¿Por qué era él quien insistía en llamarnos más a menudo y no yo? Él siempre tenía detalles, intentaba sorprenderme, me desarmaba con sus palabras… Muchas de esas preguntas me asaltaban como consecuencia de su manera de quererme, yo nunca había conocido tal intensidad, pero a quién voy a engañar, me encantaba que Theo me quisiera tal y como lo hacía. Me sentía vivo, más vivo que nunca.

El tiempo corría, y lo hacía más deprisa de lo que me había imaginado. Sin darme cuenta estábamos entrando en el otoño de 2008, y Theo cumplió su contrato con la editorial publicando su cuarta novela: *La desaparición de Brian Miller*. Cuando leí el título por primera vez no vi ninguna referencia a nosotros, pero al leerlo de nuevo caí en la cuenta de que su protagonista y yo compartíamos las iniciales de nuestros nombres y apellidos: Bruno Mascaró y Brian Miller. «Touché».

Theo era ya muy conocido; sus novelas eran todas *best sellers* en su país, y las dos primeras ya se habían traducido a catorce lenguas. Tenía un «novio» famoso, qué fuerte. Después de casi ocho años dedicándose a escribir, estaba decidido a tomarse un descanso, y bien merecido.

Aquel año, el contacto virtual entre los dos aumentó exponencialmente gracias a la llegada de Facebook al mundo. Él tenía su perfil de escritor y otro privado, yo le seguía solo en el profesional. Si Natalia miraba mi perfil no encontraría nada extraño en que siguiese al Theo escritor que conocí en Menorca seis años atrás. Pero aquello nos permitió compartir mucho más, él veía mis fotos, mis comentarios, podía seguir mi vida de una manera más detallada, y yo siempre me esmeraba en publicar cosas para él. Mis amigos me decían: «Qué activo estás con eso del Facebook, ¿no?». Y sí, era verdad, pero solo lo hacía por Theo. Incluso habíamos hablado por mensajes a través de la red social. Mensajes que luego yo siempre borraba por si acaso.

Por increíble que parezca, conseguimos mantener nuestra relación, la llama aún ardía con fuerza en nuestro interior. Skype también se convirtió en un gran aliado para vernos y para…, bueno…, más cosas. Con el paso de los años, en lugar de alejarnos nos habíamos acercado más y más al otro. Y no solo en el sentido virtual, porque día tras día, mes tras mes…, llegamos al año 2009, el año de nuestro esperado reencuentro.

2009, el año del reencuentro

Después de que sonaran las doce campanadas para dar la bienvenida al nuevo año, una especie de cuenta atrás se instaló en mi interior. Era una sensación muy difícil de sobrellevar: por una parte, estaba eufórico y feliz, pero mi otra mitad sufría en silencio. Sufría por el desenlace que tenía que acontecer en mi vida actual para poder empezar la nueva al lado de Theo. Una cosa no podía ser sin la otra.

Pasaban los días y me sentía como un actor que prepara su papel. Memorizando textos, palabras, el tono, la expresión de su cara. Podía estar plantando acelgas mientras recreaba en mi mente lo que les iba a decir a Natalia y a Emma… ¿Qué palabras escoger? ¿Qué decir y qué no decir? No podía sentar a mi hija, mirarla a los ojos y soltarle: «Mira, cariño, mamá y yo nos vamos a divorciar porque llevo siete años enamorado de otro hombre, con el que he mantenido una relación a distancia todo este tiempo, y ha llegado el momento de estar juntos».

Tenía que calibrar mis palabras. A lo mejor se trataba de ser escueto, de hacerlo fácil, básico, sin dar demasiadas vueltas. Decirle que había llegado a un punto de mi vida donde necesitaba un cambio, empezar de cero, salir de Menorca, conocer otras personas… Comenzar una nueva etapa igual que hacía ella yendo a Barcelona a la universidad. Luego, con el tiempo, le iría desvelando la verdad. A Natalia pensaba decirle prácticamente lo mismo, no quería mencionar a Theo por nada del mundo. Sabía que me preguntaría si había otra persona, pero no tenía sentido causarle un daño innecesario. Cuando fuera oportuno, ya se enteraría de la verdad. Porque no quería esconderme, no quería ocultar a Theo, ni mucho menos; pero tampoco era cuestión de soltarlo todo de golpe. En principio, de cara a ellas, mi decisión vendría dada por querer empezar una nueva vida. Sin más.

Podía sentir el tictac en mi cabeza con la misma frecuencia que las olas golpeaban las rocas prehistóricas de Favàritx. Cada vez que hablaba con Theo intentaba calmarme, y lo conseguía por unos instantes, mientras escuchaba su voz por el teléfono, pero al colgar, la ansiedad volvía para apoderarse de mí otra vez.

A principios de agosto, Natalia me sacó el tema del cumpleaños de Emma. Quería organizarle una fiesta sorpresa con sus amigas de toda la vida y me pareció una idea genial. Nos pusimos manos a la obra. El día 1 de septiembre cumplía los dieciocho años, caía en martes y aún estarían todas de vacaciones, esperando empezar su primer año universitario a mediados de mes. No quise arruinarle ni los preparativos ni la fiesta a Natalia. Al menos que disfrutáramos los tres de la celebración, de la mayoría de edad de nuestra hija. Al día siguiente, el 2 de septiembre, Emma se iría a Barcelona unos días para instalarse en el piso compartido y arreglar papeles de la universidad junto con una amiga y la madre de esta. Eso me concedía ocho días de margen para hablar con Natalia y arreglar la situación sin Emma de por medio. A su vuelta, hablaríamos con ella para explicarle ese giro que su pequeña familia estaba a punto de dar por mi culpa, y el día 11 volaría a Barcelona para reunirme con mi guapo escritor.

Con Theo, la idea era vivir en Barcelona o en algún punto de la Costa Brava. Él había sido muy claro al respecto: «Escoge tú el país, pueblo o ciudad que quieras para poder estar cerca de tu hija, yo iré donde tú digas». Él iba a abandonar su mundo por mí, su vida en Estados Unidos, sus padres, sus amigos…, todo para poder estar conmigo. Era la muestra de amor y generosidad más grande que uno puede recibir de la persona que ama. Me sentía realmente desbordado de amor; aunque suene muy cursi, era así, Theo había rebasado todo límite, había superado toda expectativa y me había enseñado a ser querido como nunca, porque cuando él amaba lo hacía también sin frenos.

El día 11 yo volaría a Estados Unidos con él, como si de unas vacaciones se tratara. Conocería su ciudad y su vida allí. Nos pondríamos a buscar nuestra vivienda en Catalunya vía internet y lo ayudaría con la mudanza al otro lado del Atlántico. Una vez dado el

gran salto, y con un piso donde poder dormir, yo regresaría a Menorca para llevar a cabo mi mudanza. Él seguiría escribiendo, sin duda, y yo buscaría un trabajo de lo que fuese, aunque Theo insistía en que montara mi propia floristería y cumpliese así mi sueño.

Después de dejar a Emma en el aeropuerto, regresamos a casa y yo ya no podía más. Necesitaba soltarlo ya para poder sentir un poco de paz interior y ser justo de una vez con la que había sido mi mujer todos aquellos años. Una compañera ejemplar, cariñosa, atenta y buena.

—Natalia. —Metí la cabeza por la puerta de la cocina.

—Dime —contestó mientras continuaba vaciando el lavavajillas.

—¿Podemos hablar?

—Claro, dime. —Seguía sin mirarme y amontonando los platos limpios en la encimera.

—Así no, en el salón. Sentémonos.

Entonces paró. Se incorporó y me miró de una manera que nunca he podido olvidar. Sus ojos me decían que ya sabía lo que venía a continuación.

—Vale, veo que la cosa va en serio.

Salió de la cocina y nos sentamos en el sofá, uno enfrente del otro. La miré compungido y suspiré.

—No sé muy bien cómo hacer esto, Natalia, lo he ensayado mil veces en mi cabeza, pero ahora no sé ni por dónde empezar.

—¿Qué pasa, Bruno? —Me miraba expectante.

Notaba la garganta llena de arena, no me salían las palabras. No me sentía con fuerzas para hacerle daño, un daño tan inmerecido. Pero si quería a Theo, esto era necesario. Así era como debía ser, no podía recular ni aferrarme a esa especie de doble vida por más tiempo. No era justo para mí, ni para Theo ni para ella. «¡Suéltalo ya!».

—Quiero que nos separemos, Natalia. Llevo tiempo dándole vueltas y quiero, necesito un cambio en mi vida. Ahora que Emma es mayor de edad y su nueva vida despega, también quiero volar yo, dejar Menorca, empezar de cero, ver mundo, conocer gente nueva… —Tragué saliva—. Evidentemente, te pondré todas las facilidades, todo lo que necesites… —No sabía qué más decir, al fin lo había

soltado. Ella no contestó enseguida, se quedó pensativa sin apartar los ojos de los míos. Tragué de nuevo y respiré, a la espera de su respuesta.

Finalmente asintió con la cabeza y me dijo:

—¿Todo esto es para poder irte con tu escritor?

Entonces sí se me cerró la garganta, como si me estuviesen estrangulando.

Mi boca no era capaz de emitir sonido alguno. Estaba en *shock*, me sentía incapaz de procesar las palabras que mis oídos acababan de escuchar. Mis ojos se entumecieron y mi pulso se aceleró. Eso no podía estar pasando. ¿Había dicho lo que había dicho? Los nervios me estaban jugando una mala pasada… ¿Lo había imaginado? No, aquellas palabras habían salido de su boca, estaba seguro. Pero ¡¿cómo?! Su voz interrumpió mis pensamientos:

—Por tu silencio y tu cara imagino que he acertado. Supongo que en cierto modo llevo años esperando algo así. No tenía ninguna certeza, la verdad sea dicha, pero supe que algo había pasado entre vosotros aquellos días. —Yo seguía sin poder hablar. Por suerte, ella continuó—: Vi la maleta, Bruno. El día del accidente, cuando bajé a por el juego de cartas que llevabas en el coche, abrí el maletero porque no encontraba el maldito juego y la vi.

Apoyó la espalda en el cojín y cruzó las piernas mientras cogía aire para seguir relatándome su triste verdad.

—No entendía nada. ¿Qué hacía tu maleta en el maletero? Cuando la abrí aún me quedé más desconcertada. Estaba llena de ropa. Tu ropa. Pero no podía pensar, estaba dolorida, destrozada físicamente, y solo quería encontrar el juego para volver a subir y estar con Emma. Fue entonces, al abrir la puerta del conductor, cuando vi un papel en el suelo. Era el recibo de un *ticket* del parquin del aeropuerto, con fecha de aquel mismo día, y la hora de salida… —Negó con la cabeza y se pasó las manos por la melena—. Cuando te llamé estabas en el aeropuerto, no en el faro. Con él. ¿Estoy en lo cierto?

No podía emitir sonido alguno, estaba totalmente bloqueado ante tal revelación. Asentí, abatido.

—Entonces, por fin puedo hacerte la pregunta que durante años ha bailado en mi cabeza: ¿ibas a irte con él y gracias al accidente renunciaste en el último momento para quedarte con nosotras? —Su mirada había adquirido un tono de hielo glacial.

Dios, sus palabras se me clavaban como estacas. Me costaba respirar y no podía apartar los ojos de ella. La veía tranquila, resignada, pero esperaba una respuesta y yo ya no podía prolongar más aquel silencio atronador.

—El día anterior a vuestra llegada preparé la maleta para irme con Theo. —Mencionar su nombre me parecía insólito—. Todo fue muy rápido, inesperado e intenso con él. Aquellos días me desconecté de mi vida real, de mi vida con vosotras. Solo estaba él, no podía ver más allá. Y cuando me pidió que nos fuéramos juntos, dudé, pero con toda la carga emocional que llevaba encima, esa montaña rusa de sentimientos que había vivido aquella semana, tomé la decisión de no perderlo. Pero al día siguiente, cuando os fui a recoger al aeropuerto, os vi, os abracé…, no pude. No podía irme y abandonaros de aquella manera. Cuando vosotras regresasteis a Menorca, yo también regresé. Y decidí quedarme, a riesgo de perderlo a él. Fui al aeropuerto para despedirme de él e intentar que entendiera mi decisión. Entonces me llamaste…

Miró hacia el suelo y vi que asentía sutilmente. Aquello no estaba saliendo para nada como me había imaginado. Las manos me temblaban y tenía ganas de vomitar. Después de procesar mis palabras, alzó la mirada de nuevo hacia mí.

—Me alegra saber que fue así. Que si elegiste quedarte con nosotras fue por decisión propia y no por factores externos. —Hablaba sosegada, sus ojos habían recobrado parte de su habitual calidez—. Cuéntame, ¿qué es lo que pasó con él?

«Bum».

—Natalia…, no me siento cómodo hablándote de Theo y de lo que ocurrió…

—Ya me lo imagino, pero creo que me he ganado el derecho a saber y entender por qué mi marido me pide el divorcio para empezar una nueva vida con otro hombre.

«Clac, otra estaca».

Tenía razón, aunque me incomodase, llegados a ese punto, Natalia tenía todo el derecho del mundo a pedirme explicaciones. Era absurdo callar o mentirle, por fin estaba jugando con las cartas boca arriba. El problema era que no me sentía preparado para hablar de Theo. Nunca, en siete años, había hablado de él con nadie, no había podido compartir absolutamente nada de lo vivido con mi escritor, confesarlo todo a un amigo íntimo o a mi hermana o a mi madre… Era algo imposible de concebir. Esa iba a ser la primera vez y no sabía ni cómo empezar.

«Sé sincero, ella se lo merece». Clavé los ojos en algún punto entre la pared y el techo, no podía mirarla a la cara, me sentía terriblemente mal.

—La verdad, Natalia…, aún ahora no sabría decirte lo que sucedió, ni por qué…, simplemente pasó. El día que nos conocimos, cuando fuimos a darnos la mano, nos pegamos un calambrazo que flipamos los dos. No fue solo electricidad estática, había algo más, algo que encendió una especie de llama, de luz…, llámalo como quieras…, aquí. —Me señalé el pecho—. Empecé a mirarlo con otros ojos, a pensar en él, a tener unas ganas terribles de pasar tiempo con él, de seguir enseñándole los faros y otros rincones de la isla… Al principio decidí mirar para otro lado y me decía a mí mismo que solo era curiosidad por el *Minorcan*.

Verbalizar todo aquello delante de ella me colmaba de vergüenza. Sentía las manos sudorosas y la voz me temblaba. Pero continué.

—Todo fue *in crescendo*; él no se cortaba ni un pelo, es una persona muy visceral que vive la vida sin frenos. Era consciente de que también quería estar conmigo, pasar tiempo juntos, me miraba de una manera… que me desnudaba, me comía con los ojos. Yo me sentía cohibido por su actitud, pero a la vez me gustaba, me sentía bien conmigo mismo. Cada noche al llegar a casa me asaltaban mil preguntas: ¿cómo podía estar sintiendo algo parecido al enamoramiento por otro hombre? Es que no podía ser. Yo, un hombre casado, con una hija, feliz en mi matrimonio… Te juro que no lo entendía. Hasta el cuarto día, cuando fuimos a Artrutx; aquel día decidí dar rienda suelta a lo que tuviese que pasar, no podía contener más esa especie de tsunami que crecía más y más en mi

interior. Y pasó. No nos volvimos a separar hasta la noche antes de vuestro regreso.

La miré de nuevo. Parecía una estatua. Ni siquiera pestañeaba. Estaba procesando toda la información.

—Lo siento, Natalia, de verdad. Nunca lo busqué, nunca pensé que algo así pudiera sucederme a mí. Fue más fuerte que yo, no pude frenarme… Yo… lo siento mucho. —Por fin el nudo se deshizo y las lágrimas afloraron sin querer. Los ojos de Natalia también se humedecieron. Tragó saliva y se incorporó un poco.

—Sé que lo sientes. Y te conozco lo suficiente para saber que todo lo que me has dicho es la verdad. Me duele, es obvio, pero si hubiese sido con otra mujer me habría dolido mucho más. Está claro que el universo tiene otros planes para ti, y no voy a ser yo quien se interponga en ellos. Solo te pido que, en tu nueva vida, Emma siga siendo tu máxima prioridad, como lo ha sido todos estos años.

—Eso siempre va a ser así —sentencié.

—Entonces, todo claro. ¿Cuándo se lo piensas contar?

—El día 10, cuando regrese. Pensaba sentarnos y explicarle un poco todo. No quiero hablarle aún de Theo, ya habrá tiempo de eso. Mi idea es contarle que nos separamos porque quiero empezar una nueva vida.

—De acuerdo. Hazlo a tu manera. Yo no le diré nada.

—Gracias, Natalia.

Ella negó con la cabeza e hizo un ademán para quitarle importancia.

—¿Cuáles son tus planes?

—Irme al día siguiente. Encontrarme con él en el aeropuerto de Barcelona y viajar juntos a Estados Unidos. Pasar un par de semanas allí, conocer su mundo y luego regresar para instalarnos en algún punto de Cataluña y poder estar cerca de Emma.

—¿Va a dejarlo todo para mudarse contigo al otro lado del charco? —Parecía sorprendida.

—Sí. Increíble, ¿verdad?

—Pues sí —contestó pensativa.

—Él puede escribir desde cualquier parte del mundo; así que en función de donde vaya a estudiar Emma, yo elegiré dónde vivir.

Podía ver en su rostro que estaba realmente asombrada por la actitud de Theo.

—Solo una pregunta más…

—Dime. —«Ay, Dios».

—A lo largo de estos años, ¿os habéis vuelto a ver en persona?

—No, nunca. —Pareció aliviada por mi respuesta—. Quiso venir cuando murió mi madre, pero se lo impedí.

La conversación con Natalia no fue para nada como la había ensayado en mi mente cientos de veces, pero tampoco fue mal. Era una mujer tan excepcional que incluso en una situación así supo estar a la altura. Cuando terminamos de hablar nos abrazamos y, sí, lloramos. Yo estaba poniendo fin a muchos años de relación, todos los recuerdos se agolpaban en mi cabeza. No podía imaginarme no verla cada día, no poder compartir nada más, nunca más… Todo por mi culpa.

Aquella noche, después de cenar, salí a pasear y hablé con Theo.

—Hola, bobo, ¿cómo ha ido?

—Bueno, no como esperaba…

—¿Por? —quiso saber.

—Porque cuando le he dicho que quería separarme, me ha preguntado si era para irme contigo.

—*What?!*

Tuve que apartar el teléfono de la oreja por culpa del grito que pegó.

—Como lo oyes.

—Pero, a ver, no entiendo, ¿qué sabe? No me digas que encontró las cartas…

—No, no, nada de eso. El día del accidente vio mi maleta en el coche, la que había preparado el día antes para irme contigo…

—*Fuck*.

—Sí…

—Pero solo con eso ¿ya ha deducido lo nuestro? —Su voz sonaba aguda. Él tampoco se esperaba algo así.

—No, también encontró el recibo del *parking* del aeropuerto en el suelo. Estaba tan ido entre tu partida y el *shock* del accidente que no pensé; debería haber sido más cuidadoso.

—Bruno, en aquel momento era imposible tenerlo todo bajo control. Nadie sabría manejar una situación como la que viviste.

—Ya… —contesté no muy convencido.

—No es culpa tuya. A veces las cosas pasan porque tienen que pasar. A lo mejor eso la ha ayudado a encajar mejor lo de hoy, no sé…

—Quién sabe.

—No te tortures. Piensa en positivo, ¿OK? Ya has dado el paso más difícil. El paso que te acerca más a mí, a nuestro futuro. No te ancles en el pasado, mira adelante y concéntrate en la nueva vida que nos espera. Te quiero, ¿lo sabes?

Imaginar su cara con esa media sonrisa imborrable me hizo sonreír.

—Lo sé.

Nos pasamos cerca de una hora al teléfono. Necesitaba escuchar su voz. Él me daba fuerza, seguridad. Conseguía que viera las cosas desde otra perspectiva. Theo era consciente de lo difíciles que iban a ser aquellos días para mí. Estaba rompiendo con todo. Me sentía como si desmontara un puzle, el puzle de mi vida, la que había construido hasta el instante en que lo conocí. Siete años atrás, ese puzle estaba terminado y enmarcado. Ese día, sin embargo, lo había lanzado contra el suelo, rompiendo el marco y el cristal. Y con cada palabra había arrancado una pieza tras otra, hasta dejarlo irreconocible.

Al día siguiente hablamos de la casa, de Emma y de cómo arreglaríamos todo el papeleo. Ella redactaría un acuerdo de separación para que todo constara por escrito y no hubiese malentendidos en el futuro. Aunque en ningún momento discutimos, la tensión entre los dos era evidente, y Natalia decidió irse un par de días a Mallorca, a casa de una de sus mejores amigas. Necesitaba cambiar de aires y comenzar a pensar también en su nueva vida sin mí. La acompañé al aeropuerto y nos despedimos en silencio, con un abrazo.

Los días previos a la llegada de Emma los dediqué a negociar la explotación de mis tierras. Tenía un par de clientes interesados en alquilármelas para plantar viñas. El apartamento de Arenal iba a

conservarlo, evidentemente. No solo por el rendimiento que me daba cada verano con los turistas, sino para tener un lugar donde alojarme cuando viniese de visita a la isla. La casa se la cedía a Natalia, que pudiese vivir en ella todo el tiempo que quisiera, pero con la condición de no venderla nunca y que quedara así como una herencia para Emma.

Fui a recoger a Natalia cuando regresó de Mallorca. Me pareció verla más relajada y me atreví a preguntarle:

—¿Cómo estás?

—Todo lo bien que puede estar una en mi situación.

—¿Has hablado con Maite? —Era la amiga que había ido a visitar.

—No. Me vio rara, pero no me apeteció hablar del tema, ya habrá tiempo —respondió secamente.

Decidí no hablar más.

Cuando llegamos a casa me di cuenta de que estaba recogiendo sus cosas del dormitorio para mudarse a la habitación de invitados. La frené.

—No, Natalia, ya me voy yo a la otra habitación, solo faltaría. Además, tú te quedas en la casa, soy yo el que me voy en unos días.

Ella asintió y me dio las gracias sin mirarme.

—Por favor, no me las des —contesté.

Recogí también mis cosas del baño y las bajé al de abajo. Quería evitar cualquier discusión. Entendía que estaba dolida, que aún lo estaba procesando. Era normal, así que lo mejor que podía hacer era darle su espacio. Todo el aire de nuestra casa se había enrarecido, podías respirar, pero tenías la sensación de hacerlo a través de una máscara antigás. Por suerte, esa situación tenía los días contados.

La noche antes de la llegada de Emma hablé con Theo de nuevo. Su vuelo salía de Miami al día siguiente, haría escala en Madrid antes de aterrizar definitivamente en Barcelona. Ya no podríamos hablar hasta vernos en persona en la T1 del aeropuerto de la ciudad condal.

Aquella conversación tampoco fue como yo esperaba. Debería haber sido alegre, llena de euforia… En cambio, lo que sentí fue su miedo. Un temor que nunca me había dejado vislumbrar, pero que deduje que llevaba mucho tiempo arraigado en su interior.

—Te noto raro, Theo, ¿pasa algo? —le pregunté preocupado.

—No, no…, estoy cansado.

—Theo, dime qué te pasa.

—Es una tontería, déjalo.

—Me gustan las tonterías.

—Esta no lo creo.

—Theo…, no es propio de ti hacer esto. ¿Desde cuándo te frenas a la hora de decirme algo?

—Ya —contestó escueto.

—En serio, me estás asustando, dímelo, venga, tal cual… No entiendo por…

—No me falles. No podría soportarlo.

—¿Perdona? ¿A qué viene eso? —No entendía nada.

—Tengo miedo, miedo de que en el último momento las escojas a ellas como ya sucedió siete años atrás.

«Pum, aquí lo tienes, Bruno».

—¡No puedes comparar la situación actual con la de hace siete años! —contesté a la defensiva.

—¿Por qué no? Las piezas del tablero siguen siendo las mismas: ellas y yo. Quién me dice a mí que…

—¡Theo, para! ¡Las piezas son las mismas, pero el tablero ha cambiado por completo! ¿Acaso estás ciego? Llevamos todos estos años esperando este momento, tú y yo tenemos mucho más que cuatro días de amor y sexo. Mi mujer ya sabe lo tuyo. Mañana firmamos el acuerdo de separación. Mientras estés volando hacia aquí le contaré a mi hija que me separo de su madre. Voy a alquilar las tierras por un período de diez años y mañana a las cuatro firmo el contrato. ¡¿Qué más quieres?!

—Ya, bueno, es que no es solo eso…

—¡Entonces, dime! Dime qué pasa por esa cabecita tuya, dime qué te preocupa en realidad.

Después de unos segundos de silencio, respondió:

—Mira, Bruno, todo este tiempo he aprendido a aceptar que yo jamás voy a ser la persona más importante de tu vida. Ese lugar está reservado para Emma, y será así hasta el día que te mueras…

—Oh, no, no me hagas eso, es distinto…

—Sé que es distinto, que son «amores» diferentes, pero ella siempre irá por delante de mí, y sabes que es así.

Tenía razón, pero no hacía falta reafirmarlo de palabra. Él continuó:

—Si mañana Emma te dijera: «Por favor, papá, no te vayas, no te separes de mamá… Quédate con nosotras…». ¿Qué harías?

—Eso no pasará. Emma está a punto de empezar una nueva etapa de su vida, es una adolescente que quiere salir de Menorca, vivir nuevas experiencias, conocer gente nueva…

—Pero si te dijera entre lágrimas que no te fueras, que no dejaras a su madre sola, que si te vas entonces ella prefiere renunciar a su vida en Barcelona y quedarse con Natalia…

—Te repito que eso no va a pasar, Theo.

—Pero sigues sin contestar a mi pregunta.

—Mira, pasado mañana tú y yo nos encontraremos en el aeropuerto de Barcelona para coger otro avión e irnos a tu país, a conocer a tus padres, tus amigos… y ayudarte con la mudanza. Es prácticamente una realidad, yo casi puedo visualizarlo. Lo único que puede ocurrir es que mi vuelo se retrase, y eso lo podrás ver en las pantallas que hay por toda la terminal. No quiero que te preocupes por nada. No imagines cosas que no van a ocurrir. ¿Estamos?

—Vale. Pero sigues sin contestar…

Había entrado en bucle, tenía que sacarlo de ahí. Estaba planteando una situación hipotética que yo ni había contemplado. Conocía a mi hija, y sabía perfectamente que en ningún caso reaccionaría así.

—Te quiero, ¿lo sabes? —le solté.

—Claro que lo sé, bobo.

—¿Sabes que he vivido estos últimos siete años con el único objetivo de que llegara este 11 de septiembre?

—Lo sé.

—Pues no lo olvides. Nunca.

Suspiró.

—Vale, es que no puedo evitar sentir miedo.

—Es normal, Theo, yo también lo siento, pero mezclado con una alegría que no sé describirte. Es muy grande e intenso lo que hemos

vivido estos años. Pasado mañana será la culminación de todos nuestros anhelos, ilusiones, promesas…

—Así es.

—Entonces, te veo en cuarenta y ocho horas, ¿sí?

—Sí.

—Dilo. Quiero que lo verbalices. Te ayudará a creerlo de verdad.

—Te veo en cuarenta y ocho horas.

10 de septiembre de 2009

Desperté con la ayuda de la alarma que había programado la noche anterior en el móvil. Los nervios me habían jugado una mala pasada y a las tres de la mañana aún daba vueltas en la cama. Cuando me levanté escuché ruido proveniente del salón. Natalia ya estaba despierta. Me reuní con ella en la cocina.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Quieres café? —preguntó.

—Sí, gracias.

—Esta tarde iré al despacho para terminar el acuerdo de separación, y esta noche lo firmamos, ¿de acuerdo?

—Sí, claro.

Parecía de mejor humor. La vuelta de Emma era el motivo. Desayunamos en silencio y sin cruzar las miradas. El vuelo llegaba a las 8:35 horas, así que nos vestimos y salimos en dirección al aeropuerto.

Estaba nervioso. Era consciente de que Emma me asaltaría a preguntas, preguntas que no sabría responder, y tampoco quería mentirle. Empezaba a dudar. Natalia me había sorprendido tanto con su revelación que ahora ya no me sentía con la seguridad necesaria para enfrentarme a una adolescente de dieciocho años. Contemplé los campos a través de la ventanilla buscando un poco de sosiego. Me sudaban las manos otra vez y respiraba agitadamente. Natalia conducía sin apartar la vista de la carretera. Era arriesgado proponérselo, pero tampoco tenía nada que perder.

—Natalia.

—Dime.

—Cuando hable con Emma, ¿te importaría estar tú también? Sé que no tengo ningún derecho a pedirte nada, pero contigo…

—Estaré, no te preocupes —convino sin dejarme terminar la frase.

—Gracias, yo…

—No digas nada, Bruno. Mira, aunque me sienta decepcionada y dolida por lo ocurrido, no te deseo nada malo. Al contrario, espero que seas feliz en tu nueva etapa, y, por supuesto, siempre que se trate de Emma, encontrarás un apoyo en mí. Es nuestra hija, y por muy separados que estemos, siempre será así.

La miré y ella también me miró.

Fue un atisbo de sonrisa lo que vi antes de que un tractor invadiera parte de nuestro carril. Natalia no tuvo tiempo de frenar y el impacto provocó que nuestro vehículo saliera despedido contra el muro de pared seca del carril contrario, lo sobrepasara y cayera por la ladera del campo que había al otro lado. El grito de Natalia fue lo último que escuché antes de que me invadiera la oscuridad más absoluta.

Desperté del coma tres días después del accidente.

Los años perdidos

Cuando abrí los ojos aquel 13 de septiembre, aún no era consciente del inmenso abismo sin fondo que se había abierto ante mí. No podía ni imaginar las amargas consecuencias de aquel maldito accidente.

A nivel físico me había roto el brazo derecho por tres partes, dos dedos de la mano y dos costillas. Pero lo que estuvo a punto de llevarme a la muerte fue el traumatismo craneoencefálico con hematoma subdural que sufrí. Me operaron de urgencia para drenar toda la sangre que se acumulaba en mi cerebro, y eso me mantuvo en coma tres días.

Emma y María, mi hermana, fueron las primeras personas que vi. Agotadas físicamente, demacradas y con visibles signos de casi no haber dormido. Aún tengo aquella imagen grabada en mi cabeza. Me parecieron dos fantasmas, dos espíritus que me guiaban en el camino a la muerte. Pero no, eran reales, y yo había abierto los ojos a la terrible realidad que me aguardaba.

María casi no podía hablar. Nunca la había visto así, ni siquiera cuando murió nuestra madre. Intentaba explicarme la cronología de todo lo que había sucedido justo después del accidente, sin embargo, no le salían las palabras y se le cortaba la voz. Emma se agarró a mi brazo bueno, el izquierdo, y no me soltó durante horas. Me costaba hablar, me suponía un gran esfuerzo, y ellas solo me decían que descansara, que así me recuperaría antes, que el mero hecho de haber despertado era un regalo para todos. Pero yo divagaba en un mar de dudas y preguntas, me asaltaban imágenes mezcladas de Natalia, de Theo, de mi madre, gritos, el color naranja del tractor que había invadido el carril… Tenía que llamar a Theo, ¿dónde estaba Natalia? ¿Tendríamos que comprar otro coche? ¿Quién fue a buscar a Emma al aeropuerto? Estaba siendo víctima de un bombardeo mental que no cesaba, que me enturbiaba y me alteraba. Sentía los latidos de mi corazón en la sien, me ahogaba…

Recuerdo que un enfermero se acercó al gotero y añadió algo que en pocos segundos me devolvió la paz.

Al día siguiente me notaba algo más despejado, aún débil, pero la niebla que invadía mi mente se iba retirando poco a poco. Hasta que vi aparecer a mis suegros por la puerta. El pensamiento me llegó cual proyectil: Natalia. Las fuerzas regresaron a mi garganta para preguntar:

—¿Cómo está Natalia?

Los tres adultos se contuvieron, mis suegros no articularon palabra y mi hermana se me quedó mirando fijamente sin responder. Pero Emma no tenía el mismo autocontrol y estalló en lágrimas, agarrada a mi brazo de nuevo. Sentí cómo sus uñas se clavaban en mi piel, y entonces lo supe: Natalia había muerto en el accidente.

De mi boca solo conseguí que saliera una palabra:

—No… —susurré mientras negaba con la cabeza.

Mi suegra rompió a llorar y abandonó la habitación. Mi hermana se acercó a mí, con las lágrimas recorriendo su cara, y me acarició el pelo para luego posar la mano en mi hombro. Yo seguía negando y diciendo: «No, no, no…». Las lágrimas acudieron a mis ojos, sentía un dolor punzante en la cabeza y mi cuerpo quedó empapado de sudor. Un alarido fue lo último que mi garganta expulsó. Después la niebla regresó y perdí el control de mí mismo hasta que todo se quedó negro y en silencio.

No sabría decir cuándo recobré la consciencia. Una telaraña de dolor me envolvía y deseaba seguir con los ojos cerrados. Abrirlos significaba enfrentarme a la dolorosa realidad. Estaba mejor así, en una especie de limbo, todo aquello no era real, había sido una pesadilla de la que iba a despertar en breve, solo eso. Me mantuve aislado por voluntad propia durante horas, repitiéndome que al abrir los ojos estaría en casa, desayunaría con Natalia y luego saldríamos a por Emma… Pero de pronto, como un meteorito, la voz de Theo impactó en mi cerebro: «No me falles».

«Dios mío, Theo».

Debía de haber estado esperando en el aeropuerto de Barcelona, allí solo, y yo sin aparecer, viendo cómo llegaba el vuelo procedente de Menorca sin estar yo a bordo. Habría intentado llamarme al móvil y yo sin contestar… Oh, mierda, mierda… Giré la cabeza y vi a mi hermana sentada leyendo una revista.

—¡María!

Pegó un brinco al escuchar mi voz.

—¿Qué te pasa? —preguntó cerrando la revista y poniéndose de pie—. ¿Llamo al doctor?

—No, no… —negué casi sin aliento—. Mi móvil, ¿dónde está mi móvil?

—Quedó aplastado en el accidente, Bruno, la pantalla estaba rota en pedazos y… —Se interrumpió y me miró desconcertada—. Pero… ¿a qué viene eso ahora?

—Necesito hacer una llamada, es muy importante, ¡préstame el tuyo! —vociferé perdiendo el control de mis cuerdas vocales.

—Vale, sí, claro, pero cálmate, no es bueno que te alteres así…

—¡Tú no lo entiendes! Déjame tu móvil, María, ¡por favor! —Mi voz sonaba aguda y desesperada, al mismo tiempo que una energía desconocida se apoderaba de mi cuerpo. Mi voz recuperó el tono, me sentía despejado, fuerte, seguro.

María se acercó a su bolso, sacó el móvil, lo desbloqueó y me lo dio. El entumecimiento de mi brazo bueno y mi mano había desaparecido gracias al subidón de adrenalina que recorría mi cuerpo. Había memorizado el número de Theo hacía años y, llevado por la necesidad y la urgencia del momento, lo marqué casi sin pensar. Esperé unos segundos con el teléfono pegado a la oreja bajo la atenta mirada de mi hermana. Un mensaje en inglés me informó de que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Lo volví a intentar, una y otra vez, pero el mensaje seguía siendo el mismo.

—Bruno, ¿me puedes explicar qué sucede?

—Tenía a alguien esperándome, alguien que no va a entender por qué no me presenté…

—Pero ya se lo contarás, no pasa nada, seguro que ya sabe lo del accidente… Lo sabe toda la isla —me dijo en un vano intento de calmarme.

—No, no, tú no lo entiendes. —Se me quebraba la voz y yo seguía marcando una y otra vez, una y otra vez.

—¿Qué es lo que no entiendo? Me estás asustando…

—No lo entiendes, ¡nadie puede entenderlo! —grité al tiempo que empezaba a llorar de desesperación y de impotencia.

«Oh, no».

¿Qué idea se habría llevado al no presentarme? ¿Qué conclusión tan equivocada habría sacado de aquel desplante? Mierda. Tenía que contactar con él lo antes posible.

Con los ojos encharcados comprobé que estuviese marcando los números que tocaban, me sentía estúpido usando la mano izquierda, torpe, pero la numeración era la correcta. Me quedé mirando la pantalla. «*Stop*, Bruno, vas a perder el control de nuevo». Mi respiración era agitada y María se acercó más a mí.

—Respira hondo e intenta calmarte —me instó mientras me acariciaba el brazo.

Yo seguía negando con la cabeza, me estaba desesperando por momentos…, pero la debilidad volvió a apoderarse de mí y se me resbaló el móvil de la mano. Por suerte, María lo pilló al vuelo. Cuando ojeó la pantalla, su cara de estupefacción habló por sí sola. Me miró incrédula.

—Pero, Bruno, ¿a dónde estás llamando?

Yo no le contesté. Cerré los ojos mientras el movimiento de negación de mi cabeza se atenuaba. Pero la imagen de mi guapo escritor esperando durante horas en el aeropuerto sin entender nada, sin contestar yo al teléfono… me torturaba y me ahogaba en un mar de ansiedad. María se apartó sin comprender nada; estoy seguro de que pensó que había enloquecido, pero no podía darle las explicaciones que necesitaba.

Aquella tarde lo intenté unas cuantas veces más. María ya ni me preguntó. Me prestaba el teléfono y me dejaba a mi aire. ¿Y si le había ocurrido algo? «Joder, no». Solo faltaría eso. A lo mejor seguía en España y no tenía cobertura, o se había quedado un par de días más intentando averiguar qué me había pasado y ahora estaba volando de regreso a Estados Unidos…, o… Mil ideas pasaban por mi mente, pero ninguna me convencía. Necesitaba otra vía de contacto

con él, y Facebook era mi mejor opción. Aunque para ello necesitaba regresar a casa y usar mi ordenador.

Tenía que recuperarme, recobrar fuerzas para poder salir del hospital cuanto antes. Por suerte, mis piernas no habían sufrido ningún daño relevante aparte de golpes y moratones. Eso me permitía cierta autonomía, pero mi cabeza y esa debilidad que iba y venía jugaban en mi contra. Pasé la noche despierto, intentando reconectar con mi cuerpo, sentir el dolor, tomando conciencia de todo, pero sin desesperarme ni atormentarme.

Al día siguiente me quitaron la sonda e intenté levantarme de la cama bajo la atenta mirada del doctor que me había operado y de un enfermero. Superé la prueba. Tenía que conseguir el alta como fuera, y no solo para poder regresar a casa y plantarme delante del ordenador, sino porque en dos días iba a celebrarse el funeral de Natalia, no se podía demorar más, y yo quería estar allí, por ella, por mí y sobre todo por Emma.

El doctor, no muy convencido, accedió a firmar el alta el mismo día del entierro. Entendía mi situación y que necesitaba asistir sí o sí. Después de darme una serie de órdenes, como no conducir, no coger ningún vuelo y no hacer esfuerzos, me entregó el ansiado papel y salí del hospital con la ayuda de María y de mi suegro. Pasamos por casa para cambiarme de ropa y asearme un poco.

La iglesia estaba llenar a reventar. Había gente de pie en el fondo y a los lados de los bancos de madera. Pasar por en medio de todas esas personas que nos observaban y nos compadecían por nuestra pérdida fue horrible. Yo no alcé la cabeza, y Emma tampoco. Llegamos al primer banco y me ayudó a tomar asiento. Me parecía irreal. Yo en el funeral de mi mujer. De mi compañera de vida. Una persona con una luz propia, buena y cariñosa. ¿En serio no iba a volver a verla nunca más? Era algo que no podía aceptar. Solo tenía treinta y ocho años, era tan injusto… No merecía esto, no merecía perderse tantas cosas. Se lo habían arrebatado todo. Y yo… yo también le había hecho daño. El dolor y la tristeza me consumían, sentí que no podría aguantar toda la misa; esa debilidad me atrapaba otra vez en sus redes, y, en cierto modo, la sensación de soltarme y desaparecer en el vacío me aliviaba. Justo cuando

pensaba que iba a desvanecerme, Emma me agarró la mano y la apretó con fuerza, yo le correspondí. Ella estaba allí para mí, y yo para ella. Con ese gesto me insufló la energía necesaria para levantar la cabeza y recuperar las fuerzas que tanto necesitaba en aquellos momentos. Un vacío enorme se había abierto en nuestros corazones, un vacío imposible de llenar que iba a quedarse para siempre sin remedio, sin cura.

No escuché ni una palabra de todo lo que dijo el sacerdote. Toda mi atención estaba dirigida a mantenerme erguido, a seguir agarrando la mano de mi hija y a no flaquear. Para Emma yo tenía que ser una roca en la que apoyarse, no al revés.

En el cementerio tuve la sensación de que podía respirar mejor. Sin embargo, el día se había puesto de acuerdo con nuestro dolor. La tramontana soplaba con fuerza, revolviendo las hojas secas alrededor nuestro y haciendo que las ramas de los árboles se estremecieran. El cielo estaba poblado de nubes espesas y grises que bloqueaban cualquier atisbo de luz, esa luz que tanta falta nos hacía. Para ser septiembre, el ambiente era frío, y cuando introdujeron el ataúd dentro del nicho…, se me heló el cuerpo entero.

Gran parte de los asistentes fue desfilando poco a poco, hasta que solo quedamos nosotros cinco. Mis suegros, mi hermana, Emma y yo. Permanecimos en silencio, observando la lápida recién colocada e intentando digerir la rabia, la pena y el dolor que nos unía con una cuerda invisible. Una parte de mí murió aquel día. Era inevitable. El sentimiento de culpabilidad por haber traicionado a mi compañera de viaje iba a perseguirme eternamente.

Aquella noche, cuando todo el mundo se hubo acostado, encendí el ordenador. Entré en mi perfil de Facebook… y, para mi sorpresa, el suyo había desaparecido. Busqué la última conversación que habíamos mantenido a través de la red social. Eran solo un par de frases de buenas noches que ya no había borrado porque las escribimos después de haberle confesado la verdad a Natalia. «Descansa y sueña bonito», estas habían sido mis últimas palabras; sonreí recordando aquel momento, pero enseguida cambié mi expresión al ver que su foto ya no estaba, era un círculo blanco. No

entendía nada. Tecleé un «hola» y le di a enviar, pero las letras aparecieron en rojo. Volví a intentarlo escribiendo su nombre, «Theo», pero las letras se quedaron en rojo de nuevo. No se enviaba nada porque no había perfil a donde enviarlo.

Busqué su otro perfil, el privado, pero también había desaparecido. Mi cabeza no era capaz de encontrar una explicación lógica a todo aquello. Me quedaba otra opción: el correo electrónico.

Le escribí un correo relatando todo lo ocurrido, lo mandé y me fui a la cama. Estaba agotado y destrozado, pero no conseguí dormir ni dos horas. El ansia que sentía por saber si me habría contestado me hizo levantar y comprobar la bandeja de entrada con impaciencia. Lo que encontré era lo último que esperaba: mi correo no había sido entregado porque la dirección de correo electrónico ya no existía. Me quedé perplejo. A lo mejor había tecleado mal la dirección… No, era la correcta. Quizás internet estaba funcionando mal… No, pude entrar en páginas web sin problema. ¿Qué pasaba? Era como si Theo hubiese dejado de existir.

Estuve dando vueltas y vueltas en la cama. ¿Y si me presentaba en Saint Augustine? Podía comprar un vuelo al día siguiente e ir en su busca. Pero no, no podía coger ningún vuelo por orden médica, y tampoco era el momento de desaparecer y dejar a Emma sola.

Al día siguiente conseguí un móvil nuevo. No le había hecho ni la primera carga completa a la batería y ya lo había llamado veinte veces. Nada. La cuenta de Skype había sido eliminada. Los correos electrónicos no podían ser entregados. Los perfiles de Facebook habían desaparecido… Solo tenía un último cartucho para gastar: escribir una carta y mandarla por correo postal, como tantas veces habíamos hecho a lo largo de los años. Era la opción más lenta, pero también la última que me quedaba.

Se lo expliqué todo: el accidente, la muerte de Natalia, el coma…, absolutamente todo, para que entendiera que en ningún caso me había echado atrás, que yo no lo había abandonado, que en el último momento no había escogido a mi familia de nuevo por encima de él. Mandé la carta con todas mis esperanzas puestas en ella.

Los días pasaban lentos. Cada vez que sonaba el móvil me lanzaba a por él como un loco, esperando que se tratara de Theo. Pero eso

nunca sucedió. Me estaba consumiendo. Perdí el apetito, casi no dormía y me sentía en muchas ocasiones desconectado de la vida, una vida que solo me aportaba tristeza y agonía. María y Emma estuvieron a mi lado. Mi hermana se volcó completamente en nosotros. Pero ellas no eran conscientes de lo que me pasaba, de que no solo tenía que lidiar con la pérdida de Natalia, sino que Theo también había desaparecido. Once días después de mandar la carta, recibí, por fin, la notificación de que había recibido algo en el apartado de correos de la oficina de Ciutadella. Salí disparado como si me fuese la vida en ello, haciendo caso omiso de la recomendación de no conducir que me había dado el médico.

Al llegar, recogí el sobre blanco que encontré en su interior. Lo abrí allí mismo, de pie, al lado de la cola de gente que esperaba su turno para ser atendida. Me daba igual si me veía alguien. Llegados a ese punto, ¿qué más daba? Rasgué el sobre y saqué el contenido de su interior: era mi propia carta, en el mismo sobre donde la mandé. Sin abrir. Ni siquiera la había leído. Me la había devuelto tal cual. Eso fue demasiado para mí. Regresé al coche y una vez dentro me derrumbé.

Aquel pensamiento que llevaba días evitando se materializó de golpe, ya no podía esquivarlo más: Theo me había abandonado. Había decidido cortar todos los hilos que nos unían, enfurecido y dolido por no presentarme en el aeropuerto el día y la hora señalados.

Cuando alguien a quien amas de verdad te echa de su vida es como si el mundo se apagara, como si no hubiera motivos para seguir adelante. De pronto te ves abocado a luchar contra una enfermedad para la que no existe cura ni medicinas que apacigüen sus síntomas. Quieres desaparecer, diluirte, anestesiarte para poder dejar de sentir que te están despedazando. Tuve que aprender a convivir con la pérdida y el sentimiento de haber fracasado.

Durante el día conseguía distraer mi mente, pero en el silencio de la noche sentía que un aire helado se colaba por debajo de las sábanas, envolvía mis pies y seguía subiendo, recorriendo cada ápice de mi cuerpo. Era el miedo. La psicóloga que estuve viendo durante meses lo definió como estrés postraumático. También me dijo que

«el tiempo» lo cura todo. Pero no fue verdad. El tiempo curó mis heridas físicas, pero las del alma seguían abiertas y sangrando. El tiempo no era sanador, yo lo sentía más bien como un asesino silencioso e invisible. Aquella hora, aquel día, aquel año… pasaba y moría, se consumía, era asesinado por el tiempo porque nunca más iba a regresar.

La vida de todos dio un vuelco de ciento ochenta grados. Emma decidió quedarse en Menorca y cursar la carrera en la isla para estar conmigo. Mi hermana se instaló casi tres meses en casa para ayudarnos y se convirtió así en un punto de apoyo vital. Ella, que siempre se había mantenido lejos de la isla…, se quedó allí por y para nosotros, pidió una excedencia en el trabajo y tomó las riendas de la casa mientras yo me recuperaba. Mis suegros se fueron después del entierro y fue Emma la que mantuvo el contacto con ellos a lo largo de los años.

Los hechos se habían sucedido de manera que nadie sabía nada de lo que había pasado entre Natalia y yo. Nadie sabía que íbamos a separarnos, nadie conocía los detalles de los días previos al accidente. Tampoco llegué a firmar el contrato de arrendamiento de las tierras. Todo podía continuar como si nada, sin que nadie me preguntara, me juzgara o me odiara por lo que habría ocurrido en nuestras vidas si aquel tractor no se hubiese cruzado en nuestro camino.

Y así fue, continué con mi vida, roto y vacío. Los perdí a los dos el mismo día. Solo me quedaba Emma. Ella se convirtió en el motor de mi vida y en el motivo por el que no me tiré de un acantilado.

Pasaron los meses, y las Navidades estaban a la vuelta de la esquina; se presentaban como algo triste y doloroso, por lo que decidí que merecíamos esquivar aquel golpe. Le propuse a Emma que visitáramos cualquier país de Europa durante sus vacaciones de la universidad. Ella estuvo encantada con la idea y viajamos a Italia los dos solos, visitamos Florencia y toda la zona de la Toscana con un coche de alquiler. Luego bajamos hasta Roma, donde pasamos el fin de año. Antes de regresar a Menorca volamos a Barcelona y nos quedamos un par de días para ver a mi hermana y comer juntos. Luego bajamos hasta Valencia para pasar el día de Reyes con mis

suegros. Tal y como esperábamos, fue horrible, pero eran los abuelos de Emma y ella quiso estar al menos un día con ellos.

Recuerdo que en enero de 2010 me permití teclear el nombre de Theo en Google. Hasta entonces había encerrado su recuerdo en una caja de acero hermética al lado de mi corazón. Me salió una noticia reciente que explicaba que le habían entregado un premio por el éxito de ventas de su última novela. Había una foto de él recogiendo el premio. Verlo fue un *shock* para mí. Estaba más delgado, diferente… Sonreía a la persona que le hacía la entrega y me dolió verlo «bien». Cerré la página rápidamente y salí al jardín a fumar como un poseso. No podía hacer eso, buscar información sobre él, verlo en fotografías con otras personas… ¿Y si un día me topaba con alguna noticia tipo «Theo Williams sale del armario», «El famoso escritor Theo Williams ha sido fotografiado junto a otro hombre en actitud cariñosa», «Theo Williams se casa»…? Empecé a bombardearme con situaciones hipotéticas que solo incrementaron mi ansiedad, pero me di cuenta de que necesitaba no saber nada, no volver a buscar nada sobre él si quería evitarme daños futuros.

Por suerte, nada de esto sucedió. Theo desapareció del mapa y estuvo cinco años sin publicar nada. Cinco años.

No fue hasta agosto de 2016 cuando, dando un paseo por Maó, me paré a mirar el escaparate de una librería en busca de algún libro de misterio para mi hermana. El día 15 era su santo y estaba pasando unos días en casa. Fue entonces cuando lo vi. «*La traición*, la nueva novela de Theo Williams». Ni que decir tiene que el título me sentó como una patada en cierto lugar muy sensible para los hombres. Entré y ojeé un ejemplar para saber un poco más. Lo había sacado el año anterior, pero no se había traducido al español hasta unos meses después. Me quedé pasmado al leer la sinopsis. En nuestra visita a Favàritx, le conté la historia del buque Lamoricière, que había naufragado cerca de Menorca en 1942 llevándose consigo la vida de trescientas personas, entre ellas la de un matemático polaco que trabajó para romper los cifrados nazis de la máquina Enigma. Theo había cogido aquella historia y la había transformado en una novela que mezclaba realidad y ficción. Alucinante. ¿Qué significaba aquello? Que hubiese elegido algo que

yo le había contado me daba aire para pensar en positivo, pero el título… era un mensaje directo a cómo se había sentido por no haberme presentado en el aeropuerto de Barcelona el día D.

Regresé a casa perturbado y sin comprar ningún libro para mi hermana. Su desaparición durante aquellos años me había ayudado mucho y este «regreso» me removió todo lo que había encerrado en mi caja fuerte interior.

Aquel septiembre, Emma se iría a estudiar un máster en Barcelona. Había terminado la carrera de Filología Hispánica e, irónicamente, llevaba casi tres años metida en el mundo editorial. Si ella se iba, a lo mejor había llegado el momento de hacer las maletas y cruzar el charco en busca de mi guapo escritor. Presentarme en Saint Augustine e intentar localizarlo por todos los medios posibles. Estaba decidido, era el momento de ir a por él.

Emma dejó Menorca a finales de septiembre, y pocos días después… el universo volvió a jugar en mi contra. Porque cuando ella se fue, un mal llegó a mí para quedarse. Una nueva batalla a la que enfrentarme. ¿Quién será el vencedor? Solo el tiempo tiene todas las respuestas. En cualquier caso, aquí está mi historia, la historia de un corazón roto en pedazos. Aunque valió la pena, porque también viví momentos de extrema felicidad. Y no hay que olvidar que los pedazos de un corazón roto se pueden volver a juntar. Las heridas y las cicatrices permanecerán, y los recuerdos del pasado te quemarán, pero eso solo significa que has sobrevivido al incendio. Mientras hay vida hay esperanza.

Emma

13 de mayo de 2022

El cáncer. Cuando yo me fui de Menorca para empezar el máster en Barcelona, le diagnosticaron el cáncer de garganta. Me lo ocultó durante más de un año, pero el tratamiento con radioterapia le estaba quemando las cuerdas vocales y finalmente me contó la verdad. Imagino que fue entonces cuando decidió escribir su historia, porque difícilmente podría contarme todo esto de palabra. Por suerte, antes de que la pandemia de covid-19 asolara el mundo, pudo terminar el tratamiento, pero debido al colapso que sufrió el sistema sanitario no realizó los controles necesarios, y a principios de este año le comunicaron que el cáncer había regresado. Pasaron tres meses hasta que decidió explicarme la situación. Con los años se había vuelto solitario y testarudo. Pero esta vez iba a necesitar nuestra ayuda.

Solo quedaba una opción: operar y extirparlo. Pero con un noventa por ciento de probabilidades de perder la voz y sin garantías de nada. Había que intentarlo. O su vida o su voz.

Cerré el manuscrito y, entonces sí, todo el dolor y el sufrimiento que mi padre había soportado a lo largo de dos décadas me golpeó el cuerpo entero como una brutal ráfaga de tramontana. Me sentí dolorida y helada. Unas voces desconocidas entraron en mi cabeza y se impusieron sobre el silencio del salón, recordándome cuán ciega había estado todos estos años. ¿Cómo no me di cuenta de nada? ¿Por qué no había mirado más allá de lo evidente? Siempre pensé que no había superado la muerte de mi madre, pero no era solo eso. Los perdió a los dos el mismo día. Joder… Las lágrimas que había conseguido reprimir durante la lectura se derramaron por mis mejillas hasta quedar colgando de la barbilla, para luego caer sobre mi falda y formar húmedas manchas de tristeza. Me solté. Me permití llorar por todo, por mi madre, por él, incluso por mí misma. Nuestra pequeña familia de tres había pasado por mucho más de lo

que nunca habría podido imaginar. Era muy injusto. Mi padre no merecía todo esto. ¿Por qué el universo puso a Theo en su camino si luego no iba a permitirle estar con él? ¿Qué sentido tenía eso? Dicen que en esta vida todo pasa por algo, pero en aquel momento aquella frase carecía de sentido para mí.

Me levanté del sofá y me quedé abstraída contemplando el fuego. Llevaba más de nueve horas leyendo y estaba agotada. Mi cerebro tenía un arduo trabajo por delante: asimilar toda la información. No sería fácil, pero tampoco me quedaba otra. Sopesé el leer el manuscrito de Theo, pero descarté la idea rápidamente. No había ninguna necesidad de hurgar más en la intimidad de ellos dos. No tenía ninguna duda de que su amor había sido real.

Di media vuelta y vislumbré el segundo sobre que mi padre había dejado para mí. Deseaba abrirlo, sin embargo, había otra cosa que deseaba por encima de todo: verlo. Abrazarlo y llorar con él si hacía falta. Decirle que por fin lo sabía todo. Que ya no estaba solo y que nunca más lo iba a estar.

La operación había terminado alrededor de las cuatro, mi tía me lo había notificado por WhatsApp. Y más tarde me comunicó que ya lo habían subido a la habitación. Eché algo de agua al fuego para apagarlo por la vía rápida, me aseé mínimamente, cogí el sobre y el manuscrito y abandoné la casa. Había parado de llover, por fin. Subí al coche y salí disparada hacia el hospital.

Cuando entré en la habitación vi a mi tía medio dormida en esa especie de sillón que había al lado de la cama. Mi padre tenía los ojos cerrados, todo el cuello vendado y la vía conectada a un gotero colocado a su izquierda. Al cerrar la puerta mi tía abrió los ojos y se acercó a mí sigilosamente.

—Hola, cariño —me saludó en voz baja.

—Hola, tía, ¿cómo está? ¿Qué te ha dicho el médico? —quise saber.

—Está tranquilo. Se ha despertado y hemos podido «hablar» un poco. Se maneja bien con la tableta esa para escribir —comentó señalando el aparato en cuestión.

—Sí, se bajó una *app* que hace de pizarra digital y estuvo practicando para cuando llegase el momento.

—Él siempre tan organizado y planificado… El médico estaba satisfecho de cómo había ido la intervención. Han podido sacar todo el tumor. Pero no se ha mojado en el tema de la voz. Hay que esperar a ver su evolución.

Las dos nos giramos hacia él y vimos que estaba despierto, observándonos. Clavó la vista en el manuscrito que llevaba bajo el brazo y luego me miró. Sentí como un nudo que me subía por la garganta. Le sonreí y él hizo lo mismo.

—Tía, vete a descansar —le dije—. Esta noche me quedo yo. Llevas todo el día dentro de este hospital, ya es hora de que cambies de aires.

Ella asintió. Se acercó a su hermano y lo besó en la frente.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras cogía su bolso de la mesita.

Mi padre asintió y le regaló una sonrisa para que se fuera tranquila. Luego vino hacia mí, me dio dos besos y me acarició la cara con la mano.

—Te veo mañana, preciosa. Cualquier cosa, me llamas al móvil.

—Vale, tía, hasta mañana. Descansa.

En cuanto salió de la habitación me acerqué a la cama y agarré la mano de mi padre. Estaba fría, blanca y débil. Había adelgazado mucho los últimos meses. Posé el manuscrito encima de la mesita donde unos minutos antes estaba el bolso de mi tía. Me senté de lado en la cama y nos miramos.

—Por Dios, papá…, ¿cómo no me habías contado nada de esto antes? —pregunté casi en tono de súplica—. Podría haberte ayudado, o al menos habrías tenido a alguien con quien compartir tanto dolor. —Acaricié su mano y reprimí un sollozo que ganaba fuerza poco a poco—. No te merecías nada de esto…, no te lo merecías…

Cuando vi que sus ojos enrojecían y las lágrimas huían de ellos sin dejar de mirarme, me uní a él. Necesitaba llorar con mi padre, compartir su tristeza y hacerle saber que estaría con él pasara lo que pasara. Él siempre había estado allí para mí, y yo iba a compensarle. Pasados unos minutos, cogió la tableta y escribió algo en ella: «Sí lo merecía. Engañé a tu madre». Su mirada denotaba culpa. Ese pensamiento lo había consumido.

«Joder». ¿Hasta qué punto se habría torturado con esa idea durante años?

—Eso no es así —sentencié secándome las lágrimas con el dorso de la mano—. Tú no fuiste a buscar a Theo, tú no provocaste aquello, simplemente ocurrió. El engaño es otra cosa, papá. Engañar a mamá habría sido tener una amiga o amigo, da igual, en el pueblo de al lado. Alguien con quien quedabas a escondidas para salir a cenar o para follar porque simplemente tu mujer ya no te interesaba. Esto es lo que yo entiendo por un engaño premeditado, dañino y cobarde. Pero tu historia con Theo no fue así, para nada. Podrías haberte largado y habernos dejado a las dos, pero renunciaste a él por nosotras. Y después de la muerte de mamá te quedaste aquí, conmigo, cuando podrías haber cogido las maletas e ido en busca de Theo; yo ya era mayor de edad y me las habría apañado, pero no, de nuevo renunciaste al amor para hacer lo que a tu juicio era lo correcto. Y te lo agradezco, te lo agradezco mucho, pero me duele que hayas tenido que sacrificar tanto.

Cogió la tableta de nuevo para escribir, sus ojos eran como dos ríos de los que no paraban de manar lágrimas: «Gracias, cariño, no sabes cuánto significan para mí estas palabras». Lo abracé con cuidado y nos quedamos un tiempo indefinido así, sin hablar. Con aquel abrazo intenté transmitirle paz para que dejara de culparse. Si la vida iba a darle otra oportunidad después de ese maldito cáncer, que fuese para empezar de cero, sin culpa, sin tristeza, sin dolor… Un renacer puro.

Al cabo de un rato nos separamos y yo hurgué en mi bolso en busca de un pañuelo. Vi cómo él cogía la tableta de nuevo: «¿Has abierto el segundo sobre?».

—Aún no —repuse desviando la vista hacia el manuscrito.

Borró la pantalla y escribió de nuevo: «Hazlo». Vi cómo se dibujaba esa media sonrisa en su cara. Esa media sonrisa de la que tanto hablaba en su historia. Esa media sonrisa que iba vinculada a Theo. Asentí y cogí el sobre de entre las páginas del manuscrito, lo abrí y tomé asiento.

Hola de nuevo, cariño:

Imagino que estarás en estado de shock *después de conocer toda mi historia, y a lo mejor hay mil preguntas que asaltan tu mente. Espero tener tiempo de contestarlas todas. El problema es que ya no sé de cuánto tiempo dispongo. La vida ha retrasado una y otra vez mi reencuentro con Theo y ya estoy harto.*

Cuando te fuiste a vivir a Barcelona me planteé partir hacia Estados Unidos para buscarlo. Solo tenía una dirección, en Saint Augustine. La casa donde él vivía con sus padres mientras mantuvimos el contacto a través de nuestras cartas. Era poco, pero era algo, podía empezar por allí. Estaba decidido. Sin embargo, el cáncer arruinó mis planes. No podía presentarme allí, buscarlo y encontrarlo para luego decirle: «Después de tantos años, ya podemos estar juntos, pero vengo con sorpresa, estoy enfermo y si quieres estar conmigo prepárate para todo lo que viene». De nuevo tuve que renunciar a él.

Durante el encierro de la pandemia decidí escribir mi historia. Mi futuro era incierto y quería estar preparado por si las cosas no salían bien. Puesto que estás leyendo esta carta, es evidente que mi estado de salud no ha mejorado y, además, voy a pasar por una operación que terminará de destrozar mi voz para siempre. Por no mencionar el hecho de que nadie me asegura quedar libre de esta maldita enfermedad.

Hubo un momento en el que sopesé tirar la toalla. A veces, hija, la vida se hace larga porque uno arrastra demasiadas cosas, cosas que pesan mucho… y hay que elegir entre soltarlas o hundirse con ellas. Entonces, un día regresé a Favàritx, más concretamente a la roca donde Theo y yo nos conectamos con la isla, e, impulsado por la energía que emana de aquel lugar, tomé una decisión:

Me he cansado de esperar que la vida me presente la oportunidad de volver a estar junto a él. Comprendí que tengo que ser yo quien provoque aquello que tanto deseo y anhelo desde hace años, pero tengo que hacerlo a través de ti. El universo siempre se ha comportado como un hijo de puta irónico conmigo, y que después de terminar la carrera de

Filología empezaras a trabajar en una editorial… me pareció surrealista. Con el tiempo te has convertido en una editora con cierto nombre dentro del mundillo y me siento muy orgulloso de ti. Conoces a gente, tienes contactos y necesito que los uses para encontrar a Theo.

Encuéntralo, Emma, explícaselo todo de una vez, y entonces que tome la decisión que quiera, pero sabiendo todo lo ocurrido estos años. Si tengo que morir quiero que sepa la verdad, y si tengo que vivir también. Encuéntralo, por favor. ¿Podrás hacer esto por mí?

Doblé la carta por la mitad y me topé con los ojos de mi padre escrutándome, interrogándome con la mirada. Agarré su mano de nuevo y las palabras salieron por sí solas de mi boca:

—Lo encontraré, papá, cueste lo que cueste.

En busca del guapo escritor

14 de mayo de 2022

Al día siguiente abandoné el hospital. Me despedí de mi padre y de mi tía. A ella le conté que debía ausentarme unos días por asuntos de trabajo que no podía retrasar más. Pasé por mi apartamento de Binibèquer Vell a ducharme y planificar mis siguientes pasos para dar con Theo Williams.

Al llegar al pequeño pueblo de pescadores, una renovada energía me invadió. Tenía un objetivo y la oportunidad de hacer algo por mi padre, ahora que era conocedora de su historia. Anduve por las estrechas calles hasta llegar al pequeño apartamento que había heredado de mis abuelos maternos. Mi abuela aún vivía, pero después de la muerte de mi madre nunca más volvió a pisar Menorca. Y desde que yo me fui a vivir definitivamente a Barcelona, este se había convertido en mi alojamiento cuando visitaba a mi padre. Él tampoco me insistía nunca en que fuese a su casa, la casa donde crecí; ahora entendía el motivo: se había acostumbrado a vivir con su soledad. Y a mí me gustaba mantener mi independencia durante mis estancias en la isla.

A primera hora de la mañana aún se podía respirar cierta tranquilidad en el pequeño núcleo. Más tarde las hordas de turistas invadían todas las calles con sus móviles. Todo el mundo quería visitar y fotografiar aquel pueblecito con encanto; lo que pocos sabían era que el complejo se había edificado a finales de los sesenta a modo de imitación de las antiguas casitas de pescadores. Para mucha gente de Menorca, Binibèquer era solamente una «gran mentira» para engañar a los turistas haciéndoles creer que estaban visitando un auténtico poblado de pescadores antiguo. Pero independientemente de su autenticidad, la belleza y el encanto de su entramado de calles era y sigue siendo indiscutible.

Después de una buena ducha me puse manos a la obra. Sabía que Theo había sacado su nueva novela a finales de abril y había hecho

una pequeña gira de presentación por Estados Unidos. Desconocía si ya había terminado, pero si todo seguía su curso, en breve estaría por Europa por el mismo motivo y eso me facilitaría mucho las cosas. Yo no trabajaba para la misma editorial que lo publicaba a él, pero, tal y como había dicho mi padre, «tenía contactos».

Alberto Sanz era el director de comunicación de la editorial que representaba a Theo; de la división de España, claro. Nos conocimos en 2016 cuando me mudé a Barcelona para hacer el máster, y siempre habíamos mantenido una buena relación. A través del perfil de Instagram de la editorial averigüé que Theo Williams estaría firmando ejemplares en librerías de Londres, París, Berlín, Viena… ¡la semana siguiente! Llamé a Alberto de inmediato para conseguir algo más de información. No fue hasta la noche cuando contestó mis llamadas; había tenido un día de reuniones sin descanso y al llegar a casa me llamó. Después de las cuatro frases de cordialidad fui directa al grano. La primera parada del famoso escritor sería en Londres el miércoles siguiente. Alberto me contó que la firma de libros sería a primera hora de la tarde en una conocida librería del centro de la ciudad, y más tarde daría una charla solo para la prensa especializada en una sala de convenciones del mismo hotel donde se alojaría. Eso era lo que yo necesitaba saber: el nombre de ese hotel. Fui clara con él y le dije que era de vital importancia que pudiera contactar con Theo por un tema delicado y personal del que ahora mismo no podía hablarle demasiado. Aceptó ayudarme y me dijo que intentaría averiguar dónde se iba a alojar.

Ahora que sabía dónde y cuándo encontrarlo, compré los vuelos de ida y vuelta a la capital británica. Aprovecharía para volar primero a Barcelona y pasar por mi piso, también haría una rápida visita a la oficina. Al día siguiente, martes, volaría a Londres.

Cuando el lunes aterricé en la ciudad condal y quité el modo avión de mi móvil, recibí el ansiado mensaje de WhatsApp de Alberto; ya tenía el nombre del hotel. Le contesté eufórica: «¡Muchas gracias, te debo una cena!». Al llegar a casa comprobé la disponibilidad para las noches del martes al jueves. Solo les quedaban dos habitaciones dobles superiores y una *suite*. Con lo caro que era Londres y siempre estaba a reventar de turismo…, en fin…, reservé una superior y

listos. Después de pasar por la oficina e intentar ponerme un poco al día, regresé a mi piso y me preparé la maleta. Cené algo y llamé a mi tía para saber cómo había pasado el día mi padre. «Todo bien, cariño, no te preocupes». Cuando me metí en la cama estaba exhausta, y aunque mi cabeza iba a mil por hora, caí dormida enseguida.

Londres, 17 de mayo de 2022

Aterricé en el aeropuerto de Gatwick alrededor de las cuatro de la tarde. Mientras el tren directo que iba del aeropuerto al centro de la ciudad me llevaba a mi destino, repasé mentalmente lo que tenía que decir y hacer cuando tuviese a Theo Williams delante de mí. Sentía que aún necesitaba algo de tiempo para poder procesar toda esa historia, pero lo importante era poder cumplir con el deseo de mi padre, y aunque no quisiera pensar en ello, lo cierto era que no sabía de cuánto tiempo disponía él.

Una vez en el hotel, deshice mi pequeña maleta y decidí dar una vuelta por el edificio para ubicar la sala de conferencias. Pedí a la recepcionista que me la enseñara con la excusa de estar buscando algo del estilo para futuros eventos que mi editorial quería realizar en la ciudad. En pocos minutos, un chico de no más de veinte años me acompañó hasta la sala. No era muy grande, pero estaba diseñada con muy buen gusto. Paseé por ella y averigüé lo que necesitaba saber: solo tenía una puerta de acceso. Theo Williams tendría que entrar y salir por aquella puerta y entonces sería mi momento.

Necesitaba relajar mi mente, darle un respiro. Desde que el viernes pasado mi padre me había hecho entrega de aquel papel con la combinación de la caja fuerte y las palabras «Es importante», mi vida se había precipitado por una montaña rusa de emociones, recuerdos y situaciones totalmente inesperadas. Salí a pasear por la ciudad. Oxford Street siempre conseguía que uno se evadiera contemplando toda esa gente, las tiendas, los típicos autobuses rojos de dos pisos, los taxis negros… Llegué hasta Leicester Square, donde compré entradas de última hora para uno de los grandes musicales de la historia: *El fantasma de la ópera*, de Andrew Lloyd Webber. Comí algo rápido en un *fish & chips* cerca del teatro y entré enseguida para poder disfrutar del espectáculo y liberar así mi cabeza de todo.

A la mañana siguiente teletrabajé unas horas desde la habitación del hotel; hablé con mi tía para saber cómo iba evolucionando mi padre y si el médico les había comunicado alguna novedad, como fue el caso. Si todo seguía así, el lunes siguiente le darían el alta y ya podría regresar a casa. Fue un alivio escucharlo.

Después de comer me acerqué a la librería de Regent Street donde Theo estaba ya firmando ejemplares de su novela. Quería verlo, observarlo de lejos, sentir el impacto de ver en persona al hombre que mi padre había amado tanto, y que aún amaba. Había bastante gente haciendo cola. Yo me di una vuelta por el establecimiento hasta colocarme en un lateral, entre la sección de novela romántica y la de drama. «Muy adecuado, Emma». Y entonces lo vi, sentado en una mesa, rodeado de varios ejemplares de su nuevo trabajo y firmando uno de sus libros para una señora de pelo canoso, perfil griego y labios demasiado rojos para mi gusto. Lo observé: su pelo rizado seguía allí, pero se podían apreciar ya algunas canas en él. Su media sonrisa mientras decía algo ininteligible desde mi posición. Una barba de tres días bien cuidada que rodeaba unos labios bonitos y bien delimitados. Su mirada era limpia, sincera, estaba sonriendo a aquella desconocida y la miraba con una calidez natural que brotaba de sus ojos. Llegué a la conclusión de que mi padre tenía muy buen gusto. Theo Williams, a sus cuarenta y ocho años, seguía siendo un hombre atractivo.

Me quedé un rato más observándolo y luego regresé al hotel. Estaba tranquila, segura de mí misma y sabía exactamente lo que tenía que hacer. Cuando llegó la hora, bajé al *hall* y vi cómo la prensa entraba en la sala. Unos minutos después, Theo Williams entró en el hotel junto con una mujer que tenía pinta de ser su relaciones públicas y fueron directos a la sala de conferencias. Ya solo me quedaba esperar.

Una hora más tarde, la puerta se abrió y los periodistas empezaron a salir de la sala. Esperé a una distancia prudencial hasta que lo vi salir acompañado de la misma mujer de antes. Intercambiaron algunas palabras y luego se despidieron con dos besos. Acto seguido, Theo se movió en dirección a los ascensores; por fin estaba solo.

Caminé a paso rápido para darle alcance en aquel pasillo que separaba el *hall* de la sala de conferencias. Cuando estaba a unos metros de él, lo llamé:

—Señor Williams, ¿tiene un momento?

Él se giró sorprendido y en cuanto me vio soltó un sutil suspiro antes de hablar.

—Mira, perdóname, pero llevo todo el día sin parar y solo tengo ganas de subir a mi habitación para descansar, discúlpame. —Se dio la vuelta sin más y continuó andando. Yo insistí.

—Solo necesito dos minutos de su tiempo…

Él levantó la mano en señal de negación sin siquiera mirarme.

«Basta», me dije, vamos a por todas.

—¡Soy Emma Mascaró! —grité.

Theo se frenó en seco en medio del pasillo. Pasados unos segundos, se volvió lentamente y me observó estupefacto. Yo me acerqué más a él. Era un poco más alto que mi padre. Su cara era una mezcla de fascinación y sobrecogimiento.

—Emma… —consiguió decir con un murmullo.

—Sí, soy yo —afirmé colocándome a poco más de un metro de él.

Esa mirada de la que hablaba mi padre en su manuscrito era real. Sus ojos se clavaban como estacas, te penetraban y eran capaces de leer en ti.

—La última vez que te vi fue en una foto que… tu padre —se le encalló la voz al nombrarlo— subió a Facebook por tu decimoctavo cumpleaños. Una fiesta sorpresa que te prepararon en tu casa.

Asentí.

—Fue una gran fiesta; han pasado unos cuantos años ya. Este año voy a cumplir treinta y uno, la misma edad que tenía mi padre cuando lo conoció a usted.

Vi que algo lo contrariaba al mencionar a mi padre. ¿Era rabia? ¿Amor aún? ¿Una mezcla de las dos cosas?

—Imagino que si estás aquí es porque lo sabes todo…

—Así es. El que no lo sabe todo es usted —sentencié.

Mi tono lo sorprendió y se puso a la defensiva.

—¿Y qué es eso que no sé según tú? —preguntó altivo.

—Lo que no sabe, señor Williams, es que el día 10 de septiembre de 2009, un día antes de que mi padre se fuese a reunir con usted en el aeropuerto de Barcelona, él y mi madre sufrieron un accidente de coche. Ella murió en el acto, y mi padre estuvo tres días en coma en el hospital.

Casi pude percibir el trueno ensordecedor que traspasó su cuerpo al escuchar mis palabras. Su cara se desencajó, se apoyó en la pared y sus ojos no podían librarse de los míos. Incluso tuve la sensación de que la luz de aquel pasillo cambiaba, como si también ella se cohibiera ante mi revelación. Podía imaginar su alma y su corazón estallando, derrumbando aquella barrera que durante tantos años había mantenido robusta e inquebrantable para olvidar a mi padre. Theo estaba tomando conciencia de su gran error, y no podía hacer nada para evitar que aquel muro se desmoronara cual castillo de arena golpeado por una ola gigante.

Yo no pensaba frenarme allí.

—En esta vida no todo es blanco o negro, también existe la escala de grises, señor Williams. Lea esto —le entregué el manuscrito de mi padre que había traído conmigo—, y aquí tiene mi número de teléfono, llámeme a la hora que sea.

Pasé por su lado en dirección a los ascensores. Él ni se movió, sin duda estaba en *shock*. Cuando las puertas del ascensor se cerraron detrás de mí me miré en el espejo y entonces fui consciente de que mis ojos estaban rojos por la emoción y las manos me temblaban. Ya estaba hecho. Ahora solo era cuestión de esperar.

Pasadas las cinco de la mañana, mi móvil sonó. Era él.

—¡Emma! ¡Por favor! ¡Dime que está vivo! —me suplicó con la voz rota.

—Lo está.

Menorca, 20 de mayo de 2022

Después de perder el vuelo de conexión de Barcelona a Menorca y pasar la noche en el aeropuerto, por fin el avión aterrizó en la isla a las 8:45 horas del sábado. Llamé a mi tía enseguida para que no viniese al hospital. Ya era el segundo día que no se quedaba a dormir porque mi padre estaba mejor y, en palabras de ella, «me obliga a marcharme, cariño, es un cabezón».

Al bajar del taxi en la entrada del hospital sentía una emoción contenida que rebosaba por mis poros. Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí. Mi padre estaba despierto. Al verme sonrió y se incorporó más. Ya no estaba conectado a la vía, y la bandeja del desayuno descansaba encima de la mesita de ruedas apartada a un lado.

No le hizo falta usar la tableta. Sus ojos me interrogaron y yo sabía perfectamente cuál era su pregunta. Me senté a su lado y le respondí:

—Sí, lo he encontrado, y está aquí, en el pasillo, esperando a que le des permiso para entrar.

Juro que lo que vi a continuación no fue producto de mi imaginación. La cara de mi padre se transformó. Su color cenizo adquirió un tono vital. Sus ojos recuperaron una energía perdida hacía tiempo, e incluso su pelo moreno canoso pareció cobrar brillo e intensidad.

Asintió, nervioso, para que hiciese pasar a Theo. Me levanté, fui hasta la puerta y la abrí. Con un breve gesto de cabeza lo invité a entrar. Su cara era un mapa de nervios y emoción contenida.

Cuando entró en la habitación los dos se miraron. De pronto el silencio engulló todo sonido, daba la sensación de que el tiempo se había detenido. Solo estaban ellos dos. Me pareció escuchar el latido de sus corazones, pero me di cuenta de que era el mío, que iba a toda máquina, emocionada de poder contemplar aquella escena. Habían sido más de trece años separados, sin saber nada el uno del

otro. Más de una década perdida por culpa de aquel accidente inesperado. Sin embargo, no tenía la menor duda de que se habían continuado queriendo en la distancia.

La luz de la habitación también cambió; de pronto era más limpia, más clara, más fuerte. Fuerte como el amor que aún se profesaban aquellos dos hombres con solo una mirada. Theo se acercó a la cama y cuando estuvo casi a su lado estiró el brazo. Mi padre hizo lo mismo para alcanzar su mano, pero justo antes de tocarse, los dos las separaron rápidamente con una sonrisa de complicidad. Theo lo señaló y le advirtió:

—No me electrocutes, ¿eh?

Mi padre se rio y negó con la cabeza al tiempo que lo señalaba también y sus labios, en un susurro, pronunciaron un «Fuiste tú». Y entonces sí, Theo empezó a llorar mientras se sentaba en la cama y le agarraba la mano. Mi padre también se rompió cuando su escritor le acarició la cara e intentó besarle la mano. Theo se acercó más a él y entre sollozos le suplicó:

—Perdóname, yo no sabía…

Mi padre se enjugó las lágrimas y colocó un dedo sobre los labios de Theo. Aun así este repitió:

—Perdóname…

Fue entonces cuando mi padre se incorporó del todo y lo abrazó; lloraban sin cesar, se tocaban y acariciaban. Yo estaba en medio de la habitación, quieta, invisible, observándolos y llorando también. Era su momento y decidí retirarme. Antes de salir de la habitación los miré una vez más, fundidos en un abrazo, emocionados. Por fin el «guapo escritor» se había reencontrado con «su bobo».

Hora de partir

3 de junio de 2022

Theo canceló las firmas de libros en las demás ciudades para quedarse en Menorca con mi padre. Los dos hombres pasaron horas y horas hablando en la habitación del hospital. Como venía de Londres con una maleta para recorrer media Europa, tenía ropa de sobra y todas las cosas necesarias para quedarse donde fuera. Se quedó en aquella habitación, durmió el resto de las noches allí, no se separó de mi padre ni un segundo, y cuando el lunes le dieron el alta, los dos se instalaron en la casa de Alaior.

Si la felicidad y el amor eran conceptos algo abstractos para mí, ahora aquellas dos palabras se materializaban en una imagen: ellos dos juntos. Ver cómo se miraban, cómo se tocaban, cómo se hablaban… era enternecedor y emocionante. Nunca había visto a mi padre así, y enseguida descubrí lo encantador que era Theo.

Tuve que ser yo la que le explicara a mi tía quién era aquel hombre y lo que significaba para su hermano. Después de la sorpresa inicial, aceptó encantada la situación porque lo único que le interesaba era ver a su hermano feliz. Tres días después de que le dieran el alta a mi padre, ella regresó a Barcelona. Yo me quedé más días, podía seguir teletrabajando y quería estar presente en la visita con el médico una semana más tarde.

Fuimos los tres, como una familia, y dentro de todo nos dieron buenas noticias. Mi padre seguía hablando en susurros, pero cabía la posibilidad de que recuperara algo de voz, el tiempo lo diría. Incluso el doctor se sorprendió al verlo entrar en la consulta. El aspecto de mi padre había cambiado radicalmente en pocos días, parecía más joven, había ganado algo de peso en un tiempo récord y sus ojos ya no eran los de un hombre enfermo, sino los de un hombre muy vivo. Incluso Theo estaba cambiado, tenía una luz propia que lo envolvía todo y miraba a mi padre como si fuese su mayor tesoro.

Incluso se pasearon por Alaior cogidos de la mano sin ningún reparo. Era su momento, se lo habían ganado. Regresaron juntos a Favàritx y a la playa de Cavalleria, cenaron de pícnic en el Monte Toro, y la última noche antes de su partida la pasaron en el apartamento de Arenal. Porque ayer, día 2 de junio, justo veinte años después de su dolorosa separación en el aeropuerto de la isla, abandonaron Menorca para volar juntos a Estados Unidos y empezar su nueva vida.

Epílogo

Dos años después

Esta mañana he llegado a Miami junto con mi tía. A la salida del aeropuerto nos esperaban Theo y mi padre para llevarnos a Saint Augustine. Allí es donde se instalaron poco tiempo después de abandonar Menorca definitivamente.

Yo les he estado visitando con asiduidad, pero para mi tía es su primera vez. Esta tarde la he llevado a pasear por las calles de la ciudad que aún conservan su pasado español (o menorquín, según se mire). Esos vestigios del pasado siguen allí, en medio del paisaje urbano: el nombre de las calles, las casas con blasones, incluso la catedral donde campean los escudos español y estadounidense. Aunque la lengua inglesa prevalece, se pueden escuchar palabras del español colonial entre sus gentes, incluso se diría que la vida es mucho más «a la española» que en otras ciudades norteamericanas: calles estrechas, terrazas junto a los bares, parques para los niños e iglesias donde aún dan la misa de doce.

Después de cruzar el puente de los Leones la he llevado hasta la estructura más emblemática de esta parte de Florida: la torre del faro. Las vistas desde este punto te regalan una perspectiva única de las playas, el océano Atlántico, la bahía de las Matanzas y el horizonte de la ciudad más antigua del país. Pero el faro tiene un encanto especial, pintado con las típicas franjas negras y blancas en espiral como Favàritx; una entiende por qué muchos lo consideran el faro menorquín que no está en Menorca junto con sus siete hermanos. Tanto es así que el primer farero fue un menorquín llamado Jaume Andreu.

Con nuestro paseo hemos dado tiempo a mis dos hombres favoritos para prepararse. Esta tarde presentan un libro que han escrito juntos, donde relatan su vida en común desde el momento de su reencuentro en el Hospital Mateu Orfila de Menorca. *El octavo*

faro de Menorca, así se titula, en una clara referencia al faro de Saint Augustine.

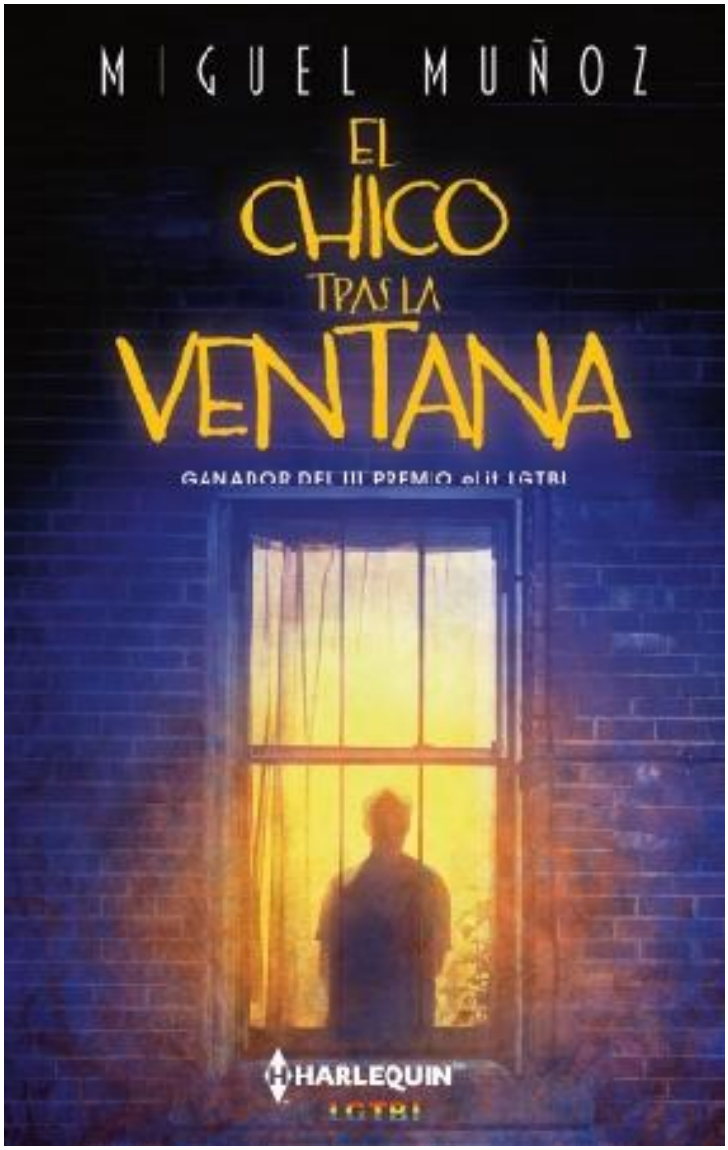
Pero eso no es todo. Dentro de dos días vamos de boda. Sí, mi padre y Theo han decidido casarse, y yo soy una de las damas de honor. Por fin, aquel amor que tanto tuvo que esperar para ser una realidad ha cobrado forma, lo han moldeado, lo cuidan y lo disfrutan como si no hubiese un mañana. Porque el pasado es pasado y el futuro es incierto, pero el presente está aquí, para vivirlo y estrujarlo hasta su último suspiro.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a Harlequin por la convocatoria de este premio eLit LGTBI; la verdad es que desconocía la existencia de este concurso y fue justo a los pocos días de terminar de escribir la novela cuando me enteré. Faltaba menos de un mes para finalizar el plazo de entrega y poder participar, pero lo conseguí y aquí estamos. Muchas gracias por darle una oportunidad a mi novela aunque no fuese la ganadora del certamen. No me lo esperaba, y el día que recibí el *email* de Elisa… no tengo palabras para describir lo que sentí. Así que aprovecho la ocasión para dar las gracias a mi editora Elisa Mesa por su paciencia, su profesionalidad, por resolver todas mis dudas y por el trato recibido. También a Mónica Sota y al equipo de *Marketing* por tener en cuenta mis ideas para la portada y haber creado una cubierta tan maravillosa. Muchas gracias por vuestro trabajo. A Cintia Fernández por su corrección del texto y sus comentarios, me reí mucho y me sentí muy halagado. Gracias.

Como no puede ser de otra manera, quiero dar las gracias a mi marido. No solo por ser mi lector beta, darme sus ideas, corregirme y por aguantar tantas horas de abandono mientras yo escribía. No. Quiero darle las gracias porque si puedo escribir sobre el amor incondicional entre dos personas es gracias a él. Él me ha enseñado lo que es eso. Me permitiréis que se lo diga en catalán: *gràcies per estimar-me tant*, Cristian. (Gracias por quererme tanto).

Y por último, quiero dar las gracias a «mi bobo», estés donde estés; gracias por cruzarte en mi vida y encender en mí la chispa que necesitaba para culminar esta novela.



El chico tras la ventana

Muñoz, Miguel

9791370005184

368

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay sombras que te incitan a sentir lo que nunca imaginaste.

Bruno vive en el edificio de enfrente. Nunca han intercambiado palabra alguna, pero se han saludado por la ventana en alguna ocasión. Érik tiene la sensación de que hay algo raro en él, en la forma en que su figura se recorta tras las cortinas a altas horas de la madrugada, como si estuviese acechando, observando.

Pronto, el azar revelará a Érik que no es Bruno el que se deja ver en la ventana. ¿Quién es, entonces, teniendo en cuenta que su vecino vive solo?

Este hallazgo lo llevará a iniciar un viaje en el que no solo encontrará un misterio por resolver, sino también una relación de amor atípica y especial.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer equivocada

Pammi, Tara
9791370007867
160

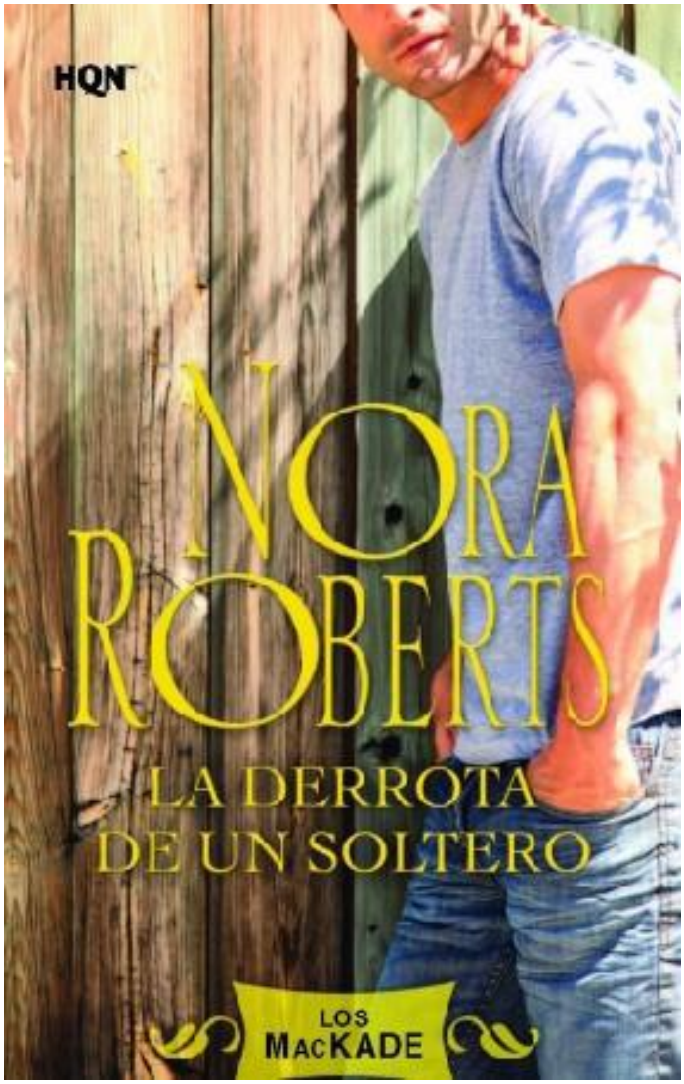
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Me perteneces. ¡Y también las gemelas!

Nyra huyó de su matrimonio con Adriano Cavalieri cuando él quebró la confianza entre ambos al pensar que ella lo había traicionado. Ni siquiera descubrir que estaba embarazada de gemelos la convenció para regresar a Capri. Hasta que su marido descubrió su secreto…

Adriano quería una segunda oportunidad. El deseo puro y vivo que existía entre ellos era tan potente, que dejarse llevar por esa pasión le parecía arriesgado. No obstante, una vez que encontró a Nyra, decidió enmendar su error. Primero, reclamaría a su familia. Después, rompería las barreras que protegían el corazón de su esposay desnudaría su propio corazón…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La derrota de un soltero

Roberts, Nora
9788490105146
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones

salvajes.

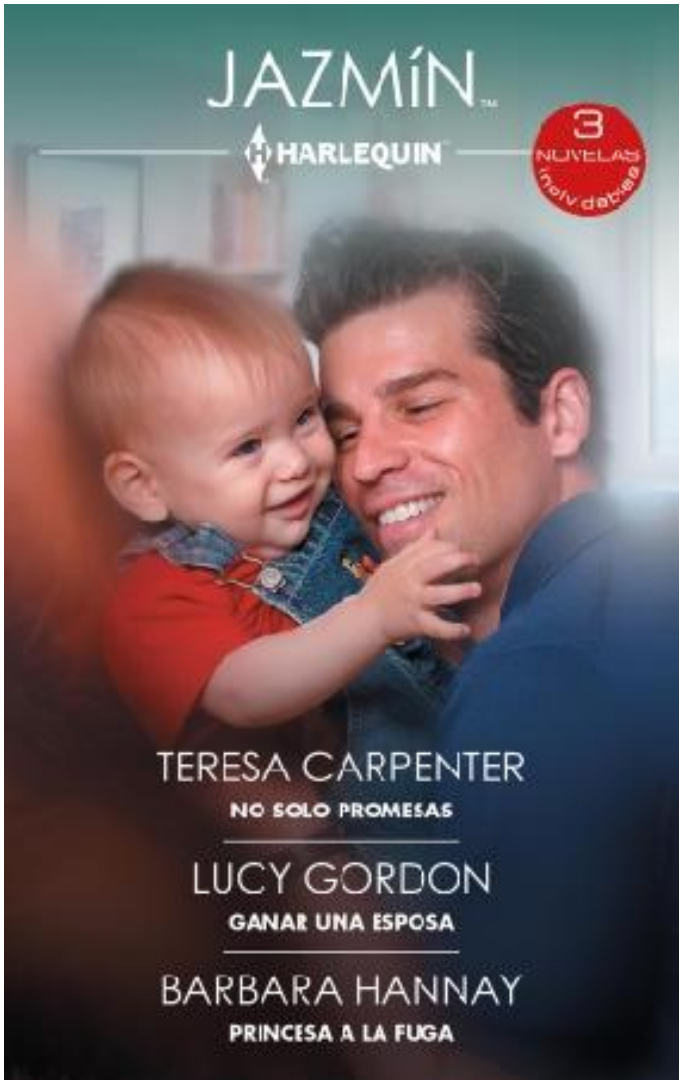
A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No solo promesas - Ganar una esposa - Princesa a la fuga

Carpenter, Teresa

9791370008499

480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No solo promesas

A ella no le bastaba una promesa... quería amor verdadero

El director de instituto Alex Sullivan tenía muy claro que la nueva enfermera de la escuela estaba completamente fuera de su alcance. Pero cuando la bella rubia se presentó en su casa con aquel bebé empeñada en demostrar que él era el padre, Alex supo que tenía un problema.

Después de la muerte de su hermana, Samantha Dell se había encargado de criar a su sobrino como si fuera su propio hijo. Y aunque el pequeño necesitaba un padre, ella no había esperado que Alex quisiera serlo a tiempo completo... y menos que también quisiera casarse con ella.

Ganar una esposa

Había perdido su tierra... ¡pero había ganado una esposa!

Rinaldo Farnese y su hermano Gino acababan de descubrir que una inglesa llamada Alexandra había heredado parte de sus propiedades. Parecía haber sólo una solución para no perder la tierra: lanzarían una moneda al aire y el ganador se casaría con Alexandra.

Gino era un hombre encantador, pero sólo salían chispas cuando Alex y Rinaldo se miraban... Él parecía odiarla, pero tampoco podía negar la atracción que había entre ellos.

Princesa a la fuga

Jamás habría pensado que encontraría el amor en la zona más despoblada de Australia...

Isabella Martineau estaba harta de ser princesa y creía que había llegado el momento de escapar y vivir la vida a su manera. La libertad la llamaba desde el desierto australiano, donde el duro Jack Kingsley-Laird enseguida descubrió que bajo su delicada apariencia, había una mujer salvaje y aventurera. ¿Sería suficiente una increíble pasión para salvar la enorme distancia que existía entre sus mundos?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor y Soju

Tirado, María José

9788410741133

416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos culturas, dos idiomas, dos costumbres.

No, seguro que no funciona. Pero ¿qué es el amor sino la magia de los imposibles?

Goon DoHwan jamás creyó que podría enamorarse de la joven indisciplinada y algo alocada que cuida de su hermano pequeño TaeOh. Y, sin embargo, Zoe ha logrado atravesar la armadura de hielo con la que pretendía proteger su frío corazón. Sobre todo, desde la noche en la que compartieron unos besos furtivos con sabor a soju.

Pero cuando su hermano JiMin le pide que se haga a un lado, porque se ha enamorado de Zoe, DoHwan decide no entrometerse entre ambos, a pesar de que sabe que no va a serle nada fácil apartarse.

Zoe no puede entender la actitud de DoHwan después de aquella noche mágica. No sabe por qué ha vuelto a poner distancia entre ellos como si nada hubiese pasado. ¿A qué se debe ese cambio? Y ahora que debe viajar con él y TaeOh a Seúl, sabe lo duro que será tenerle cerca y no poder tocarle, abrazarle o besarle. Sobre todo cuando él la mira con tanto… ¿amor?

«El final perfecto para una historia que me ha hecho reír y emocionarme. DoHwan y Zoe tienen una química explosiva. Una bilogía dulce, romántica y repleta de personajes entrañables que se han ganado un hueco en mi corazón». Chloe Santana

«Una segunda parte adictiva que nos lleva a Seúl, donde se explora el amor y sus desafíos emocionales con personajes inolvidables llenos de matices». Sarah Mey

Títulos de la serie OLA HALLYU:
Amor y Kimchi
Amor y Soju

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
